PAZ GUTIÉRREZ

California Love



Un verano
para encontrarnos

CALIFORNIA LOVE

Un verano para encontrarnos

Paz Gutiérrez Espín

CALIFORNIA LOVE

Un verano para encontrarnos

PRIMERA EDICIÓN, septiembre 2025.

California Love. Un verano para encontrarnos.
© Paz Gutiérrez Espín
ISBN: 978-84-09-73879-3
Depósito legal: MU 768-2025
Publicado por: Publicación independiente

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otro tipo— sin el permiso previo y por escrito del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor aplicable.

...

Todo cambio empieza con un salto a lo desconocido.
A veces temblamos, a veces volamos.
Pero siempre vale la pena. ☽

La música que late entre estas páginas

1.
Lush Life - Zara Larsson

2.
Sweat - Inner Circle

3.
Hotel California - The Eagles

4.
Closer - The Chainsmokers

5.
California Dreamin' - The Mamas & The Papas

6.
Shake It Off - Taylor Swift

7.
Party in the USA - Miley Cyrus

8.
Loyal - Chris Brown

9.
Heat Waves - Glass Animals

10.
Ride - Lana del Rey

Escanea este código en Spotify y escucha la playlist completa mientras lees





-1-

Margaritas

Viernes, 16 de junio de 2023

Nunca pensé que un cartel torcido en la pared de la facultad me cambiaría la vida… hasta que lo hizo.

Ese viernes, mi último día en la floristería donde había trabajado desde los dieciocho —en la misma calle donde había vivido siempre—, repasaba que los tulipanes estuvieran alineados, los lirios en agua fresca y las margaritas, mis favoritas, apuntando al sol.

Aspiré el aroma de las flores; la humedad del ambiente, ese olor familiar y el color tostado de las paredes hacían de aquella tienda un segundo hogar para mí.

—Olivia, hoy has terminado más tarde de lo habitual —comentó Nora, la florista y prima lejana de mi madre.

Su baja estatura apenas le permitía asomarse tras la caja registradora, pero lo compensaba con una energía que parecía llenar cada rincón del local. Tenía el cabello recogido en un moño, y sus gafas, siempre al borde de su nariz, temblaban con cada movimiento.

—Es que estoy distraída — confesé, dejándome caer contra el mostrador.

Nora levantó la vista mientras deslizaba los billetes en la caja.

—¿Otra vez pensando en ese cartel?

Lo había visto pegado con cinta gris, inclinado, como olvidado a propósito. *Curso de Escritura Creativa en California. Ven a vivir el sueño americano*, decía en letras grandes y doradas.

Acababa de terminar la universidad, y entre trabajos finales e incertidumbre, encontrarme con ese cartel fue lo más parecido a una señal que había visto en mi vida.

—No puedo dejar de darle vueltas —dije, mientras mis dedos jugaban con los pétalos de una peonía—. Sería una locura, ¿verdad?

Nora detuvo su conteo y me miró fijamente.

—Locura sería quedarte aquí si eso es lo que quieres hacer. Siempre has soñado con escribir, ¿no?

Sonreí, nerviosa. Desde que era niña llenaba libretas con historias, aunque nunca había pensado en tomármelo en serio. Hasta aquel momento.

Nora rodeó el mostrador y me dio un abrazo fuerte. Su mandil, manchado de polen y tierra, rozó mi brazo, pero no me importó.

Me quité el delantal, lo doblé con esmero y lo dejé sobre el mostrador. Al llegar a la puerta, le eché un último vistazo al lugar y me incliné hacia la maceta de lavanda del rincón para aspirar su aroma.

La fina lluvia de junio en Londres caía con suavidad, creando charcos en las baldosas irregulares de la acera. Las gotas resbalaban por mi nariz —pequeña, según mi madre, y llena de pecas, según el espejo—, mientras mi cabello largo y lacio, empapado, volvería a pegarse a mi cara al secarse, tan terco como yo.

Caminé deprisa, con la sensación de que los adoquines bajo mis pies intentaban retenerme en la ciudad que amaba tanto como odiaba. En cada esquina de esas calles que conocía de memoria habitaban recuerdos: la cafetería donde estudiaba para los exámenes, la librería de segunda mano donde encontraba tesoros cada verano, incluso el parque donde me rompí un brazo cuando tenía diez años.

Nada más pisar el felpudo de casa, el aroma a canela y manzana me llenó los pulmones trayéndome de vuelta a lo familiar.

James estaba en la cocina, sacando algo del horno con el delantal torcido sobre su camiseta arrugada. Su cabello rubio oscuro lucía salpicado de algunas canas, a pesar de ser solo cinco años mayor que yo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, dejando la mochila sobre la silla.

—¿Qué pasa? ¿Ahora necesito permiso para visitar la casa de nuestros padres? —respondió, arqueando una ceja.

Su actitud de hermano protector y un poco mandón lo hacía tan inconfundible que me resultó imposible no sonreír.

—Pensé que estabas con Amelia.

—Está ocupada. Y yo quería cocinar —dijo, sacando un pastel que parecía hecho a toda prisa, como solía hacerlo todo él.

Mi hermano siempre había sido el más caótico de los dos. Mientras yo necesitaba listas, planes y todo en su sitio, él vivía en un remolino constante,

dejando libros abiertos por todas partes y vasos a medio terminar en cada superficie. Pero eso no significaba que no tuviera su propia lógica.

—¿Vas a decírselo hoy a mamá? —preguntó como quien tantea el terreno.

—No tiene sentido retrasarlo más —dije, y él me sostuvo la mirada. Teníamos los mismos ojos: grandes y color avellana. Los míos cambiaban según la luz, entre marrón y verde; los suyos, en cambio, conservaban una calidez constante que hacía que la gente confiara en él de inmediato.

—Si se enfada, no me culpes por no advertirte —resopló, como si ya supiera lo que venía, y me dio un manotazo para impedir que probara su creación.

En el salón, mi madre ocupaba su sillón favorito de terciopelo verde con las esquinas gastadas por tantos años de tardes tranquilas. Tenía los vaqueros de mi padre sobre las rodillas y se afanaba en arreglar un descosido con pequeñas puntadas. Mi padre, en el sofá de al lado, hojeaba un periódico junto a la chimenea apagada.

Sobre la mesa baja, una taza de té con leche, aún humeante, desprendía un vapor que se enroscaba en el aire. A su lado brillaba una caja de chocolates After Eight, llena de envoltorios vacíos y unos pocos bombones sin tocar.

Mis ojos se detuvieron en una de las fotografías familiares enmarcadas en dorado, alineadas en la pared y algo descoloridas por el paso del tiempo. Las paredes, de un color crema ya amarillento, siempre me habían parecido acogedoras. Pero, mientras reunía el valor para hablar, noté por primera vez el desgaste: las fotos más lejanas, los tonos más apagados. Todo seguía en su lugar.

Y sin embargo, ya no se sentía igual.

—Quiero irme —dije, levantando la voz más de lo que pretendía, aunque por dentro todo temblaba.

El tic-tac del reloj acompañó a mis palabras mientas flotaban en el aire y el carrillón marcó las siete de la tarde.

—¿Irte? ¿Dónde? —repitió mamá, levantando la vista del pantalón.

—A California. Hay un curso de Escritura Creativa que empieza en un par de semanas.

Las agujas cayeron de su regazo y tintinearon sobre la mesa. Un sonido suave, pero que me golpeó con fuerza.

—¿Y vas a dejar todo esto… por un sueño? —preguntó llevándose la mano a la frente.

—No es solo un sueño, mamá. Es mi oportunidad.

—Aquí hay muchas oportunidades… ¿te has preguntado cómo vas a pagarlo? ¿Dónde vas a vivir? ¿Y si algo sale mal?

Intentaba mostrarse fuerte, pero la taza se le escapaba entre las manos.

El silencio se estiró unos segundos. Antes de que pudiera contestar, James intervino desde el marco de la puerta.

—Ya lo ha decidido, mamá. No es una discusión.

Su voz sonó clara, casi seca, sin dejar espacio a réplica; sentí cómo se interponía entre mi madre y yo como una pared protectora.

Mamá lo miró, con los ojos cargados de palabras que nunca pronunciaría.

—Siempre has sido la que tenía grandes planes —dijo papá, sin apartar del todo la vista del periódico.

Tragué saliva. No era más que un gesto pequeño, pero bastó para saber que, al menos, uno de ellos estaba de mi lado.

Mi madre, en cambio, se levantó, sacudiéndose el delantal con más fuerza de la necesaria. En su rostro convivían el orgullo, el miedo y algo de resignación. Me regaló una sonrisa triste.

—Solo prométeme que, si no es lo que esperas, sabrás cuándo volver.

—Lo prometo —susurré, agarrando su mano. Ella me la sostuvo unos segundos antes de soltarla despacio.

Nadie añadió nada más. No hacía falta. Crucé el pasillo y cerré la puerta de mi cuarto con cautela, como si un ruido de más pudiera romper lo que acabábamos de acordar.

La lluvia seguía golpeando los cristales con insistencia. No era tormenta, solo ese tipo de llovizna constante que no avisa y no se detiene. El murmullo envolvía el espacio, cubriéndolo todo de una calma engañosa.

Mi habitación rebosaba vida, aunque apenas cabían la cama, el armario, una estantería llena de mis libros más leídos y un escritorio, donde los lápices reposaban alineados, dándome la falsa sensación de control.

Había terminado de doblar un jersey cuando mis ojos se detuvieron en una caja pequeña al fondo del armario. La abrí con cuidado y ahí estaba: una postal con la Torre Eiffel en la portada. *Siempre juntos, sin importar nada*, decía la nota escrita a mano.

Recordé el viaje con la universidad a París, la sonrisa de Thomas, la manera en que me miraba, cómo sus ojos no sabían despegarse de los míos, dándome la absurda sensación de ser lo único que importaba.

Hasta que dejó de hacerlo. Hasta que lo encontré besando a otra en la fiesta de fin de curso. Y no a una cualquiera, a mi mejor amiga.

Solté un suspiro y dejé la postal en la caja; al ponerle la tapa, sentí que ese capítulo se cerraba de golpe, un golpe que resonó en todo mi cuerpo.

Me senté en el borde de la cama con la vista perdida en las gotas que resbalaban por el cristal. ¿Y si no era tan buena escribiendo como creía? La duda llegó silenciosa y se quedó un momento a mi lado.

Observé la ciudad gris reflejada en la ventana y lo supe con una claridad que me asustó un poco: mi lugar ya no estaba allí.

Me iba. ☽



-2-

En la tierra del sol

Martes, 4 de julio de 2023

Subí al último autobús con destino a San Diego, con la mochila apretada contra mi pecho y el corazón latiendo como un tambor. No era solo un viaje: era mi primera prueba de si de verdad podía empezar desde cero. Si alguien se hubiera fijado en mí, habría visto a una chica relajada en un asiento de pasillo, pero mi mente no paraba. No solía morderme las uñas, y aun así me sorprendí varias veces con ellas entre los dientes.

Me encontraba en aquel bus por varias razones. La principal era el curso al que había logrado inscribirme, pero también porque estaba harta del frío de mi ciudad. Allí, los veranos eran una broma cruel: demasiado fríos para sandalias, tan húmedos que las escapadas a la costa de Brighton eran más tradición que placer. Los pocos días soleados se convertían en maratones familiares, bajando a la playa con crema solar nivel cincuenta como única defensa contra el despiadado sol inglés.

Afuera, el paisaje comenzaba a cambiar, y yo intentaba memorizar cada detalle como si me jugara algo más que un verano. Nada de nubes grises, nada de asfalto mojado. A mi alrededor se extendían colinas doradas salpicadas de arbustos, delgadas palmeras balanceándose bajo un cielo despejado y un sol que lo inundaba todo. En el horizonte, las montañas parecían pintadas, demasiado perfectas para ser reales.

El mar azul brillaba a lo lejos, y las casas de techos de terracota y grandes ventanales me recordaban que ya no estaba en mi Londres gris. La emoción me inundó el pecho. Un par de surfistas se subían a un coche descapotable, con las tablas bajo el brazo y riendo a carcajadas.

Por primera vez en años, un verano se parecía a los que había imaginado de niña, cuando soñaba con el otro lado del Atlántico.

La voz ronca del conductor anunció la parada de Pacific Beach sacándome de mis pensamientos. Me apresuré a bajar del autobús, tropezándome con la mochila y casi llevándome por delante a un hombre que subía.

Agarré mi maleta púrpura y respiré hondo frente a los Bay Apartments. El complejo era tal como lo había imaginado: edificios numerados, palmeras recortadas contra el cielo azul y una brisa salada que prometía aventuras.

Saqué el móvil y abrí el correo electrónico que ya conocía de memoria: *Edificio número dos, planta cuarta.*

Repetí la dirección en mi cabeza mientras alzaba la vista. Mis piernas se quejaban con la subida de cada escalón, pero me sentía más viva que nunca.

El pasillo olía a pintura nueva y a una mezcla de perfumes, como si cada nuevo comienzo flotara en el aire. Frente a la puerta del apartamento, encontré una caja metálica en la pared. Introduje el código y ¡*voilà*!, al abrir la tapa, saqué una llave plateada.

Apenas me acerqué a la cerradura, la puerta se abrió de golpe.

—¡Hola, bella! —gritó una voz entusiasta.

Ni tiempo tuve de parpadear.

Una chica bajita, con curvas pronunciadas y una melena oscura se lanzó a abrazarme como si me conociera de toda la vida. Su risa clara, casi escandalosa, se desparramó por el pasillo como música.

Me quedé rígida al principio. Nadie me abrazaba así desde... no sé cuándo, pero algo en su forma de reír me aflojó el cuerpo.

—Escuché tus pasos, ¡soy tu nueva compañera de piso!

—*Uh, ho-hola* —respondí, desconcertada.

Me acribilló a preguntas, cuál era mi nombre, de dónde venía, y hasta quiso saber cuántas horas había tenido que viajar para llegar…Todo eso mientras me seguía al interior de la vivienda.

—Olivia —dije, acomodando la mochila—. Vengo desde Londres. Y tú... eres Bruna, ¿verdad?

—¡La misma! —exclamó, levantando mi mochila con esfuerzo—. ¿Qué llevas aquí? ¿Un cadáver?

—Lo esencial —respondí, riendo.

Bruna palmeó una silla blanca que parecía a punto de rendirse y me animó a sentarme con un gesto cómplice.

La cocina, con paredes de blanco roto y suelo de imitación madera, se abría hacia un comedor amplio. En la encimera de mármol relucía una cafetera junto a un frutero colmado de frutas ya algo maduras.

El aire olía a café recién hecho, con un dejo dulce que no supe identificar.

Mientras respondía a sus preguntas, noté que sus grandes ojos negros no se perdían un solo detalle.

—¿Y tú? —pregunté al fin, sonriendo—. Después de tanto interrogarme, te toca a ti.

Se apoyó contra el marco de la puerta, cómoda, como si ya llevara años viviendo allí.

—Soy de Monterrey, México. Hace dos años me vine aquí... ya sabes, para estudiar, trabajar, sobrevivir. Lo típico —se encogió de hombros. Pero su tono, animado, hacía que todo sonara como un plan emocionante.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunté, sentándome con cuidado en la silla que protestaba bajo mi peso.

—Trabajo como conductora para una app de comida a domicilio —explicó, haciendo el gesto de girar un volante—. Es un caos, pero se adapta a mis horarios. Estudio periodismo... cuando no estoy atrapada en el tráfico o corriendo con bolsas de tacos bajo la lluvia.

Solté una carcajada. Era tan distinta a la gente que había conocido en Londres.

—¿Periodismo? Eso suena intenso.

—Lo es —respondió. En sus ojos brilló una chispa traviesa—. Quiero contar las historias que nadie quiere escuchar.

Se hizo un silencio pequeño. Luego chasqueó los dedos.

—Ven, te enseño el resto del apartamento.

Y sin esperar respuesta, echó a andar. La seguí mientras hablaba con el entusiasmo de quien presenta un piso de revista en un *reality*.

Dejé los cascos sobre la mesa y rodeé el respaldo del sofá cubierto por una manta marrón. Una lámpara industrial colgaba del techo, y al lado de la terraza, plantas trepaban por la pared desde macetas azules.

Al salir a la terraza, una brisa tibia me abrazó. Tenía ese olor a tierra caliente y sal que me recordó lo lejos que estaba de casa. Apoyé las manos en la barandilla oxidada. No sabía si sentía alivio o asombro.

Frente a nosotras, no había edificios altos ni ruido; solo colinas que ondulaban como un océano petrificado, vestidas de tonos verdes que centelleaban bajo el último resplandor del sol. Un gavilán volaba alto, lento, sin prisa por llegar a ningún sitio.

Bruna, al notarme ausente, me dio una palmada en el hombro, devolviéndome al presente.

Me llevó a la habitación que compartiríamos. El atardecer entraba a través de las cortinas blancas, moviéndolas con un balanceo tranquilo. Un escritorio de madera descansaba justo frente a la ventana. Las dos camas

individuales estaban a los lados de la habitación, separadas por una alfombra gris que cubría casi todo el suelo.

—Esta es tu cama —señaló la de la derecha—. La mesilla tiene un cajón atascado, pero lo arreglaremos. Perdona el desastre.

Sobre la suya, ropa deportiva en montones y una banda elástica colgando del borde. Supe, sin que dijera nada, que cuidaba su cuerpo con disciplina. Y yo… me sorprendí comparándome.

Me pregunté cuándo fue la última vez que hice más que correr un poco. Claro, mi familia siempre decía que tenía mucho que agradecer a la genética, pero dependía de un capricho biológico que no podía controlar. Tal vez algún día cambiaría eso. Tal vez.

Sobre su cabecera colgaba un póster grande con las letras: *No pain, no gain*. En mi pared, solo vacío. Un lienzo en blanco que me recordaba todo lo que tenía por descubrir de mí misma en ese lugar.

—Este armario lo compartimos. La izquierda es mi parte, la derecha para ti. —Apartó con el pie algunas *New Balance* que se habían metido en lo que sería mi espacio.

En el baño, los estantes vacíos me provocaron un subidón, siempre había sido minimalista por necesidad, pero organizar era algo que disfrutaba.

—Sé que compartir el aseo no es lo ideal, pero prometo no tardar siglos, ni acaparar el agua caliente... casi nunca.

—Tomo nota —respondí, esbozando una sonrisa.

Había algo en la forma en que Bruna hablaba que me bajaba las revoluciones. Su energía funcionaba justo al contrario de mis nervios. Y eso, el primer día, se agradecía.

—El apartamento no es muy grande, pero solo seremos tres. Esa es la habitación de nuestra compañera —dijo, señalando una puerta junto a la cocina mientras regresábamos al salón.

—No necesito mucho espacio —respondí, intentando sonar segura.

Nunca había vivido lejos de casa. La idea de compartir techo con dos desconocidas era emocionante, pero también aterradora. Era como saltar al vacío esperando caer de pie.

—Gracias por mostrarme todo…

—¡No hay problema, bella! —exclamó, y me abrazó otra vez. El segundo en menos de una hora.

No estaba acostumbrada a tanto contacto físico, aunque algo en mí se aflojó. En casa nunca fuimos de abrazos, pero quería aprender a disfrutarlos. Tal vez este era el momento de bajar la guardia.

—¿Y la otra chica? —pregunté, al tiempo que desdoblaba una camiseta

—Mía. Es de Florida, pero vive más en Santa Mónica con su madre que aquí —explicó, bajando la voz—. Es un poco esnob.

—¿Esnob? —arqueé una ceja.

—Te darás cuenta... aunque tranquila, casi nunca está. Entre trabajo, viajes y su vida social, es como tener una compañera invisible.

—Bueno, al menos no tendré que pelear por el baño.

—Tiene el suyo propio, aunque a veces me pide el champú solo para molestarme —dijo, sentándose con una sonrisa ladeada—. Podría comprarse el supermercado entero si quisiera, no te confíes.

Algo en su tono me dejó pensando. Pero decidí dejarlo estar. Ya tendría tiempo de descubrirlo.

Me puse a desempacar; cada prenda que sacaba era una forma de marcar territorio en mi nueva vida. Bruna seguía a mi lado, llenando el aire con ocurrencias que borraban cualquier rastro de incomodidad.

Esa noche dormí con la cabeza llena de cosas que aún no entendía y una certeza en el pecho: estaba donde necesitaba estar.

Al día siguiente, la alarma me arrancó del sueño con un pitido seco. Aplazarla dos veces no había servido: «Mierda». El reloj marcaba la hora exacta para entrar en pánico.

Salté de la cama, esquivé como pude la ropa en el suelo y me metí a la ducha. El chorro helado me espabiló lo justo para fingir que todo estaría bien.

Me puse unos vaqueros cortos y mi camiseta granate favorita; siempre había tenido debilidad por ese color, y lo usaba cuando necesitaba un empujón de confianza.

Nada más salir de la habitación, la licuadora rugía. Bruna estaba en la cocina, auriculares puestos, bailoteando mientras se movía entre la encimera y la nevera. Sobre la mesa, un arcoíris de frutas y un vaso vacío al lado dejaban claro que estaba en plena creación de su batido matutino.

Me acerqué hasta ella y le toqué el hombro.

—*¡Ahhh!* —gritó al girarse, derramando parte de la mezcla al suelo—. ¡Me vas a matar del susto!

—Lo siento, lo juro —me reí, con las manos en alto.

Apagó la licuadora de un codazo y se dejó caer sobre la barra.

—Hoy empiezas clases, ¿no?

—Sí... pero no sé cómo llegar —admití. Me imaginé subida a un patinete eléctrico y estampándome contra una papelera.

Bruna se pasó la mano por el mentón, dándome la impresión de que podía leerme la mente.

—Hoy puede que sea tu día de suerte —dijo, levantando la muñeca para mirar el reloj—. Madrugué, tengo tiempo; Queensbury no me queda de paso al trabajo, pero te llevo.

—No sabes el favor que me haces. —El alivio me invadió de inmediato, pero había algo más que necesitaba—. Y, ¿te puedo pedir otra cosa? —titubeé—. Aún no hice compra y no tengo nada para desayunar.

—Obvio, Oli. No tienes que pedírmelo —dijo, sin apenas parpadear.

Ese apodo me arrancó una sonrisa. «Oli» era como me llamaba mi hermano. Me sentí un poco más conectada, aunque todo lo demás fuera nuevo.

Abrió la nevera y sacó un desfile de ingredientes. El verde dominaba todo: espinacas, aguacate, pepino... Su dieta vegana marcaba territorio.

Preparó un par de tostadas con aguacate, rociadas con limón y sal en escamas. Me las comí de forma apresurada, con ese apetito raro que no viene del hambre, sino del nudo en el estómago.

Poco después, ya en el coche, mientras atravesábamos la ciudad, pensé en cómo me las apañaría cuando Bruna no pudiera llevarme; sin embargo, el paisaje que desfilaba ante mis ojos interrumpió esos pensamientos.

Entramos en una zona residencial, con casas modernas de fachadas de vidrio y tejados planos. En las aceras, algunos vecinos paseaban con sus perros, otros montaban en bicicleta disfrutando del soplo de aire que llegaba del mar.

Una pared de ladrillo captó mi atención. Un grafiti enorme mostraba la frase: *Encuentra tu onda*. Debajo, un surfista giraba sobre una ola hecha de colores tan vivos que parecía moverse de verdad.

La brisa salada del océano se colaba por la ventanilla, mezclándose con el calor del día. Y fue justo en ese instante cuando lo sentí: lo que había dejado atrás ya no importaba.

—Aún no me creo que esté aquí —susurré.

Bruna sonrió, sin apartar la vista de la carretera.

—Es una ciudad mágica. Hay tanto por hacer: playas, surf, mercados al aire libre, parques naturales a dos pasos... Y los restaurantes junto al mar son una locura. Te llevaré a los mejores, lo prometo.

Algo en su voz hizo que todo lo que había imaginado sobre California comenzara a cobrar forma. San Diego me estaba invitando a vivirla a fondo.

—Me apunto a cualquier plan que tengas en mente.

Bruna me lanzó esa mirada pícara que ya empezaba a reconocer, la que prometía que, con ella, el verano no iba a ser solo una estación, sino toda una aventura.

—Hablando de planes... —me lanzó de soslayo mientras cambiaba de marcha—. Mis amigos y yo vamos todos los miércoles a bailar reggae cerca de Black Beach. Si te apetece, podríamos ir esta noche.

La propuesta me tentó de inmediato, aunque una parte de mí dudaba. No sabía si salir el primer día de clases era la mejor idea.

El coche frenó con suavidad. Habíamos llegado a mi destino.

Y sin saberlo, al comienzo de todo. ☽



-3-

Cumbres Borrascosas

¡Vamos!, ¡anímate! —exclamó Bruna, dándome una palmada en la pierna—. Yo creo que te vendría bien para conocer gente, piensa que el tiempo aquí vuela y hay que exprimirlo a tope.

Me lo pensaré —respondí mientras bajaba del coche con rapidez, consciente del claxon de los coches que parecían impacientes por seguir su camino.

—¡Mucha suerte hoy, bella! —gritó, moviendo la mano de un lado al otro al mismo tiempo que el motor rugía de nuevo.

Le devolví el gesto y, de manera inconsciente, seguí con la mirada su coche blanco hasta que desapareció al doblar la esquina, dejándome sola frente al largo sendero de piedras que conducía a la universidad.

Me dejé llevar por el camino hacia el edificio central, rodeada por una vegetación exuberante, arbustos con flores, palmeras. Respiré el aroma a tierra húmeda.

A los lados, los bancos de madera ofrecían refugio a los estudiantes. Algunos se recostaban con los ojos cerrados y sus auriculares puestos; otros comían, charlaban en pequeños grupos o revisaban de manera frenética apuntes en el último minuto.

A medida que avanzaba, la universidad se levantaba ante mí con autoridad. Tres estructuras imponentes de ladrillo rojizo se alzaban bajo el cielo despejado. Según el mapa colocado al final del sendero, cada edificio correspondía a una facultad diferente.

Respiré hondo, dejando que el aire salado me llenara los pulmones, y fui hasta el edificio central.

Un cartel pegado en la entrada captó mi atención: *Curso de Escritura Creativa.*

Empujé la puerta, guiada por la curiosidad. El interior estaba fresco, y justo frente a mí, una escalera de hierro en espiral se enroscaba hacia arriba.

Subí hasta una sala pequeña que parecía hacer de recepción. Detrás del mostrador, una chica de piernas larguísimas revisaba algo en un portátil cubierto de pegatinas playeras. Llevaba el cabello corto, recortado a la altura de la barbilla, y unas gafas de montura gruesa que destacaban sobre su rostro tranquilo.

Alzó la vista y me dedicó una sonrisa amable.

—Hola, ¿vienes al curso de Escritura Creativa?

Asentí, intentando que mis nervios no me traicionaran. Intercambiamos algunas palabras, me pidió mis datos y, tras unos clics, confirmó mi inscripción.

—Todo listo —concluyó, sacando un bolígrafo de propaganda del lapicero repleto y entregándomelo—. Aula 203. Al fondo del pasillo, gira a la derecha. Es la última puerta. Bienvenida.

—Gracias —murmuré, soltando un pequeño suspiro antes de avanzar hacia el pasillo.

El aula era amplia, con pupitres individuales dispuestos en hileras ordenadas frente a una pizarra blanca inmaculada. Elegí uno en el centro: lo suficientemente lejos para no destacar, pero lo bastante cerca como para no quedar al margen. Un punto intermedio. Perfecto para observar sin ser vista.

A mi alrededor, algunos de mis nuevos compañeros cuchicheaban, entablando conversaciones tímidas. Otros permanecían absortos en sus móviles, exprimiendo el último respiro de desconexión antes de que todo comenzara.

Un movimiento a mi derecha me arrancó de mis pensamientos.

Un chico bajito se dejó caer en la silla de al lado. Llevaba un pañuelo morado anudado al cuello, y su cabello, una nube de rizos tan definidos que al principio creí que era una peluca, le daba un aire curioso. Sonreía con impaciencia como si estuviera conteniéndose para no estallar en palabras, pero había algo en él que me dio una sensación inmediata de complicidad.

—Pensé que llegaba tarde —confesó, frotándose las manos—. Por cierto, soy Paulo.

—Olivia —respondí sacando un cuaderno de la mochila.

—¿Olivia? —repitió, saboreando mi nombre, como queriendo asegurarse de decirlo bien—. Me gusta. Suena… confiable.

Asentí, algo cortada.

—Estoy un poco nerviosa —confesé, con los dedos enredados en el bajo de la camiseta.

—Entonces ya somos dos —se encogió de hombros—. He estado trabajando sin parar para pagar la uni y enviar dinero a mi familia en Tijuana. No he respirado en meses… pero esto —señaló el aula con la barbilla— me lo debía. Desde que leí mi primer libro que me hizo llorar por una pareja ficticia, supe que esto era lo mío.

Sus palabras me dibujaron una sonrisa. Había algo genuino en su voz, sin filtros ni adornos innecesarios. Y lo supe de inmediato: Paulo sería ese tipo de amigo que entiende sin necesidad de muchas explicaciones.

Entonces, el profesor entró. Las conversaciones se apagaron, bastó su presencia para imponer orden. Tendría poco más de treinta, el pelo castaño peinado hacia un lado y una americana azul gastada en los codos.

—Buenos días —dijo, escribiendo la fecha en la pizarra con una caligrafía que parecía salida de otro siglo—. Soy Alex, vuestro tutor.

Nos barrió con los ojos, uno por uno. No parecía evaluarnos, sino intentar grabarse nuestras caras.

—Tendréis otros profesores durante el curso, pero si en cualquier ocasión necesitáis algo, podéis acudir a mí —añadió, tras un carraspeo que hizo que toda la atención recayera en él—. Solo hay una norma que debéis recordar: aquí no venís a ser perfectos. Venís a disfrutar escribiendo. Y si eso no pasa… me lo decís.

Esa frase, tan simple en apariencia, me agitó algo en el pecho. Yo llevaba escribiendo toda mi vida, sí; pero no por placer. Escribía para sobrevivir, para esconderme cuando los gritos de mis padres llenaban la casa —discusiones sobre dinero, facturas, y todo aquello que pesaba sin hacerse visible— yo me refugiaba entre cuadernos.

Tal vez aquel curso significara algo más. Tal vez, por fin, escribir dejaría de ser una huida y se convirtiera en un viaje hacia dentro. Hacia partes de mí que aún no conocía.

Después de compartir un par de anécdotas sobre sus vacaciones por Europa, Alex nos pidió que nos presentáramos y nombráramos nuestro libro favorito.

Cuando llegó mi turno, me salió lo primero que se me vino a la cabeza:

—*Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.

Al pronunciar el título, me ardieron las mejillas. ¿Sonaba muy predecible? ¿Demasiado anticuado? Lo había leído tantas veces que podía recitar algunos párrafos de memoria. Las hermanas Dashwood, con su mezcla de deber y deseo, habían sido mis heroínas desde siempre.

Alex me dedicó una amplia sonrisa.

—Bienvenida a nuestro país, señorita Olivia. Estoy seguro de que encajarás antes de lo que crees.

El comentario rompió un poco más la barrera invisible que sentía por ser una de las nuevas en el campus.

Las presentaciones continuaron, y las respuestas eran tan diversas como los estudiantes que las daban. Algunos mencionaron clásicos como *El gran Gatsby*, otros preferían títulos más recientes, como *Los juegos del hambre*. Hubo quien bromeó diciendo que no leía nada más allá de las instrucciones del microondas, lo que arrancó varias risas al grupo.

Después, Alex nos dejó tomar un pequeño descanso. Cuando regresamos, apareció con una propuesta inesperada.

—Vamos con algo rápido para romper el hielo —se frotó las manos—. Quiero que describáis a la persona que tenéis a la derecha con adjetivos. Por eso os di ese rato para hablar antes. No os agobiéis, no es un test psicológico, solo quiero ver qué impresión os habéis llevado unos de otros a primera vista.

Apunté directo a Paulo, y él aguantó el contacto con desafío.

—Vamos, dispara, puedo con lo que sea —dijo, cruzándose de brazos.

—Alegre... —empecé, y él asintió animándome a continuar—. Inteligente, divertido, confiado… y un poco caótico.

Mientras lo decía, me vino a la mente la imagen de él en el descanso, equilibrando su café, el muffin y una carpeta mal cerrada, a punto de atropellar a una estudiante que venía en dirección contraria.

Paulo soltó una risa tan escandalosa que hasta el profesor levantó la vista por encima de todas las cabezas.

El ejercicio, que al principio me había parecido una tontería, terminó siendo más revelador de lo que esperaba. El profesor lo había planteado como una forma de aprender a construir personajes, pero sin darnos cuenta, también estábamos construyendo conexiones.

Antes de marcharnos, nos pidió que leyéramos un fragmento de *Cumbres Borrascosas*. Siempre me había gustado esa novela, aunque la primera vez que la leí me costó seguirle el ritmo. Demasiado drama. Demasiados nombres. Pero algo en su oscuridad, en ese amor salvaje y contradictorio, me atraía; como observar una tormenta desde el otro lado del cristal, a salvo.

—Poco a poco al principio —aconsejó Alex, cerrando su ejemplar recién estrenado—. Quiero que viváis la literatura sin prisa.

Y pensé que eso, justo eso, era lo que necesitaba. Hacía meses que apenas leía; como si las palabras se me hubieran escondido. Pero quizás, si me dejaba llevar, volverían a encontrarme.

Esa misma tarde decidí aventurarme a la biblioteca del barrio, en Pacific Beach. No era tan grande ni moderna como la que imaginaba al llegar a San Diego, pero en cuanto crucé la puerta, el olor a papel impreso me envolvió.

Siempre me había parecido que había algo mágico en ese aroma a tinta y páginas envejecidas, como una nostalgia que tocaba algo dentro de mí, aunque no supiera exactamente qué.

La luz tenue, los estantes que se alzaban hasta el techo y el crujido de las páginas al pasar creaban un ambiente tan acogedor que me sentí en paz.

Caminé entre las filas de estanterías, dejando que mis dedos acariciaran los lomos de los libros. Había de todo: novelas clásicas, manuales escolares, y una pequeña sección de ciencia ficción que parecía olvidada por el tiempo.

Me detuve en literatura clásica. Mis ojos recorrieron los títulos hasta que encontré una edición desgastada de la novela que Alex nos había pedido.

Busqué una mesa junto a la ventana y me senté con el libro entre las manos. Al abrirlo, una nota garabateada cayó entre las páginas y aterrizó sobre la mesa.

La pasión, como las tormentas, deja huellas.

Fruncí el ceño. «¿Quién escribe algo tan melodramático?» Era cursi, sí, pero terminé sonriendo para mis adentros.

Tras un buen rato curioseando entre pasillos, salí con el ejemplar de clase y un par de libros más que me habían conquistado por la portada. Los llevaba entre los brazos, satisfecha.

Justo al llegar a la puerta, tropecé con un escalón traicionero y los libros se me escaparon de las manos, cayendo desparramados por el suelo.

—Genial… —mascullé entre dientes, agachándome enseguida mientras las mejillas se me encendían.

Entonces noté una sombra a mi lado.

Levanté la vista.

Y ahí estaba. También agachado. No demasiado cerca, pero lo suficiente para sentir el calor que desprendía su cuerpo bajo la camiseta negra.

Sus ojos eran de un azul tan intenso que, en la sombra, se volvían casi oscuros. El cabello negro le caía sobre la frente en mechones rebeldes, pero de ese tipo de rebeldía que parece elegida.

—¿Los escalones te atacaron o te lanzaste tú primero? —preguntó con una voz grave, de esas que no exigen atención, pero la consiguen igual.

No pude evitar fijarme en sus labios, carnosos, curvados en una sonrisa ambigua. No supe si era burla, complicidad... o algo más.

—Creo que fue mutuo —respondí, intentando sonar ligera, aunque sentía el corazón golpeándome en la garganta.

Me mantuvo la mirada un segundo más de lo que debería haber sido normal. Luego recogió uno de mis libros y me lo tendió.

—Debes de tener un talento especial para hacer entradas memorables —añadió.

Nuestros dedos tropezaron al pasarme el ejemplar, y bastó para encender algo inesperado en mi interior.

—Gracias —murmuré, bajando la vista. No podía sostenerle los ojos otra vez.

Justo cuando pensé que habíamos terminado, se agachó de nuevo y recogió una hoja arrugada del suelo.

—Esto también es tuyo —dijo, alargando el papel, pero sin soltarlo de inmediato.

Lo reconocí en cuanto lo vi. Era la nota. La frase seguía ahí, subrayada a lápiz.

Tragué saliva.

Me noté el pulso acelerado sin razón aparente.

—Sí... —pronuncié, aunque no sabía si me refería al papel o a todo lo que acababa de pasar.

Él se incorporó. Se pasó una mano por la nuca, como si estuviera a punto de decir algo. Pero no lo hizo.

Me quedé quieta, con la hoja entre los dedos y esa frase repitiéndose en mi cabeza. Ya no era solo tinta sobre papel.

Sacudí la cabeza y eché a andar.

La noche caía despacio; el cielo se teñía de tonos naranjas que se fundían con el azul, y fue entonces cuando noté el rugido en el estómago. Apenas había comido en todo el día, y el aroma tentador que salía de una pequeña pizzería me obligó a detenerme.

Compré una porción de salami, queso, tomate y orégano que se exhibía en el mostrador y la mordí incluso antes de encontrar donde sentarme.

La calle estaba cada vez más tranquila a medida que avanzaba de vuelta a casa. Las luces cálidas de las farolas proyectaban sombras alargadas sobre el pavimento, y aunque la fatiga del día pesaba en mi cuerpo, una inquietud nueva me agitaba por dentro.

Entonces lo decidí. Tal vez era el agotamiento nublando mi juicio, o el impulso de querer vivirlo todo. Pero esa noche, iba a salir.

Mientras cruzaba la acera hacia mi edificio, imaginé cómo sería ese verano, soñando, como siempre.

Nada de lo que imaginé se cumplió.

Pero todo lo que viví fue mucho mejor. ☽

-4-

Ocean Bar

Miércoles, 5 de julio de 2023

La música llenaba cada rincón del apartamento, vibrando contra las paredes con los éxitos del verano. El volumen, justo al borde de lo aceptable, marcaba el inicio de la noche.

Bruna parecía estar en su salsa, rebuscando entre las prendas de mi armario como una arqueóloga en busca de tesoros perdidos. Había ropa esparcida por todas partes: sobre la cama, las sillas e incluso el respaldo del sofá.

—¿Por qué tienes tantas camisetas blancas? —preguntó, levantando una con desdén.

—Porque son cómodas —respondí, chasqueando la lengua al tiempo que me ponía una de ellas. La acompañé con una falda vaporosa a juego, pensando que con un par de sandalias quedaría presentable.

Me escaneó de arriba abajo y asintió como quien aprueba un trabajo justo en el límite.

—Simple, pero efectivo. Sabía que no ibas a arriesgarte más, pero al menos no llevas vaqueros.

Ella, en cambio, parecía salida del videoclip de *Halo*: se enfundó en un vestido color café que abrazaba su figura con descaro. Yo no habría tenido el valor de usarlo ni disfrazada.

—No me mires así, tú no tienes nada que envidiarme —lanzó, como si leyera mis pensamientos al vuelo.

Y lo cierto es que tenía razón. Yo también tenía mis curvas. Tal vez no tan esculpidas como las suyas, pero se notaban. Mis amigas siempre decían que tenía unas piernas bonitas y un escote que no pasaba desapercibido. Aunque, para ser sincera, nunca había sabido muy bien qué hacer con todo eso.

Pensé en ellas, en nuestras noches de risas interminables en bares pequeños, donde el plan siempre era el mismo: pedir lo más barato, reír

hasta que nos echaran o hasta que el miedo a perder el último metro nos obligara a volver.

Sabía que, al mudarme, nuestras llamadas se volverían más breves, más espaciadas. Todas trabajaban a horarios distintos y, aunque el cariño seguía intacto, algo se perdía con la distancia. Me pregunté si con Bruna llegaría a tener esa complicidad. Si alguna noche, como aquellas, también acabaríamos riéndonos hasta doler.

—Recuerda, Olivia, aquí no estás en Londres, nosotras somos más atrevidas —me lanzó un top brillante que ella misma había descartado.

Justo entonces empezó a sonar *Lush Life*. Una señal, quizá. Nuestros ojos coincidieron en el espejo: ella parecía lista para subirse a un escenario. Yo, no iba tan glamurosa, pero me sentí segura. Y a veces, eso basta para salir al mundo.

Ocean no prometía gran cosa por fuera. Un bar cualquiera, con un cartel medio fundido y un par de bombillas que titilaban al borde del colapso. Pero, según Bruna, era uno de los lugares de moda. Y su entusiasmo era tan firme que me hizo dudar de mis propios prejuicios.

Un hombre corpulento, embutido en una camiseta varias tallas más pequeña de lo recomendable, y con gafas de sol a pesar de la hora, nos estampó un sello deslucido en la mano y nos dejó pasar.

En cuanto cruzamos el umbral, una oleada de calor y ruido nos envolvió. Nunca había sentido el bochorno de un bar abarrotado en pleno verano. Nuestro primer impulso fue correr a la barra en busca de algo con hielo. Urgente.

El camarero, como era de esperar, me echó una ojeada de refilón. Toda su atención estaba puesta en mi compañera de fiesta, o más bien, en su escote pronunciado. Ella le devolvió una sonrisa descarada, encantada con el juego.

Yo, en cambio, esperé con paciencia a que reparara en mí, solo para que, lo primero que hiciera fuera pedirme el carnet.

No me sorprendió. Estaba acostumbrada. Siempre me habían dicho que aparentaba menos, y con mis escasos 160 centímetros y cara de niña, como solían llamarla, ya ni siquiera discutía. Se lo mostré sin decir palabra, con un gruñido sordo que no llegó a oír.

Con las cervezas en alto, esquivamos empujones hasta colarnos frente al escenario. El reggae lo inundaba todo, vibrando en el pecho, aflojándome los hombros sin que me diera cuenta. Era un contraste brutal con las discotecas inglesas que solía frecuentar, atiborradas de Derulo, Calvin Harris y The Weeknd.

El ambiente era único; unos iban de manual Bob Marley: rastas, camisas holgadas, pantalones arrastrando. Otros, más normales, como yo, lo que me dio cierto respiro al principio. Pero al final dejé de fijarme en lo que había alrededor. La música me tragó y me encontré flotando en ella.

Fue entonces cuando Bruna me agarró del brazo y me llevó hacia un pequeño grupo.

La primera en saludar fue Sabela, bajita, de cabello castaño y moño tirante. Tenía esa energía vivaz de la gente que organiza planes incluso sin quererlo. A su lado, Marco —más callado, de cabello rapado y expresión despistada— parecía su polo opuesto, pero aun con sus diferencias, se movían con esa sincronía típica de las parejas que se roban las patatas fritas sin pedir permiso. Ambos eran de Monterrey, igual que Bruna, lo que explicaba la conexión entre ellos.

Detrás de ellos, Ryan: tan alto que tuve que ponerme de puntillas para saludar. Tenía pinta del tipo que responde los mensajes dos semanas tarde, si es que lo hace. Llevaba una gorra con el nombre de Los Ángeles bordado, y masticaba chicle sin descanso haciendo que su presencia me resultara un poco irritante.

Al saludarlos, seguí bailando al ritmo de *Sweat*. No sabía si era porque la canción era realmente buena o porque la segunda cerveza empezaba a hacer efecto, pero en ese momento me pareció la mejor melodía del universo.

Conforme avanzaba la noche, el local comenzó a llenarse aún más, y empecé a sentirme algo abrumada; se lo comenté a Bruna y a la pareja, y acordamos salir un rato a tomar el aire.

Nos acomodamos en la entrada, buscando un respiro, mientras el grupo debatía qué hacer con el resto de la noche. Fue entonces cuando Ryan —el chico de la gorra, que hasta ese momento había vagado como alma en pena — terminó uniéndose a nosotros.

Enseguida surgió la típica discusión: ¿seguir con la fiesta o darla por terminada? Yo le susurré a Bruna que no tenía ganas de seguir bebiendo. Nunca me había entusiasmado demasiado, y menos entre semana.

Antes de que tomaran una decisión, les avisé que iba al baño. Crucé de nuevo al interior del local, aún sofocada por ese calor pegajoso que parecía haberse quedado adherido a mi piel.

Salí distraída, con la cabeza en cualquier parte menos en el camino, y choqué de lleno con alguien que venía en dirección contraria. El golpe me sacudió por completo; perdí el equilibrio y acabé en el suelo, con la falda arrugada y el corazón desbocado.

—¿En serio? —mascullé, intentando recomponerme sin enseñar de más.

Una mano apareció frente a mí, firme, esperando. La tomé sin pensar, y él me levantó con tanta facilidad que tardé un instante en darme cuenta de lo que pasaba. Solo cuando alcé la vista, lo reconocí.

El chico de la biblioteca. El de los ojos difíciles de olvidar.

Camiseta blanca. Vaqueros gastados. Y, aun así, destacaba; parecía sacado de otro escenario, uno más interesante. Nuestros ojos se cruzaron apenas un instante, suficiente para que un cosquilleo me subiera por la cara hasta las orejas.

Él también pareció reconocerme. Seguía siendo tan atractivo como lo recordaba, aunque no de forma típica: no solo un chico lindo ni uno de esos tipos rudos; era una mezcla inesperada de ambos. Alto, del tipo que alcanza el estante más alto sin pedir ayuda y que te deja sin palabras sin proponérselo.

—¿Estás bien?

—Sí… creo que sí —dije, sacudiendo el polvo imaginario de la falda.

Se pasó una mano por la nuca. Ese gesto otra vez.

—Primero los libros… ahora esto. Empiezo a pensar que estás empeñada en chocar conmigo cada vez que nos vemos.

—O tú conmigo —respondí, con una sonrisa temblorosa. Sentí un vuelco en el estómago. O quizás era solo el calor, un sofoco que no podía controlar.

Lo observé, haciendo un esfuerzo por apartar la vista de esos ojos de un color tan profundo como el cielo de noche.

De repente, Bruna apareció entre los dos, disipando esa atmósfera un tanto extraña que había empezado a formarse.

—¿Lo has invitado a venir con nosotras? —preguntó, mirándome, aunque la pregunta iba dirigida a él.

La fulminé con la mirada, pero Bruna ni pestañeó.

—¿Cómo te llamas?

—Jake —respondió él, sin apartar los ojos de mí.

—Yo soy Bruna, y ella es Olivia —añadió, señalándome—. La experta en caídas poco discretas. He visto la tuya.

—No ha sido culpa suya.

—Entonces, ¿te animas? —insistió Bruna—. Vamos a seguir la fiesta en un sitio cerca de aquí.

No podía creer lo que escuchaba. Hacía apenas dos minutos había dicho que quería volver a casa. ¿Por qué le insistía tanto?

Me descubrí jugueteando con la cremallera del bolso, sin entender por qué aquella situación me ponía tan nerviosa.

—Supongo que mis amigos ya se habrán ido. Puedo ir con vosotros un rato.

No esperaba que aceptara, pero mi nueva amiga parecía tener un talento especial para persuadir.

Durante el camino al bar, no dejó de bombardearlo con preguntas. Y aunque me repetía que no iba a prestar atención, lo cierto es que no podía evitarlo. Me incomodaba un poco su insistencia, pero al menos eso me permitía saber más sobre él: era de San Diego, trabajaba en una pizzería para pagarse los estudios... aunque todavía no había dicho qué se trataban.

A nuestro alrededor, los amigos de Bruna discutían con el chico pasota de Los Ángeles, que al parecer era reportero en un programa local.

No conseguía seguirles el hilo. Mis pensamientos se habían quedado atrapados en la otra conversación: el chico nuevo, sus respuestas pausadas, esa voz grave que se mezclaba con el murmullo de la ciudad. Cada vez que hablaba, algo en mí se activaba con ganas de atrapar cada palabra. Había en él una forma de estar —tranquila, segura y, sobre todo, distante— que me intrigaba más de lo que quería admitir.

Al doblar la esquina, bastó una ojeada para descubrir que la discoteca estaba cerrada. Entonces, los amigos de Bruna propusieron otro plan: comprar algo de beber y regresar al pequeño apartamento de la pareja.

El piso era minúsculo, de esos donde el aire huele a pizza recalentada y vida a medio hacer. Había mochilas abiertas por todas partes, colillas apagadas en un vaso de cristal y ropa que parecía haberse rendido al suelo.

Sin más, agarraron las llaves de la azotea y subimos.

Y entonces, al abrir la puerta, todo cambió.

El lugar me envolvió sin previo aviso: luces colgaban por todas partes, y una piscina iluminada dominaba el centro.

Me quedé con la boca entreabierta y una sonrisa escapándose sin permiso. Desde allí, la ciudad se desplegaba ante mí, con los rascacielos rozando el cielo y las estrellas colándose tímidas entre los tejados.

De reojo, lo vi. Jake me observaba. Sonreía. Y sí, por si me faltaba algo, tenía hoyuelos. Perfecto. Justo lo que necesitaba: una nueva debilidad.

A nuestro alrededor, la gente caminaba hacia las tumbonas sin sorprenderse por aquellas vistas.

El chico de Los Ángeles trasteaba una radio portátil que había subido del piso. Tarareaba mientras buscaba una emisora y, cuando por fin la encontró, la dejó sonar antes de colocar el aparato en el suelo.

Vi a Bruna guiar a Jake hacia su grupo, riendo de algo que no alcancé a oír. Me alejé antes de decidir si quería hacerlo y elegí una tumbona en una de

las esquinas más apartadas de la azotea.

No quería estar cerca. No quería confirmar con mis propios ojos que él también había notado lo guapa que era.

Me senté abrazando las piernas, dejando que la música se mezclara con el murmullo lejano de San Diego.

Cerré los ojos.

—¿Siempre eliges los rincones más escondidos, o es solo hoy? —preguntó, dejándose caer a mi lado.

Me obligué a no sonreír. Él no tenía por qué saber que su presencia me revolvía más de lo que estaba dispuesta a admitir. ☽



-5-

Un libro siempre supera

una pelicula

Jake ya estaba sentado a mi lado, adueñándose sin esfuerzo de aquel rincón de la azotea. Había algo en la forma en que ocupaba el espacio, que alteraba el equilibrio de todo a mi alrededor.

Intenté parecer tranquila, pero mis manos se lanzaron a alisar la falda sin motivo; y, mi pulso, empeñado en delatarme, retumbaba con fuerza en las sienes.

Él se acomodó con una soltura casi ensayada. Apoyó el codo en el reposabrazos, la barbilla en la mano, y me sostuvo la mirada.

—¿Cuándo llegaste a California?

—Supongo que mi acento británico me ha delatado.

—Desde el primer momento.

Soltó una carcajada que rompió la tensión. Y, otra vez, esos malditos hoyuelos… como si supieran cuándo aparecer.

—No tienes que avergonzarte —añadió, sonriendo—. Me parece sexy.

Mis ojos bajaron hacia sus labios y una calidez inexplicable se abrió paso en mi pecho.

—Pues eres el primero —admití, clavando los ojos en mis pies.

—¿En serio?

—Es la primera vez que salgo de Europa —añadí, buscando una salida que no fuera tan directa. Algo seguro, que no me expusiera a ese modo de verme.

—No pasa nada. Yo nunca he salido de América.

—Eso es distinto, América es enorme —traté de sonar casual, aunque el temblor en mi voz me delataba. Me crucé de brazos, un gesto inútil para

ocultar mi nerviosismo—. Y sobre tu pregunta, llegué hace poco.

Él se recostó un poco más en el asiento, sin romper el contacto visual.

—Al menos tú ya cruzaste el charco. Yo siempre he querido viajar por Europa. Desde hace años sueño con perderme por ella en una caravana o con una mochila enorme, quedándome en pensiones cutres que seguro darían lugar a grandes historias.

—Eso suena increíble... —confesé, apoyando las manos en las rodillas, toda mi atención puesta en él.

—Como el libro *Hacia rutas salvajes* —se volvió hacia mí—. Trata sobre un chico americano que se fuga para explorar el mundo y acaba en Alaska. El final es un poco triste, no quiero hacerte *spoiler*, apuesto a que no sabes de qué te hablo.

—Sí, lo he leído.

Me observó con los ojos bien abiertos como si no lo hubiera esperado de mí.

—Creo que es uno de esos libros que te hacen replantearte todo —dijo, bajando el tono—. Te remueve cosas que ni sabías que estaban ahí.

Eso me hizo pensar en todas las aventuras que había vivido, y en cómo la mayoría solo existían en papel.

—Escribir también te lleva lejos.

—¿Te refieres a inventar historias? —preguntó pasándose el dedo índice por la sien.

—Sí. Siempre ha estado ahí. En los días grises, en los altibajos. A veces, las palabras me ayudan a entender lo que siento, incluso si no lo estoy viviendo del todo —dije, bajando un poco la guardia.

—Siempre he querido pensar que la vida tiene algo de esa aventura que leemos en los libros… aunque últimamente los capítulos se sienten un poco perdidos —dijo, con los labios curvados en un gesto que no terminó de alcanzar sus ojos.

Fruncí el ceño y me acerqué un poco, con una pregunta a medio formar en la garganta. Pero antes de que pudiera abrir la boca, él se puso de pie, con ese brillo travieso de alguien a punto de hacer una trastada.

—¿Nos damos un chapuzón?

Mi mandíbula cayó.

—Ni hablar. Seguro que el agua está helada y, además, no tengo bikini —protesté, sintiéndome expuesta.

—¡Vamos! Estás en tu sueño americano, ¿no? Hay que arriesgarse. Apuesto a que en tu país el agua está más fría que aquí.

—Tienes razón, seguro que sí —admití, intentaba disimular el cosquilleo raro en la boca del estómago.

Meterme en una piscina con un desconocido habría sido impensable para la siempre responsable y algo aburrida Olivia. Pero algo en mí estaba cambiando, o al menos quería creerlo. Había ido allí para explorar y desafiarme, para dar ese giro que tanto necesitaba.

—Vamos, no te lo pienses —me instó, con una seguridad que impregnaba cada palabra.

—Está bien, pero solo voy a meter las piernas —cedí, arrugando un poco la nariz.

Jake alzó una ceja, sin terminar de creérselo.

«¿Y si piensa que soy demasiado lanzada cuando es todo lo contrario?». Sacudí la cabeza para despejar ese pensamiento. «Apenas lo conozco, ¿qué más da?».

Comencé a descalzarme. No llevaba bañador, así que me dejé la camiseta y la falda, esa que me había dado más de un mal rato ese día.

Me senté en el borde de la piscina y, con un pequeño escalofrío, hundí los pies en el agua, dejando que el frescor me despertara poco a poco.

De pronto lo sentí. Una mano empujándome por la espalda.

—¡Oye! —alcancé a chillar justo antes de que el agua me engullera.

El golpe contra la superficie me hizo hundirme por completo, y al intentar respirar, terminé con la boca llena de cloro. Salí a flote tosiendo, con la garganta en llamas.

—¡No tenía que haberme fiado de ti! —le espeté, dando una palmada al agua con más rabia que fuerza.

Los dos quedamos flotando en el agua. Él se había tirado justo después de empujarme.

Mi camiseta blanca se pegó al pecho como una segunda piel. Me cubrí por instinto, pero sus ojos ya habían llegado antes que mis brazos.

Nuestras miradas se cruzaron. Él tragó saliva y se rascó el antebrazo.

—¿Tienes frío?

No le respondí. En lugar de eso, metí la mano en el agua y le salpiqué directo a la cara.

—¡Te vas a enterar! —vociferó, con la risa vibrándole en la voz, y antes de que pudiera huir, me agarró por la cintura y me hundió bajo el agua.

Salí a la superficie tosiendo, con el pelo pegado a la cara, pero no me rendí. Le devolví la jugada, aunque su ventaja era evidente. Tenía más fuerza, más control, y yo... bueno, yo solo tenía mi orgullo.

Acabamos envueltos en una especie de guerra de agua intensa, entre chapoteos y amenazas que ninguno pensaba cumplir. Cuando por fin nos rendimos, jadeando, estábamos empapados, sin aliento, con el corazón a mil y la piel ardiendo a pesar del agua fría.

En mitad de esa pelea me di cuenta de que no podía dejar de mirar sus labios. Su sonrisa me resultaba familiar, pero al mismo tiempo me provocaba sensaciones extrañas en la tripa.

—¿Te gustan los cómics? —lanzó sin venir a cuento.

Puse cara de no entender nada, agarrándome a la escalera de la piscina e intentando salir con un mínimo de dignidad.

—¿Puedes darte la vuelta?

Lo observé girarse. Al principio obedeció, aunque justo antes de girar la cabeza de nuevo, me buscó de reojo.

Me envolví con rapidez en una de las toallas apiladas junto a la tumbona y me senté otra vez en el borde de la piscina, con el agua aún resbalando por mis muñecas y el corazón disparado.

—Ya puedes mirar de una vez —anuncié.

Él se volvió y avanzó hasta mí, apoyando los brazos en el bordillo y dejando caer el peso del cuerpo en una postura relajada.

—Es una pregunta simple: ¿te gustan los cómics?

No entendía por qué la insistencia.

—Bueno, me gusta leer y sí, de vez en cuando cae alguno. Cuando era más pequeña, era mucho más fanática que ahora —respondí, restándole importancia.

—Daba por hecho que te gusta leer; muy poca gente visita esa biblioteca tan antigua. Me resultó curioso encontrarte allí hoy. —Se pasó la mano por el flequillo mojado que le caía casi por los ojos y apoyó la barbilla en sus brazos—. Este finde hay un evento llamado Comic-Con.

—Ya soy socia en esa biblioteca —me reí entre dientes—. Creo que un libro siempre supera a una película. En ellos puedes dejar volar la imaginación. Yo... quiero ser escritora algún día.

Me tensé de inmediato, llevando una mano a la boca. Era la primera vez que compartía algo así con alguien que no fuera mi hermano o mis padres.

—Entonces deberías ir al evento. Te encantaría. —Se impulsó fuera de la piscina con un solo movimiento, el agua resbalaba por sus brazos y espalda, brillando bajo las luces cálidas de los farolillos que colgaban alrededor.

No lo había visto meterse antes, y verlo así me pilló desprevenida. Solo llevaba unos bóxers negros, pegados a su piel mojada. Su complexión

delgada realzaba unos músculos definidos sin esfuerzo, lo justo para incendiar la imaginación de quien lo mirara.

Era imposible no fijarse en la línea en forma de «uve» que descendía por su abdomen, asomando justo donde la toalla dejaba de cubrir. Tragué saliva, consciente de que acababa de añadir otra debilidad peligrosa a la lista.

Tosí, intentando recuperar la compostura. Tragar saliva fue más complicado de lo que debería.

Él agarró otra toalla de las que estaban apiladas, y comenzó a secarse el rostro. Aproveché para recogerme el cabello detrás de las orejas y aclarar la garganta.

—¿Y cuál es tu libro favorito, escritora?

Mi cuerpo titiritaba, pero no sabía si era por el frío o por tener toda su atención puesta en mí.

—Déjame adivinar, ¿es de amor? —añadió con ese aire burlón que parecía venirle de serie, haciéndose un nudo descuidado con la toalla blanca alrededor de la cintura antes de dejarse caer a mi lado.

—Eso es trampa. Ya viste las novelas románticas que cogí prestadas esta tarde.

Jake me alcanzó otra toalla, y en vez de quedármela solo para mí, me desplacé un poco para compartirla. Él sujetó el otro extremo y se lo echó por los hombros. La tela nos unía, y quedamos tan cerca que el calor de su cuerpo contrastaba con el frescor de la noche.

—Me gustan las historias pastelosas—admití—. Pero no creo que ese amor apasionado de los libros exista de verdad. La mayoría de las veces… acaba mal.

—Pareces muy segura de eso.

Quizás había sonado más dolida de lo que pretendía, y lo cierto era que, en el fondo, lo estaba. Pero no quería que eso fuera lo primero que alguien nuevo supiera de mí.

—¿Y a ti qué te gusta leer? —pregunté, acurrucándome un poco más bajo la toalla.

—Leo un poco de todo, pero *Cumbres Borrascosas* es de mis favoritas.

—No me imaginaba que alguien como tú leyera algo tan… dramático.

Jake ladeó la cabeza con aire juguetón.

—¿Alguien como yo?

—Ya sabes —hice un gesto vago con la mano, buscando una palabra que no sonara ofensiva—. Alguien con pinta de preferir las fiestas y empujar a chicas inocentes a piscinas a pasarse noches leyendo.

—Primero con este calor, lo de la piscina fue del todo necesario, y segundo, esa novela tiene más intensidad que muchas fiestas, créeme.

—Lo dices y suenas muy Heathcliff —bromeé, con la curiosidad encendida.

—Creo que todos tenemos un poco de Heathcliff y Catherine dentro. Solo depende de quién saque qué parte.

Sentí como aquella conversación ligera había derivado en algo más profundo, sin que ninguno lo planeara. Me removí bajo la toalla, tratando de disimular el torbellino de emociones que comenzaba a agitarse dentro de mí.

—Tal vez me estés convenciendo para releerla —admití al final.

—Si eso pasa, creo que habré ganado esta noche —dijo con un guiño juguetón.

Su energía siempre parecía estar entre lo casual y lo intenso, y yo no sabía si quería alejarme de ella o dejarme llevar por completo.

—Por cierto, ¿por qué traes novelas de amor a las fiestas? —preguntó, señalando mi bolso, donde el libro asomaba.

—¡Eres un tramposo! —reí, dándole un manotazo en el hombro.

Había mencionado el título porque lo había visto antes, aunque, por lo que contó después, conocía bien la historia, y eso me sorprendió todavía más.

—Soy observador, no tramposo —replicó, mordiéndose el labio con una sonrisa torcida—. A mí también me gustan los libros, aunque ya no lea tanto.

—Es el que estamos analizando en clase.

—No me importaría leerlo otra vez y ayudarte. ¿Dónde estudias?

Su pregunta parecía inofensiva, pero había algo en su voz que sonaba prometedor, aunque a esas alturas, cualquier cosa que saliera de su boca me lo parecía.

—Queensbury —carraspeé.

Sus ojos se entrecerraron y una sonrisa lenta, distinta a las anteriores, se abrió paso en sus labios.

—¿Y tú, estás estudiando? —pregunté, obviando lo que le había contado a Bruna.

—Digamos que sí.

—¿Eso es un sí o un «me invento excusas»?

—Voy a Queensbury también, pero no me verás mucho por allí —respondió, encogiéndose de hombros—. El trabajo me tiene fichado.

La coincidencia me impactó más de lo que debería. ¿También iba a Queensbury? Me quedé callada, intentando procesarlo. Tal vez era verdad. O

tal vez solo era otra de sus frases de chico encantador, pero lo dijo sin fanfarria, sin buscar efecto.

Algo se me revolvió por dentro. No por desconfianza, sino por esa sensación peligrosa de que ese chico ya se me estaba colando dentro, aunque no lo conociera de nada.

—Pues deberías pasarte por clase más a menudo. Si no, ¿cómo vas a ayudarme con el libro? —repliqué, peleando con el fondo de mi bolso en busca del móvil.

La pantalla brilló. Una y treinta de la madrugada.

—Creo que es hora de irme. Mañana tengo clase y si llego con ojeras me va a tocar explicar por qué.

—Yo también debería largarme —respondió Jake, poniéndose de pie y comenzando a vestirse sin mucha prisa.

Y de nuevo, me obligué a concentrarme en la correa de mis sandalias. Era más fácil enfocarme en eso que lidiar con la atracción que comenzaba a sentir hacia él.

Caminamos juntos hacia el grupo de amigos de Bruna. Parecían demasiado agotados para reírse con ganas de los chistes del chico de la gorra; que ninguno, por cierto, tenía gracia alguna.

—Bruna estaba agotada y se bajó a dormir a mi habitación. Si tú también necesitas quedarte, no hay problema, ¿eh?

—Prefiero irme a casa —le respondí con un gesto amable—. Pero gracias por la oferta.

—Yo te llevo —intervino Jake.

Sabela jugueteó con la pulsera de su muñeca antes de volver la vista hacia él, con cara de embobada.

—No hace falta, puedo llamar a un taxi.

Ella se levantó y le hizo un gesto a los demás. Me despedí de los tres y comencé a caminar hacia la salida, acelerando el paso, pero no llegué lejos antes de que Jake me alcanzara.

—Andas muy rápido para tu altura, ¿no?

Bufé sin volver la cabeza hacia él y aceleré un poco más.

Vale. Puede que no fuera una modelo de Victoria's Secret, pero mi estatura me parecía más que decente.

—No lo decía a malas —añadió, igualando mi paso con una facilidad irritante—. Puedo llevarte, de verdad. Solo si no te importa subirte a… bueno, no sé si llamarlo coche, es más bien una camioneta hecha polvo. Estoy ahorrando para algo mejor.

Me frené y lo encaré con fingida seriedad, entrecerrando los ojos.

—¿Es esa con la que planeas recorrer Europa?

Jake se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás, y acompañó la carcajada con unas palmadas ruidosas.

—Muy graciosa, señorita. ¿Será capaz la futura célebre escritora de subirse al vehículo de un plebeyo americano? —dijo, terminando con una reverencia exagerada.

—Podría intentarlo. Si es solo una vez, no me matará —bromeé, arrugando la nariz.

La camioneta era tan alta que tuve que impulsarme con fuerza para subir. Jake me ayudó sujetándome de la cintura, y al hacerlo, contuve el aliento sin saber muy bien por qué.

Me acomodé en el asiento, intentando parecer relajada. Pero mientras la ciudad pasaba difuminada tras la ventanilla, solo pensaba en lo cerca que estaba su mano de la mía, sobre la palanca de cambios. Y en lo fácil que sería no apartarla si llegaba a rozarme.

Al cruzar uno de los puentes que nos llevaban hacia mi apartamento, Jake apagó la estación de radio y ajustó la frecuencia. Metió una vieja cinta. De repente, los acordes familiares de *Hotel California* comenzaron a llenar el coche.

{*On a dark desert highway*
Cool wind in my hair
Warm smell of colitas
Rising up through the air 🎶}

—Ese edificio de ahí... —señaló con la barbilla hacia la derecha. Un hotel enorme, de fachada blanca y tejado rojizo, se alzaba iluminado bajo el cielo oscuro—. Aquí se casaron mis padres. Es del que habla la canción.

Mis ojos se perdieron en el reflejo de la ventanilla. La ciudad parecía distinta con aquella canción de fondo. No era solo una melodía más, sino una historia vivida.

Aunque conocía la canción de memoria, esa noche la sentía diferente. Me quedé observando el Hotel Coronado, con sus balcones interminables y la playa extendiéndose más allá del horizonte.

—Es raro hacer de guía en mi propia ciudad —dijo Jake, evitándome al principio, hasta que por fin se atrevió a buscarme.

La tensión entre nosotros creció sin aviso, la noche nos empujaba a acercarnos. El motor se apagó con un ronroneo bajo, y ese detalle bastó para devolverme a la realidad.

Habíamos llegado a los Bay Apartments.

—Gracias por traerme, estaba más lejos de lo que pensaba —dije, desabrochando el cinturón.

—Yo agradezco la compañía —respondió, con una mano en el volante y los párpados entornados, calibrando mi reacción—. ¿Te recojo el viernes?

Mi corazón dio un pequeño salto que me negué a reconocer.

—Vale —respondí, y una sonrisa me traicionó por completo. La idea de pasar más tiempo con él me apetecía más de lo que quería admitir.

—A las ocho estaré aquí.

La puerta se cerró con un portazo involuntario, traicionando lo alterada que estaba.

Antes de entrar al edificio, volví la vista una última vez por encima del hombro y lo sorprendí con la atención todavía puesta en mí. El rugido del motor fue lo único que me acompañó al alejarme.

No necesité verme en el espejo del ascensor para saber que llevaba una expresión tonta en el rostro. Solo pensar en la cita había bastado para hacerme olvidar la cautela que intentaba imponerme. Pero ¿y si me estaba dejando llevar demasiado? La última vez que lo hice, todo terminó en desastre.

No tenía idea de qué mosca me había picado: tenía planes con alguien a quien apenas conocía, y eso no era propio de mí.

Me acosté con la sonrisa aún pegada. Una de esas que no se quitan fácil. Una que, lo supe entonces, podrían meterme en problemas. ☽

-6-

Drama Queens

Jueves, 6 de julio de 2023

Me estiré en la cama, aún atrapada entre el calor de las sábanas y los restos de un sueño quebrado.

El lado de Bruna estaba intacto, la almohada sin arrugar.

Me quedé viendo su cama, preguntándome si estaría bien. ¿Habría conseguido llegar al trabajo desde la casa de su amiga? Lo poco que sabía de ella me decía que lo tendría todo bajo control. Aun así, la preocupación se coló sin permiso.

Pero no tardó en ser desplazada por otro pensamiento.

O mejor dicho, por alguien.

Jake. Sus ojos, su sonrisa, y ese brillo casi insolente que aún llevaba grabado en la piel.

Lo que más me desconcertaba no era lo mucho que lo recordaba, sino lo que su recuerdo provocaba en mí: un aleteo justo en el centro del pecho.

—No puedes dejarte llevar otra vez, Olivia —susurré, con la vista perdida en el techo.

Una punzada repentina en la sien me recordó el pequeño exceso de la noche anterior.

Suspiré. Segundo día de clases, y algo dentro de mí —no sabía si era emoción o pura necesidad de orden— me empujaba a levantarme y ponerme en marcha.

Frente al armario, solté un bufido al recordar que no había preparado nada la noche anterior; para alguien como yo, eso rozaba el caos absoluto.

Tras unos segundos de indecisión, me decidí por unos vaqueros claros, y una camiseta negra básica: una compra milagrosa en un outlet de Harrods que, al menos, me hacía sentir lo bastante digna para enfrentar el mundo exterior.

Cuando bajé a la calle, me puse los auriculares para intentar despejar la mente. Caminé hacia los patinetes eléctricos que aguardaban en una esquina

cercana, subir a uno era un desafío que me había propuesto llevar a cabo para ahorrar tiempo y dinero.

Me sujeté al manillar con decisión, pero no tardé en darme cuenta de que la velocidad del aparato no era para novatos.

Un descuido bastó para que el patinete me mandara directo a la acera. Acabé sentada, con el trasero dolorido como souvenir.

Patinete 1, Olivia 0.

La rodilla izquierda se llevó la peor parte: un raspón que ardía más de lo que dolía. El vaquero se había rasgado justo ahí, dejando la piel enrojecida a la vista. Aun así, solo solté un quejido apagado, intentando no llamar la atención.

Sufrir en silencio… un talento que, para bien o para mal, había perfeccionado desde niña.

Me puse en pie, regañándome mentalmente. «Vamos, Olivia, no puedes dejar que un trozo de metal te humille así». Ajusté las manos en el manillar y encendí el motor.

Para mi sorpresa, arrancó sin protestar.

Los veinte minutos que duró el trayecto estuvieron marcados por el paisaje cambiante de San Diego: hileras grandes de palmeras, pequeños negocios locales y algunas aceras que dejaban mucho que desear en cuanto a mantenimiento.

El viento fresco en la cara y el sol de la mañana mitigaron un poco el dolor de mi rodilla, y para cuando llegué a Queensbury, ya había olvidado el incidente.

Dejé el patinete junto a una farola, uno de esos modelos *Bird* nuevos e insonoros que parecen salidos del futuro, esperando que alguien lo encontrara antes de que la batería muriera, y eché a andar hacia la entrada de la universidad.

Durante un instante, mi mente divagó hacia la posibilidad de encontrarme con Jake. La idea me produjo una emoción que no quería admitir ni siquiera para mí misma. Sin embargo, un vistazo rápido al campus confirmó que, de momento, no estaba por allí.

«Mejor así», pensé, tratando de centrarme en el día que tenía por delante.

Saludé a Paulo al entrar en clase. Ya estaba en la misma silla del día anterior, con su café medio vacío y cara de lunes, aunque fuera jueves.

Cuando el profesor estaba a punto de empezar, la puerta se abrió sin previo aviso.

Una chica irrumpió con paso apurado, la mochila colgando de un hombro y el aliento entrecortado. Alex valoraba la puntualidad —lo había

dejado claro—, pero era el segundo día y decidió pasarlo por alto, señalándole la única silla libre.

Justo a mi izquierda. No cruzamos palabra en ese momento, pero durante el descanso la vi parada cerca de la puerta, con la mirada dando vueltas por el aula, perdida. Dudé —yo no era precisamente la más extrovertida del universo—, pero algo me empujó a dar el paso. Me acerqué y le propuse que viniera con nosotros a la cafetería.

Aceptó enseguida y, mientras avanzábamos, me confesó que necesitaba al menos tres cafés por día para funcionar como ser humano. Me pareció un poco extremo, pero sonreí. Al final, cada uno sobrevive como puede.

Atravesamos el patio hasta llegar a la pequeña cafetería, un rincón moderno de tonos grises que desentonaba bastante con la rusticidad del campus. Las mesas estaban distribuidas sin mucho orden, como dejadas caer al azar.

Adentro olía a café fuerte y pan recién horneado; afuera, en la terraza, las sombrillas blancas combinaban con las tazas minimalistas que todos parecían tener en la mano.

Al caminar junto a ella, algo captó mi atención. Isabella, nacida en Bolonia pero criada en California, tenía una forma de andar como ligera, como si el suelo se adaptara a ella. El sol encendía las mechas doradas de su cabello castaño, y el tatuaje del brazo izquierdo —un ave en pleno vuelo— parecía a punto de despegar.

No era solo un adorno. Encajaba con ella de un modo tan natural que parecía formar parte de su historia. Y, sin querer, me recordó la mía. El motivo por el que estaba allí. El océano que había dejado atrás.

Paulo ya nos esperaba en una mesa del fondo, haciendo malabares con su café y teléfono. Al vernos llegar, se pasó una mano por el mentón poniendo cara de «¿y esta quién es?».

Le dediqué una sonrisa aliada, y me limité a presentar a la chica, que para nada parecía intimidada. De hecho, pidió un capuchino doble y empezó a hablar, formando ya parte del grupo.

Nos acomodamos en una de las mesas exteriores para aprovechar el sol. Después de vivir tantos días grises y húmedos en Inglaterra, me costaba creer que no fuera a llover de un momento a otro.

Cerré los ojos dejando que los rayos me calentaran las mejillas.

—¡Te vas a quedar dormida! —bromeó Paulo, dándome un codazo que me sacó de mi ensueño.

—Déjala, parece que necesita el sol más que las plantas —añadió Isabella, riendo y dando un largo sorbo al café.

Sonreí, entreabriendo los ojos.

—No estoy dormida, solo disfrutando de algo que no se ve tan seguido en Londres. ¿No os pasa que este sol os da energía?

—Energía no, calor sí —replicó Paulo, agitando la mano frente a su rostro intentando hacerse aire—. Necesito un ventilador portátil.

—O una piña colada. ¿Qué opinas, Olivia?

—Que este sol es un lujo y no pienso quejarme, aunque tampoco le haría ascos a un ventilador —admití.

—¡Qué guapo es Alex! —exclamó Isabella por tercera vez en lo que llevábamos de descanso. Cruzó las piernas y empezó a balancearlas en el aire —. ¿Creéis que tiene novia?

Paulo levantó un dedo con expresión seria, pero la risa le ganó enseguida.

—¿O novio?

—Podría ser. Pero ¿importa? —pregunté, tratando de cortar la conversación antes de que se nos fuera de las manos.

Justo entonces, la alarma de mi móvil sonó con puntualidad británica.

—Qué oportuno. —Paulo consultó el reloj de su muñeca—. Olivia, tan inglesa con sus horarios.

—Es para que no lleguemos tarde; estamos sentados en el banco más alejado, y ya sabéis que no pienso correr.

—Yo sí corro… es solo si hay bollos de por medio —dijo Paulo, saltando de su silla—. ¿Quién viene conmigo a la cafetería de nuevo?

—¡Me apunto! —gritó Isabella, alzando la mano—. Aunque ya siento las calorías acumulándose...

—*Shhh*. No las cuentes, disfrútalas —respondió Paulo meneando la cabeza mientras se echaba la mochila al hombro.

—Voy con vosotros —añadí, levantándome. Había algo reconfortante en seguirles; ese rincón soleado de la universidad empezaba a sentirse un poco mío también.

Entramos en la cantina y, tras soportar una larga fila repleta de estudiantes hambrientos —el descanso coincidía para todas las facultades—, cada uno eligió su antojo. Yo, rompiendo con todos mis hábitos, pedí un donut con la carita del Monstruo de las Galletas. Era infantil, colorido... y, por alguna razón, no me pude resistir.

Un pequeño gesto, insignificante quizá, pero que marcaba un cambio en la rutina de la siempre predecible Olivia. La misma que jamás fallaba a su inseparable pera como snack diario.

Sí, odiaba las manzanas; nunca había entendido cómo alguien podía disfrutar de ese sabor tan áspero. Sabía que no debía abusar del azúcar, pero

esa vez me lo permití sin remordimientos.

—¿Te has cogido uno con carita? —preguntó Isabella, con malicia en la voz.

A Paulo se le escapó una risotada que hizo que varias cabezas se giraran.

—Es adorable —respondí, con toda la dignidad que me quedaba—. No puedes decirme que no mejora tu día solo con verlo.

—Casi tanto como mi muffin gigante —añadió Paulo, alzando su trofeo de azúcar—. Aunque sospecho que se va a desintegrar dentro de mi mochila.

Caminamos de vuelta al aula con el azúcar todavía en la lengua y el eco de las risas flotando entre las columnas y nos instalamos al fondo.

Yo prefería los asientos del medio, pero esa batalla ya estaba perdida. Paulo insistía en que desde atrás se cotilleaba mejor, y nuestra nueva compañera no tardó en darle la razón.

—Entre tú, Isabella y yo, podríamos montar un podcast: *Drama Queens en Queensbury*. Nadie como nosotros para comentar vidas ajenas.

—El nombre lo tienes —añadió ella, riéndose—. Aunque lo raro es que Olivia, con lo callada que parece, haya acabado en este circo.

—Os compenso, para que no se vuelva una feria ambulante —respondí con fingido desdén.

La clase transcurrió rápido, y aunque disfrutaba de su compañía, cuando llegó la hora de despedirnos, sentí un extraño alivio. Quizás era la intensidad inagotable de Paulo e Isabella o el cansancio que llevaba arrastrando, pero mi cuerpo me pedía un descanso.

Drama Queens... Era un nombre que, aunque me sonaba un poco ridículo, describía bien esa pequeña burbuja que habíamos creado en cuestión de horas, algo que no era amistad todavía, pero se le parecía.

No éramos los más centrados ni los más callados, pero hacíamos que la universidad empezara a sentirse, poco a poco, como un lugar al que valía la pena ir.

Decidí volver caminando a casa, a pesar de que el trayecto me llevaría cerca de cuarenta minutos. No tenía prisa. Paseaba por las calles tranquilas, bordeando jardines cuidados al detalle y porches adornados con macetas llenas de flores que parecían vivir por puro cariño.

De vez en cuando, una conversación lejana o el ladrido de un perro rompían la quietud. Pero no lo suficiente como para sacarme de ese estado suspendido en el que todo parecía moverse en cámara lenta.

Sin darme cuenta, recordé las palabras de Jake de la noche anterior. Había algo en su forma de hablar, en esos destellos repentinos de sinceridad, que

seguía dándome vueltas por dentro, dejando una puerta entreabierta sin yo saber si asomarme o dar media vuelta.

Lo primero que hice al llegar fue dejar la mochila en la encimera y quitarme las zapatillas soltando un suspiro.

Preparé una ensalada envasada del supermercado, la clásica con más lechuga que sabor. Me senté en la mesa del comedor y empecé a mover el tenedor sin mucho ánimo. Estaba agotada, comí más por necesidad y obligación que por apetito.

Luego agarré el libro de clase, lo abrí por donde lo había dejado y me dejé caer en el sofá.

Leí tres frases. Las mismas tres frases. Una y otra vez. No entraban. No se quedaban.

Todo estaba quieto a mi alrededor, y el cansancio empezó a pesarme en los párpados. Cerré el libro sobre el pecho, me acomodé entre los cojines y dejé que el cuerpo se aflojara un poco.

Entonces, la puerta se abrió de golpe. ☽



-7-

Tiritas

—¡Oli! —exclamó Bruna, dejándose caer junto a mí en el sofá. El bolso salió volando de su hombro y acabó rodando hasta tocar la alfombra—. ¡Quiero todos los detalles de anoche!

El sofá protestó bajo su peso, y yo apenas tuve tiempo de enderezarme, aún sacudida por su entrada triunfal.

—¿Qué detalles? —pregunté fingiendo, ambas sabíamos perfectamente de qué iba todo eso.

—No te hagas la tonta —dijo, cruzándose de brazos—. Antes de que digas nada, lo siento por haberme quedado dormida. Estaba reventada después del día que tuve.

—Tranquila, no pasa nada.

—Bueno, suelta todo ya —insistió, con los ojos bien abiertos y los dedos repiqueteando sobre la pierna—. Te lo pasaste bien, ¿eh?

—Sí… estuvo bien.

—¡Ajá! —exclamó, señalándome—. El chico de ojos azules no te quitaba los ojos de encima.

Se quitó los zapatos y los empujó a un lado con el pie.

Y hablando de emociones fuertes… —añadió agitando las manos—. Mañana nos vamos a Las Vegas. Mía consiguió alojamiento y entradas para una *pool party* de esas que se agotan al toque.

—No creo que vaya —dije bajito, jugueteando con un mechón de pelo entre los dedos.

—¿Cómo que no? —respondió Bruna, frunciendo el ceño—. No te voy a dejar quedarte. Vale que Mía puede ser un poco intensa, pero seguro que te cae bien.

El aire me raspó la garganta antes de poder decirlo.

—Jake me invitó a un evento mañana, algo llamado Comic-Con.

—¡*Vaaaya*! Esas entradas no son nada baratas. Clarito: ese chico no juega, Oli.

—¿Tan caras son?

—Obvio. Y no parece de los que hacen este tipo de planes con cualquiera.

Sus palabras deberían haberme hecho ilusión, pero otra parte de mí seguía en guardia. ¿De verdad quería complicarme la vida de nuevo?

Bruna, al verme callada, me dio un empujoncito en el hombro.

—Hazme caso, esto suena al principio de una buena historia. Y si no, siempre puedes salir corriendo y llamarme para contármelo todo.

—Bueno, entonces… cuando volváis de Las Vegas, podríamos planear algo nosotras —dije, dándole una palmada al sofá para que se acercara.

—¡Hecho! Vamos a Las Vegas casi todos los meses, así que ya sabes; siempre hay una próxima vez.

—¿Qué te apetece hacer esta tarde? —pregunté, con una sonrisa ya más suelta.

—Película mala, helado y muchas risas. ¡Aunque si me das media hora, saco plan!

—*Mmm*... prefiero la primera opción.

—Sabía que dirías eso —se mofó al tiempo que sacaba el móvil—. ¿Chocolate o vainilla?

—¿Ambos? —respondí, guiñándole un ojo.

—Esta es mi chica. ¿Te parece bien *El diario de Noah*? Ya haré la maleta más tarde.

—No te lo vas a creer, pero nunca la he visto.

Las pupilas de Bruna subieron al techo, implorando paciencia al universo.

—Eso es un crimen, Olivia. Prepárate para llorar a moco tendido, bella.

«¿Era la única en el planeta Tierra que no la había visto?» Puede. Y sí, terminé cayendo de lleno. Me enganché a la historia desde el primer minuto, pero fue en la escena en la que Noah le enseña la casa que reconstruyó como ella había soñado —las contraventanas azules, el estudio para pintar, el porche frente al lago— cuando sentí que el aire se me quedó encallado en la garganta.

—Te lo advertí —se burló Bruna, alargándome un clínex.

—Sí, sí… —respondí con una risa floja, intentando disimular el huracán que acababa de atravesarme. A veces detestaba ser tan blanda.

Bruna se acurrucó en el sofá con los ojos aún húmedos y la tarrina de helado apoyada en el abdomen. Yo, en cambio, no aguanté quieta: me

levanté con unas ganas repentinas de aire. Cogí las deportivas y el móvil, y me fui a correr por la playa.

El calor pegajoso y el rumor de las olas todavía me resultaban extraños, pero ese nuevo ritmo empezaba a sentarme mejor de lo que habría imaginado.

Apenas llevaba cinco minutos trotando cuando el teléfono empezó a vibrar en mi riñonera.

El nombre de James parpadeó en la pantalla.

Sonreí. Mi hermano siempre estaba pendiente de mí, tenía como una especie de misión secreta para asegurarse de que todo marchara bien. Si mamá no llamaba, lo hacía él. Parecía que se turnaban, pero lo hacían desde el cariño, y nunca me había molestado.

Contesté animada, segura de que sería una charla casual. Ya tenía en mente una anécdota absurda de Paulo, un comentario sarcástico sobre el nuevo profesor de Fundamentos Humanísticos y hasta una queja sobre el calor insoportable de San Diego.

Pero la forma en que sonó al otro lado me descolocó.

—Olivia…

Él siempre solía acortar mi nombre. Me apoyé contra una farola; su luz amarillenta teñía el suelo, pero a mí el color se me escapaba de la cara. Apreté el móvil, y un cosquilleo frío me recorrió, como si mi cuerpo intuyera lo que venía.

—¿Qué pasa?

Hubo un silencio. Largo. Solo se escuchaba su respiración entrecortada.

—Amelia y yo… hemos terminado.

Y aunque ya lo sentía en los huesos desde que escuché su voz, la confirmación me cayó como un ladrillo en el estómago.

—¿Qué? ¿Pero cómo…?

—Oli, ni yo lo entiendo. Ayer cenábamos pizza en casa de sus padres y hoy me suelta que necesita espacio. Que lleva tiempo sintiéndose desconectada. Que quiere averiguar qué más hay en la vida. ¿Y qué hago yo con todo eso?

James, mi hermano mayor. El que siempre sabía cómo defenderme y hacerme reír después… estaba perdido. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

Recordé cuando me recogía del colegio con los cascos enredados alrededor del cuello y me dejaba elegir la canción del coche. Siempre elegía la más cursi solo para verlo hundir la frente en el volante

Me dolió escucharlo así. No por la ruptura, sino por lo desorientado que sonaba. Le habían quitado algo que ni siquiera sabía que podía perder.

—¿Y… cómo estás?

«Vaya estupidez de pregunta.» Me mordí el labio con fuerza. «¿Qué se dice en estos casos? Nunca imaginé que James y Amelia terminarían. Son la constante en todas mis ecuaciones. Mi referencia.»

—No lo sé… —confesó—. Siento que alguien apagó la luz y me dejó en una habitación desconocida.

—Entonces, hasta que vuelva la luz, yo me quedo aquí… con una linterna.

Él rio, un soplo mínimo que me hizo pensar que al fin bajaba la guardia.

—¿Linterna, eh?

—Sí. O con fuegos artificiales, si hace falta.

Durante el resto del camino le hablé de tonterías: del tatuaje de Isabella, de cómo empezaba a acostumbrarme al café de máquina, «pero solo un poco».

Cada broma era una tirita que le pegaba desde la distancia.

—Gracias, en serio —dijo al llegar a mi edificio—. Eres la única que consigue que no me sienta un fracaso total.

—Porque no lo eres. Estás en una pantalla en pausa, James, nada más.

—Tienes que escribir eso en uno de tus libros.

—Lo haré —sonreí—. Y te pondré en los agradecimientos. Con mayúsculas.

—Te quiero pequeña.

Me mordí el interior de la mejilla con el corazón en la garganta.

—Yo también te quiero, James.

Colgamos.

Todavía tenía sus palabras rondando en la cabeza cuando llegué al apartamento. Me dejé caer en el colchón, agarré mi diario negro de tapa dura y empecé a escribir.

No era solo lo que James había dicho; era lo que había callado. El dolor de la ruptura estaba ahí, pero lo que más me estremecía era ese otro miedo: el que aparece justo cuando te atreves a volver a sentir. Y yo lo entendía.

Hoy siento el mismo temor que arrastro desde Thomas. Él me mostró lo frágil que puede ser el amor, y lo fácil que se convierte en algo cruel. Confié, bajé la guardia, dejé que viera mis partes más vulnerables... y las usó contra mí. Me dejó sola cuando más lo necesitaba, y aún no sé si fue por crueldad o por cobardía. ¿Por qué arriesgarme otra vez? Cada vez que me imagino abriéndome, el miedo me detiene. No quiero convencerme de que

algo es real solo para verlo desmoronarse ante mis ojos. Esa caída no puedo permitírmela de nuevo.

Apoyé la frente en la mano y dejé el bolígrafo a un lado. Había ido hasta allí para empezar de nuevo, para centrarme en mi sueño de escribir, no para repetir errores. Quizás lo más sensato era mantener las distancias con Jake. Después de todo, no quería exponerme a otra cicatriz.

Agarré el teléfono y escribí a mi hermano:

[Olivia]: James, a veces hay que ponerse a salvo antes de saltar. Cuídate ahora. Y cuando estés listo para volver a intentarlo, me tendrás aquí, como siempre.

Me quedé mirando la pantalla un rato. Tal vez ese consejo no era solo para él. Tal vez, era el recordatorio que yo misma necesitaba. ☽

-8-

Comic-Con

Había programado la alarma más temprano de lo habitual, decidida a regalarme una ducha larga, sin prisas. Me puse un vestido camisero verde oscuro que, por alguna razón, siempre lograba hacerme sentir bien.

Quizás porque fue el regalo de James en mi último cumpleaños. Claro, después de semanas de señales nada sutiles: nombre de la tienda, talla, ubicación exacta en el escaparate. Pero igual, lo había comprado él. Y eso significaba algo.

Cerré el último botón y fui directa a la cocina. Me preparé un café rápido y lo acompañé con un trozo de bizcocho que todavía conservaba el aroma a vainilla.

Afuera, el cielo estaba limpio, la luz dorada lo envolvía todo y parecía anunciar un día con historia. California rara vez decepcionaba, pero había algo distinto en el aire. No sabía qué era, solo que lo sentía.

Cuando bajé al portal, el patinete seguía donde lo había dejado la noche anterior, encajado junto a la verja.

Me subí con cuidado y lo puse en marcha; aún me tambaleaba un poco pero ya no tenía que pensar tanto en cada movimiento. El equilibrio empezaba a surgir solo.

Llegué a la universidad sin un rasguño, y al bajarme, me sorprendí sonriendo. Por fin le había pillado el truco. Una tontería, sí… pero me dio un subidón inesperado. Poco a poco, todo empezaba a encajar.

Llevaba un rato en clase cuando Alex empezó a leer un fragmento de *Cumbres Borrascosas*.

Yo intentaba seguirle el ritmo, sumergirme en la tragedia de Catherine y Heathcliff, en ese amor que parecía consumirlos desde adentro pero mi concentración se deshacía y los murmullos a mi alrededor terminaron de romperla.

—¿Te enteraste del concurso de relatos cortos? —susurró alguien a mi derecha.

Levanté la vista del libro, todavía con los páramos ingleses pegados a la cabeza, y alcancé a oír parte de la conversación. Se estaba expandiendo rápido, como un secreto mal guardado.

El concurso era para toda la facultad y el premio incluía una beca y la publicación del relato ganador en la revista literaria. No era poca cosa.

Sentí una especie de chispazo, ese tipo de emoción que no se nota por fuera, pero que te sacude por dentro.

No tardé en meterme en la charla, y en cuestión de minutos ya sabía todo: fechas, requisitos, extensión máxima, y hasta qué profe lo organizaba.

Mis compañeros empezaron a lanzar ideas como en una tormenta creativa: protagonistas raros, finales que te dejan pensando, tramas sin romance, o con mucho.

Me encantaba *Cumbres Borrascosas*, en serio. Pero lo del concurso tenía algo que me tiraba fuerte. Una parte de mí ya estaba escribiendo en la mente sin haber tocado un teclado.

Apenas sonó el timbre, Isabella y Paulo aparecieron a mi lado. Paulo me dio un empujoncito en la espalda, lo justo para que supiera que no pensaban dejarme escapar.

—Nos hemos apuntado a la excursión a los estudios de Hollywood —anunció, aplaudiendo como si le hubieran dado el protagónico de una serie en Netflix.

—¿Te apuntas, Olivia? —añadió Isabella, arqueando una ceja por encima del marco de sus gafas, que resbalaron por su nariz hasta que las recolocó con un gesto automático.

—Pues… tengo que ponerme al día con algunas tareas —balbuceé, recogiéndome el pelo en una coleta improvisada, solo para ocupar las manos.

—¿Ni un ratito? Vamos… sería una tragedia que no vinieras —dramatizó Paulo, sacando puchero incluido.

Reí para aliviar la tensión.

—Tal vez la próxima vez —mentí. Era raro en mí, pero de alguna forma no me costó tanto como esperaba.

Isabella me clavó los ojos y su expresión pasó de la curiosidad a la ligera sospecha. Podía ver cómo sus ojos intentaban leerme, buscando un resquicio en mi respuesta.

—Te va a dar una úlcera de tanto estudiar —dijo Paulo. Y entonces, bajando la voz, añadió—: Igual viene Matteo.

Me volví hacia él, sin saber si había oído bien.

—¿Matteo?

—Sí, mi compañero de piso —respondió Paulo, tratando de esconder una sonrisilla—. Es de Nápoles, aunque lleva aquí un par de años. Ya sabes:

acento sexy, camisetas ajustadas, ese tipo de encanto italiano que hace estragos.

—¿Y por qué se apunta? ¿Le interesa la industria del cine?

—En teoría —dijo Paulo soplando un rizo que le caía en la frente—. Pero vamos, no sabe ni quién es Spielberg. Lo que pasa es que me oyó hablar de la excursión y me dijo que igual se apunta.

Isabella sonrió sin darle demasiada importancia, pero yo noté cómo Paulo evitaba cruzar nuestras miradas. Había algo más ahí, algo que lo tenía más nervioso de lo normal.

—Por lo que cuentas, si va… es por ti —repliqué con sorna.

—No sé... A veces me lo creo. Otras veces me suelta que sigue con su novia extranjera. Pero tú no has visto la forma en que me observa cuando cocino. Si eso no es amor, yo no sé qué es.

Isabella se echó a reír.

—Por favor, no me dejes sola con la «pareja».

—*Too late* —dije, levantando las manos en señal de derrota—. Estáis fatal.

—Pero nos adoras igual —añadió Paulo, guiñándome un ojo.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarnos —remató Isabella, mientras se alejaban discutiendo sobre qué outfits llevar «por si acaso».

Me quedé unos pasos atrás, observando cómo se alejaban entre bromas. ¿Y si era verdad? ¿Y si ese tal Matteo lo miraba diferente?

La curiosidad se me quedó cosida a los talones. Algún día querría conocerlo, verlos juntos... y entonces poder darle a Paulo mi opinión consolidada, que, conociéndolo, seguro la recibiría como si le estuviera leyendo los resultados de un estudio clínico.

Me descubrí sonriendo, aunque la culpa de no contarles la verdad me pinchaba por dentro, pero aún no estaba lista. ¿Y si todo salía mal? ¿Y si no era más que una ilusión que se deshacía al primer intento? Mejor guardarlo para mí.

El camino de vuelta se me hizo corto, aunque la cabeza seguía saltando entre ideas para el concurso y la imagen de Paulo intentando convencerme. Al subir las escaleras del edificio, la puerta del apartamento ya estaba entreabierta, y frente a ella, Bruna hablaba con una chica alta y rubia que no había visto antes.

Las dos parecían estar metidas en una charla animada. Supuse que, por fin, iba a conocer a la famosa, y hasta entonces misteriosa, tercera compañera de piso.

—Sabía que ibas a traer medio armario —refunfuñó Bruna, señalando tres maletas gigantes de un rosa fucsia imposible de ignorar. De la más

grande colgaba una cebra de peluche con un lazo plateado, y los logos estampados en cada maleta solo los había visto en revistas.

—No sabía cuántos días iba a durar el viaje —se excusó ella, repiqueteando los tacones rosas contra el pavimento.

Al notar mi presencia, ambas se giraron.

—Mía, te presento a Olivia, nuestra compañera de piso de Londres. Y Oli, esta es Mía... la reina de Florida —anunció Bruna entre broma y presentación oficial.

Mía me dio la mano con la misma energía de alguien que firma autógrafos por compromiso. Uñas largas, cubiertas de diminutas pedrerías, brillaban con cada giro medido de muñeca. Todo en ella parecía calculado: desde el brillo impecable de su piel hasta la pamela blanca a juego con su vestido vaporoso.

Al bajarse las gafas de sol, sus ojos azul grisáceo lo diseccionaron todo de un solo vistazo. Su belleza era llamativa, casi irreal. Una Barbie de carne y hueso, pero con unos ojos tan alerta que parecía vivir a la defensiva. Lo que más imponía era esa superioridad que arrastraba consigo, como si el mundo siempre la estuviera esperando.

Sentí esa vieja picazón interna, la que aparece cuando te comparas aunque no quieras. Mi melena castaña, un poco rebelde, y mi piel apenas bronceada me parecieron insoportablemente normales. Aun así, aparté el pensamiento y le devolví el saludo.

—Encantada —dije, esforzándome por no delatarme en la voz.

—¿Siempre es tan callada? —preguntó Mía, dándome un repaso rápido.

—Solo cuando está decidiendo si merece la pena hablar contigo —saltó Bruna antes de que pudiera responder, dándome un pequeño codazo para romper el hielo.

—Entonces espero haber pasado el filtro —replicó Mía, con los labios tensos, guardando una ironía que ardía en sus ojos.

Aproveché la excusa de organizar mis cosas de la uni para desaparecer discretamente. Empujé la puerta hasta sentirme a salvo y exhalé de golpe. «Las primeras impresiones no siempre cuentan», me repetí. Pero con Mía… iba a hacer falta paciencia.

Poco después, Bruna llamó a la puerta.

—Oli, nos vamos. ¡Disfruta a tope este finde! Y a la vuelta, quiero el informe completo de esa cita —dijo acercándose para darme un mini achuchón.

La acompañé hasta la entrada para despedirla.

—¿De verdad piensas sobrevivir a Las Vegas con solo dos maletas? —bromeé, señalando las que esperaban junto a la puerta.

—¡No cabía nada más en el maletero! —replicó Bruna entre carcajadas.

Mía, que estaba reajustando su pamela frente al espejo del pasillo, habló sin molestarse en mirarme.

—No necesito más. Dos son más que suficientes para un fin de semana. Aunque, Olivia, si alguna vez necesitas un par de consejos de estilo, estaré encantada de ayudarte.

—Gracias... lo tendré en cuenta.

Mía se giró hacia el ascensor mientras Bruna me daba otro abrazo rápido.

—Es más maja de lo que parece —me confió al oído antes de desaparecer tras las puertas que se cerraron con un leve *ding*.

Permanecí en el umbral, con las ideas girando sin control en mi cabeza. Mía era diferente a cualquier persona con la que hubiera convivido antes. Temí que, en el fondo, no fuera tan distinta a las chicas que me habían hecho sentir invisible en el instituto.

Cerré la puerta y caí rendida en el sofá, tratando de ahuyentar esos recuerdos, que, aunque lejanos, aún sabían doler. Pero no logré quedarme quieta mucho tiempo. El reloj avanzaba sin pausa y, a solo una hora de las ocho, la emoción se instalaba en mi estómago como un cosquilleo.

Para bajar revoluciones, puse una de mis listas de reproducción de pop, la misma que usaba al arreglarme para salir en Londres. En cuanto empezó la música, el baño se llenó de un ritmo familiar y, con él, todo pareció bajar un poco el volumen: el ruido mental y el murmullo constante de expectativas.

Me quedé frente al espejo más tiempo del previsto, con la toalla aún enredada en el pelo y los ojos vagando entre el reflejo y el interior del armario. Probé con un par de opciones, pero ninguna terminaba de convencerme. Algunas me hacían sentir disfrazada; otras, demasiado apagada. Hasta que lo vi.

El vestido negro.

Sencillo, ni muy ajustado ni muy holgado, de manga corta y con un largo perfecto, justo por encima de las rodillas. Lo combiné con unas sandalias negras de tacón, más altas de lo que solía usar. No eran las más cómodas, pero apenas me las puse, mi postura cambió. Me sentí distinta.

Terminaba la tarde cuando entré en el ascensor. Mientras bajaba, me retoqué los labios en el espejo. No solía maquillarme a diario, aunque si tenía que ir a una cita —y aunque aún no estaba segura de que lo fuera—, me gustaba hacerlo.

Las manos me traicionaban, pero el labial quedó en su sitio. Nada de brochazos torpes, solo un toque rosado que me devolvió algo de control.

Divisé su camioneta granate, inconfundible por los cristales tintados que oscurecían la parte trasera. Esa vez noté un detalle nuevo: uno de los faros delanteros estaba roto y, justo bajo la ventanilla del copiloto, una pegatina desteñida por el sol aún dejaba leer las palabras: *California Love*.

El claxon sonó dos veces.

—¡Vamos, escritora! —gritó Jake, asomando la cabeza por la ventanilla.

Me acerqué casi corriendo.

—Hoy vas a disfrutar de San Diego con un guía local y vas a vivir la mejor noche de tu vida —anunció, abriendo la puerta del copiloto desde dentro.

—Esas son muchas promesas —dije, frunciendo los labios al impulsarme para subir.

Ya dentro, me abroché el cinturón y acomodé uno de los aros de mis pendientes, que amenazaba con soltarse.

La camioneta olía a sol y a cuero. Había una chaqueta arrugada en el asiento trasero, una botella vacía rodando bajo mis pies y una revista doblada en uno de los compartimentos. Todo en desorden, pero no por descuido. Como él.

Jake me echó una ojeada breve, casi distraída.

—No esperaba que vinieras así.

—¿Así cómo?

—Como si te hubieras escapado de un sitio más elegante que esta camioneta.

No supe qué contestar. Solo sonreí, con el calor subiéndose por el cuello. Nuestros ojos se cruzaron apenas un segundo. El suficiente para hacerme perder el hilo de todo lo demás.

Después arrancó el motor con un rugido. Agradecí que se concentrara en la carretera: me regalaba un respiro… y la oportunidad de observarlo sin que lo notara.

La luz del vehículo lo dibujaba distinto, más cercano, más real. Me descubrí siguiendo el contorno de su mandíbula, hasta toparme con esa sonrisa lenta, descarada, que parecía hecha solo para provocarme.

Subí la mirada: sus ojos eran más oscuros de lo que recordaba, un azul que no reflejaba, sino que absorbía. Las pestañas, tupidas y negras, lo enmarcaban con una perfección casi injusta.

Lo vi tragar saliva, la garganta tensándose, y sentí que la mía hacía lo mismo, como si mi cuerpo lo imitara sin permiso. Entonces reparé en un

lunar bajo su oreja, como un secreto que solo yo acababa de descubrir.

Su perfume lo impregnaba todo: vainilla, sándalo… y algo más, imposible de nombrar, pero suficiente para acelerarme el pulso. Se me colaba por dentro hasta marearme un poco.

—¿Qué quieres escuchar?

Di un respingo y carraspeé, intentando disimular lo embobada que me había quedado.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, claro —balbuceé, acomodándome en el asiento.

Fingí concentrarme en la radio y empecé a saltar de canal en canal.

—La que sea está bien —comentó, y al estirar el brazo para subir un poco el volumen, su mano se topó con la mía.

Me quedé en la emisora que ya estaba puesta, justo cuando empezaban a hablar del evento al que íbamos. Según el locutor, era uno de los imperdibles del año.

A través del parabrisas, la ciudad empezó a desplegarse ante nosotros: farolas que se encendían en cadena y el rojo intermitente de los semáforos cuanto más nos acercábamos al centro.

Jake apagó el motor y caminamos juntos hacia el corazón de San Diego.

—No te he visto por la universidad —dije, dejando salir la pregunta que llevaba rondando mi cabeza desde que nos conocimos.

—Te dije que no lo harías. Estoy ocupado trabajando —respondió él, dando por sentado que esa explicación bastaba.

A pesar de mi creciente curiosidad, decidí no insistir.

—He hablado con una amiga, y me ha dicho que las entradas para este evento son muy caras —comenté, acompasando mi andar al suyo.

—Sí, lo son. Tu amiga no se equivoca —contestó él sin inmutarse.

—¿Cómo conseguiste dos? —pregunté con cautela—. Puedo pagarte la mía, no es necesario que me invites.

—No hace falta... no tenemos entradas.

Frené de golpe.

Mi mandíbula descendió como la puertecilla de un buzón de correo.

Él continuó andando unos pasos más; luego, se detuvo y me miró de soslayo, sin dejar de sonreír.

—Confía en mí. Es parte de la aventura —dijo, haciendo un gesto con la mano para que le siguiera.

Sentí la tripa encogerse al alcanzarlo.

Y en ese momento entendí que nada de lo que tenía planeado para esa noche iba a parecerse, ni de lejos, a lo que estaba por venir. ☽



-9-

Disfraces

Viernes, 7 de julio de 2023

—Vamos a intentar colarnos. Así será más divertido.

Jake lo largó con la tranquilidad de quien pide una pizza, no de quien planea colarse en un evento masivo.

Había logrado sacarme de quicio como la primera noche; definitivamente, era uno de sus talentos naturales.

Me detuve, frunciendo el ceño.

Al notarlo, se giró y me sujetó con suavidad por los hombros.

—Conozco a un tipo que trabaja allí. Lo tengo más o menos controlado.

Le dediqué una mirada escéptica.

—Me fiaré de ti… no me queda otra.

Me repasó de arriba abajo sin disimulo y se le formó un gesto burlón, marca registrada en él.

—Diría que no, pero has venido demasiado arreglada para escalar vallas.

—Ni hablar. He rechazado un plan estupendo para estar aquí, así que más te vale no meterme en líos.

—¡Era una broma! —dijo alzando las manos, fingiendo rendición—. Tranquila, escritora. No vas a escalar nada… al menos no hoy. Solo intentaba romper el hielo.

Le di un empujón en el brazo.

—¿Y qué plan tan estupendo has dejado escapar?

—Mis compañeras se han ido a Las Vegas a pasar el finde. Me ofrecieron ir con ellas —respondí, acomodando el asa del bolso que insistía en resbalarse de mi hombro.

—¿Las… Vegas? —repitió, saboreando cada sílaba—. Vaya. Ahora siento algo de presión. Espero estar a la altura.

—Yo también lo espero.

—Entonces será mejor que esta noche valga la pena, ¿no?

Si él supiera que ni siquiera me lo pensé. Seguro creería que estoy loca por rechazar una escapada a Las Vegas solo por pasar la noche con alguien a quien, técnicamente, acabo de conocer.

Los primeros diez minutos fueron soportables, pero pronto empecé a arrepentirme de haberme puesto tacones. No eran demasiado altos, pero lo justo para convertir cada paso en una pequeña tortura. Jake, en cambio, se movía con una facilidad envidiable dando zancadas.

Mis piernas ya flaqueaban, al borde de la rebelión, tratando de mantener el ritmo sin parecer ridícula.

—¿Todo bien? —preguntó Jake, echándome un vistazo rápido.

—Genial —mentí, bajando los ojos al suelo—. Disfrutando del paseo.

Nos detuvimos frente a una de las puertas del enorme centro de convenciones. Jake sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y sus dedos empezaron a volar sobre la pantalla. Lo cacé mordisqueándose una uña.

Reajusté las tiras de mis sandalias, deseando con todo tener una botella de agua, una silla… o, mejor aún, ambas cosas.

El móvil vibró poco después, y Jake lo guardó de inmediato.

—Vamos por aquí —dijo, señalando con la cabeza hacia una entrada lateral.

Llegamos a una puerta sin cartel, donde un chico alto, de hombros anchos y vestido de negro nos esperaba. Llevaba el pelo rapado y un auricular en la oreja que soltaba un zumbido, como el ruido de una radio mal sintonizada.

La seriedad de su rostro se deshizo en cuanto vio a Jake.

—Eh, ¿qué tal, tío? —exclamó, estrechando la mano de Jake y dándole una palmada en la espalda—. No esperaba tu mensaje. Me ha pillado por sorpresa.

—Vengo con mi amiga, Olivia —respondió Jake, atrayéndome hacia él con la mano en la espalda.

—Está complicado colaros —advirtió, barriendo el lugar con la vista—. Hoy la seguridad está a tope. Pero cuando esto se termine, todos se moverán al concierto del parque, en la avenida Royal.

—¿Seguro?

—Sí, lo de siempre: bandas locales, cerveza, luces, buen rollo… Todo el mundo acaba allí.

—Tiene buena pinta —contestó Jake—. Pero ¿y si no queremos esperar?

El chico soltó una risa socarrona.

—Si consigues entrar aquí antes de que cierren, te hago una reverencia. Pero en el concierto sí podré echaros un cable. Allí será más fácil mover hilos.

Jake le dio una palmada en el hombro antes de medio abrazarlo.

—Perfecto, tío, mil gracias.

—No hay de qué. Me dijiste que hoy era importante —respondió, guiñándole un ojo.

¿Lo habría dicho por mí? No tuve tiempo de procesarlo; Jake ya estaba en otra cosa.

—¿A qué hora empieza lo del parque?

—En un par de horas, más o menos. Pero no os preocupéis, el ambiente estará animado hasta tarde.

—Ya sé a dónde podemos ir ahora —dijo Jake tras despedirse del segurata.

Caminamos varias manzanas, dejando atrás las calles más transitadas. Nos detuvimos frente a un bar discreto, con un letrero cálido que iluminaba la entrada de madera oscura, desgastada por los años.

—Primero las damas —dijo Jake abriéndome la puerta.

El interior olía a cerveza y madera antigua. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y posters deportivos. Varias pantallas de televisión colgaban del techo, todas ellas sintonizadas en un partido de fútbol, el ambiente se llenaba de gritos y aplausos con cada tiro a puerta de alguno de los dos equipos.

Nos acercamos a la barra, decorada con banderillas de Inglaterra. Jake apoyó un codo en el borde.

—He pensado que podríamos tomarnos una cerveza aquí —dijo, revelando el plan que llevaba guardándose todo ese rato.

Me quedé mirando alrededor; el bar parecía sacado de otra época, y esa calidez inesperada me hizo soltar el aire que llevaba contenido.

—Puede que no sea la idea más original —añadió, hundiendo las manos en los bolsillos—. Supongo que estarás un poco cansada de pubs. Pero este está cerca del parque y me pareció buena opción.

—¡Qué va! Me encanta —respondí enseguida—. De hecho, me recuerda un poco a casa. ¿Qué pedimos?

Su cara se iluminó.

—¿Todavía confías en mí?

—Sí, seguro que conoces más cervezas que yo.

Jake hizo el pedido en la barra y yo me dirigí a una pequeña mesa con dos sillas colocadas frente a frente. Me senté y desde allí observé el lugar con más detenimiento.

No se parecía al típico bar inglés, ni por asomo; las banderas eran lo único que evocaba algo británico. Aun así, me gustó el detalle. Había algo en ese lugar, o quizás en su elección, que me hizo pensar que había querido que me sintiera cómoda.

Poco después, regresó con dos vasos de cerveza y esa sonrisa suya que parecía resistir incluso la penumbra del bar.

—Son diferentes —dijo al sentarse, girándolos hacia mí—. No quería arriesgarme a que una no te gustara. La que no te mole me la quedo yo.

El gesto me sorprendió. No lo había imaginado tan detallista, y eso me descolocó un poco.

—No hace falta que te esfuerces tanto —dije sin pensar.

Se le quebró la expresión.

—No es por eso. No soy tan bueno eligiendo, así que prefiero cubrir opciones.

Probé un sorbo de la cerveza rubia bajo su mirada atenta, esperando alguna señal.

—Esta es mi favorita —dije, señalándola.

Él me la empujó sin dudar y se quedó con la otra. En cuanto la tuvo en la mano, le dio un trago largo, y yo me recosté, saboreando la mía sin prisa.

—¿Siempre bebes así de rápido?

Jake apoyó los brazos sobre la mesa, acortando la distancia entre los dos.

—Me dijiste que no crees en el amor.

La frase me cayó como un mazazo. «¿De verdad saca eso ahora?».

Mis ojos se perdieron por el bar, buscando una salida, dudando entre soltar una evasiva o ir de frente.

—No lo sé… me cuesta creer que el amor verdadero exista. O que dure, al menos.

Jake bajó la vista, parecía estar procesando mis palabras.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Apoyó un codo en la mesa y dejó descansar la barbilla en la mano, sin concederme una escapatoria—. Si quieres contármelo, claro.

Dejé que mi atención vagara por el bar, con la lengua pegada al paladar, incapaz de tragar. Me quedé atrapada en las luces, en la gente, en cualquier detalle… hasta que, inevitablemente, volví a mirarlo.

Le di un sorbo a la cerveza, esperando que el amargor me devolviera algo de valor.

—No he tenido muchas experiencias, pero el único chico con el que estuve me engañó. Y no con una desconocida, sino con una persona muy cercana. Esa es la versión corta.

Me pasé la lengua por el labio de arriba para quitarme la espuma.

—Con una sola historia ya no crees en el amor… suena bastante radical. Pero está bien, no tienes que decir nada más si no quieres.

—Quizás algún día cambie de opinión... —admití—. Pero ¿sabías que una de cada dos parejas se separa?

—Entonces también hay otra mitad que no lo hace —chasqueó la lengua —. No está mal, ¿no?

Me gustó que no intentara arreglar nada. Solo estaba ahí, escuchando. Ni un minuto después, sus ojos se desviaron hacia algo a mi espalda.

—¿Sabes jugar al billar? —preguntó, señalando con la barbilla una mesa vieja que descansaba al fondo del local.

—Alguna vez he jugado. Hace años.

—Perfecto —dijo, ya poniéndose en pie—. Yo también soy malísimo, así que será justo.

Camino de la mesa, me pregunté si él creería en el amor. No pensaba en su pasado amoroso; eso lo daba por hecho. Con ese físico, seguro que tendría una lista de conquistas tan larga como peligrosa era su sonrisa.

La camiseta negra no hacía más que confirmar que el universo había sido generoso con él. Y ese gesto que repetía, mordiéndose el interior de la mejilla cuando pensaba, lo volvía difícil de descifrar.

Y atractivo, de una manera peligrosa.

Sentí un pinchazo molesto.

Sin embargo, lo olvidé tan pronto como se dio la vuelta para asegurarse de que lo seguía. Había algo en su mirada azul, como un desafío, que me desarmaba cada vez que lo sorprendía fijándose en mí.

Nos colocamos frente a frente. Él eligió las bolas lisas y yo las de rayas. Al principio, todo fue bastante igualado. Entre pullas y comentarios irónicos, nos íbamos tanteando sin prisa.

Me estaba saliendo bien... hasta que me pasé de fuerza. La bola se desvió y fue a dar directo al vaso de cerveza que Jake había dejado cerca.

Estalló contra el suelo, y el líquido salpicó parte de la mesa.

—¿Esto ha sido un accidente... o un intento de llamar la atención? —preguntó, agachándose para recoger los cristales.

Apoyé el taco en el suelo con una mano y le devolví la mirada.

—Si quisiera llamar tu atención, usaría algo más efectivo que una cerveza.

—Pues ha funcionado —respondió, apartando lo que quedaba del vaso —. Aunque, si lo que querías era romper el hielo, te has pasado un poco.

—La culpa es tuya por dejarlo ahí. Estaba provocando.

Él se mordió la comisura del labio, como si no supiera que eso también era un arma.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a tirarme también el ego?

—Dependerá de cómo termines la partida —dije, conteniéndome las ganas de reír.

—Hablas con mucha seguridad para ser nueva en esto.

—No es seguridad. Es instinto.

La partida siguió, entre tonterías que nos decíamos, y la tensión que había cargado en los hombros desde que había empezado a prepararme esa tarde desapareció.

Fui encadenando bolas sin mucha estrategia, pero con puntería. Jake empezaba a tensar la mandíbula cada vez que fallaba, y aunque no decía nada, se le notaba.

No le gustaba perder. O más bien, no esperaba que yo pudiera ganar.

Cuando solo quedaban un par de bolas, lo seguí con el rabillo del ojo.

—¿Seguro que no me estás dejando ganar?

—¿Crees que me arriesgaría a perder con testigos? Si ganas, será porque tienes más puntería de la que presumes.

—Eso ya lo sabías desde el primer tiro.

Metí la penúltima bola de lleno.

—No puede ser —exclamó por lo bajo—. Si ahora metes la negra, mi reputación se va a pique.

—¿Qué reputación? ¿La de chico intenso que parece saberlo todo?

—Esa misma. He tardado años en construirla.

Apunté, respiré, lancé… y fallé por poco.

Jake dejó escapar un suspiro, se acercó a la mesa y terminó la partida con una jugada rápida.

—Por los pelos —dijo, apoyando el taco—. Has estado a un golpe de humillarme públicamente.

—¿Y no te habría encantado?

—Habrías tenido que invitarme tú a la siguiente ronda.

—Aún no lo descarto.

El bar se había vaciado un poco, la música sonaba más baja, y todo parecía más lento. Jake me observó, sin prisa.

—¿Lista para lo siguiente?

—Sí —dije, notando cómo se me aceleraba el pulso. Aunque lo que sentía no tenía nada que ver con el plan, y todo que ver con él.

Bastó con doblar un par de esquinas para meternos de lleno en un desfile improvisado de disfraces.

A unos metros, un chico alto con una peluca rubia mal peinada iba disfrazado de Thor y arrastraba un martillo tan grande que casi no podía moverse por las aceras.

Más adelante, varias chicas lucían trajes brillantes de Wonder Woman, con las tiaras destellando bajo la luz de las farolas.

Al llegar al recinto del concierto, el amigo de Jake —el de seguridad— nos esperaba, tal y como había prometido. Nos entregó dos pulseras naranjas. Jake se puso la suya y luego atrapó mi muñeca para ajustarme la mía.

—Misión cumplida —exhaló Jake, aún con la respiración agitada, absorto en las luces del escenario.

—Gracias a ti —respondí, empujándole el brazo en broma.

Él me chocó la mano y, antes de que pudiera reaccionar, entrelazó sus dedos con los míos. Me arrastró entre la multitud sin soltarme, y lo cierto es que yo tampoco quería que lo hiciera.

Cuando nos acercábamos a la barra, comenzó a sonar *Closer*. El bajo vibraba en el suelo, en mi pecho, en todo el aire. Las luces giraban sobre los rostros sin detenerse. Aunque había cientos de personas alrededor, mi atención estaba solo en él: en cómo su mano seguía unida a la mía, en el roce de su hombro contra el mío y en la manera en que nuestros pasos se acompasaban sin esfuerzo.

—Me gusta esta canción —susurró.

Su voz me rozó el oído y me recorrió como un escalofrío; el calor de su aliento bajó directo hasta mi clavícula. Entonces apoyé la cabeza en su hombro y me dejé llevar por el ritmo, meciéndonos al compás.

Con su brazo envolviendo mi espalda y su cuerpo tan cerca, todo se sentía tan real, tan presente, que por un instante dudé si los abrazos anteriores no habían sido más que ensayos para llegar a ese

{So, baby, pull me closer
In the back seat of your Rover
That I know you can't afford
Bite that tattoo on your shoulder
We ain't ever getting older 🎶*}.*

Sus dedos juguetearon con la tela de mi vestido hasta descubrir mi hombro izquierdo. Trazó un camino invisible sobre la piel, tan ligero que todo mi cuerpo se redujo a ese punto.

—Aquí te pegaría un tatuaje… una palmera, por California —murmuró, con una sonrisa que me erizó la piel más que el roce.

Me quedé paralizada, sin saber cómo reaccionar. Mis labios se entreabrieron, pero no salía nada. No supe si aquello era una broma, una insinuación o quizás parte de algún juego entre los dos.

Había algo eléctrico en el aire, una anticipación que me erizaba la piel más que la brisa nocturna.

—¿Una palmera? No sé... nunca había pensado en hacerme un tatuaje —respondí tratando de mantenerme erguida, aunque sentía mi pulso acelerarse.

—Si, por esta ciudad —añadió, como pensando en alto.

No pude evitar una leve sacudida de nervios al volver a cubrir mi piel con la tela del vestido.

—¡Estás loco! —exclamé, negando con la cabeza.

—Déjate llevar, Olivia —dijo, extendiendo la mano hacia mí con la expresión de quien ya sabe la respuesta antes de hacer la pregunta.

La música tiraba de mi cuerpo y Jake no soltaba mi mano. Aunque me empujaran o pisaran, él siempre reaccionaba antes; y eso me hacía sentir, por primera vez en mucho tiempo, a salvo.

Intentar hablar entre tanto ruido era inútil, pero su risa cada vez que me malinterpretaba valía la pena.

De pronto, me apartó hacia un lateral, donde el volumen dolía un poco menos en los oídos.

—Voy a por un refresco, ¿te apetece algo? —preguntó, acercándose para que pudiera entenderlo entre el ruido.

—Lo mismo que tú pidas, rey de la pista —respondí, sacando un billete de la cartera.

—Ese mote me gusta. Pero no sabes lo que voy a pedir, escritora.

—Confío en tu criterio.

—Enseguida vuelvo —dijo, devolviéndome el billete y perdiéndose entre la gente camino a la barra.

Pasaron los minutos. No demasiados, pero los justos para que algo empezara a incomodarme.

Volví a mirar hacia la barra. Nada.

Me repetí que habría fila… o que era un imbécil encantador dispuesto a arruinar una buena noche.

Fue entonces cuando dos chicas llamaron mi atención desde el otro extremo de la barra.

La primera era alta, con el pelo cobrizo cayéndole en ondas definidas que robaban cada destello de luz. Labios rojos, delineado impecable, piel intacta como si el calor y el sudor no existieran para ella. La segunda, más baja, con dos coletas altas y pelo castaño claro, llevaba un maquillaje tan logrado que parecía salida de un cómic de verdad.

Ambas vestidas de Sailor Moon versión fiesta salvaje: faldas microscópicas, botas hasta la rodilla y brillos en todos los lugares estratégicos.

Sabían que atraían todas las miradas. Y les encantaba.

En una noche como esa, no era raro ver disfraces así.

Lo que sí fue raro fue ver a Jake con ellas.

Estaba allí, entre las dos. Reía. La pelirroja se inclinaba hacia él con descaro, y aunque la música ahogaba cualquier intento de conversación, la forma en que lo devoraba con los ojos era suficiente para entender la intención.

Aprisioné el borde de la barra entre mis palmas hasta que el frío del metal me recordó dónde estaba. No sabía qué estaba pasando, quizás solo era mi inseguridad haciendo cardio, pero me costaba ignorar esa escena.

El pecho se me encogió de golpe, y cada pensamiento que me cruzaba era más cruel que el anterior. ☽



-10-

California dreamin´

Jake no parecía incómodo. Sonreía, asentía, y durante unos segundos, hasta parecía divertirse. Pero cuando la pelirroja se inclinó para susurrarle algo al oído, él se apartó de repente y las dejó plantadas. Ninguna intentó seguirlo.

Entonces, en el extremo de la barra, un chico emergió entre la multitud, caminando con una determinación que cortaba el aire. Piel morena, pelo rizado al ras, camiseta roja ceñida. No era más alto que Jake, pero su presencia imponía. Y por cómo lo observaba, no venía a saludar.

Jake estaba de espaldas, pidiendo las bebidas.

El chico se detuvo a un palmo y murmuró algo. Jake se giró. Su cuerpo se tensó al instante: hombros rígidos, puños cerrados. El otro sonrió despacio, con un aire provocador. Jake respondió alzando la voz, y por un segundo juré que iba a golpearlo.

Las Sailor Moon fingían indiferencia: una se cruzó de brazos, la otra jugueteaba con un mechón de pelo mientras los espiaba disimuladamente.

Jake se dio la vuelta y sus ojos barrieron el lugar hasta encontrarme. Venía hacia mí sin volver la cabeza atrás, con la mandíbula apretada; en su muñeca, una pulsera negra trenzada se movía al ritmo de su pulso.

No hacía falta saber qué se habían dicho para saber que allí había cuentas pendientes.

—Aquí tienes, escritora —dijo, tendiéndome una lata de Coca-Cola con un tono más bajo del suyo habitual.

La tomé, sin perderlo de vista.

—¿Todo bien?

Él forzó una sonrisa.

—Sí, claro. Todo bien. —Pero la voz le salió más baja de lo habitual, tan poco firme que no convencía a nadie.

—¿Conocías a ese tipo?

Jake vaciló. Se pasó la lengua por los labios —ese gesto suyo, otra vez.

—No importa —masculló, esquivando mi mirada. Dio un trago largo y señaló la pista—. ¿Quieres dar una vuelta?

No insistí, aunque algo dentro de mí ya no estaba igual.

Me guio lejos del barullo, y aun así su mano seguía dura.

—¿Pero a dónde vamos?

—¿A la playa? —propuso con la misma desenvoltura con la que se sugiere ir a por un café.

—Nos costó entrar aquí, y aún tengo mi refresco —respondí, alzando el vaso con autoridad y apoyando la otra mano en la cadera.

Jake me sostuvo la mirada con esa expresión de «no me voy a rendir» que ya empezaba a conocerle bien.

Tal vez necesitaba aire… o tal vez él lo necesitaba más.

—Hace calor. Llevamos horas moviéndonos. ¿No te apetece darte un baño?

—No entiendo esa obsesión tuya por verme en el agua —dejé el vaso en el suelo y me incliné hacia él, con la barbilla en alto, lanzándole el reto—. Vas a tener que esforzarte más.

Jake me imitó: ladeó la cabeza, apretó los labios y plantó los pies como quien acepta un duelo.

—Así te ves ahora mismo —dijo, conteniendo una sonrisa—. Intensa… pero encantadora.

—Eres insoportable —protesté, aunque la comisura de mis labios ya me traicionaba—. Vale, acepto el plan —añadí, señalándolo con el dedo—. Pero con dos condiciones.

Jake asintió con la barbilla, metido en el papel.

—Qué tensión. Estoy deseando oírlas.

—Primera: no pienso meterme en el mar —añadí, estirando la tela del vestido.

—Comprendido.

—Y segunda: necesito comer algo. Ya. Estoy a un snack de empezar a ver borroso. Me comería un semáforo si supiera a algo.

A Jake se le escapó una carcajada tan auténtica que acabé riendo también.

—Trato hecho —dijo, alargando la mano.

Sellamos el acuerdo con un apretón que se alargó un latido de más. Y entonces, sin añadir nada más, echamos a andar.

El trayecto en la camioneta se me escurrió de las manos; cuando quise darme cuenta, ya estábamos frente a una playa vacía, lejos de todo ruido. Un pequeño puesto de perritos calientes rompía la penumbra, iluminado por

una lámpara colgante que lanzaba un resplandor tibio. El toldo blanco, deshilachado por el viento, se mecía con desgana.

Pedimos desde el vehículo dos perritos calientes con patatas crujientes. El vendedor, un señor mayor con humor seco y ese punto absurdo que me recordaba a mi padre, nos los pasó con la parsimonia de alguien acostumbrado a lidiar con grupos hambrientos a esas horas.

Al bajarme de la camioneta, una imagen fugaz de las chicas riéndose en la barra se coló en mi mente, tan breve que podría haberla ignorado… si no fuera porque una astilla fría me arañó por dentro.

Lo empujé al fondo de mi cabeza justo a tiempo para que el olor a pan caliente y sal marina reclamaran toda mi atención.

Jake rodeó la camioneta y abrió el maletero. Sacó una tienda de campaña enrollada y la dejó caer sobre la arena.

—Siempre la llevo por si acaso. Nunca sabes dónde vas a terminar —dijo, desplegando la lona con soltura. Las varillas hicieron clic una a una, como si el lugar hubiera estado esperándonos.

Lo dijo al pasar, pero esa frase parecía definirlo; era el tipo de persona que vive con un pie fuera, aunque esa noche parecía haber decidido quedarse.

—¿Eso te pasa a menudo? —pregunté entrelazando los dedos detrás de la espalda, observando su destreza.

—Más de lo que imaginas.

Nos acomodamos cerca del agua. La arena, fría y húmeda, se colaba entre los dedos de mis pies mientras sostenía el perrito con ambas manos.

—Esto le da mil vueltas a cualquier restaurante caro —dije, quitando arena del pan.

—Te lo he dicho —respondió él, con una expresión tan satisfecha que parecía haber ganado una apuesta—. Y encima con vistas al mar, ¿qué más quieres?

Me reí con la boca llena, limpiándome el tomate con el dorso de la mano. Los modales ya me daban igual.

A Jake se le escapó un eructito traicionero que le sacudió los hombros, y que lo hizo reír aún más. Puse cara de estar horrorizada a propósito.

—Perdón... Es el famoso perrito hawaiano de este sitio. ¿Ves? puedes confiar en mis recomendaciones.

—La verdad es que sí, tienes buen gusto. Con las cervezas, con los perritos…

—Y en otras cosas, también.

Me pilló desprevenida. Tosí, medio atragantándome, pero disimulé como pude dándole el último bocado.

Jake se limpió las migas de las manos y se tumbó sobre la arena, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Lo contemplé un instante antes de imitarlo, usando el bolso como almohada improvisada.

—¿Te gustan las estrellas? —preguntó sin despegar la vista del cielo.

—Me encantan, pero en Londres casi no se dejan ver —respondí, alzando la cabeza—. Y la verdad, no sé gran cosa sobre ellas.

—Yo no soy ningún experto, pero me sé un par de historias —dijo—. ¿Quieres que te cuente alguna?

—Claro. —Más que curiosidad, lo que me empujaba era la excusa perfecta para quedarme un rato más a su lado.

Jake levantó la mano, trazando una línea invisible hacia una zona del cielo.

—¿Ves esa? Es Orión. Se reconoce por las tres estrellas del cinturón, rectas en fila. En la mitología era un cazador, bastante bueno… aunque demasiado orgulloso.

Me incorporé un poco, apoyándome en un codo.

—¿Y qué le pasó? —quise saber.

—Artemisa lo mató. No por celos ni por venganza, sino porque él dijo que podía acabar con todas las bestias del mundo. Se equivocó. Al final, ella lo convirtió en constelación.

—Vaya… No tenía idea de que las estrellas escondieran semejantes dramas griegos —bromeé, estirando las piernas mientras la rigidez se me disolvía sobre la arena fría.

Cerré los ojos y me dejé envolver por el sonido de las olas, que respiraban contra la orilla en un vaivén interminable.

—A veces pienso que las estrellas brillan solo para que, algún día, cada uno encuentre la suya.

—Eso es de *El Principito*.

Lo espié de reojo.

—¿También lo has leído?

—Sí. Y aunque lo vendan como un libro para niños… a veces dice lo que los adultos no nos atrevemos a admitir.

Un escalofrío me recorrió los brazos, y traté de frotármelos con disimulo.

Jake lo notó enseguida y pasó un brazo por mis hombros, acercándome a él. Al principio me quedé rígida, sorprendida, pero luego cedí.

Me apoyé en su pecho y me quedé escuchando cómo su corazón y el mío parecían buscarse, hasta que acabaron latiendo al mismo ritmo. Perdí la noción del tiempo. No sé si fueron minutos o horas; solo sé que me dejé estar allí, sin querer moverme.

—Olivia… —murmuró, apartándome un mechón de pelo de la cara. Sus dedos me acariciaron con una ternura que quemaba—. Te estás perdiendo el amanecer.

Entreabrí los ojos y el horizonte se abría en brochazos de naranja y rosa, como pintado a mano. El cielo se desperezaba tras un largo sueño, y las nubes delgadas ardían en los bordes. El mar reflejaba la primera luz, extendiéndola en destellos que parecían infinitos.

—Eres preciosa... y no tienes ni idea.

Me mordí la comisura; la palabra «pre-cio-sa» me tropezó por dentro.

Jake no se precipitó; no hubo prisa. Se inclinó despacio, borrando la distancia centímetro a centímetro… hasta que el aire entre nosotros dejó de existir.

Quise inventar una salida, una frase tonta que rompiera el momento. Sentí la garganta tensarse, lista para escupir una excusa. Pero nada salió. Me quedé suspendida en su mirada, sabiendo que, si hablaba, cerraría una puerta que nunca volvería a abrirse.

Su respiración rozó la mía. Un segundo, dos. En el tercero, sus labios reclamaron los míos. Eran cálidos, con un sabor salado arrastrado por la brisa marina. Al principio fue un contacto tímido, un tanteo que apenas existía; pero enseguida la contención se quebró, y el beso estalló con urgencia, con hambre, como si hubiera estado reteniéndolo demasiado tiempo.

Y yo… no sabía que podía besar así. No solo con la boca, sino con todo el cuerpo: con la piel, con las ganas, con el temblor en las rodillas y las manos aferradas a su camiseta porque el suelo ya no parecía de fiar.

Cuando su lengua acarició la mía, el mundo entero se ralentizó. No había prisa, pero sí una intensidad que ardía bajo la piel, esa clase de brasa constante que sabes que te va a consumir. Probarlo fue algo peligroso y adictivo, como ese primer trago que no deberías dar… y del que ya no puedes apartarte.

Me besó hasta que dejé de pensar, de sostenerme, de recordar por qué seguía empeñada en protegerme.

California Dreamin' sonaba distorsionada en el altavoz del puesto. Las olas rompían sin prisa y el cielo ardía sobre nuestras cabezas. Y aun así, nada quemaba tanto como lo que empezaba entre nosotros.

{*I'd be safe and warm,*
safe and warm
If I was in L.A. …

California dreamin' … ♫ } ☽



-11-

Aguacate con queso

Sábado, 8 de julio de 2023

No quedaba nadie en la playa más que nosotros y el rumor acompasado de las olas. El aire aún ardía en mi piel después del beso, el mar latiendo dentro de mí. Nos separamos lo justo para recuperar el aliento, aunque ninguno parecía dispuesto a romper del todo la cercanía.

—Esto… —Jake se pasó la lengua por los labios todavía húmedos—. Esto deja en ridículo a cualquier historia de constelaciones.

—Y pensar que no tenía ni idea de que la noche acabaría así —susurré, y las palabras salieron más íntimas de lo que pretendía.

Él sonrió, no con la típica picardía, sino con una sonrisa que parecía hecha solo para mí.

Sus ojos se detuvieron en mi boca.

Y justo entonces… mi estómago rugió sin disimulo, como un monstruo impaciente incapaz de respetar la magia.

Jake me miró… y se echó a reír, una risa baja, más sorprendida que burlona.

—Joder… —murmuró, inclinándose hacia mí—. Eso sí que ha sido directo.

Me tapé la cara, ardiendo, mientras la risa se me contagiaba sin remedio.

Jake se incorporó, aún con esa chispa en los ojos que lo volvía peligroso.

—Venga, escritora… —alargó mi mote con malicia—. Vamos a desayunar antes de que te devore de verdad.

Me sacudí la arena del vestido. Al pasar junto al espejo retrovisor de la camioneta, miré de reojo: el pelo enredado, las mejillas encendidas, un rastro de sal dibujando mi piel. Y, aun así, en esa imagen imperfecta, sentí una vulnerabilidad rara de gustarme un poco más.

Comenzamos a recoger nuestras cosas para regresar a la realidad, aunque yo lo hacía a regañadientes, irme de allí era lo último que me apetecía.

Jake desmontaba la tienda sin esfuerzo ninguno, mientras yo me agachaba a recoger las sandalias y el bolso de la arena.

Entonces lo vi: un libro semienterrado, olvidado. Lo tomé por el lomo y sacudí los restos de arena de la tapa. Al ver el título, sonreí. *El Principito.* Las letras estaban tan borrosas que parecía que se hubieran desgastado en los dedos de alguien que lo leyó más de una vez.

—Sí, ese era mi libro favorito —dijo Jake, levantando la vista—. Ahora sabes por qué lo conozco de memoria.

No imaginaba tener tanto en común con un chico que, al menos por fuera, parecía tan distinto a mí. «Mierda… se ha quedado mirándome fijamente».

—Fue uno de los primeros que leí —confesé, acariciando el título con la yema de los dedos—. Le tengo un cariño especial. Mis padres me llevaban a un mercadillo los domingos, cuando no alcanzaba para libros nuevos.

Apenas pronuncié esas palabras, los recuerdos se me vinieron encima: mi madre hurgando conmigo entre montones de libros usados, su mano siempre firme sobre la mía; el olor dulzón del papel envejecido; las notas garabateadas en los márgenes por lectores que nunca conocí. Durante años, aquello fue todo lo que tuve.

Entre las páginas del libro cayó un papel doblado. Lo recogí por reflejo y se lo devolví cerrado.

—Fue un regalo de mi padre —explicó él, guardándolo dentro de una caja en el maletero.

—Entonces tu padre y yo tenemos gustos parecidos.

—Teníais —me corrigió en voz baja, con la mirada clavada en el suelo—. Ya no está.

Noté un nudo apretándose en la garganta.

—Lo siento —pronuncié, sin saber qué más decir.

Subimos a la camioneta sin necesidad de hablar, y dejamos atrás la playa, que parecía aún más lejana. El paisaje urbano fue ganando terreno poco a poco, con sus calles en movimiento y las señales de una ciudad que ya estaba completamente despierta.

Aparcó frente a una cafetería de fachada sencilla, con ladrillos a la vista y una terraza decorada con plantas enredadas en las barandillas. Al bajarnos del coche, por fin habló. Sonaba distinto, más tranquilo, dejando atrás lo que acababa de pasar.

—Aquí hacen las mejores tostadas de aguacate con queso de toda la ciudad. Palabra de alguien que ha discutido con el camarero por la última rebanada.

Cerré la puerta del coche con un toque del pie.

—Suena a exageración.

Jake se encogió de hombros, ya caminando hacia la entrada.

—Bueno, pero que sepas: si no me vuelan la cabeza, te cae reseña negativa en directo —dije, señalándolo con el dedo.

—Entonces prepárate para tragarte tus palabras con aguacate por encima —espetó, sosteniéndome la puerta del local—. Te va a doler lo mucho que me vas a dar la razón.

Entré delante de él. El interior era cálido y sin pretensiones: mesas de madera clara, olor a café recién molido, y el murmullo suave de las primeras conversaciones flotando como una música de fondo. Elegimos una mesa junto a la ventana, donde la luz del sol se filtraba entre las hojas de una planta enorme que parecía haber echado raíces allí mucho antes que cualquiera de nosotros.

Nos sentamos, y volvió esa sensación de que la conversación podía fluir sola, sin necesidad de empujarla. El pan crujía al morderlo, y por dentro se deshacía, dejando un regusto suave, casi meloso.

—Vale… esto supera mis expectativas —admití, escondiéndome tras la servilleta para que no se me escapara la risa con la comida aún dentro.

—¿Lo ves? No suelo fallar en lo que importa.

—Quizás sea tu único talento comprobable —bromeé, apuntándolo con el tenedor.

—Ese… y lograr que te sonrojes sin mover un dedo.

Arrugué la nariz, sabiendo que lo decía en serio. Mi cara ya estaba roja como un tomate.

—Podrías dedicarte al turismo. Se te da bien —comenté, buscando cambiar el rumbo de la conversación.

Jake levantó su taza en un brindis improvisado.

—Siempre a tu disposición, escritora.

Contuve la risa y volví a enfocarme en mi tostada. Él me observaba con la expresión que le salía cuando creía haber ganado.

—¿Nada de arrepentimiento por lo de Las Vegas? —preguntó, golpeando la mesa en un ritmo impaciente.

—Cero —contesté sin dudar—. Además, puedo ir cualquier otro fin de semana.

—¿Hasta cuándo te quedas por aquí?

—Hasta que termine el verano… aunque quién sabe.

—Ah. —El gesto se le torció un segundo. Frunció el ceño, como si algo le pasara por la cabeza, pero enseguida volvió a mirarme con ligereza en los ojos—. Entonces todavía tienes tiempo.

Le devolví una sonrisa enseñando todos los dientes. Me salió sola.

Jake se recostó en la silla, llevándose una mano al pecho, intentando aguantarse las ganas de reír.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, arrugando la nariz.

Sacudió la cabeza, incapaz de dejar de reír, y me señaló con el dedo.

Intrigada, agarré el móvil y abrí la cámara frontal para descubrir el drama por mí misma.

Una línea impecable de aguacate cruzaba mis dientes, tan exacta que parecía trazada con escuadra.

—Tienes que estar de broma… —espeté, bajando el teléfono y limpiándome con la servilleta mientras el calor me trepaba a las mejillas.

Jake se reía sin piedad.

—¿Y no podías avisarme?

—¿Y perderme esta obra de arte? Ni loco —dijo, arrugando una servilleta y lanzándomela al brazo con puntería insultante.

Negué con la cabeza, dejando escapar un bufido bajo. Jake no sabía estarse quieto. Sus manos iban del vaso a su pelo, de ahí al borde de la mesa, y vuelta a empezar. Tenía una energía viva, difícil de ignorar. Y yo me estaba dejando arrastrar.

Acababa de darle un mordisco a la tostada cuando el teléfono de Jake vibró dos veces sobre la mesa.

Él bajó la vista al móvil.

Y se congeló.

Fue solo un segundo, pero lo vi: la sonrisa se le apagó a medias y cambió de postura como si la espalda le pesara de pronto.

—¿Todo bien? —pregunté, disimulando al arrastrar las migas del plato con el dedo.

—Sí, sí —respondió, tomando el móvil. La voz le salió entrecortada—. Es solo… un tema de curro.

Ni siquiera esperó a que contestara:

—¿Te molesta si salgo un minuto? —soltó, ya de pie.

Lo seguí con la mirada mientras cruzaba la cafetería. Murmuraba algo en voz baja, pero cuando de pronto alzó el tono, sentí un impulso de curiosidad. Aunque no entendía del todo lo que decía, la discusión parecía acalorada.

—...te dije que lo resolvería, ¿qué parte no entiendes? —alcancé a oír al tiempo que levantaba la mano y la dejaba caer contra su pierna.

Se frotó la cabeza, despeinándose sin darse cuenta, con los ojos perdidos en el suelo.

Al poco rato colgó, regresó a la mesa y se encajó en la silla, sin regalarme ni un vistazo. Quise decirle que no hacía falta fingir, que no tenía que aparentar que todo iba bien. Pero algo me frenó: tenía la sensación de que, si insistía, acabaría cerrándose del todo.

—Creo que me voy a ir —dijo al fin—. El día se me ha complicado.

—Claro —contesté, estrujando la servilleta entre los dedos.

Jake ya había pagado sin que me diera cuenta; cuando lo supe, intenté soltar una broma, pero sonó tan floja que ni yo me la creí. Él no estaba allí. No del todo.

Aparcó frente a mi edificio, nos despedimos… y yo ya estaba a punto de entrar al complejo cuando escuché mi nombre.

Me acerqué a su ventana. Jake revolvía en la guantera, apartando papeles arrugados y trastos hasta sacar una libreta azul, gastada, con los bordes doblados y manchas de café en la tapa.

—¿Me das tu número? Por si acaso. —Y sí, ese maldito hoyuelo volvió a hacer de las suyas.

Nuestros móviles estaban muertos desde hacía rato, así que la cogí y escribí mi número, añadiendo mi nombre completo junto a un pequeño dibujo de una media luna, una manía que había mantenido desde preescolar. Siempre pensé en ella como mi sello de identidad.

—Nunca se sabe, puede que un día vea tu firma en un libro y diga: yo conozco a esta escritora.

—Tendrás que comprar varios ejemplares si piensas presumir con tus amigos.

Jake rio, apoyando el codo en la ventanilla.

—Trato hecho.

Antes de que pudiera reaccionar, me tomó de la mano y tiró de mí. No fue brusco, pero la seguridad con la que lo hizo me pilló tan desprevenida que el suelo desapareció bajo mis pies.

Me besó

Un impacto directo que me borró cualquier palabra de la cabeza. Sus labios atraparon los míos, encajando con la facilidad de algo que siempre estuvo destinado a ser así, dejándome aturdida. Sentí un hormigueo recorrerme la piel, una sacudida parecida a lanzarse desde lo más alto de una noria.

Cuando se separó, descubrí que llevaba reteniendo el aire. Lo solté despacio, como si acabara de regresar de un lugar donde solo existíamos él y yo.

—Hasta pronto, escritora

—Hasta… pronto —atiné a decir.

Me giré hacia la entrada de los Bay Apartments. Mis piernas parecían incapaces de mantenerme erguida. No eran los tacones. Era él.

Subí al ascensor y, al ver mi reflejo en el espejo, no pude evitar reírme de mí misma. Ahí estaba otra vez: la sonrisa que solo él sabía arrancarme.

En mi cuarto, lo primero que hice fue llamar a mi hermano por videollamada. Quería asegurarme de que, tras la ruptura, no se estuviera viniendo abajo, aunque intentara fingir lo contrario. Después, cené cualquier cosa sin demasiado interés: un sándwich mal armado, un yogur a medias… Nada que pudiera llamarse cena en condiciones. Y tampoco importaba. Mi cabeza estaba en otro sitio.

Intenté concentrarme en *Cumbres Borrascosas*. El capítulo llevaba esperándome desde la mañana, abierto sobre la colcha, pero no lograba leer más de dos frases antes de que la imagen de Jake se interpusiera entre las páginas.

Recordaba la playa, y esos ojos, tan azules que no sabías si querían leerte o retarte. Y el pelo, siempre revuelto, como si la noche le hubiera pasado por encima sin molestarlo en lo más mínimo. Tenía algo magnético, pero no dulce o cómodo. Era una atracción que me obliga a pensar más de lo que querría.

Era extraño sentir tanto en tan poco tiempo.

Con Thomas había sido distinto. Lo nuestro se construyó poco a poco, en pasillos compartidos y cafés sin azúcar. Meses de conversaciones medidas, de esperar respuestas que nunca llegaban del todo. En su día lo llamé amor. Pero entonces supe que había sido más bien un molde. Uno al que intenté adaptarme para encajar en lo que debía sentir. Lo que otros esperaban que sintiera.

«Jake no tiene nada que ver con esos moldes.

Y por eso, tal vez, no puedo quitármelo de la cabeza.

Thomas jamás habría perdido el tiempo buscando bares que me pudieran gustar, ni se habría lanzado a bailar conmigo en mitad de un concierto al aire libre. Su vida estaba definida por normas, reglas no escritas, y un miedo patológico a salirse del guion. Todo en él era impecable: la ropa, el discurso, incluso las sonrisas. Siempre correcto, siempre ideal para la foto familiar…

pero nunca lo bastante presente como para preguntarme qué quería. Qué sentía. Qué soñaba.»

Me vino a la cabeza aquella vez que se pasó horas quejándose porque su padre le había cortado la tarjeta un par de semanas. Tragedia nacional. O cuando le robaba la gomina a mi padre con total descaro para hacerse esos peinados que parecían diseñados por una vaca inglesa con aspiraciones artísticas.

Exhalé despacio y tomé mi viejo diario. Al abrirlo, las páginas desgastadas me recibieron como una vieja amiga que entiende sin preguntar. Empecé a escribir, dejando salir lo que se agolpaba en la cabeza. Frase tras frase, soltando piedras que llevaba dentro. A medida que las palabras se asentaban sobre el papel, algo dentro de mí también encontraba su sitio.

Quizás la vida trata de eso: de aprender que las apariencias engañan, que lo que vemos a primera vista rara vez es lo que importa de verdad. Es fácil confundirse con algo pasajero, perder el tiempo en personas que solo brillan por fuera. Pero encontrar una conexión real… eso es otra historia. Algo más raro. Como tropezar con una pieza que encaja donde no sabías que faltaba nada.

Y entonces te preguntas: ¿y si es él? ¿Y si por una vez no hay que forzar nada, porque todo fluye solo? Claro que, con esa posibilidad, viene el riesgo. Porque si se rompe, si no funciona, ¿cómo vuelves a creer? ¿Cómo te convences de nuevo de que el amor merece la pena cuando ya te ha dejado en el suelo?

Las palabras de Saint-Exupéry sobre las estrellas y las almas gemelas resonaban en mi mente, describiendo de alguna manera esa conexión extraña que había sentido con Jake.

Pero también sabía que él guardaba partes de su historia que aún no me había dejado ver. Fragmentos sin título, capítulos ocultos.

Cerré el diario tratando de contener todo lo que estaba sintiendo. Lo dejé en la mesilla de noche y agarré uno de los dos libros que había tomado prestados de la biblioteca. Me hundí en sus páginas buscando un poco de paz, hasta que las líneas comenzaron a desdibujarse y el sueño se fue colando entre palabra y palabra, sin que me diera cuenta.

A la mañana siguiente me desperté con una sensación de descanso. De ese real, profundo, que te deja los músculos flojos y la mente en blanco. Nada de esa tensión habitual que me empujaba a aprovechar hasta el último segundo del día.

Con mi camisón azul arrugado y el pelo aún revuelto, deambulé por el piso vacío saboreando ese momento tranquilo antes de que Bruna y Mía

regresaran del viaje. Me regalé un pequeño lujo: mi desayuno de domingo. Un tazón generoso de frutas frescas con yogur y miel, y un café con un toque de canela, como hacía en casa cuando no tocaba *English Breakfast* en el pub de siempre.

Tomando la primera cucharada, se me ocurrió salir a la terraza. El cielo estaba despejado y la brisa tenía ese punto justo entre frescura y tibieza que solo ocurre a primera hora.

Antes de acomodarme fuera, me tomé mi tiempo para aplicarme crema solar. No me podía confiar: mi piel no entendía de bronceados. Se saltaba la fase dorada e iba directa al rojo furioso, con ese glorioso festival de peladuras a los dos días.

Me recosté en una tumbona con una revista que debía de ser de Bruna. En la portada, colores chillones prometían recetas saludables, ideas de decoración y cotilleos de famosos que no lograba ubicar. Pasaba las páginas con desinterés cuando me topé con una receta de un batido de remolacha y kale que supe, sin duda, que jamás prepararía.

Entonces, vibró el teléfono.

Miré la pantalla y di un respingo, incorporándome en la tumbona.

```
[Desconocido]: Hola escritora ;) espero que ayer
descansaras. ¿Has ido alguna vez a una competición de
surf?
```

La sonrisa me brotó sin remedio. Aunque no estuviera guardado en la agenda, sabía perfectamente quién era. ☽

-12-

Las olas

Tecleé la respuesta tratando de corregir los errores que mis dedos cometían por el camino.

```
[Olivia]: Hola, rey de la pista. No, nunca. ¿Me estás
ofreciendo algún plan?
```

No habían pasado ni dos minutos y el móvil seguía en mi mano cuando la pantalla parpadeó con la notificación.

```
[Jake]: En una hora paso a por ti.
```

Solté el teléfono de inmediato y corrí a la ducha. Bajo el agua, mi cabeza ya jugaba un juego peligroso: ¿vestido bonito? ¿Demasiado formal? ¿Pantalones cortos y camiseta? ¿Demasiado básico?

Tras darle unas vueltas, abrí el armario y lo vi claro: mi peto vaquero, el de aquella vez que terminé bailando bajo la lluvia en un concierto. Siempre me había hecho sentir bien. Lo combiné con un bikini azul en forma de triángulo que había pasado más tiempo en el cajón que en la playa. Listo. Si algo había aprendido de Jake, era que siempre valía la pena estar preparada para lo inesperado.

Me puse a preparar un par de sándwiches y los envolví en papel de aluminio. Si íbamos a pasar el día fuera, al menos tendríamos algo que comer. Bajé las escaleras del edificio con el corazón martilleándome el pecho.

Ahí estaba él, apoyado en su coche, jugando con las llaves entre los dedos mientras el viento le desordenaba el pelo. El brillo metálico acompañaba el vaivén de su mano, como si hasta el aburrimiento le quedara bien.

En cuanto me vio, colgó sin titubear y se guardó el móvil en el bolsillo trasero.

—¿Trajiste el bañador, escritora? —preguntó, apartando unas bolsas del asiento del copiloto para hacerme hueco.

Vestía distinto a los días anteriores. Nada de vaqueros oscuros ni camisetas anchas. Esa tarde llevaba unos shorts claros y una camisa blanca

desabotonada que ondeaba con la brisa. Bajo la luz cálida del sol, sus ojos azules resaltaban de forma descarada.

Me distraje mirando cómo la tela arrugada se ceñía a su torso, siguiendo las líneas de su cuerpo sin oponer resistencia.

—Claro. Y también esto —dije alzando la bolsa con los sándwiches.

—¿Eres del tipo que planea picnics o algo así?

—No, soy del tipo que evita morir de hambre contigo —repliqué, tratando de sonar segura.

Agarró uno de los sándwiches, lo desenvolvió con una sola mano y le dio un mordisco.

—*Mmm*… no está mal —balbuceó aún masticando.

—Gracias por tu generosa crítica culinaria —bufé, subiéndome al coche.

Él se rio al arrancar el motor.

—Oye, yo tengo gustos exigentes. Si te doy un siete, es casi un diez.

Me mordí el labio para no soltar ningún comentario sarcástico.

—Vamos rumbo a Santa Mónica. Esta mañana, una amiga me llamó para decirme que participa en la competición femenina de surf —comentó, ajustando el retrovisor.

—¿Vamos a Los Ángeles? ¿No está un poco lejos de aquí? —pregunté, procesando lo espontáneo del plan.

—No te preocupes, aunque esta tartana esté vieja, nos puede llevar donde queramos —dijo, dándole un golpecito al volante.

—Eso si no nos quedamos solo con el volante y las ruedas a medio camino.

A él se le escapó una carcajada antes de girarse hacia mí. Sus ojos entrecerrados me recorrían con la mirada, intentando adivinar hasta dónde estaba dispuesta a seguirle el juego.

—¿Entonces no te apetece ver focas?

—¿Focas? —arqueé una ceja, subiendo los pies descalzos al asiento—. ¿Eso es una táctica barata para engancharme al plan?

—No barata. Efectiva —respondió, dándose golpecitos en la sien—. Hay una playa a medio camino. Se tumban en las rocas, toman el sol, posan para la cámara… Son más estrellas que tú y yo juntos.

—Venga ya. —Fruncí la nariz—. ¿Estás diciendo que vamos a parar solo por eso?

—Estoy diciendo que vamos a parar porque sé que vas a alucinar. Y porque, seamos honestos, este concurso necesita algo de emoción previa.

Me enderecé en el asiento, señalándolo con el dedo.

—Vale, pero solo si me prometes que tu tartana no acaba atropellando a una foca inocente.

Jake puso cara de ofendido y le dio otra palmada cariñosa al volante.

—Eh, ella tiene su carácter, pero aún nos lleva donde queremos. Más o menos. —Y guiñó un ojo—. Aguanta lo justo para hacer planes locos de verano como este.

—Entonces... adelante, conductor. Llévame a ver focas famosas.

Su risa se apoderó del coche, y sin querer acabé fijándome en sus hoyuelos; los que ya eran oficialmente mi talón de Aquiles.

Cuando llegamos a La Jolla, una playa exclusiva al norte de San Diego rodeada de casitas que parecían sacadas de un catálogo caro, aparcamos junto a un mirador. Desde allí se veían varias focas estiradas al sol, dueñas absolutas de la costa.

—Podemos bajar si quieres.

—¿Seguro? Igual tienes prisa por llegar al concurso —respondí tanteando sus ganas de quedarse.

—No vamos a competir nosotros, ¿no? —se llevó un dedo a los labios, fingiendo confidencia—. Podemos llegar un poco tarde.

No esperó mi respuesta. Ya estaba bajando por las escaleras de madera, que crujían bajo su peso. Su andar despreocupado, mezclado con el eco de la madera y el rumor constante de las olas, me arrancó una sonrisa sin querer.

—¿Y qué pasa si me pierdo el espectáculo? —bromeé mientras lo seguía.

—¿El del concurso o el de las focas? —respondió sin girarse.

—El de las focas, obvio —alcancé a decir justo cuando tropecé con uno de los escalones.

Instintivamente, agarré su mano. Pensé en soltarla enseguida, pero no lo hice. Tampoco él.

Al llegar a la orilla, las focas descansaban más adelante, tan tranquilas que parecía que el mundo no pudiera tocarlas. La brisa me enredaba el pelo y traía consigo olor a sal, a libertad… y a algo indefinible que me hacía sentir ligera, casi en paz.

—Cuidado —susurró Jake, acercándose por detrás—. Si nos oyen, se irán.

—Gracias por traerme —dejé escapar. Y antes de pensarlo demasiado, lo abracé.

Él vaciló un instante, pero después me sostuvo con fuerza. No era un abrazo cualquiera; era de esos que te hacen cerrar los ojos sin darte cuenta.

Cuando nos separamos, ninguno supo qué decir.

Tuve que tragarme las ganas de besarlo. La tenía desde que lo vi al volante, con el viento desordenándole el pelo y tarareando country, ese instante en que algo dentro de mí hizo clic. Pero no era el momento. No todavía.

El silencio se estiró entre nosotros, acompañado solo por el mar, hasta que Jake lo rompió de golpe.

—¡El último en llegar a la camioneta conduce! —gritó, echando a correr.

—¡Eso no vale! ¡Ni siquiera sé conducir aquí! —protesté, pero mis palabras se perdieron entre risas mientras corría tras él.

Él sacó las llaves del coche del bolsillo y las sostuvo frente a mí, haciéndolas tintinear.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó, medio sonriendo.

—No es buena idea —respondí, esquivando las llaves al subirme al asiento—. Dudo que sobrevivieras a mi forma de conducir.

—Eh, tengo reflejos rápidos —bromeó, rodeando el coche para ocupar su sitio al volante—. Pero sí, prefiero seguir vivo por ahora.

La carretera se desplegaba delante de nosotros, serpenteando entre paisajes que se sucedían como fotogramas de una película: del azul del océano a colinas doradas salpicadas de verde. Durante las casi tres horas de viaje, el disco de Jake sonó entero. Dos veces. Y, aun así, no me cansé de escucharlo.

El bullicio de Santa Mónica nos dio la bienvenida: voces, tráfico, las olas meciéndose a lo lejos y ese olor inconfundible a sal, coco y comida callejera.

Surfistas iban descalzos por las aceras, las tablas bajo el brazo, mientras los turistas salían de tiendas cargados de bolsas y gafas de sol torcidas por el viento.

Jake aparcó en una calle abarrotada con la misma agilidad con la que parecía manejar todo en la vida. Subió la pendiente, giró el volante con una sola mano y encajó su vehículo entre dos coches gigantes sin pestañear.

Nada más bajar, mis ojos se detuvieron en una tienda de souvenirs. Un vistazo rápido al reflejo en la cristalera me confirmó lo que ya temía: el sol me había dejado roja como un tomate. Me hice con una gorra negra, las letras de Los Ángeles floreciendo en margaritas.

—¿Cómo podéis vivir todo el año con tanto sol? —Me quejé, ajustándome la visera.

Jake se acercó y me giró la gorra hacia atrás. Sus dedos me acariciaron la frente cuando unos mechones se soltaban y me caían sobre los ojos.

—¿Cómo puedes vivir sin él?

Bajo la luz intensa del mediodía, sus ojos parecían casi translúcidos, un azul tan brutal que dolía sostenerlo demasiado tiempo.

—Estás un poco colorada. Eres blanquita, ¿eh? —añadió, con ese matiz entre burlón y tierno que empezaba a reconocer.

—Soy una vampira, lo sé —bromeé al empezar a caminar hacia el recinto.

Jake estalló en carcajadas.

—¡Basta! —protesté, fingiendo indignación y dándole una palmada en el hombro.

—¿Eso es lo mejor que tienes, escritora? —dijo esquivando con agilidad el segundo intento de golpearlo.

—Eres insoportable, Jake.

—Y tú muy terca, Olivia Brown. Casi más que yo.

La forma en que dijo mi apellido me pilló desprevenida. Sabía que lo había anotado en su libreta junto a mi número, pero escucharlo en sus labios tuvo un efecto inesperado: el calor me subió hasta la punta de las orejas, y esa vez ya no podía culpar solo al sol.

Jake tenía una forma de caminar por la vida que desarmaba. Siempre tan seguro, tan relajado, como si el mundo entero estuviera hecho a su medida. Yo, en cambio, era de las que revisan tres veces antes de cruzar una calle. Me dije que tal vez no me vendría mal aprender a soltar un poco el control.

En la entrada principal del recinto, una chica se acercó con una camiseta con el logo del evento y un walkie-talkie sujeto al cinturón.

—¡Bienvenidos a la competición! —exclamó, entregándonos dos pulseras de tela—. Zona general. Podéis moveros con libertad por las gradas y los *food trucks*. Si queréis participar en la rifa de las seis, pasad por el stand de inscripciones.

El premio: una cesta gigante repleta de barritas de proteínas y bebidas con cafeína. «El paraíso para alguien más atlético que yo».

Jake le dio las gracias mientras yo me ataba la pulsera con dificultad. La arena me tragaba los pies, el sol se filtraba entre las nubes y el olor a fritura me alcanzaba de lleno.

El lugar hervía: altavoces con nombres, puntuaciones, marcas; la música retumbaba desde una torre improvisada con altavoces colgados entre banderines de colores. Todo se mezclaba: gritos de ánimo, aplausos, silbidos, y el rumor constante del mar rompiendo detrás de todo.

Era como un pequeño pueblo playero montado para la ocasión: *food trucks* de *smoothies*, perritos y tacos alineados frente a la orilla; una tienda de tablas y camisetas con descuentos especiales; puestos de crema solar, gorras y gafas de sol, y hasta un stand de tatuajes temporales y pulseras artesanales.

Unas gradas de madera se alzaban sobre la arena, repletas de espectadores con gorros y cámaras en mano. Algunos se abanicaban con panfletos del evento, otros saltaban con cada maniobra espectacular.

La pasarela que llevaba hasta la zona de jueces estaba abarrotada de voluntarios y fotógrafos. Surfistas descalzas, con el neopreno bajado hasta la cintura, esperaban su turno desde los márgenes, tablas al hombro, concentradas en sus compañeras.

A lo lejos, las surfistas esperaban su turno sobre sus tablas, balanceándose en el agua, absorbidas por el vaivén.

Nos abrimos paso entre la gente hasta encontrar un hueco libre en las gradas, bastante cerca del mar.

Jake se fue a comprar snacks y volvió cargado. Llevaba dos bolsas de patatas en una mano, un cubo de palomitas en la otra, y los botellines sujetos con el antebrazo contra el cuerpo.

—Espero que compartas —bromeé, metiendo la mano en la bolsa antes de que pudiera protestar.

Una de las surfistas perdió el equilibrio en una ola alta y cayó hacia atrás. Me levanté con el corazón en un puño.

—¿Se habrá hecho daño?

Jake me tocó el brazo, guiándome de vuelta al asiento y pasando la mano por detrás de mi espalda.

—No te preocupes —dijo señalando con la barbilla hacia el agua—. Ya está volviendo a la tabla. Son duras, saben cómo caer.

Mis músculos se relajaron, y me hundí de nuevo en el asiento.

—¿Te gustaría surfear algún día?

—Pues... no sé... o sea... bueno... —balbuceé, rascándome detrás de la oreja—. Soy bastante patosa con casi todos los deportes, para ser sincera.

—¿Ninguno que se te dé bien?

—Una de mis aficiones es correr. Me ayuda a despejar la cabeza.

—Ya lo he podido comprobar antes. Casi llegas la primera a la camioneta, y eso que yo tenía ventaja. En California hay dos cosas imprescindibles que aprender: surfear y comer tacos.

—Lo segundo podría hacerlo. —Quise encestar un ganchito, pero lo mandé directo al suelo.

—Y lo primero también, si tienes un buen profesor. Yo trabajé como instructor durante algunos años —añadió Jake, estirando las piernas.

La imagen apareció sin permiso. Instantánea. Lo vi mentalmente con ese mismo bañador negro, ajustado a su piel dorada, marcando cada línea de ese cuerpo que parecía esculpido a mano. Recordé la maldita «uve» que se le

dibujaba justo por encima de los bóxers la otra noche, ese detalle que no se borraba ni queriendo.

Me lo imaginé ahí, en esa misma playa, rodeado de chicas de piernas infinitas: rubias, atléticas, expertas en sonreír y fingir indiferencia. Jake sujetándolas por la cintura, guiándolas con esa seguridad suya, enseñándoles cómo mantener el equilibrio sobre la tabla.

No me hubiera gustado presenciar esa escena.

Me removí en el sitio, incómoda. No sabía si me resultaba más atractivo imaginarlo en ese papel o si me irritaba pensar en toda la atención que habría atraído con ese cuerpo y mirada intimidante.

—¡Harton! —gritó alguien detrás de nosotros.

Jake se giró con una rigidez que no le conocía.

Yo lo imité, curiosa.

Un chico alto se abría paso entre la gente, con una sonrisa torcida, hecha para incomodar más que para gustar. Llevaba una camisa granate entreabierta sobre una camiseta blanca impecable, y unas gafas de sol colgaban del cuello de la prenda, brillando al ritmo de sus pasos.

La chica que lo acompañaba, rubia y flaca, llevaba un vestido ligero que se arremolinaba con la brisa.

—Marlon —dijo Jake, usando un tono más bajo. No era el que usaba conmigo: sonaba contenido, casi peligroso.

—Vaya, no esperaba encontrarte aquí. ¿Has venido a ver a la vecina? —añadió, dando una palmada en el hombro que Jake esquivó con la distancia justa para no dejarse alcanzar.

Yo seguía sentada, callada. Pero algo en mí se tensó, con esa sensación rara que flota en el aire justo antes de una tormenta.

—Si —respondió Jake, sin molestarse en devolver el gesto—. Vine a ver a Cindy competir.

—Oh, claro, Cindy… —dijo Marlon con una mueca falsa. Luego bajó la voz—. Oye, ¿no sabrás nada de...?

—No —respondió Jake, sacudiendo la cabeza antes de que pudiera terminar la frase.

La tensión era tan densa que tragar se volvió un esfuerzo. Vi cómo los dedos de Jake martilleaban sobre su pierna. Marlon no pareció notarlo, o tal vez eligió no hacerlo.

—Echo de menos las fiestas que nos montábamos. Nos vemos por ahí, ¿vale?

Jake esquivó su intento de palmada, fingiendo ajustar la posición del cuerpo. Asintió con la cabeza, sin decir una sílaba más y se giró hacia la

competición.

No tenía ni idea de qué acababa de pasar, pero algo en todo eso... no cuadraba.

Forcé una sonrisa, por quedar bien. La chica se fue sin prestarme atención. Marlon sí lo hizo, justo antes de desaparecer.

—¿Siempre eres así de simpático con tus amigos? —pregunté, más seria de lo que pretendía.

Jake bajó la vista, arrastrando la punta del pie sobre la arena. Parecía buscando una respuesta que no encontraba.

Y entonces lo recordé: el chico moreno, de pelo corto y rizos apretados, al que había visto en el concierto. No fue amable con Jake. Hubo algo en su forma de mirarlo que me inquietó. Una tensión rara.

Algo en todo eso no cuadraba, y por mucho que intentara disimularlo, yo no pensaba olvidarlo.

Estuve a punto de decir algo más, pero Jake me interrumpió.

—¡Eh, allí está Cindy! —dijo con un cambio repentino de tono, forzando una alegría que no terminaba de encajar. Señaló hacia el mar.

Seguí su mano y vi a una chica castaña y delgada, corriendo hacia el agua. El bañador naranja que llevaba destacaba entre el azul del mar. Sostenía una tabla que parecía demasiado grande para ella.

—¿Qué edad tiene? —pregunté, entornando los ojos.

—Catorce. Esta categoría es para mayores de trece —explicó—. Mi hermana tiene la misma edad. Cindy es su mejor amiga.

—¿Tienes una hermana?

—Emily.

—Podrías haberla traído en lugar de a mí.

Jake tardó en contestar y, cuando lo hizo, sonó más bajo, casi meditado.

—Ella viene siempre. Por un día que se quede en casa, no pasa nada.

Antes de que pudiera responder, una bocina estalló en el aire, marcando el final de la competición.

Jake se levantó de un salto.

—¿Vamos un rato al agua?

Lo miré, sin estar del todo convencida.

—¿Ahora?

No había terminado de hablar cuando ya me había cogido de la muñeca y tiraba de mí hacia la arena. Ni siquiera protesté. Las palomitas se quedaron atrás, olvidadas sobre la madera caliente.

Nos alejamos de las gradas hacia un rincón más despejado de la playa. Había gente, sí, pero el ambiente era otro: más suelto, más íntimo.

Me quité el vestido vaquero y lo dejé sobre una roca. El sol me calentaba los hombros y la piel expuesta hormigueaba bajo su fuerza.

Al girarme, me topé con Jake. Ya se había quitado la camisa, dejando a la vista su bañador negro que se ajustaba demasiado bien a su cuerpo. Su torso bronceado brillaba, aún húmedo por el sudor salado que la brisa no lograba secar del todo.

Me detuve más de la cuenta en cada línea definida de su abdomen. Ni siquiera intenté disimularlo, y él, lejos de ignorarlo, sonrió con descaro, como si lo hubiera estado esperando.

Jake corrió hacia el agua y se lanzó de cabeza; parecía haberse criado entre olas. Nadaba sin esfuerzo, con brazadas que rompían el mar con una facilidad insultante.

Cuando salió del agua y comenzó a caminar de regreso hacia mí, con su cabello húmedo pegado a la frente, supe que tramaba algo.

—No quiero mojarme el pelo —anuncié levantando una mano intentando detenerle.

Jake estiró los labios y eso me puso en alerta.

—Eso dices ahora.

—En serio, Jake —advertí, tratando de sonar convincente mientras retrocedía sobre la arena caliente.

—Olivia Brown, creo que estás a punto de perder tu dignidad en el Pacífico.

—Ni lo pienses.

Pero ya era demasiado tarde. Jake me levantó en el aire; sus brazos me rodearon y yo pataleaba sin éxito, intentando zafarme entre risas nerviosas.

—¡No te atrevas! —advertí, aunque el tono suplicante lo hizo reír más fuerte.

Me hundió de golpe. Un chillido se me escapó y subí a la superficie entre jadeos, todavía con el agua resbalándome por la cara.

—¡Jake! —grité, escupiendo agua y sacudiéndome el cabello empapado.

Chapoteé con ambas manos, levantando pequeñas olas que no lograron inmutarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —desafió, avanzando hacia mí.

—¡No te acerques de nuevo! —amenacé, aunque la risa se me colaba en la voz**.**

Jake frenó justo frente a mí.

—Estás muy mona así.

Mi corazón dio un salto idiota. De esos que intentas disimular, pero se notan igual.

Chasqueé la lengua y lo salpiqué de nuevo, pero él se sumergió y reapareció justo delante de mí.

—Te vas a enterar cuando salgamos del agua —le advertí, poniendo morritos sin querer.

Jake rio, pero la risa se apagó enseguida.

—No sé qué tienes, pero me cuesta dejar de mirarte.

Ese azul suyo, más claro bajo el sol, parecía inventado solo para romperme un poco por dentro.

El sol le doraba las pestañas; las gotas saladas le bajaban por las mejillas pecosas, y esa curva en los labios—la que solo aparecía cuando bajaba la guardia—me puso el mundo patas arriba.

No lo pensé. Solo di un paso. Luego otro.

Y cuando el espacio entre nosotros fue nada, el corazón ya me golpeaba en las sienes como una alarma.

Jake me interceptó antes de que pudiera dudar.

Me tomó de la cintura, con los dedos rozando la tela húmeda del bikini, y me atrajo hacia él.

Su boca sabía a sal... y a algo más. Algo dulce, indefinible, pero que sentí bajar por mi garganta y quedarse ahí, ocupándolo todo.

Su mano bajó por mi costado, siguiendo la línea de mi piel, y se detuvo en mi cadera. Después subió, despacio, hasta el borde del top del bikini.

Todo en mí se tensó. En él, también.

Nos separamos lo justo para poder respirar. O al menos intentarlo.

—Eres peligroso...

Él bajó la mirada a mis labios, como si ya estuviera pensando en la próxima vez.

—¿Y eso te asusta? ☽

-13-

De Sal y Fuego

Estaba pensando una respuesta que darle, cuando una ola nos empujó hacia la orilla, haciéndome perder el equilibrio. Al levantar la vista, vi a un grupo de niñas, con los pies medio enterrados en la arena húmeda, observándonos y cuchicheando sin disimulo.

—Estamos dando un espectáculo —comenté, mordiéndome el labio.

—Si es contigo, que miren.

Me sujetó la barbilla con dos dedos, tan despacio que ya sentía el calor antes de que llegara a tocarme.

—¡Has venido! —chilló una voz aguda, rompiendo el instante.

Me aparté de él, aún con las manos sobre sus hombros, y giré la cabeza hacia ella.

La niña del bañador naranja corría hacia nosotros con un impulso que parecía no caberle en el cuerpo. Tenía los pómulos aún colorados por el esfuerzo, y los rizos húmedos le saltaban alrededor de la cara, celebrando la victoria con ella.

Sin detenerse, se lanzó a los brazos de Jake, que la atrapó al vuelo y la levantó del suelo con una confianza que solo da la costumbre. La giró en el aire y ella pegó un pequeño chillido.

—¡Claro que he venido, tonta! ¿Cómo me iba a perder tu gran debut?

Cindy, aún jadeante por la emoción, se giró hacia mí. Sus ojos eran inquisitivos, llenos de asombro, con esa franqueza tan típica de los adolescentes.

—¿Quién es ella? —preguntó, alternando la mirada entre los dos.

—Es Olivia, una amiga.

—¿Amiga? —repitió Cindy torciendo la boca.

—Sí, amiga —insistió él con paciencia.

—Hola, Cindy. Te vi competir desde las gradas. Lo hiciste increíble —le dije, con la esperanza de que se sintiera cómoda conmigo.

Ella bajó la vista, rascándose la pantorrilla con el pie contrario.

—Gracias... Aún me falta práctica —farfulló, sin saber muy bien qué hacer con el cumplido.

Jake le despeinó el cabello mojado, y una salpicadura me alcanzó en el brazo.

—¿No deberías estar con tu equipo ahora? —le preguntó.

—¡Sí, pero vine a buscarte! —protestó, inflando las mejillas—. Dijiste que, si lo hacía bien, me darías un batido. Lo prometiste.

Jake rio, pasándose una mano por el antebrazo.

—Tienes mejor memoria que yo... Está bien. Te lo debo. Pero hoy... hoy tengo otros planes. Lo celebramos otro día, ¿trato hecho?

—Vale. Pero el batido será doble.

—Doblemente merecido —le chocó el puño.

En ese pequeño cruce, entendí más de Jake que en muchas de nuestras conversaciones: bajo su actitud segura había una ternura que desarmaba cualquier defensa.

Ella asintió, aunque buscó mi reacción al recoger mi vestido vaquero de la roca. Luego se giró y se perdió entre la gente. Jake la siguió con la mirada hasta que desapareció en dirección a las cafeterías.

Empezamos a caminar de regreso. Al llegar a la camioneta, Jake abrió la puerta para mí. Subí con las piernas aún un poco flojas por el beso en el agua, y la puerta se cerró tras de mí con un chasquido metálico.

Las farolas proyectaban destellos intermitentes sobre el asfalto. La radio sonaba bajita junto al ronroneo del motor.

Jake mantenía la vista en la carretera, los codos apoyados en el volante, pero notaba su atención volviendo a mí de vez en cuando.

—Espero que te lo hayas pasado bien conmigo —murmuró al detener el coche.

—No ha estado nada mal —contesté, evitando su mirada. Sabía que, si la sostenía, todo lo que sentía acabaría dibujado en mi rostro.

Estiré la mano hacia la manilla, pero sus dedos se cerraron en mi brazo, firmes, deteniéndome en seco.

—Espera.

Levanté la vista.

—No quiero que te vayas todavía…

Y en ese instante supe que yo tampoco quería que se fuera.

Me acerqué a él, y Jake me sostuvo la barbilla antes de besarme. Nuestros labios se encontraron con un hambre que me obligó a rendirme y cerrar los ojos.

Exploré su espalda perdiéndome en el contacto. Él me atrajo aún más, acortando la distancia hasta que no quedó ni un hueco entre nosotros. Su

lengua buscaba la mía, arrancándome de cuajo a la chica cauta que había sido y dejándome reducida a puro incendio.

Mis dedos treparon por sus pectorales, sintiendo el calor de su piel filtrarse a través de la fina tela de su camiseta, y cómo sus músculos reaccionaban bajo mis palmas.

Me olvidé del coche, del aparcamiento, y de la ciudad entera fuera del cristal. Solo existía su boca explorando la mía como si besarme fuera su única misión en esta vida.

Un gemido se me escapó sin permiso, y su risa ronca me rozó los labios antes de que sus brazos me envolvieran, guiándome hasta acomodarme sobre él.

Encajábamos tan fácil que no parecía real. Comencé a moverme con cautela, temiendo dejar ver lo mucho que me afectaba tenerlo tan cerca. Me sujeté a sus hombros, intentando seguir el compás de mi corazón desbocado, con la respiración cada vez más errática.

Entonces la dureza creciente bajo nosotros me erizó la piel. Jake, al notar mi tensión, me sostuvo de la cintura y me guio hacia el asiento del copiloto. En medio del movimiento, mi espalda chocó con el volante y el claxon nos delató con un pitido agudo.

Intenté alisar el vestido, pero los dedos no me obedecían. Las piernas me flaqueaban, y en el pecho rugía una tormenta imposible de apaciguar.

Jake se pasó una mano por el pelo, soltando el aire con brusquedad. Tenía los ojos fijos al frente, aunque seguían ardiendo.

—Será mejor que te deje en casa… antes de que me arrepienta.

Asentí, tragando saliva.

—Hasta pronto, Jake.

—Que descanses, escritora —añadió, frenándose justo antes de decir algo más.

Me abrió la puerta. El clic del seguro rompió la burbuja.

Bajé sin volver la cabeza, con el frío de la noche en los brazos y el calor de su boca aún grabado en mis labios.

No sabía qué éramos. Pero después de eso, seguir fingiendo que no sentía nada ya no era una opción. ☽



-14-

Mía

Lunes, 10 de julio de 2023

La energía frenética de Bruna desbordaba el pequeño apartamento. Sus pisadas retumbaban por el pasillo como una alarma que nadie había pedido, y los cajones y puertas se cerraban de golpe al compás de su búsqueda desesperada. Sonreí sin levantar la vista del café. Sus mañanas caóticas eran parte del decorado de mi vida en San Diego.

La cafetera terminó de rugir justo cuando escuchaba el murmullo de las chicas arreglándose a un ritmo frenético: algún insulto entre dientes, el chasquido de un rizador, el golpe sordo de un frasco contra el suelo.

Bruna apareció en la cocina a los pocos minutos, con la coleta medio desmontada, la camisa abrochada con prisa y una expresión de derrota aún pegada a la cara.

—¿Cómo puedo olvidarme de la alarma después de un viaje tan épico? —masculló, con la cabeza metida en la nevera.

—No soy experta, pero creo que eso se llama resaca post-Vegas —bromeé, levantando la taza antes de darle un sorbo.

Frunció la boca en una mueca que oscilaba entre el orgullo y el arrepentimiento, y agarró una manzana.

—Créeme, me merezco una estatua en mi honor —dijo, dejando la fruta sobre la encimera para peinarse con los dedos mientras masticaba.

—¿Qué tal el viaje? —pregunté, sabiendo que me esperaba una crónica express.

—¡Épico! ¡Una locura total! Tienes que venir la próxima —vociferó, desapareciendo por el pasillo rumbo a la habitación de Mía.

Sabía que Bruna tenía que trabajar temprano y enfrentarse al tráfico infernal de San Diego. Pero de Mía... seguía sin saber gran cosa. Según

Bruna, se dedicaba a la decoración de interiores de alto nivel, aunque casi siempre desde casa. Lo que eso implicaba, exactamente, seguía siendo un misterio.

Después de un desayuno rápido, agarré el patinete con la desenvoltura que me habían otorgado unos cuantos días de práctica «y algún que otro raspón» y me dirigí hacia la universidad. Me encantaba la sensación de libertad que me daba rodar por las calles con el viento en la cara, aunque me hubiera costado un par de caídas aprender a manejarlo.

Apenas puse un pie en el campus, divisé a Paulo a lo lejos. Aparqué de cualquier manera y me lancé hacia él por detrás.

—¿A ti qué mosca te ha picado? —preguntó en cuanto lo abracé.

—¿Por qué lo dices?

—Es lunes por la mañana y vienes sonriendo como si te hubieran invitado a Coachella. Algo pasa.

Me eché a reír justo cuando Isabella apareció subiendo las escaleras. Al vernos juntos, aceleró el paso y nos agrupamos en semicírculo, con la complicidad que solo nace de la necesidad de un chisme fresco.

—Tal vez… conocí a alguien —lo solté como quien deja caer una bomba y se queda a mirar la onda expansiva.

—¡No! ¡No te creo! —exclamó Isabella, dando una palmada en el aire. Paulo se cubrió la boca con las dos manos.

—¡Quiero detalles ya, Brown! —exigió él, dándome un codazo que no dolió, pero me arrancó otra risa.

—Os lo cuento en el descanso, ¿vale? Palabra.

Paulo gruñó y se cruzó de brazos como un niño al que le quitan el postre.

—¿Tiene algún amigo guapo? —preguntó Isabella, parpadeando de forma exagerada para, de paso, presumir de sus nuevas extensiones de pestañas.

—Aún no lo sé. Solo he conocido a… bueno, a él.

Estuve a punto de decir «Jake», pero me lo guardé. Todavía no estaba lista para ponerle nombre, y lo cierto era que tampoco me había presentado a ningún amigo suyo. A menos que contáramos al chico del concierto y la competición, ese tal Marlon.

El timbre cortó la conversación, aunque en el descanso ya estaba claro que no iban a soltarme tan fácil. Y efectivamente, en la cafetería me tenían rodeada: Isabella se dejó caer frente a mí, con los codos en las rodillas y esa expresión de sabueso a punto de olfatear un cotilleo.

—¿Entonces es un chico misterioso?

Me recosté en la silla, resignada. El interrogatorio era inevitable; Isabella tenía esa puntería certera para dar justo donde dolía. A su lado, Paulo aguardaba en silencio, ansioso por los detalles. Y yo aún no tenía una historia completa que darles.

—Es... diferente —dije, girando la cucharilla dentro del café—. No sabría decirte, aún estoy viendo de qué va.

Pero lo cierto era que algo sí pasaba. Jake se había metido en mi cabeza sin pagar alquiler y cada vez parecía más cómodo allí.

—¿Cuándo lo vas a ver otra vez? —preguntó Paulo, ladeando la cabeza. Sonaba medio interesado, medio dudando de que ese chico fuera real.

—No tengo ni idea —confesé, encogiéndome de hombros—. Quizás muy pronto.

No les dije que existía una posibilidad muy real de que estuviera en el campus en ese preciso momento. Preferí guardármelo, porque, si algo había aprendido en los últimos días, era que con Jake todo podía cambiar en un parpadeo.

—Me das envidia. Yo no he conectado con nadie desde que llegué, fuera de mi apartamento, claro —dijo Paulo, con un aire derrotado, antes de soltar un suspiro.

—¿Y en la excursión a los estudios? ¿No pasó nada interesante?

—Fue guay, sí, pero no como lo había imaginado —dijo Paulo, estrujando la servilleta entre los dedos—. Matteo vino con nosotros. A veces parece que me lanza señales y, de inmediato, suelta lo de su novia, como marcando territorio. —Puso cara de fastidio—. Pero bueno, es un imbécil adorable. Así que aquí estoy, complicándome la vida.

—Ay, Paulo… si te sirve de consuelo, no eres el único que se complica— dijo Isa, girando distraída el anillo del dedo índice—. Yo debería tener más experiencia en esto de entender a los italianos, pero a veces ni yo misma los pillo.

Aquello me hizo levantar la cabeza. ¿Italianos? ¿Se refería al mismo napolitano?

Isabella se limitó a reír y bebió de su café. Aun así, el rubor que le tiñó las mejillas me dio la impresión de que acababa de delatarse.

—Por cierto... el próximo viernes hay partido de béisbol en la uni y juega mi primo. Vamos todos a animarlo, así que no podéis faltar. Y dile al chico misterioso que también venga, ¿eh?

—¡Cuenta conmigo! —chilló Paulo, levantando su mochila vacía antes de colocarse un asa en el hombro—. Estoy dentro. A ver si el del sur de Italia también viene, ya tú sabes.

Reí, chocando el puño con Isabella para sellar el plan.

—Ahí estaré.

Todavía me costaba procesar lo rápido que había cambiado todo en cuestión de días. Recordé el sonido constante de la lluvia contra el cristal, y mi habitación que a veces se sentía más jaula que refugio. Sin embargo, me descubrí allí, con el sol calentándome los hombros y rodeada de gente que hacía que el planeta pareciera más habitable.

—Os va a flipar —aseguró Isabella, dándonos un empujoncito con el brazo—. Ya sé que no sois muy de deportes, pero esto no tiene nada que ver.

Nunca había estado en un partido, ni siquiera uno pequeño en mi barrio. Pero estar con ellos me hacía sentir distinta, encajaba en un lugar que antes me parecía ajeno.

Y fue ahí, entre la efervescencia del campus y esa alegría que se colaba sin hacer ruido, cuando me permití pensarlo. Tal vez eso —las bromas compartidas, los planes que surgían sin esfuerzo, las personas tan distintas a mí— era lo más parecido a la felicidad que había sentido en mucho tiempo.

La mañana transcurrió sin grandes sobresaltos, y al volver al apartamento, lo último que esperaba era encontrar a Mía en la cocina.

Su figura estilizada se apoyaba en el borde del mostrador, con un cuchillo en mano que manejaba con la precisión fría de una cirujana. Su cabello rubio ceniza que parecía recién salido de la peluquería, caía sobre sus hombros sin un solo mechón fuera de lugar. Llevaba unos shorts de lino beige y una blusa blanca de tirantes que dejaba al descubierto su clavícula afilada, esa que parecía diseñada para lucir en editoriales de moda minimalista.

El golpe rítmico de la hoja contra la tabla marcaba el compás mientras cortaba finas rodajas de calabacín. La escena parecía sacada de un anuncio de utensilios de cocina: impecable, estudiada, demasiado perfecta para ser real.

—Vaya, mira quién llegó —soltó, evitando siquiera levantar la vista, con un tono que oscilaba entre el sarcasmo y el desdén.

Me froté la frente. El día ya había sido lo bastante largo como para añadir uno de sus comentarios mordaces al menú, además estaba hambrienta, así que ignoré el dardo.

Preparé mi almuerzo mientras el cuchillo de Mía seguía golpeando de manera rítmica la tabla. ¿Por qué seguía ahí? Casi siempre se limitaba a aparecer y desaparecer como una ráfaga desagradable que no te daba tiempo a entender.

Me senté a la mesa, con el plato de arroz y pollo humeante frente a mí.

—¿No te molesta quedarte ahí de pie? —me salió sin filtro.

Mía dejó el cuchillo sobre el mármol de manera seca.

—¿Tanto te incomodo?

—No he dicho eso.

—No tienes que hacerlo —respondió, tomando asiento frente a mí con esa gracia irritante que parecía ensayada—. Entonces, ¿qué? ¿Vas a seguir comiendo en modo estatua o piensas soltar algo que no sea un suspiro?

La miré, desconcertada. Eso era raro. Pero ¿por qué no? Ya había sobrevivido a tormentas peores.

—¿Qué haces en San Diego? —pregunté, probando suerte.

Mía jugueteó con el borde de su plato antes de responder, quizás debatiendo si merecía la pena contestarme.

—Mi madre se mudó aquí cuando se casó por segunda vez. Divorcio, drama, *bla bla bla*... la típica historia americana. Ahora tengo un hermano insoportable, Dan. Bueno, hermanastro, en realidad. Pero ha estado ahí desde que tenía doce años, así que para mí es lo mismo.

—¿Insoportable?

—Demasiado protector, demasiado perfecto. Me estresa que alguien pueda ser tan malditamente bueno —resopló, y me pareció ver en ella un atisbo de humanidad tras su fachada impecable.

—Suena... complicado.

—¿Tienes hermanos?

—James. Mayor. Adorable, pero en pequeñas dosis —sonreí con algo de alivio al encontrar un punto en común—. Cuando se pone en modo guardián, dan ganas de huir al Polo Norte.

—Te entiendo. Dan tiene esa manía de «voy a salvar el mundo… y de paso tu vida, aunque jamás me lo hayas pedido».

El ambiente se relajó. No desaparecieron las barreras, pero hubo un descanso, una especie de tregua muda. Nunca había sentido que Mía fuera algo más que esa fachada de chica perfecta salida de una campaña de perfume.

Y me sorprendió querer saber más.

Llevaba cuatro años con Noah, ese chico que, según ella, era su otra mitad. «Somos inseparables», solía repetir, y yo no sabía si lo decía celebrando el amor o pidiendo a gritos un poco de espacio.

Mientras charlábamos, la habitación se fue llenando del olor dulzón del esmalte y de los diálogos de *Clueless*, esa peli noventera que Mía se sabía al dedillo.

—*¡Ni de coña!* —gritó justo a tiempo con Cher, levantando la lima de uñas —. Esta película lo tiene todo, tía. Es una religión.

Me reí, más por el entusiasmo de ella que por la escena en sí. Mía, con su botiquín de pedicura que parecía una maleta profesional, estaba en su elemento. Entre tijeras, algodones y esmaltes en más colores de los que yo sabía que existían.

—Vale, escúchame —dijo, levantando uno de sus frasquitos—: este rosa no es cualquier rosa. Es rosa sandía brillante con subtono coral, y te lo voy a poner porque te va a quedar de escándalo.

Me reí, dudando.

—¿No viene con sirenas de emergencia?

—Aún no—respondió, sonriendo al sentarse frente a mí—. Llevas demasiados días en modo neutro. Toca darle un poco de vida a esas uñas.

Se inclinó hacia adelante y, con gesto concentrado, empezó a aplicar el esmalte con movimientos precisos.

—Confía en mí —añadió sin levantar la vista—. Este color te va a alegrar hasta el ánimo.

—Gracias, pero este nivel de concentración para no moverme me está matando —confesé—. No nací para estas cosas… soy un desastre con todo lo que implique arreglarse.

—Bueno, eso explicaría lo de tus manos.

Entorné los ojos en protesta, pero la risa nos ganó en menos de un segundo, justo cuando Cher soltaba otra de sus frases míticas de fondo.

Tal vez no era tan esnob como parecía, tal vez solo necesitaba que alguien le hablara sin rodeos.

Un pitido agudo rompió el momento. Mía cogió el móvil al vuelo y, al ver la pantalla, se le iluminó la cara.

—¡Por fin! —exclamó, tirando el bote de quitaesmalte que rebotó en el sofá antes de caer al suelo, pero ni se inmutó. Estaba demasiado concentrada en lo que acababa de leer.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, divertida por su reacción.

—¡Han ascendido a mi hermano! —chilló, incorporándose en el sofá mientras se frotaba los ojos—. Ahora es gerente de operaciones en SuccessNow.

Tardé un mini rato en procesarlo. Había oído hablar de esa empresa; no era poca cosa. Publicidad, eventos, campañas virales... estaba en todos lados.

—Eso hay que celebrarlo, ¿no? —comenté, aunque Mía ya estaba a medio mensaje, los dedos volando por la pantalla.

—Estoy pensando en organizarle una sorpresa. ¿Qué te parece venir este sábado a su chalet para una barbacoa?

—Claro... —dudé antes de preguntar—. Oye, ¿puedo invitar a alguien?

Mía entrecerró los ojos, con una sonrisa que se le escapaba.

—Por supuesto. ¿Ese «alguien» es el chico del que Bruna me ha hablado?

Mi compañera de cuarto, con su habilidad de convertir hasta el más mínimo detalle en material de telenovela, ya se había encargado de ponerla al día sobre la noche en que lo conocí.

—Tal vez —admití.

«Genial, otra vez montándome una película mental por un chico», pensé mientras Mía regresaba a sus mensajes. Lo peor era admitirlo: me moría por verlo, y solo imaginarlo bastaba para acelerarme más de lo que quería reconocer.

La tarde se escurrió entre diálogos de película y la lista de tareas que conseguí cerrar a regañadientes. Cuando por fin apagué la pantalla, me dejé caer en el sofá justo a tiempo para unirme a las chicas en la cena. El apartamento olía a gloria: ajo dorado, especias y algo más que no supe identificar, pero que prometía.

Bruna estaba sirviendo su última creación: verduras salteadas con setas. Nada demasiado sofisticado, pero con ese toque suyo que lograba que todo supiera a algo más. Se había ganado el título no oficial de chef de la casa y gurú de la comida saludable.

—¿Cómo haces que unas simples zanahorias y champiñones sepan a comida de restaurante con estrella Michelin? —pregunté, sirviéndome una segunda ración.

Bruna dejó el tenedor sobre el plato con un pequeño golpe.

—Ay, Olivia... No tienes ni idea. El secreto es amor y paciencia. Cocinar es lo único que me desconecta de verdad. Es mi terapia.

—¿Terapia con sabor a zanahoria? Anótame eso para mi biografía —bromeé, reacomodándome en la silla.

—Te ríes, pero es en serio. Hay quien va al cine, hace escalada o se va a gritar al mar. Yo pico cebolla. Me concentro tanto que se me olvida todo lo demás.

—Pues funciona —admití entre bocados—. Esto está brutal.

—Te toca la próxima cena —añadió Bruna, apuntándome con el tenedor para nombrarme oficialmente.

—¿Quieres vernos morir envenenadas?

—Tranquila —intervino Mía desde el sofá, sin despegar la vista del móvil —. Siempre podemos pedir pizza y fingir que nada pasó.

La conversación se alargó entre bromas y platos vacíos. Al terminar, recogimos la mesa y metimos todo en el lavavajillas. Luego me despedí de ellas y me fui a mi cuarto.

Me metí en la cama con un cansancio que, en vez de empujarme al sueño, me dejó dando vueltas a la cabeza.

Tenía en mente el plan para el jueves: voleibol en la playa con Bruna y su gente. Sonaba fácil. Ella lo había mencionado entre bocados, yo ya lo analizaba como una decisión trascendental. No era por el deporte, claro. Era todo lo que venía con él: sol, gente nueva, diversión. Una parte de mí lo deseaba. La otra no sabía cómo sentirse.

Cuando por fin empezaba a caer en ese estado semiconsciente en el que el cuerpo ya no pesa, algo vibró cerca de mi cabeza.

Mi móvil.

Un chute de adrenalina me sacó del letargo. Me incorporé y tanteé la pantalla en la oscuridad.

Nada. Ni una notificación.

Juraría que había sentido la vibración. Ese zumbido inconfundible, tan familiar que lo reconocería en cualquier parte. Pero no. Solo mi habitación, la penumbra de siempre, y el ventilador zumbando bajo.

Me quedé sentada, el móvil en la mano, esperando no sé muy bien qué.

Me froté los ojos con fuerza.

¿Qué había sido eso? ¿Mi subconsciente? O tal vez... solo lo estaba esperando a él. ☽



-15-

Arena

Jueves, 13 de julio de 2023

El asfalto reverberaba bajo mis zapatillas mientras cruzaba la calle. El aire olía a gasoil caliente, a neumáticos y a ese sol sofocante que parecía querer derretirnos a todos. Terminé las clases antes de lo habitual y me refugié en la biblioteca de Pacific Beach para adelantar algo de trabajo antes de quedar con Bruna.

El lugar estaba casi vacío, solo unos cuantos estudiantes dispersos, absortos en sus ordenadores o con un montón de notas frente a ellos. Me gustaba ese universo de pequeñas luces de lectura y el olor a papel y café recién hecho que siempre me parecía estar en todas las bibliotecas.

Caminé hasta los estantes, buscando un libro sobre narrativa contemporánea para poder avanzar con los ensayos, y encontré una mesa vacía justo al lado de una ventana que dejaba entrar la luz dorada de la tarde.

Coloqué mi viejo portátil gris y los apuntes en la superficie de madera desgastada, que había sido testigo de tantas horas de estudio de otros antes que yo. Me hundí en las palabras del ensayo, olvidándome de todo lo que me rodeaba.

El silencio era tan denso que hasta el tic-tac del reloj me parecía atronador. Noté que alguien se detenía justo detrás de mí. El suelo crujió apenas, como sacudido por una pisada demasiado fuerte.

Levanté la vista y lo vi.

Vaqueros negros de siempre, gastados en los bordes, las manos enterradas en los bolsillos y esa sonrisa descarada de quien nunca pierde.

Mi piel reaccionó antes que mi cabeza: un cosquilleo subió por la espalda y me erizó el vello de los brazos.

—¿Qué hace una escritora prometedora escondida en un sitio tan aburrido?

—¿Jake?... ¿Qué haces aquí?

Intenté sonar tranquila, pero mi voz titubeó, delatando un nerviosismo que ya no sabía disimular. Un *flashback* de la noche del domingo, en su camioneta, me cruzó la mente como un fogonazo, haciéndolo todo aún más incómodo.

La forma en que me sostuvo la mirada me dio la impresión de que sabía a la perfección el efecto que provocaba en mí.

Se acercó un poco más acortando la distancia.

—¿Qué hago aquí? —repitió, señalando una estantería abarrotada—. Es una biblioteca, ¿no?

—Claro, porque lo primero que pienso al verte es «un amante de la lectura», —solté, pasando el dedo por el lomo del libro abierto frente a mí y fingiendo concentrarme en él.

Él no dijo nada de inmediato. En su lugar, sacó un libro de su mochila, con la portada de un color naranja claro y un título curioso: *Técnicas avanzadas de pastelería francesa*. Lo dejó caer sobre la mesa, frente a mí.

—¿Un *soufflé* de emergencia? —bromeó, sentándose con una confianza tan natural que me sentí de pronto un poco incómoda.

Cerré mi portátil. Jake estaba entrando en mi vida y en mi corazón a una velocidad vertiginosa. Ese fue el momento exacto en el que lo supe. Fueron sus ojos azules mirándome mientras bromeaban sobre un *soufflé*. Fue esa mariposa que saltó en mi estómago al sentirlo cerca, girarme y ver que estaba ahí. O quizás fue la confianza con la que siempre se acercaba… o la calma que me daba al estar a su lado, una que a la vez me alteraba los latidos.

Ordené los bolígrafos sobre la mesa antes de responder, tomando aire muy despacio, tratando que no se notase que me tenía. Ahí. Me tenía. Y yo no era capaz de saber qué era para él. Tan hermético. Tan risueño. Tan él. ¿Cómo había sucedido?

—¿En serio estás aquí para leer? —pregunté echándole un vistazo de nuevo al libro que tenía en las manos.

—¿Por qué no? —dio un golpe con la suela contra el suelo—. Aunque, si te soy sincero... quería ver si te encontraba.

La garganta se me cerró cuando su mirada me atravesó, directa y desafiante. Me sentí acorralada, aunque no podía negar que, en el fondo, había algo en esa seguridad suya que me sacaba de quicio… y, al mismo tiempo, me arrastraba sin remedio.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—No lo sabía, pero tenía la corazonada de que estarías en algún lugar lleno de libros. Y vaya, no me equivoqué.

—Entrecerró los ojos y sonrió, mostrándome su hoyuelo derecho.

«Vamos, Olivia, tu clásico: ojos en blanco y a otra cosa» pensé, obligándome a desviar la vista.

Hablábamos bajito. Jake me contó una historia absurda sobre un cliente empeñado en pedir pizza hawaiana en el restaurante donde trabajaba, uno de esos sitios donde hasta el aceite de oliva tiene denominación de origen. Yo le conté lo eterno que se me había hecho el día, gracias a una tarea de Cultura Literaria que parecía escrita en otro idioma.

—Debes aprender a desconectar un poco, Olivia. Te tomas todo demasiado en serio —comentó de repente, mirándome a los ojos con una intensidad que hizo que olvidara lo que estaba diciendo antes.

¿Cómo podía hacer que me olvidase de mis propias palabras? ¿Qué clase de hechizo había conjurado para ser capaz de atraparme así? Y, sobre todo, ¿por qué no lo había visto venir? O sí, quizás sí lo había visto, pero me había empeñado en acallar mis emociones. Carraspeé antes de hablar.

—¿Y qué sugieres? ¿Que deje todo y me dedique a hacer *soufflés* contigo? —repliqué, intentando sonar espontánea mientras luchaba por ignorar el calor que subía a mis mejillas.

—No es mala idea, aunque lo que creo es que necesitas divertirte más.

—¿Y cómo propones que haga eso? —pregunté, apoyando un codo en el respaldo.

—Déjamelo a mí.

Se levantó, tomó el libro de cocina y fingió hojearlo, disponiéndose a salir.

—Nos vemos, escritora. No te quemes las pestañas con tanto estudio —dijo, guiñándome un ojo antes de desaparecer entre los estantes.

Me quedé observando el lugar por donde Jake había desaparecido, sintiendo cómo una extraña chispa aún recorría mi cuerpo. Cuando volví a mis apuntes, algo en la mesa captó mi atención. Era un pequeño papel doblado que no estaba ahí antes.

Lo abrí. El papel tenía los bordes redondeados, doblados tantas veces que parecía haber dudado antes de dejarlo. Lo reconocí. Era de la libreta que vi en su coche.

Te recojo a las ocho. Prepárate para divertirte.

Al llegar a casa, Bruna me esperaba en la puerta, agitando una bolsa de papel con gesto orgulloso. Dentro, asomaban dos sándwiches envueltos con mimo en papel vegetal.

—Hummus y remolacha —anunció, alzando la bolsa como quien acaba de inventar una fórmula mágica—. Pura energía para arrasar.

—O al menos para no ser un desastre absoluto —repliqué, riéndome mientras cogía uno y me subía a su coche.

El camino a Mission Beach fue corto, pero suficiente para notar cómo el ambiente cambiaba a nuestro alrededor. Las calles perdían cemento y ganaban arena; la brisa, más limpia, traía consigo ese olor salado que siempre lograba despejar la cabeza.

En cuanto sus pies tocaron la arena, Bruna se transformó. Caminaba con una confianza que intimidaba, saludando a jugadores que parecían parte de su círculo habitual. Sus movimientos eran ágiles, seguros, parecía que la arena fuera su pista de baile personal.

Yo, en cambio, me movía con la sensación constante de estar fuera de lugar. Caminar sobre la arena blanda era un recordatorio de que mis habilidades deportivas dejaban mucho que desear.

—Relájate, Olivia —dijo Bruna al ver que inflaba las mejillas y las soltaba de golpe—. Solo es un juego.

Para ella era fácil decirlo. Su coleta alta ni se movía mientras saltaba a por cada bola con una sonrisa digna de un anuncio de bebida energética**.** Yo, en cambio, parecía una figurita de acción con las articulaciones oxidadas.

Cuando el sol comenzó a teñir el cielo de naranja y oro, algo dentro de mí se liberó un poco. Tal vez no se trataba de ganar ni de hacerlo bien, solo era cuestión de estar ahí.

Intenté mantenerme en pie, literal y mentalmente, durante unos minutos más, pero entre el viento empeñado en empujarme fuera del campo y mis reflejos traicionados por años de vida sedentaria, terminé rindiéndome con dignidad. O al menos con lo que quedaba de ella.

Me recosté en un banco de madera con las piernas entumecidas y los pulmones reclamando una tregua. El vóley no era lo mío.

Bruna, por el contrario, parecía haber nacido para aquello. Estuve a punto de sugerirle que dejara de estudiar su carrera de periodismo y se dedicara a aquello. Quizás eso sonaba exagerado, pero era innegable que tenía talento, en especial al compararla conmigo.

Tenía a todos los chicos embobados, no solo por sus habilidades deportivas, sino también por su delantera, que rebotaba arriba y abajo cada vez que golpeaba la pelota o se lanzaba a atraparla. Sus atributos eran naturales, a diferencia de los de Mía, que había pagado una buena suma por los suyos y nos lo recordaba casi todos los días.

Cuando el partido terminó, fui al lugar donde habíamos dejado nuestras mochilas.

Al tocar la tela sentí algo distinto. Un desorden que delataba haber sido registrada sin cuidado.

Busqué el móvil, pero al no sentirlo, el estómago se me contrajo. Un mechón fino de pelo rubio se enredaba en la cremallera. No era mío.

—No puede ser… —balbuceé para mí misma, revolviendo cada bolsillo de mi vieja mochila.

—¿Todo bien? —preguntó Bruna, acercándose con una botella de agua en la mano.

—No está. Mi móvil… no está.

Bruna dejó lo que estaba haciendo para arrodillarse a mi lado.

—Relájate, seguro que está en algún bolsillo —dijo, intentando quitarme la mochila, pero yo ya había entrado en modo pánico.

—Vale, respira. ¿Llevabas algo más importante?

—Mi documentación…

Abrí la mochila de nuevo con principios de taquicardia y revolví el interior. La cartera y el pasaporte también habían desaparecido.

Bruna se levantó de un salto.

—Quédate aquí. Voy a preguntar si alguien ha visto algo.

La vi correr hacia un par de amigas suyas que seguían charlando en la pista. En ese mismo momento, me desplomé en el banco, con la cabeza entre las manos.

Las pulsaciones en mis sienes aumentaban; no podía dejar de pensar en todo lo que implicaba haber perdido mi pasaporte.

Bruna volvió y se agachó frente a mí.

—Nadie ha visto nada, pero vamos al coche. Llama a tu banco desde mi móvil y cancela la tarjeta.

Sus palabras no apaciguaron del todo mi ansiedad, pero al menos me empujaron a hacer algo. A tomar el primer paso.

Durante el trayecto de vuelta las palabras entre nosotros fueron escasas. Bruna hablaba sola, encadenando comentarios sobre lo milagroso de una ducha caliente, lo bien que le sentaría para borrar el día, según sus propias palabras.

Yo continuaba con la mente atrapada en una maraña de pensamientos que giraban sin parar, sin dejarme espacio para nada más.

La puerta se cerró con un clic, y dentro de mí todo rugía. Bruna me observó con la seriedad que reservaba para cuando no había espacio para bromas.

—Lo resolveremos, Oli —aseguró con su buena voluntad. Pero sus palabras no consiguieron abrirse paso entre la maraña de pensamientos que giraban sin descanso en mi cabeza: «mi pasaporte, mi cartera, cómo avisar a mi familia… mi estúpida mochila».

Fui directa al baño sin decir palabra y me dejé envolver por el vapor que ya empañaba el espejo. El agua caliente golpeaba mi piel sin piedad, pero no arrastraba el nudo incrustado en mi pecho. Ni una lágrima. No podía. Todo lo que sentía se había quedado atascado entre la garganta y el estómago, sin salida.

Bruna llamó desde fuera.

—¿Necesitas algo?

—Estoy bien —respondí, aunque la mentira se deshizo en el aire antes de llegar al final de la frase.

No insistió. Sabía que no era verdad, pero entendió que no tenía espacio para explicaciones.

Me puse el viejo chándal gris. Ese que siempre usaba en días como este. Rasposo, familiar, como una armadura gastada.

Salí envuelta en el calor húmedo del baño, sin energía para fingir que todo estaba en orden.

Bruna estaba en la cocina, revolviendo algo en un cazo. Parecía metida en su propia burbuja, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que lo hacía por mí.

—Te preparé un té —dijo sin girarse.

Me dejé hundir en una de las sillas de la mesa mientras ella lo colocaba frente a mí.

—Gracias —alcancé a decir, rodeando la taza con ambas manos para absorber su calor.

El silencio entre nosotras era cómodo, como siempre. Bruna sabía cuándo hablar y cuándo quedarse callada.

—¿Sabes qué deberías hacer mañana?

—¿Qué?

—Ir a la embajada.

—¿La embajada? —pregunté, sintiendo el peso de la palabra sobre mis hombros.

—Sí, Olivia. Necesitas tu pasaporte. No puedes quedarte sin él, y menos aquí. Además, con lo organizada que eres, estoy segura de que lo resolverás rápido.

—¿Organizada? ¿Te parece organizada alguien que deja su mochila desatendida y pierde toda su identidad?

Bruna dejó la sartén y apoyó las palmas en la encimera, inclinándose hacia delante.

—No es tu culpa, la gente roba. Punto. Es una mierda, pero no eres responsable.

Busqué creerle, aunque la sensación seguía clavada como una astilla bajo la piel.

—Supongo que tienes razón —gruñí.

—Por supuesto que la tengo. ¿Cuándo no la tengo? —replicó, dándome una palmada en el brazo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Mía entró poco después, con el móvil en mano y el repiqueteo inconfundible de sus tacones resonando por todo el apartamento.

—Chicas, he estado pensando —dijo, dejando el teléfono sobre la encimera—. Mañana podemos resolver lo del pasaporte, pero también deberíamos aprovechar para ir de compras. Olivia necesita un móvil nuevo y, ya que estamos, podríamos buscar algo bonito para la fiesta sorpresa de Dan el sábado.

—Tiene sentido —respondió Bruna, removiendo los ingredientes con brío.

Yo solo asentí, demasiado agotada para opinar o siquiera procesar bien la idea.

Había dado solo un par de bocados cuando sentí que ya no podía estar allí. Me levanté y contuve el aire antes de hablar.

—Bruna, ¿puedes dormir con Mía esta noche? Necesito estar sola.

—Te dejo espacio, pero estoy aquí, ¿vale? —aseguró, acariciándome el hombro antes de desaparecer por el pasillo.

Empujé la puerta del cuarto con el hombro y me derrumbé de bruces sobre la cama. El cansancio físico se mezclaba con el agotamiento emocional, haciendo que todo en mi cuerpo pesara el doble.

El ruido de mis pensamientos bajó el volumen lo suficiente para que notara el reloj: las agujas apuntaban a las ocho.

«Encima no viene», pensé, y me descubrí aliviada… aunque el vacío en el estómago dijera lo contrario.

Pero Jake, como parecía ser su costumbre, tenía otros planes.☽



-16-

Little Italy

Sonó el timbre y me quedé paralizada. El corazón me retumbó en el pecho. Miré hacia la puerta, dudando de si lo había imaginado, pero insistió, con la misma terquedad de antes.

Exhalé, resignada. Me levanté con el cansancio aún pegado al cuerpo, subí la cremallera de la chaqueta del chándal y me hice una coleta baja.

Abrí desde el intercomunicador. Escuché las pisadas resonando en las escaleras, cada vez más cerca, marcando un ritmo que parecía hecho para descolocarme.

Jake apareció. La noche parecía haberlo escoltado hasta mi puerta. La camiseta negra se pegaba a sus brazos, marcando cada músculo sin esfuerzo, y los vaqueros gastados contaban más de lo que él jamás diría. El pelo desordenado, rebelde como siempre, le caía sobre la frente, y el hoyuelo que se le marcaba en la mejilla derecha bastó para dejarme sin aliento.

Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar cuando ya me rodeaba la cintura con esa confianza fácil que se le daba tan bien.

—Hola, escritora —susurró, y el calor me subió por la piel como un incendio invisible.

Quise contestar, de verdad lo intenté, pero la voz se me quedó atascada en algún punto de la garganta.

Era la primera vez que lo tenía ahí, dentro de mi espacio. Mi refugio, ese rincón que hasta entonces había sido solo mío. Y, sin saber por qué del todo, quería que se quedara, que formara parte de mi mundo con esa forma suya de mirarme, con esos ojos que no eran solo azules, sino llenos de cielo revuelto.

—¿Va todo bien?

Noté como su expresión se iba ensombreciendo poco a poco conforme sus ojos estudiaban mi rostro.

Exhalé sintiéndome un poco más estable.

—Sí... creo que sí —respondí, consolándome a mí misma. Sin darme tiempo para pensar más, salí hacia la terraza.

La casa estaba más callada de lo normal. Las chicas ya estaban en sus cuartos; no se escuchaba la televisión ni las risas que solían llenar el pasillo a deshoras.

Antes de que pudiera reflexionar más, percibí su presencia detrás de mí. Unos brazos se cerraron alrededor de mi cintura, y el calor de su cuerpo me atrapó en un lugar donde todo se sentía menos pesado.

—Puedes contármelo —susurró contra mi hombro, provocando un efecto inmediato en mí.

Me quedé rígida, invadida por su perfume habitual, intenso, avainillado, con ese fondo cálido a madera que me erizaba la piel.

—No creo que vaya a ser la mejor compañía esta noche. Si quieres irte, lo entendería.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, sin moverse, girándome hacia él.

—No lo sé… Quizás me vendría bien estar sola ahora.

La vulnerabilidad me pesaba por dentro. Mis defensas se desmoronaban, y aunque no estaba segura de por qué, terminé contándole todo: el día que había tenido, el robo, y esa angustia que llevaba arrastrando desde hacía horas.

Jake no respondió de inmediato. Solo alargó la mano y me levantó la barbilla para que lo mirara.

—Vale —dijo al fin—. Entonces ven conmigo. Damos una vuelta en el coche. No tenemos que hablar, si no quieres.

Entorné los ojos, aunque la resistencia se me escapaba entre los labios.

—¿A dónde? —pregunté, enredando los dedos en la costura de mi sudadera.

Su sonrisa se ladeó y ese hoyuelo en su mejilla apareció como una promesa de aventuras.

—Ya lo verás, no seas impaciente —. Me dio un pequeño beso en la frente, tan sutil que apenas lo sentí, pero que fue suficiente para sacarme un nudo de tensión.

Aún con el chándal viejo y esa sensación de que, aunque me hubiera cambiado, seguiría sintiéndome igual de revuelta por dentro, subimos a la camioneta. Cuando Jake bajó la ventanilla, la corriente me despeinó un poco. Y en cierta manera, me alivió, algo se aflojó por dentro sin que yo hiciera nada.

—Me gusta cómo llevas el pelo.

Busqué su cara, dudando entre reírme o creerle.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté, tocándome la coleta mal recogida.

—Mucho. Te queda bien —lo dijo sin una pizca de ironía, para él parecía obvio.

La risa me salió sola; cualquier intento de defensa se desmoronaba.

—Me gusta cuando eres espontánea, Olivia. No tienes que ser siempre perfecta; puedes cometer errores como el resto de los humanos que habitamos la Tierra.

—¡Qué exagerado eres! No soy perfecta ni mucho menos. Quizás soy distinta a ti, eso sí… un poco más disciplinada.

—Pero si no hay nadie más disciplinado que yo. No sé de qué hablas, escritora. —Se reclinó contra el asiento —Solo he cambiado de trabajo dos veces este último año, muy pocas para ser yo.

—A eso me refiero. Un poco de rutina siempre viene bien —dije, con un dejo de desafío.

—Y un poco de locura también —respondió él enseguida, aflojando el pie del freno antes de pisar el acelerador de nuevo.

—¡Para, no hagas eso! —le advertí, con el corazón disparado.

—¿El qué? —fingió inocencia, aunque la fuerza con la que sujetaba el volante decía lo contrario. Volvió a acelerar.

—¡Para! —repetí.

—Vale, vale, ya está —rio, levantando las manos en señal de paz.

—Eres idiota —dije, apoyando un brazo en la ventanilla, y dejando que la carga del día empezara a disiparse con cada broma.

—Y cuando te enfadas… —añadió, con un matiz juguetón—. Eso también me gusta.

—¡No digas tonterías!

—No lo son. Pero no te lo diré más porque ya se han agotado los cumplidos por hoy. No quedan —dijo, entrecerrando los ojos con una expresión de falso orgullo que terminó haciéndome reír.

—Ya estamos aquí —anunció, aparcando en una pequeña plaza casi vacía.

La noche estaba tranquila, casi demasiado quieta, y solo las farolas lanzaban su luz cálida sobre el asfalto. Empezamos a caminar hacia una pequeña colina, y a medida que avanzábamos, la vista se volvía cada vez más clara.

Desde la cima, donde una enorme cruz se recortaba contra el cielo, San Diego se desplegaba bajo nosotros, iluminada por miles de lucecitas que parecían respirar con la ciudad. Me dejó sin palabras.

Nos sentamos en los escalones de piedra. Mis ojos iban de un lado a otro, registrando detalles sin querer: las siluetas de los edificios, el balanceo de las ramas, el ruido lejano de algún coche pasando. Todo parecía demasiado grande, pero no en plan agobiante. Más bien al revés. Por una vez, no me sentía pequeña.

—Este es el Monte de la Soledad. Lo levantaron en memoria de los veteranos que murieron en la guerra. Mi abuelo estuvo allí.

La manera en que lo dijo, sin adornos, me hizo pensar que no solía hablar de eso con cualquiera.

Se aclaró la garganta.

—No llegué a conocerlo, pero mi madre siempre habla de él. Me llamaron como él, aunque no estoy seguro de parecerme tanto. Era duro, sí, pero con un gran corazón. Muy cabezota también. Tenía pocos amigos, de los de verdad. Y cuando vio a mi abuela por primera vez, supo que no volvería a mirar a nadie más.

Sentí algo que se movía dentro de mí, una conexión que no sabía que estaba esperando.

—Debió ser alguien especial. Me alegro de que me hayas traído.

Jake bajó la cabeza, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro.

—Hoy tenía otros planes —confesó—. Pero al verte así, pensé que este lugar encajaba más. Aquí todo se calma un poco... puedo escapar.

—¿Escapar?

El móvil vibró. Un zumbido corto, fuera de lugar. Lo sacó del bolsillo y lo consultó de refilón.

—Perdón —farfulló, pasándose una mano por la frente—. Es mi jefa.

Descolgó y dio unos pasos hacia el borde del mirador, dejándome atrás. Yo me quedé contemplando la silueta de la ciudad. Todo estaba tan silencioso que pude oír su conversación.

—Necesito que vengas al restaurante ya —dijo una mujer al otro lado, agitada—. Aston no ha aparecido y esto es un desastre.

Jake se puso serio tironeando de la manga de su camiseta; la rigidez de sus hombros delataba que aún dudaba entre responder o colgar.

—No lo hagas —le advertí, conteniéndolo con la mirada.

Sabía que esa llamada le estaba haciendo hervir la sangre. Jake tenía un punto impulsivo ya le había jugado malas pasadas más de una vez. Me lo había contado entre bromas, pero había una verdad escondida detrás: no sabía medirse si algo le tocaba la fibra.

Aunque, en el fondo, me jodía que el momento se rompiera justo al empezar a encontrarnos de verdad, sin máscaras ni rodeos. Quería que se

quedara, y que esa noche siguiera, que lo que había entre nosotros dejara de ser una chispa contenida y explotara, al fin, sin frenos.

Jake dejó escapar un suspiro largo, librando una batalla interna.

—Voy para allá. Dame quince minutos.

Colgó y dejó el móvil a un lado.

—Lo siento, Olivia.

—Está bien, tienes que ir —dije, aunque una parte de mí odiara pronunciar esas palabras.

—Te compensaré, lo prometo —aseguró, y su determinación me hizo estremecer.

Nos subimos al coche. Las calles estaban desiertas mientras ascendíamos por la colina. Jake sacó el móvil del bolsillo y marcó un número a toda prisa. Sonó una vez, dos.

Cuando su jefa respondió, su forma de hablar cambió: tajante, calculada. No rogó ni se excusó demasiado. Confirmó que iría, pidió una hora de margen y prometió compensarlo**.**

No sé qué fue lo que funcionó, si su forma de hablar o el hecho de que parecía importarle.

—Tienes talento para salirte con la tuya, ¿lo sabías?

—Solo cuando merece la pena —respondió, con esa curva burlona en los labios que parecía diseñada para hacerme olvidar en qué estaba pensando.

Cuando parecía que la noche se apagaba, él giró inesperadamente por una carretera secundaria, sin decir una palabra. Bastó con el brillo en sus ojos para entender que aún no había terminado.

A los pocos minutos, aparcó cerca de una cala tranquila junto a La Jolla, donde habíamos visto las focas unos días antes.

Bajó, rodeó el frontal y me ofreció la mano: no era un gesto adornado, solo una forma de llevarme. Caminamos hasta la orilla, dejando nuestras huellas paralelas en la arena.

Me dejé caer de espaldas. Las olas rompían contra la costa, cada golpe acompasaba el latido errático de mi corazón.

—Quiero arreglar tu día… —murmuró tan cerca que me robó el aliento —. que disfrutes.

Mi mano, por pura necesidad, buscó su rostro. Al descender por su cuello, descubrí el ritmo irregular de su pecho, y supe que él también estaba cayendo, igual que yo.

Su boca descendió por mi clavícula en una hilera de besos que me estremecieron desde la garganta hasta el vientre.

—No tienes idea de lo que estás provocando, ¿verdad?

—Jake… Yo… no sé si debería estar aquí —confesé, en guerra con lo que me hacía sentir.

Él rozó mi oído con sus labios.

—No lo pienses tanto. Déjate llevar —me susurró, arrancándome un estremecimiento.

Bajó la cremallera de mi sudadera con una lentitud que me hizo contener el aire; después, sus dedos recorrieron mi cintura y empujaron hacia abajo el pantalón junto con la ropa interior.

Se hundió entre mis muslos; el calor de su boca me rozaba la piel antes de que su lengua encontrara un ritmo cada vez más rápido.

Me moví hacia él por puro instinto. Hubo un segundo, un amago de detenerme: «¿Y si alguien nos ve?» Pero en cuanto tocó justo donde debía, la pregunta se deshizo. Cerré los ojos, dejándome arquear por el placer, con la arena cediendo bajo nuestro peso.

El pulso me retumbaba en los oídos; mi cuerpo despertaba después de años dormido, después de toda una vida. Tuve que morderme para no gritar su nombre. Gemí, y él lo entendió como la señal para seguir igual.

Lo agarré del cabello acercando su rostro al mío para besarlo. Él sonreía, satisfecho de haber logrado que llegara al éxtasis.

Nos besábamos con los cuerpos semidesnudos buscándose con fiebre. De pronto, me sostuvo el rostro con ambas manos y se quedó a un suspiro de mi boca. No había nada suave ni contenido, solo deseo. Crudo, directo, inevitable.

Recordando que el reloj jugaba en contra, nos vestimos a toda prisa, aún con el pulso acelerado y sin cruzar miradas. Él fue el primero en incorporarse. Bajo la fina luz de la luna, sus hombros dibujaban una silueta potente, con esa presencia innata para destacar sin proponérselo.

Me alisé el cabello con los dedos y me levanté, sintiendo cómo las piernas no me obedecían del todo.

Caminábamos hacia el coche cuando se detuvo poniéndose delante de mí.

—¿Te ha gustado?

El rubor me subió como un rayo y necesité un par de pestañeos antes de responder.

—Puede… ¿Y si te digo que no?

Jake ladeó la cabeza, abriéndome la puerta del copiloto.

—Entonces habría que repetirlo… hasta que te guste.

Negué con la cabeza, apretando el cinturón como si ese gesto pudiera contener las ganas de volver a besarlo.

El trayecto nos llevó hasta Little Italy, donde las fachadas de colores desteñidos, los carteles vintage y las terrazas repletas de gente, parecían suspendidas en otra época.

En el ambiente flotaba un olor inconfundible: salsa marinara burbujeando en alguna cocina cercana, albahaca recién cortada y pan tostado que olía a hogar. Todo mezclado con el sonido de cubiertos y música italiana escapando por alguna ventana abierta.

—Llegamos —anunció, jugueteando con el botón del claxon sin llegar a presionarlo—. Te aviso: si hoy me despiden, la responsabilidad será tuya.

—Seguro que te perdonan. Nadie puede resistirse a tu encanto —dije, dándole un empujón con el hombro.

—Creo que hoy no acabaré pronto. Es jueves y este sitio se pone a reventar —barrió el local con la vista—, pero voy a guardarte una mesa. Y, por supuesto, la cena va a cuenta de la casa.

—Me quedaré solo si tú lo cocinas —le dije mientras caminábamos hacia la entrada.

Al acercarnos a la puerta, me vi reflejada en el cristal y, sin pensarlo, me subí la cremallera. Hundí las manos en los bolsillos, intentando disimular que no encajaba del todo en un lugar tan elegante.

—Eso está hecho —dijo Jake, abriendo la puerta para que entrara delante de él—. Voy a prepararte algo que ni el chef más estirado podría mejorar.

El restaurante Il Forno era acogedor y clásico. Jake me señaló una mesa pequeña, con un mantel de cuadros rojos y blancos y un jarrón con un par de rosas que le daban un toque romántico.

Me acomodé, viendo cómo él desaparecía hacia la cocina. El sitio estaba a reventar: conversaciones cruzadas, risas, platos chocando, cubiertos que no paraban. Todo vibraba.

Era la primera vez que me sentaba sola en un restaurante. Los camareros parecían sacados de una revista: camisas blancas impecables y delantales morados con las iniciales del lugar bordadas en dorado.

Lo busqué entre las mesas hasta que lo encontré. Jake estaba junto a una camarera que se abría paso con agilidad entre platos y bandejas, demasiado cerca para mi gusto. Ella llevaba una trenza de raíz, algo deshecha por la jornada, y unos pendientes largos que se balanceaban casi hasta tocar su clavícula con cada movimiento.

Se inclinó hacia él y le dijo algo al oído. A Jake se le iluminó la cara, haciendo que todo a su alrededor pareciera menos serio. Sentí una incomodidad antigua, difícil de explicar.

Jake desapareció tras las puertas batientes de la cocina. Me obligué a desviar la atención. Una familia ocupaba la mesa más cercana: dos niños compartían un plato de macarrones, con las mejillas manchadas de tomate y las servilletas hechas trizas. Los padres brindaban, intercambiando miradas agotadas pero cómplices.

La escena tenía algo reconfortante. Casi me hizo olvidar que, después de todo ese rato, nadie se había acercado a tomarme nota. Me removí en el asiento.

Karen apareció. Llevaba una placa con su nombre y un delineado tan afilado que parecía hecho con regla.

—¿Qué vas a querer? —preguntó. Se acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja, sin sonreír.

«Vaya, creí que él se encargaría de pedirme algo».

—Jake dijo que él lo prepararía.

Karen hizo rodar el bolígrafo entre los dedos, una, dos, tres veces, hasta que quedó claro lo poco que le importaba disimular su fastidio.

—Si no pides algo, vas a esperar una eternidad —dijo sin más, desviando la atención a la mesa de al lado.

La vi tamborilear con la uña contra el cuadernillo, tac-tac, marcando su paciencia en cuenta regresiva. Me mordí la lengua para no soltar algo que sonara demasiado borde.

Incluso pensé en levantarme e irme, pero me agarré al asiento.

—Entonces, lo que él considere su especialidad.

Karen apenas asintió, garabateó algo rápido y cerró el cuadernillo de un golpe antes de alejarse entre las mesas. La seguí con la mirada. Pocas veces había visto a alguien con menos interés por hacer su trabajo.

Cuando ya pensaba que se habían vuelto a olvidar de mí. Jake cruzó las puertas de la cocina con su camisa blanca de chef abierta en los primeros botones y las mangas arremangadas. Llevaba en las manos un plato de espaguetis a la boloñesa y una copa de vino tinto de la casa.

—Perdón por la espera, *piccolina*. —Colocó el plato frente a mí—. Ojalá no te haya tratado muy mal. Karen tiene sus días.

—¿Solo sus días?

—Tienes razón, es más un hábito que una excepción —admitió—. Pero nadie prepara el tiramisú como ella, así que la aguantamos.

—¿Esta es tu especialidad? —pregunté agarrando el tenedor.

—La mía es hacer que la gente regrese —dijo acortando la distancia—. Ya veremos si funciona contigo.

—Estás demasiado confiado, ¿no crees?

—Solo cuando sé que tengo razón.

Le di el primer bocado. El sabor era profundo, casero, con una mezcla justa entre tomate y especias que hacía difícil parar. Jake no apartaba la vista de mí, esperando alguna reacción.

—Bueno... ¿qué te parece?

Masticaba despacio, saboreando cada bocado. Me hice esperar un par de segundos más, solo para disfrutar de la tensión.

—Creo que vas a tener suerte conmigo —solté, después de oír cómo contenía el aliento.

Sopló hacia arriba, apartándose un mechón rebelde, y se giró directo hacia la cocina. Saludó al cocinero con un gesto de barbilla, sin perder un segundo.

Poco después, Karen volvió a aparecer, y ya no arrastraba los pies ni esquivaba mi presencia.

—Olivia, ¿verdad? —dijo, acomodando la libreta bajo el brazo—. Perdona por antes. No sabía que eras amiga de Jake. Hoy está siendo una locura, seguro que lo has notado.

Eché un vistazo alrededor. Los camareros intentaban esquivarse unos a otros como en una coreografía de última hora.

—No, no pasa nada —respondí, intentando sonar más simpática de lo que me sentía.

—¿Quieres algo de postre?

—No sé si tengo hueco...

—Te recomiendo el arroz con leche o el tiramisú que yo preparo. El mejor que vas a probar, ya verás —me interrumpió llevándose dos dedos a los labios, en un gesto que imitaba un beso lanzado al aire.

—Me has convencido. Un tiramisú entonces, por favor.

No tardó en llegar, y cumplía lo prometido: cremoso, con capas que se deshacían al contacto con el paladar y ese equilibrio perfecto entre el amargor del café y el dulzor del cacao.

Saboreaba las últimas cucharadas cuando Jake salió un par de veces más de la cocina. No se detenía, pero su mirada se encargaba de encontrarme.

—¿Estás comiendo bien escritora? —preguntó, apoyando una mano en el respaldo de la silla, con el delantal aún anudado a la cintura y el cabello revuelto por el calor de los fogones.

—Empiezo a pensar que solo sigues en este trabajo por el placer de cocinar cosas como esta —bromeé, levantando la cucharilla.

Jake esbozó una sonrisa cansada.

—Me alegra que te haya gustado, pero tengo que volver a la trinchera. La jefa hoy no me suelta ni medio turno.

Se despidió con una caricia fugaz en el hombro antes de desaparecer entre el ir y venir del personal.

Un poco más tarde lo descubrí conversando con Karen en la barra. Asintió en mi dirección y, segundos después, ella se acercó.

—Dice que te lleve a casa —comentó sin rodeos—. Espero que no te moleste.

—Podría pedir un taxi —sugerí, aunque en el fondo agradecía no tener que volver sola.

Karen negó y me hizo un gesto para que la siguiera.

Su coche era un Fiat rojo que ya había visto mejores días. El asiento del copiloto estaba lleno de revistas dobladas, un paraguas roto y una bolsa de tela con una muda de ropa de repuesto. Se notaba que pasaba más tiempo en él que en su casa.

—Qué pena que salga tan tarde de trabajar —dije, casi sin darme cuenta, mientras veía cómo las luces de los rascacielos resbalaban por la ventana.

—Es el precio que paga por ser el mejor del equipo. La jefa lo sabe y lo exprime —respondió, lanzando una mirada rápida al retrovisor antes de cambiar de carril.

—Espero que no lo presione demasiado, parece que se cansa rápido de los trabajos.

Karen rio por lo bajo, quizás sabiendo algo que yo no.

—Y de las cosas en general —añadió, girando el volante al tomar una curva—. Lo conoces bastante bien para el poco tiempo que lleváis.

—¿Te ha hablado de mí?

—No… —apoyó el codo en la ventanilla y dejó la vista perdida afuera—. Pero al verlo hoy, lo noté distinto. Menos rígido, más presente… No sé, algo se cambió en él.

La curiosidad me pinchó por dentro, pero Karen señaló la pantalla del GPS.

—¡Ya estamos aquí!

Me desabroché el cinturón con una mezcla rara de nerviosismo y algo parecido a esperanza.

—Gracias por el viaje.

—Un placer. Pásate pronto por Il Forno.

Me ofreció un intento torpe de abrazo entre el freno de mano y el retrovisor.

«Lo noté distinto».

La frase seguía latiendo en mi cabeza al subir las escaleras de casa. Cerré la mano alrededor del bolso, buscando las llaves por costumbre, pero

también buscando algo que me anclara. Porque hacía mucho que no sentía esto: que estaba soltando el control. Que no huía. Que no me escondía.

Era como abrir una puerta.

Una que no sabía dónde iba a llevarme, pero que, por alguna razón, ya no me daba tanto miedo cruzar. ☽



-17-

Inesperado

Viernes, 14 de julio de 2023

Me revolví entre las sábanas, arrastrando el cuerpo con la misma pereza que la mente. El sol se colaba a jirones por las cortinas. Y entonces, el olor a café: un salvavidas caliente, aromático, capaz de arrancarme de la pereza y la lista infinita de pendientes.

Encontré a Bruna en la cocina, con unos shorts deportivos y una camiseta holgada que decía *Beach Vibes*. Se balanceaba al ritmo de una canción pop que salía de la vieja radio a pilas.

—Buenos días, zombie —saludó sin dejar de moverse, empujando una taza hacia mí.

—Buenos... días —dejé salir entre bostezos, abrazando la taza de café con ambas manos antes de dejarme caer en uno de los taburetes.

Mía apareció poco después, impecable para variar. Llevaba un top lavanda de tirantes finos, vaqueros cortos de tiro alto y unas sandalias blancas de plataforma que le alargaban aún más las piernas. Su melena rubia caía en ondas calculadas, de esas que parecen hechas por el viento, pero que pedían media hora de espejo y secador.

No pude evitar recorrerla de arriba abajo, demasiado consciente de mi camiseta blanca arrugada y los pantalones cortos de algodón, ya víctimas de la lavadora.

—¿Listas para el plan de hoy? —preguntó, apoyándose en la barra, con la boca convertida en una línea fina que dejaba claro que para ella era inconcebible que alguien no estuviera presentable a las ocho de la mañana.

—Hoy toca clase, no hay escapatoria —respondí, aunque no soné demasiado entusiasta.

—Y después, compras —dijo Mía, sin dejar espacio para objeciones—. Tenemos que encontrar algo para la barbacoa de mañana.

Bruna se giró hacia ella con un trozo de aguacate pinchado en su tenedor.

—¿Desde cuándo las barbacoas tienen código de vestimenta?

—Por supuesto que lo tienen. Es lo mínimo, Bruna —dijo Mía, dejando caer el peso sobre una cadera—. Dan es mi hermano y mañana será su día. Tenemos que estar perfectas.

—¿Perfectas? ¿También tengo que disfrazarme yo?

—No es disfraz, es salvar tu armario en llamas —replicó Mía, alzando el dedo como si estuviera dando cátedra—. Ese pobre aún llora por Londres.

Bruna casi se atraganta de la risa con el aguacate.

—Y no solo eso —continuó Mía—. Hoy también resolvemos lo del pasaporte y el móvil, como quedamos ayer. Nada de excusas.

Exhalé, vencida por su energía inagotable.

—Vale, admito que lo del móvil es urgente —cedí al final, aunque lo de mi estilo me parecía un debate mucho más subjetivo.

—Y el pasaporte. Eres una ilegal ambulante en este país —añadió Bruna, dándome una palmada en la espalda antes de seguir con su desayuno.

—Siempre tan sutil, Bruna. Gracias por el recordatorio —resoplé, aunque no pude evitar reírme.

Había decidido tomarme la situación con una actitud más *chill*, en lugar de seguir arrastrando el desastre emocional del día anterior.

Volví al cuarto para comenzar a arreglarme. Abrí el armario, buscando algo que fuera cómodo pero presentable. Top negro de confianza de tirantes finos, vaqueros claros de corte recto y mis converse blancas de toda la vida.

Me planté frente al espejo, me recogí el pelo en una coleta alta y apretada y me puse unos pendientes pequeños de aro plateado. Después, apliqué un poco de brillo en los labios. No iba súper arreglada, pero lo justo para sentirme bien en mi propia piel. «Lista para enfrentar el caos del día», pensé, echando la mochila al hombro antes de salir disparada hacia la universidad.

Entré en clase y Paulo ya me esperaba en nuestro sitio de siempre. Tenía un café delante. Lo cogí sin pensar y le di un sorbo.

Error: lava líquida.

—¡Joder! —exclamé, escupiéndolo de inmediato entre toses, intentando no ahogarme.

—Eso te pasa por no preguntar. Pero oye, ha sido el mejor comienzo de clase que he tenido hasta ahora.

Lo acribillé con los ojos.

—Muy gracioso.

—Siempre a tu servicio —replicó, enseñando los dientes con una sonrisa canalla.

Isabella se giró desde la primera fila y nos lanzó un chistido de amenaza. Nada raro: era su asignatura favorita, Creatividad y Cultura Literaria. Se la tomaba tan en serio que cualquiera diría que aspiraba al Pulitzer.

En cuanto sonó el timbre del descanso, escapamos al pasillo y nos dejamos caer en nuestro banco de siempre.

—Oye, Oli —empezó Paulo mientras sacaba una magdalena—, ¿por qué no contestaste anoche? Ni siquiera me salió el doble tic. Súper raro.

Metí la mano en la mochila, revolviendo entre libros y cuadernos, hasta dar con el almuerzo.

—Me robaron el móvil —dije, desenvolviendo el papel de mi sándwich vegetal.

Ambos se quedaron viéndome como si acabara de confesar que me habían abducido.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? —disparó Paulo, sin dejarme meter palabra.

—Me lo sacaron del bolso sin que me diera cuenta. Fue un lío: llamadas a la policía, bloqueo de tarjetas, la odisea completa.

—Yo estaría histérica. O en coma —comentó Isabella, arrancándole un mordisco a su barrita energética.

—Créeme, al principio lo estuve. Pero ahora… sin el móvil, no sé, todo parece más tranquilo.

Paulo entornó los ojos, analizándome.

—¿Estás diciendo que en realidad no necesitas esa extensión de tu mano llamada teléfono? Esto sí es noticia.

—¡Idiota! —le lancé la envoltura de mi almuerzo, y los tres nos echamos a reír.

—Matteo no puede vivir sin el suyo —añadió Paulo casi al vuelo—. Anoche me contestó enseguida, y eso que era medianoche. Luego desapareció, para variar, y me dejó colgado.

Isabella se aclaró la garganta y esquivó cualquier contacto visual. Bebió de su botella de agua con tanta vehemencia que terminó atragantándose.

Paulo ni se inmutó. Pero yo sí. Vi el nerviosismo de ella justo después de escuchar ese nombre. Y me pregunté si entre ellos había algo que aún no nos estaban contando.

De camino al aula, el calor sofocante me hizo parar frente a la fuente de la cafetería. Había olvidado mi inseparable botella de acero, así que me incliné por un sorbo rápido. El agua fría fue un alivio inmediato.

Entonces escuché una voz familiar a mis espaldas.

Me giré tan rápido, secándome la boca con el dorso de la mano, que tropecé con una rama gruesa que asomaba entre los árboles del campus. Estaba a punto de besar el suelo de forma épica, pero una mano me sujetó por el brazo a tiempo.

—Vaya, estuviste a nada de convertirte en viral —dijo un chico, tomándome del brazo para que no cayera.

—Estoy considerando patentar el paso —respondí, sacudiéndome el polvo y tratando de recuperar la dignidad.

Al levantar la vista, me topé con los ojos de Jake. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y me observaba con una curiosidad no sabía si era juicio o interés. A su lado, Marlon —ese tipo que siempre aparecía en situaciones raras— sostenía un cigarro liado cuya fragancia dulzona dejaba claro que no era tabaco.

El tercero, mi inesperado salvador, aún sonreía. A juzgar por su cara, mi caída había sido lo mejor de su mañana.

—Gracias por salvarme —le dije al chico con una mueca entre agradecida y avergonzada.

—Para eso estamos —respondió antes de regresar a su grupo sin más.

Todavía estaba procesando la sorpresa cuando me acerqué a Jake, que seguía mirándome.

—¿Has decidido venir a mi universidad? —solté, cruzándome de brazos para imitar su pose.

—Esta también es la mía; estudio aquí —respondió con una tranquilidad pasmosa.

—Ah. —Parpadeé, intentando encajar la forma en que lo dijo. En otra ocasión ya me habría envuelto en uno de sus abrazos espontáneos, pero transmitía una distancia que no invitaba a acercarse.

Marlon, ajeno a todo, me señaló con el dedo.

—¡Claro! ¡Eres la de la competición!

Abrí la boca para responder, pero Jake se adelantó. Dio un paso y se colocó entre nosotros, su cuerpo rozando apenas el mío.

—Nos vemos mañana, ¿vale? —dijo, sin desviar la vista hacia nadie más.

Y sin esperar respuesta, giró sobre sus talones, apoyó una mano en el hombro de Marlon y se alejó hacia el edificio de la derecha. El tercer chico los siguió.

Me quedé con la expresión congelada, intentando procesar lo que acababa de pasar. Supuse que se refería a la barbacoa de Dan.

Observé cómo se alejaban hacia el edificio de negocios y empresariales. Jake caminaba con esa seguridad ensayada que parecía tatuada en su cuerpo,

pero había un matiz nuevo: distancia; como si tuviera un pie dentro y otro fuera de nuestra historia.

Me llevé la mano a la frente, aún un poco aturdida. ¿Siempre iba a afectarme así su presencia? Lo peor es que también me afectaban sus ausencias. Cada vez lo tenía más claro.

Tomé aire con fuerza, tratando de centrarme. El resto del día estaba cargado de tareas con mis compañeras de piso: renovar el pasaporte, recoger la nueva tarjeta del banco y, por último, sobrevivir a una jornada de compras. Había prometido salir un poco antes de clase para encontrarme con ellas.

«Jake, no sales de mi cabeza, pero ahora mismo voy a tratar de centrarme en otros detalles». Por suerte, tenía amigas, responsabilidades y una ciudad que descubrir que me fascinaba.

Entré al aula tratando de no llamar demasiado la atención, moviéndome con cautela hacia mi asiento. Me despedí con un pequeño gesto de mis compañeros al finalizar la clase y, al abandonar el campus, me fue imposible no echar un último vistazo al edificio donde Jake había desaparecido. Mis ojos buscaron sin éxito algún indicio suyo a través de las diminutas ventanas.

Un pitido repentino me arrancó de mis pensamientos. Al girarme, me quedé boquiabierta al reconocer el Lamborghini de color rosa de Mía estacionado frente a la entrada. Bajo el sol californiano el brillo de la carrocería del coche parecía un enorme chicle metálico.

Me acerqué al automóvil, sintiendo las miradas de algunos estudiantes.

—Con esto vamos a llamar la atención —dije, dando un par de golpecitos a la ventanilla.

Mía la bajó y apoyó el codo en el marco.

—Esa es la idea, querida. Vamos, sube. Hoy hay mucho por hacer, y no pienso dejar que el tráfico nos arruine la agenda.

Bruna, sentada en el asiento del copiloto disfrutaba de mi expresión.

—¿Qué pasa, Oli? ¿El glamour del chicle gigante te intimida? —se burló Bruna.

—Sube ya, que hoy somos *Las Supernenas versión shopping* —canturreó Mía.

—Sí, claro, a doscientos por la autopista. Muy práctico —ironizó Bruna, sujetándose el pelo como podía.

—Bruna, por favor. La vida es demasiado corta para no vivirla a toda pastilla —replicó Mía, ajustándose las gafas de sol como diva.

Bruna chasqueó la lengua. Sabía que discutir con Mía cuando entraba en «modo diva» era tan inútil como intentar peinarse con ese viento.

Me hundí un poco en el asiento, disfrutando de la escena, aunque el volumen de la música ya empezaba a darme un pequeño dolor de cabeza.

Me sentí dentro de *Mean Girls*, por la forma en la que a veces se hablaban entre ellas, aunque siempre juraban que lo hacían con cariño.

Bruna había dictado la *playlist* y opinado sobre los pendientes que Mía debía llevar para la barbacoa. Lo más sorprendente de todo: Mía no discutía con ella, respondía con un cabeceo leve, dejando claro que estaba acostumbrada a que Bruna tuviera la última palabra en todo lo importante.

Aproveché una pausa en la canción y me incliné hacia Mía.

—Por cierto… ¿desde cuándo confías en Bruna para decisiones tan importantes? ¿De verdad crees que tiene buen gusto? —dejé caer, con toda la intención de avivar el fuego.

—Por favor, Olivia. Mía no sería nada sin mi impecable ojo crítico. El acabado de cebra fue idea mía, aunque ella jura que lo pensó primero.

—Admito que Bruna me dio el empujoncito final —contestó Mía, retocándose el pintalabios en el espejo retrovisor, aprovechando el semáforo en rojo.

La radio saltó a *Shake It Off*, y Mía no tardó en corear la letra creyendo estar en medio de un concierto. Bruna y yo intercambiamos una mirada cómplice que decía «¿qué remedio?», justo antes de que ella alargara el brazo para bajar el volumen, sin mucho éxito.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! —exclamó Mía apartando la mano de Bruna y subiendo aún más el volumen—. Esto es energía positiva, chicas. ¡Dejad que Taylor nos guíe!

—Claro, porque lo que necesitamos es quedarnos sordas antes de llegar a las tiendas —gruñó Bruna, recostándose en el asiento con resignación.

—Vale, ¿cuál es el plan? —pregunté, alzando la voz para que me escucharan entre el ruido.

—Primero, embajada. Luego, banco. Y móvil nuevo —dictó Mía—. No pienso dejarte en la edad de piedra —añadió, con sus pulseras tintineando al girar el volante.

—Después empieza lo bueno —añadió Bruna, girándose hacia mí—: *outfit* para la barbacoa. Algo que diga «he llegado», pero sin gritarlo.

—Claro, facilísimo —repliqué con ironía.

El aire acondicionado de la embajada me azotó en la cara como una bofetada helada tras el calor sofocante de la calle. Llevaba toda la mañana arrastrando un dolor de cabeza insoportable, sumando clases, trayectos y trámites a un cuerpo que se movía por pura inercia.

—¿Nombre completo? —preguntó la mujer del mostrador sin siquiera mirarme.

—Olivia Brown. Me lo han robado todo.

Coloqué sobre la bandeja el parte policial impreso y la foto de mi pasaporte que mi hermano me había reenviado por correo.

—Podemos darte un pasaporte de emergencia. Solo servirá para identificarte aquí. El definitivo estará en unos días, cuando validemos todo con el Reino Unido.

—Con eso me basta.

Me entregó el recibo. No era un pasaporte. Era un papel. Pero al sostenerlo, sentí que recuperaba algo más que un nombre: un pedazo de mí.

Bruna estaba esperándome sentada en una esquina con los cascos puestos y la mochila en el regazo.

Mía paseaba de un lado a otro del pasillo, incapaz de quedarse quieta.

Cuando me vieron aparecer, se levantaron a la vez.

—¿Ya? —preguntó Bruna.

—Sí. Uno provisional. El bueno llega en unos días.

—Entonces vamos a por lo siguiente, ¿no? —dijo Mía, girando sobre los talones dirigiéndose ya a la puerta—. Operación reconstrucción de identidad.

El banco no podía haber sido un lugar más deprimente, tenía ese aire aséptico de oficina sin alma: olor a desinfectante barato, luces blancas y largas esperas.

Me acerqué al mostrador, intentando proyectar seguridad, aunque por dentro estaba lejos de sentirme imbatible.

—Hola —dije, dejando el móvil sobre la superficie de metacrilato—. Me han robado la tarjeta y toda la documentación. Tengo la app abierta, una copia digital del DNI pero nada físico todavía.

El chico al otro lado del mostrador, joven, peinado perfecto y expresión que ni pestañeaba, comenzó a hablar con la misma emoción que una pared.

—¿Tienes el pasaporte contigo?

—Uno de emergencia, sí —respondí, abriendo la carpeta improvisada y extendiéndole el documento con el sello brillante aún fresco.

Lo tomó, lo revisó por ambos lados con movimientos precisos, y tecleó algo en su ordenador con una cadencia casi robótica.

Mía, detrás de mí, dejó escapar un resoplido cargado de impaciencia que no intentó disimular.

—Olivia, deja de coquetear con el banquero misterioso y céntrate en recuperar tu dinero.

Apreté los dedos contra la carpeta que llevaba, guardándome las ganas de responder. Solo quería salir de allí cuanto antes.

—Esto no es suficiente para operar. ¿Tienes algo más?

—Una factura del banco con mi nombre —añadí, pasándole el móvil de Bruna, donde había iniciado sesión en mi correo.

Él la examinó con cara seria. Bruna se acercó un poco más y apoyó el codo en el mostrador.

—Llevamos toda la mañana yendo de un sitio a otro —dijo, sacando un abanico del bolso—. Solo necesita reactivar su tarjeta. Puedes verificar todo desde su cuenta internacional.

—Si esperas a que tenga el pasaporte definitivo, va a perder acceso a su propio dinero —añadió Mía, prácticamente gritando para que la oyeran tres filas más atrás.

El chico tecleó algo y se quedó mirando la pantalla.

—Podemos mandarla a esta sucursal. Llegará en unos días, pero tendrás que traer tu documento final cuando esté aquí.

—Lo haré. Gracias. En serio.

Salí del banco exhausta. No estaba todo resuelto, pero al menos ya no era un problema sin salida.

La siguiente parada fue la tienda de telefonía. Ahí fue cuando mi batería interna empezó a pedir auxilio. Expliqué lo justo, repetí mis datos, y respondí preguntas como un robot. Tras varios intentos fallidos y caras del tipo «ojalá pudiera ayudarte más», lo consiguieron.

Una tarjeta diminuta… y verla activarse fue como volver a encajar en mí misma.

El móvil fue una decisión exprés: un Samsung lavanda, gama media. Ignoré por completo las especificaciones. Me bastaba con algo que no fuera gris. Algo que, al encenderlo, susurrara «sigues aquí».

Pasaporte: en proceso. Tarjeta bancaria: en camino. Número de teléfono: recuperado.

No era todo. Pero era un principio.

Última parada: los centros comerciales Green Park. Subimos a la tercera planta. Frente a nosotras se abría un desfile de tiendas con marcas desconocidas, letreros llamativos y maniquíes sacados de editoriales de moda que nunca había hojeado.

Bruna y Mía activaron el modo comando: iban de per-chero en perchero como si tuvieran GPS incorporado, comentando tendencias, criticando estampados y descartando prendas con frases del tipo «ni en otra vida».

En pocos minutos Bruna ya llevaba cuatro o cinco conjuntos en los brazos. No entendía cómo lo hacía, pero tenía la capacidad de ver potencial en prendas que a mí solo me parecían ropa. Entre tanto, Mía ya sacaba el móvil para grabar una especie de *haul* improvisado.

—Hora de tu transformación —dijo Bruna, tendiéndome un vestido de color azul eléctrico que nunca habría elegido por mí misma.

Suspiré.

—Solo porque hoy me lo he ganado.

—Exacto, es tu momento —, añadió mostrándome una blusa de encaje con un toque romántico que, por supuesto, llevaba su sello de aprobación—. Mira esto, ha sido diseñado solo para ti.

Accedí, vencida por la energía contagiosa de ambas. Comprar ropa nunca había sido lo mío, pero con ellas alrededor la experiencia parecía menos abrumadora… incluso divertida.

En el probador, me cambiaba mientras ellas aguardaban fuera, sentadas como jueces impacientes antes de una pasarela.

—¡Vamos, Brown! Nada de esconderse, pasarela ya —aplaudió Bruna desde fuera.

—Vale, vale, no gritéis, que nos echan —refunfuñé, apartando la cortina.

—Confirmado: Olivia 2.0 está en línea —sentenció Mía, cual jurado de reality con derecho a veto.

Me sorprendí al ver que los dos conjuntos me quedaban mejor de lo esperado. El vestido azul me marcaba justo donde debía: atrevido, pero sin disfrazarme. El otro, una blusa blanca ligera con vaqueros, tenía ese equilibrio raro entre lo cómodo y lo bonito, y hasta me hacía sentir guapa.

—Esto no es barato, Olivia. Déjame a mí, ¿sí? —saltó Mía, ya con la tarjeta en la mano antes de que pudiera decir nada.

—Ni hablar —repliqué, sacando los billetes que aún guardaba de Londres, doblados y escondidos en los bolsillos del bolso—. Tengo ahorros, no es ninguna locura y puedo pagarlo yo.

Hubo un cruce de opiniones entre las tres. Ninguna quería ceder del todo, pero al final, negociamos. Del conjunto me encargaba yo, y el vestido lo pagaba Mía «en nombre de la amistad, el estilo y la nueva identidad».

Salimos de la tienda cargadas de bolsas y algo más que ropa nueva. Una sensación extraña de renovación.

—Ese vestido va mañana sí o sí. Tus curvas merecen salir de la cueva —dijo Bruna, señalando mi bolsa.

—Me lo pondré… pero solo si hacemos parada técnica en esa heladería de fachada rosa —negocié, apuntando con la barbilla al local.

—Hecho —cantaron casi al unísono.

El olor a chocolate, vainilla y caramelo nos envolvió en cuanto nos acercamos. Mi tripa rugió con anticipación, dejando claro que necesitaba ese capricho. Ese rato con ellas —riendo, probándonos ropa, terminando el día

comiendo algo dulce— me devolvió a tierra. Las pequeñas cosas también contaban.

Bruna aceptó pedirse un postre encantada; aunque su dieta era estricta y organizada al milímetro por el torneo de vóley que se avecinaba, sabía cuándo dejarse llevar.

Mía, por su parte, no necesitó invitación. El azúcar era parte de su ADN: vivía a base de caramelos, batidos, *cupcakes* y cualquier dulce que se cruzara en su camino. Bruna solía observarla con resignación, aunque nunca la frenaba del todo.

Eran polos opuestos. Bruna era rutina, metas, estructura: siempre con el calendario en la mano. Mía era puro impulso, con una coraza difícil de atravesar, pero, una vez dentro, lealtad absoluta. Se equilibraban porque sabían estar juntas sin dejar de ser ellas mismas.

Nos dejamos caer en una mesa de madera pintada en rosa pastel, con un sofá del mismo tono en forma de «u». Fue un alivio inmediato para mis pies, aunque el color casi me quemó los ojos.

Saqué el teléfono de la caja; quería aprovechar el momento para guardar mis contactos y asegurarme de tener a mano los números de mi familia y amigos. No me gustaba depender tanto de los dispositivos, pero a veces no había alternativa.

La lista de contactos brillaba en la pantalla, mi dedo quieto sobre el borde. Busqué su nombre por inercia. Nada. Los últimos números que había guardado en esa ciudad habían desaparecido. Y solo con eso, me sentí un poco más lejos de él.

—¿Jake viene mañana? —preguntó Mía de repente, adivinando justo lo que acababa de pensar.

—Sí, sí… eso me dijo hoy —respondí, notando cómo el pulso se me aceleraba al hablar de él.

—No te preocupes, seguro que vendrá —dijo Bruna, pasándome una servilleta para que me limpiara los restos de chocolate.

—¿Hoy? —preguntó Mía, frunciendo el entrecejo mientras comía su crêpe de azúcar y limón.

—Lo he visto en mi universidad. Sabía que estudiaba allí, pero ha sido la primera vez que coincidimos —admití, dándole vueltas a la servilleta arrugada entre los dedos.

—Qué raro que no lo hubieras visto antes, ¿no?

—Ya sabemos que tú de Noah, o mejor dicho, de «Don Perfecto», sabes hasta qué calcetines se pone cada día, pero ellos se acaban de conocer, Mía —se mofó Bruna, dando un mordisco a su dulce.

—No me gusta que lo llames así, y todos los hombres deberían ser como él —masculló Mía, cruzándose de brazos con un chasquido de uñas recién pintadas.

—¿Así cómo?, ¿sirvientes? —le lanzó una cucharilla de plástico que fue a darle en la frente con un *clac* hueco.

Mía se incorporó tan rápido que pensé que se le había activado un resorte, pero Bruna la contuvo con una mano en el brazo.

—Perdona, no quería darte con la cuchara ni decir eso —dijo ella, alzando ambas manos en señal de tregua—. Llevo un mes con la aplicación de citas y ha sido una pesadilla. Ninguno merece la pena.

—¡Porque pides a Thor, Bruna! —replicó Mía, secándose la frente con una servilleta rosa que sostenía con el meñique estirado—. Dos metros, abdominales de mármol y cara de actor de Marvel —remarcó cada punto con un dedo mientras sus pulseras de colores tintineaban.

—¿Y qué? ¿Es mucho pedir? —replicó Bruna, poniéndose de pie y girando sobre sí misma con tanta fuerza que casi se cae.

Las tres estallamos en risas.

El camarero, que ya nos tenía fichadas desde la barra, se acercó justo entonces y dejó la cuenta sobre la mesa, guiñándole un ojo a Bruna.

Un par de meses atrás, me habría querido fundir con la silla, agachar la cabeza y salir corriendo para no llamar la atención.

Pero ahí, entre ellas, riéndonos sin ninguna vergüenza, me di cuenta de que algo estaba cambiando... que bastaba con ser Olivia. Sin adornos. Sin expectativas.

Y entendí que dejar de forzar la versión perfecta no era rendirme. Era, quizás, empezar a ser real. ☽

-18-

Turbio

Sábado, 15 de julio de 2023

La luz dorada de las seis de la tarde iluminaba el salón del apartamento, las compras estaban esparcidas por el sofá y los nervios se palpaban en el ambiente.

Me pasé los dedos por el cuello, distraída, con la cafetera burbujeando al fondo. Segundo café del día y, cómo no, la maldita camisa naranja ya lucía una mancha en el pecho. Perfecto, justo lo que necesitaba.

Aunque, en realidad, me daba igual. Esa camisa siempre me recordó a Thomas, y a esa versión de mí que intentaba agradar sin molestar. Si la mancha no salía, mejor.

Mía ya se había marchado hacia el misterioso chalet de su hermano con el reloj que le habíamos comprado el día anterior. Se encargaría de coordinarlo todo para la fiesta sorpresa: invitados, comida, música, y hasta la decoración parecía estar bajo su control.

Bruna estaba sentada en la mesa de madera, descalza, con una lata de refresco en la mano. Sus ojos recorrían las bolsas esparcidas por el suelo con una expresión de aprobación.

—Ese vestido te lo eligió el destino —dijo, sin un atisbo de broma.

—Lo sé... solo que llevarlo es otra cosa —suspiré, apartando una de las bolsas con el pie.

Bruna sonrió, cruzando una pierna sobre la otra mientras se llevaba la lata a los labios.

—No es ponértelo. Es sentirlo, y tú ya lo haces; solo falta que te des permiso.

El vértigo aún me vibraba bajo la piel, pero no era más fuerte que las ganas de romper con la versión obediente de mí que siempre me devolvía el espejo.

—Y ahora, siéntate. Voy a maquillarte. No es una oferta, es una orden disfrazada de cariño.

Bruna agarró su estuche de maquillaje como quien prepara su mejor arma.

Quería sorprender a Jake. Tal vez esa sería la primera noche que dormiríamos juntos… y solo imaginarlo me tenía hecha un manojo de nervios. Pero la ilusión chocaba con otro pensamiento: su frialdad del día anterior seguía dándome vueltas en la cabeza.

Cuando me planté frente al espejo tras su sesión exprés, me costó reconocerme. Las sombras grises hacían que mis ojos oliva resaltaran más. Y el labial rojo… me quedaba sorprendentemente bien. Por un instante dudé si era yo. Pero lo era. No exagerada, solo más cerca de esa versión que siempre había estado ahí, esperando su turno.

Nos echamos a la calle cuando el sol ya se despedía, tiñendo los tejados de un oro viejo. Bruna se quedó en el arcén y yo me adelanté a la tienda de enfrente por unos refrescos.

Salí cargada con ocho latas frías que parecían tener vida propia, resbalando entre mis manos.

Entonces lo vi: el coche de Jake acababa de detenerse al final de la calle. Bruna ya desaparecía por la puerta trasera.

—Maldita Bruna —mascullé entre dientes. Se había librado del encargo y yo tenía que pelear con el peso y con los tacones que amenazaban con derribarme a cada paso.

Inspiré hondo, decidida a no hacer el ridículo, y me dirigí hacia la camioneta con toda la dignidad que pude reunir.

Al llegar a la puerta del copiloto, me detuve, doblando la rodilla para sostener el peso en el muslo izquierdo mientras tanteaba la manilla con los dedos torpes.

Un tirón, un leve chirrido de metal, y logré dejar todas las latas sobre el asiento.

Cuando levanté la vista, Jake estaba al volante, con los codos apoyados. Sus ojos me recorrieron sin pudor, de abajo arriba, lentos, como si cada centímetro de mi cuerpo mereciera su propio segundo de atención. Se detuvieron en mis piernas. Luego en mi boca.

Ni siquiera pestañeó.

—¿Qué tal el día? —pregunté, buscando conversación. El comentario salió más alto de lo que quería, traicionada por los nervios que me cosquilleaban la espalda.

—Te ves...

—Diferente, lo sé —interrumpí, intentando quitarle peso.

Sacudió la cabeza.

—No... Te ves increíble —dijo al fin, humedeciéndose los labios sin darse cuenta, todavía con los ojos fijos en mí. En mis caderas. En lo que fuera que le robara el aliento.

—¡Ha sido idea mía! —canturreó Bruna desde el asiento trasero, dándose unas palmadas de satisfacción.

Me subí, acomodándome, y Jake apenas apartó los ojos de mí, ni siquiera cuando el motor rugió al encenderse.

—¡Venga, que vamos tarde! —insistió ella, chasqueando los dedos con impaciencia.

Solo entonces Jake reaccionó: giró la llave, pisó el embrague y la camioneta dio un pequeño brinco bajo nosotros.

Él iba como siempre: vaqueros oscuros y camiseta negra. Su armario debía ser un ciclo infinito de negro, gris y blanco. Ni se había peinado. Cero esfuerzo. Y aun así, conseguía alterarme de formas que prefería no analizar.

Comentó que haríamos una parada antes de ir a la fiesta: pasaríamos a buscar a su vecino, Caleb. Por lo visto, no estaba pasando por su mejor etapa y pensaba mudarse pronto. Jake lo había invitado con la idea de levantarle un poco el ánimo.

La puerta de una casa baja, con un jardín dejado a su suerte, se abrió y Caleb salió. El cabello castaño le caía sobre los hombros, con ese aire de guitarrista de festival alternativo.

Lo primero que me llamó la atención fue su camiseta de *Iron Maiden*, seguida de unos pantalones grises que parecía arrastrar con desgana.

Al verlo acercarse, caí en un detalle tonto: jamás había visto a Jake con vaqueros que no fueran negros.

—Eh, gracias por recogerme, tío —dijo Caleb al llegar, dándole una palmada cerca del omóplato.

Me desabroché el cinturón y salí del coche para dejarle el asiento delantero. Esperaba una objeción de Jake, un gesto, cualquier cosa, pero permaneció callado. Solo me siguió con los ojos, dudando entre detenerme o dejarme ir.

Una ráfaga suave entró por la ventanilla, enredándome un par de mechones sueltos que me quité de la cara sin pensar.

Jake y Caleb charlaban sobre una batería que quería vender, una mudanza pendiente, un casero que no contestaba. Yo fingía perderme en el paisaje: palmeras, carteles, un cielo sin nubes. Pero cada palabra suya, cada gesto, el ritmo de sus dedos en el volante… todo seguía colándose sin permiso bajo mi piel.

Entonces Bruna pegó un chillido que me hizo dar un salto en el asiento.

—¡Deja esta canción! —gritó, justo cuando *Party in the USA* comenzó a sonar a través de los altavoces.

Caleb, que estaba a cargo de la música, subió el volumen, y Bruna y yo comenzamos a cantar al unísono dándolo todo.

Esa canción tenía historia entre nosotras. Bruna la había puesto sin parar en el apartamento antes de nuestra primera noche de fiesta, obligándome a aprendérmela de memoria.

Desde delante, Jake y Caleb nos observaban con cara de no saber si reír o aplaudir. Nuestra actuación no era buena, ni afinada, pero estaba llena de entusiasmo. Y eso, al parecer, bastaba para dejarlos boquiabiertos.

—¿Es en serio? —preguntó Jake, ojeándonos por el retrovisor.

—¡Canta con nosotras, anda! —le animó Bruna, ignorando por completo su expresión estoica.

—Ni en sueños —replicó, aunque la sonrisa se le insinuó en los labios.

—Vamos, hombre, acepta tu destino. Es Miley —bromeó Caleb, golpeándole el brazo.

Bruna y yo seguíamos cantando a todo pulmón, aplaudiendo al ritmo, mientras Jake hundía un poco más el pie en el acelerador.

No lo había visto conducir así, al menos no conmigo. Le di un par de toques en el hombro; no sé si no lo notó o no quiso. La música sonaba a todo volumen, y él seguía absorto en la conversación con Caleb.

Un frenazo nos sacudió justo cuando el imponente chalet apareció ante nosotros. Caleb soltó un largo silbido y se inclinó hacia delante para ver mejor.

Un chico en la entrada, que al parecer hacía las veces de aparcacoches improvisado, nos hizo gestos para que aparcáramos en una de las plazas disponibles frente a la vivienda. Jake sacó unas monedas del bolsillo y se las dio junto a un apretón de manos.

—Madre mía… —dejé escapar, observando la entrada iluminada y los ventanales que parecían de revista.

Mía apareció en la puerta, luciendo un vestido fucsia y el cabello recogido en un moño alto decorado con tantas horquillas brillantes que parecía una pieza de joyería. Más que una barbacoa, daba la impresión de que íbamos a una entrega de premios.

—¡Bienvenidos! —saludó Mía, levantando los brazos antes de girarse para indicarle algo al chico que organizaba los coches. Él hizo un gesto de acuerdo y se alejó enseguida para mover uno de los vehículos aparcados frente a la entrada.

—Venga, pasad ya —dijo abriéndonos la puerta—. El vino os espera y yo también.

Antes de que atravesáramos la entrada, Mía se detuvo a observar a nuestros acompañantes. Su atención pasó de Caleb a Jake, y justo cuando él se dio la vuelta para entrar, ella alzó la barbilla en su dirección y le dio un cabeceo, una señal breve que bastó como visto bueno.

Tuve que morderme la lengua para no reírme.

Entramos detrás de ellos y el frescor del aire acondicionado nos borró todo el calor del camino.

A la izquierda, una larga escalera de cristal flotante llevaba a la planta superior, y un pasillo de estilo minimalista conducía a lo que parecía ser el salón principal.

Todo estaba decorado con un estilo nórdico, predominando los tonos blancos y marrones, con detalles en negro que añadían un toque extra de sofisticación.

Bruna caminaba con la seguridad de quien ya había estado en sitios así, quizás porque la vida de Mía ya la había acostumbrado al lujo. Yo, en cambio, no podía fingir indiferencia: lámparas colgantes de diseño, cuadros abstractos desproporcionados, superficies pulidas que brillaban a conciencia. Cada rincón pedía ser mirado.

Era como caminar dentro de una revista de decoración, todo dispuesto para impresionar.

—¿Esto… es real? —Caleb levantó la cabeza, olvidándose hasta de respirar bajo las vigas que lo sobrecogían.

Mía se giró con una sonrisita de victoria.

—Bienvenidos al pequeño reino de mi hermano. Por favor, no olviden cerrarle la boca a ese chico antes de que empiece a babear —bromeó, guiñándole un ojo a Caleb.

Bruna se echó a reír mientras Caleb fingía un ademán de subirse una cremallera en los labios.

Cuando cruzamos la parte trasera de la casa, el ambiente cambió. El patio era más pequeño de lo que imaginaba para una casa así, pero tenía tanto encanto que el tamaño era lo de menos. Un césped cuidado al milímetro, sofás de ratán con cojines blancos dispuestos en círculo y una gran mesa de madera bajo un toldo creaban un espacio acogedor.

En una esquina, una barbacoa moderna lanzaba pequeñas volutas de humo al cielo todavía claro. Al otro lado, una diana colgaba de la pared, junto a una mesita alta repleta de dardos rojos y negros.

—Esto es mucho mejor de lo que me imaginaba —comenté, dejando el bolso en uno de los sofás.

El aire olía a césped recién cortado y al primer aroma a brasas, y la luz dorada de las guirnaldas colgadas entre los árboles hacía que todo pareciera más íntimo que ostentoso.

—¿Esperabas algo tipo fiesta de *reality* cutre? —preguntó Bruna, divertida.

—Tal vez —admití, riéndome al recorrer el lugar con la vista. La idea de música a todo volumen, cócteles fluorescentes y gente saltando en una piscina iluminada en rosa se disolvió enseguida. Eso era diferente. Mucho mejor.

Jake estaba junto a la barbacoa, charlando con la hermana del anfitrión, mientras Caleb avivaba las brasas con movimientos expertos. Jake sostenía un plato lleno de filetes marinados, distraído por la conversación, pero con esa habilidad suya para encajar en cualquier sitio.

—Ahí viene *Don Perfecto* —canturreó bajito Bruna en mi oído, con una sonrisilla.

—¿Quién? —pregunté, incorporándome. Seguí su mirada.

—Noah.

Mi atención se detuvo en el chico que avanzaba por el sendero de piedra. Bajito, delgado, traje color arena entallado, zapatos brillantes y un peinado tan preciso que parecía diseñado con escuadra.

Me dio la sensación de ser la clase de persona que lleva un Excel abierto en la cabeza a todas horas. Incluso su expresión seria parecía estar organizada en celdas.

Tenía rasgos delicados: nariz recta, mentón fino y unos ojos marrón claro que atenuaban lo rígido de su porte formal. El traje —más propio de una junta directiva que de una barbacoa— lo hacía parecer aún más fuera de lugar.

Al llegar hasta nosotras, se recolocó el reloj con un gesto automático antes de inclinarse a saludar.

—¿Tú trabajas con Dan, no? —pregunté, solo para romper el hielo antes de que la incomodidad nos tragara vivas.

—Sí. Desde hace unos meses. Coincidimos en la uni y ahora colaboramos en varios proyectos.

—Ahí lo tienes —dijo Bruna, lo bastante alto para que Noah la oyera—. El socio estrella... o mejor dicho, el mismísimo señor Excel en persona.

Noah tardó en asimilar el apodo; iba a responder, pero antes de que soltara palabra, Bruna se rio por lo bajo para suavizar el golpe.

Él acabó sonriendo también, aunque no quedaba claro si por cortesía o resignación.

—Relájate, Noah. Hoy no hay contratos ni reuniones, solo buena comida y algo de música decente —añadió dándole unos toquecitos en la espalda.

Noah rio con sequedad**,** más como un gesto aprendido que como una verdadera risa.

—Lo tendré en cuenta —respondió, aflojando un poco la postura y consultando de nuevo su reloj antes de marcharse.

—Es tan perfecto que parece que, si toma aire fuerte, la corbata se le ajusta sola —bromeó Bruna, sin esperar a que se alejara.

Yo solté una risa contenida y ella me agarró del brazo, arrastrándome hacia el interior. Decidimos alejarnos del bullicio del jardín y subir al piso de arriba para buscar el baño.

Bruna caminaba delante de mí, con su neceser de maquillaje apretado bajo el brazo, como parte de su kit de supervivencia para eventos sociales. Al llegar al baño, lo abrió de inmediato y desplegó todo su arsenal sobre el mármol del lavabo.

—Este sitio es una pasada —comenté, observando los azulejos azul Klein bajo la luz dorada. Hasta el espejo, con su marco de latón, parecía elegido con lupa.

—Demasiado estiloso para un tío, ¿no crees? —comentó Bruna, aplicándose iluminador con una brocha pequeña.

—Quizás Mía metió mano en la decoración —opiné, imaginando a nuestra amiga señalando tejidos y acabados con su nivel habitual de exigencia.

—O igual fue *Don Perfecto*. Me lo imagino midiendo el grifo con una cinta métrica, serio como si de eso dependiera la paz mundial.

Sonreí, mirándome en el reflejo del espejo. Aún quedaba toda la noche por delante, pero agradecía tener esos minutos de respiro.

—¿Me doy un último retoque en los ojos y bajamos?

—Solo si prometes no hacer más comentarios sobre Noah —le advertí.

—Ni lo prometo ni lo descarto —contestó Bruna, enseñando los dientes. Luego dejó el bastoncillo en el lavabo y se apoyó en el borde, con la energía escurriéndosele del cuerpo—. Mía tiene una vida de catálogo. Yo, en cambio, me parto la espalda estudiando y trabajando para rascar unos cuantos billetes.

—Eso hasta que te conviertas en una periodista famosa y tengas tu propia columna —le dije con convicción.

—Ojalá... —suspiró, reanudando su tarea con el delineador, trazando la línea con movimientos quirúrgicos.

El agua corría de fondo mientras Bruna se peinaba un mechón rebelde con paciencia. Se me quedó mirando por el rabillo del ojo y luego se volvió por completo, arrugando la nariz en un gesto de advertencia.

—Te dije que no te frotaras los ojos, ¿verdad? —se acercó con un bastoncillo sujeto entre los dientes—. ¿Tienes idea de lo que cuesta esta máscara de pestañas?

—Demasiado, según tú —respondí, sin oponer resistencia cuando ella comenzó su labor de reparación.

Un golpe sacudió la puerta. Luego otro.

—¡Está ocupado! —avisé.

Los golpes no cesaron.

Bruna cerró el neceser de mala gana.

—¿Eres idiota o qué? —bramó, girando la manilla y abriendo la puerta de un tirón.

El pasillo estaba vacío. Solo se escuchaban unas pisadas rápidas alejándose escaleras abajo.

Bruna se quedó un instante clavada, con los ojos encendidos, lista para encararse con quien fuera. Luego echó a andar a zancadas.

La seguí, tratando de leer en su cara alguna pista**.**

—¿Qué fue eso?

—¿El qué? —respondió sin detenerse.

—Ese ataque de furia gratuito.

—No fue gratuito —replicó, negando con la cabeza—. Estoy harta de todo.

No necesitaba decirlo; me bastaba con imaginarla cualquier mañana, esquivando el tráfico, cargando pedidos en pleno sol. Estaba convencida que algún cliente imbécil la había tratado con desprecio, y Bruna, siendo Bruna, habría apretado los dientes, tragado saliva... y obedecido.

—¿Qué pasa? —le pregunté, tomándola de las manos, intentando que mi voz no sonara a reproche.

Exhaló con un cansancio que parecía llevar acumulado demasiado tiempo. Su expresión cambió: ya no era de enfado, sino algo más cercano al agotamiento.

—Ayer fue un día de mierda en el trabajo, Oli. Mi jefe se vuelve cada vez más insoportable, y no puedo seguir cumpliendo con sus órdenes estúpidas por un sueldo que me deja contando monedas al final de cada mes. Estoy

cansada de ser la que siempre tiene que aguantarlo todo... Y luego alguien golpeando la puerta fue la gota que colmó el vaso.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Por qué siempre tengo que aguantar, eh? —respondió, casi en un susurro—. Siento que nunca puedo explotar. Que tengo que seguir tirando como sea. Y estoy tan harta, Oli, tan cansada de todo.

No lo pensé. La abracé fuerte.

—Si necesitas hablar, si quieres que te ayude a buscar otro curro, o simplemente soltar todo lo que llevas dentro... estoy aquí, ¿vale? De verdad.

—Lo sé, Oli. Gracias —murmuró contra mi hombro.

Nos separamos despacio y bajamos juntas por las escaleras, sin prisa. Bruna parecía había soltado parte del peso, pero aún se podía percibir en el ambiente. Algo raro estaba ocurriendo esa noche.

El humo de la barbacoa se mezclaba con el aire del jardín, como una bienvenida improvisada. Alcancé a ver a pareja y dos chicos saliendo de la cocina con bolsas de botellas que dejaron junto a los sofás. Mía había insistido en adelantar la comida antes de que su hermano llegara. Según ella, saldría tarde del trabajo.

Con su vestido impecable, Mía miraba la parrilla con cara de estar enfrentándose a un villano declarado.

—¿Te echo una mano? —le ofrecí al ver la mueca de fastidio. Las brasas parecían conspirar contra ella.

—Por favor —resopló, pasándome unas pinzas—. Te debo una.

Tomé el relevo y ella se mantuvo a una distancia prudente, dando órdenes a golpe de gestos y palabras, pero sin acercarse un centímetro más. Cada chisporroteo me hacía contener el aire: entre el calor y el miedo a arruinar el vestido azul, sentía que estaba jugando con fuego.

Eché un vistazo entre los invitados, buscando a Jake. Esperaba encontrarlo al mando de todo aquello, pero no aparecía por ningún lado.

Cuando por fin la carne estuvo lista y el humo empezó a disiparse, me sacudí las manos. El vestido seguía intacto. Milagro.

Me alejé de la barbacoa justo a tiempo para oír a Caleb romper la calma del jardín.

—¿Quién se apunta a echar unos dardos?

—¿Dardos? —Bruna lo escrutó como si evaluara su cordura—. ¿En qué momento esto se convirtió en un campamento?

—Es la tradición cada vez que hay barbacoa —respondió, señalando con el pulgar a Jake, que volvía al patio con el móvil en la mano—. Este tío se

pone insoportable cuando gana. Alguien tiene que bajarle los humos.

Bruna y yo compartimos una sonrisa cómplice. Estábamos tan sincronizadas que no hacía falta hablar: si era una competición, nos apuntábamos.

—No tengo ni idea de cómo se juega, pero no me importaría intentarlo.

—Yo tampoco he jugado nunca —dijo Bruna, ladeando la cabeza con un gesto que ya era, en sí mismo, una invitación al desastre.

Nos acercamos a la diana pegada en la pared, un círculo de colores brillantes y líneas nítidas, sin tener ni idea de las reglas.

Jake se adelantó a retirar los dardos clavados con una soltura que dejaba claro que no era su primera vez. Su postura era tan natural, tan dueña del espacio, que parecía que la diana le pertenecía.

—Olivia, estás de suerte, te toca con él y este tío es buenísimo. Nos machaca siempre —comentó Caleb, girándose hacia mí con un gesto resignado.

—No exageres —respondió Jake, con la vista fija en el tablero. Llevaba toda la tarde más callado de lo normal, pero en su rostro empezaba a dibujarse una expresión distinta, más relajada, dejando entrever un atisbo del Jake que conocía.

—¿Qué dices, colega? ¡El año pasado ganaste el concurso de dardos en el bar de los toldos verdes de Garnet! —largó Caleb, dándole un puñetazo amistoso en el estómago.

—Supongo que puedo enseñarte. ¿Te gustaría?

Asentí; al fin parecía que Jake volvía a regalarme un poco de atención.

—A mí me tocará consolar al perdedor, ¿no? —bromeó Bruna, dándole un codazo a Caleb en las costillas.

—Eh, no soy tan bueno como él, pero tengo mis trucos —respondió Caleb, fanfarrón.

Jake se giró hacía mi con un dardo en la mano

—Ven, que te muestro cómo se hace.

Se colocó detrás de mí; su camisa me rozó el hombro y la vibración de su voz me recorrió la piel.

—Los pies… abre un poco más el izquierdo —sus dedos me guiaron la cadera—. El brazo, suelto. No fuerces; deja que fluya.

Lancé el dardo sin mucha esperanza. No di en el centro, pero al menos no quedó clavado en la pared equivocada.

—Nada mal para ser tu debut —dijo Jake, dando unas palmadas.

—No te rías de mí —le lancé una mirada asesina, aunque la comisura de mis labios me traicionaba.

—¿Reírme? Para nada. Estoy bastante impresionado —contestó, haciendo que cualquier intento de reproche se me deshiciera en la boca.

Caleb, por su parte, se había propuesto hacer reír a Bruna: soltaba chistes malos y ocurrencias absurdas que, contra todo pronóstico, funcionaban. No era el tipo atlético que ella solía preferir, pero su desparpajo tenía algo. Bruna lo observaba entre tiro y tiro como quien hojea un catálogo, decidiendo si lo lleva a caja o lo deja en el perchero.

—Deberías relajarte, Jake. Así esto tiene más gracia —dijo Caleb justo antes de lanzar un dardo que ni siquiera coqueteó con la diana.

—Ya lo estoy —contestó Jake, con el labio inferior atrapado entre los dientes, aunque no convenció a nadie.

El juego seguía entre bromas y burlas, pero él parecía perder interés. Sacó el móvil, frunció el ceño y empezó a teclear con rapidez. Se apartó del grupo, hasta quedar fuera del alcance de las risas.

—Jake, ¿vas a jugar o qué? —le gritó Caleb, lanzándole un dardo de goma que le dio en el brazo sin fuerza.

—Sí, sí… —respondió Jake con los dedos aún ocupados en la pantalla.

Bruna ladeó la cabeza hacia él, y entendí al instante que también estaba sospechando.

Intenté centrarme en la música y en las conversaciones, pero algo no terminaba de encajar. No podía dejar de preguntarme quién —o qué— ocupaba tanto su atención.

Caleb, cada vez más frustrado, le dio un toquecito en la coronilla. Jake gruñó y ni caso.

Perdimos la partida en parte por sus distracciones. Bruna y Caleb estaban demasiado metidos en su propio pique para notarlo, pero yo no podía apartar los ojos de Jake.

Al recoger los dardos, alzó la vista y me pilló mirándolo. Giró el móvil con un gesto automático, ocultando la pantalla como quien ha practicado ese movimiento muchas veces. Me incomodó más de lo que quise admitir.

Tuve un mal presentimiento. Y justo entonces, el patio —hasta ese momento tranquilo— se llenó de movimiento: Mía irrumpió en medio del jardín, gritando instrucciones a pleno pulmón, y nos reunió alrededor de la mesa.

—Bien, chicos, ¿estáis preparados? —preguntó, dando un par de palmadas.

Hubo risas apagadas, crujidos de pies sobre el césped, y un cosquilleo se me instaló bajo la piel sin que pudiera evitarlo.

La puerta trasera del patio se abrió, y la silueta de Dan apareció recortada contra la luz suave del interior de la casa. ☽



-19-

Verdad o atrevimiento

Sábado noche, 15 de julio de 2023

Un chico alto apareció en el patio con una camisa blanca desabotonada en el cuello que dejaba ver la clavícula. Entró con una sonrisa torpe, cubriéndose la cara con las manos en un intento de protegerse de la atención general.

—¡ENHORABUENA! —estallamos todos a coro, entre palmas y aplausos.

A medida que se acercaba al grupo, lo observé con más atención. El cabello, rubio casi blanco bajo las luces, estaba peinado hacia atrás sin un solo mechón fuera de lugar.

Sus ojos —verde claro— se achinaban por el exceso de luz, incómodos con tanto foco encima. Había algo en él que me recordó a mis amigos de Inglaterra. Pero el dorado de su piel lo alejaba de esa imagen. Él parecía hecho de verano.

Mientras todos lo saludaban entre risas y abrazos, me aparté instintivamente del grupo. Jake seguía pegado al móvil junto a la entrada, y Caleb había desaparecido hacia la cocina en busca de más cerveza.

No duró mucho.

Los ojos de Dan se cruzaron con los míos, atentos; notó de inmediato que yo no terminaba de encajar en el ruido alegre que lo rodeaba.

—Soy Dan, ¿y tú?

Estaba a punto de responder, pero Mía apareció de repente y cortó la conversación con su entrada.

—¡Perdón por no haberos presentado antes! —dijo, colocándose entre los dos—. Ella es Olivia, mi compi de piso y ha venido con su novio, Jake —

añadió, señalándolo justo cuando él regresaba de su llamada y alcanzaba a oírlo todo.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba y una alarma interna se disparaba.

—No somos novios —solté, demasiado rápido.

Dan abrió los ojos un segundo de más, sorprendido.

Quedé expuesta. Todos parecían esperar una explicación que yo no iba a dar.

—Ah, bueno, no importa —rio Mía, esquivando el desaire—. ¡Pero hacen buena pareja, ¿a que sí?!

—Ella tiene razón —dijo Jake, acercándose hasta colocarse delante de mí para estrecharle la mano—. Enhorabuena por el ascenso, tío.

En ese momento, Caleb reapareció de la cocina con una cerveza en alto.

—¡Eso! Un brindis por el nuevo jefe —soltó antes de pegarle un trago largo.

Dan rio por lo bajo, masajeándose la nuca.

—Gracias, chicos. En serio. No estoy acostumbrado a que tanta gente se alegre por mí.

—Pues hoy sí —sentenció Mía, palmoteándole el hombro—. Es tu noche.

Aproveché la distracción y me escabullí hacia la barbacoa. Las bandejas estaban listas: hamburguesas bien doradas, salchichas que aún chisporroteaban y algunas opciones veganas decoradas con esmero. Todo dispuesto y tentador, aunque, para ser honesta, no tenía hambre en absoluto.

Estaba decidiendo si servirme algo por compromiso cuando sentí una mano cerrarse sobre mi brazo.

—Ven conmigo —apremió Mía, y antes de que pudiera protestar, ya me estaba arrastrando lejos del ruido.

Pasamos entre los sofás hasta un rincón del patio algo más apartado, donde el ruido de la fiesta no llegaba.

—¿Qué pasa? —pregunté, todavía con el plato vacío en la mano.

—No lo sé. Tú sabrás. ¿Por qué soltaste eso de Jake antes? —replicó, entornando los ojos.

Exhalé y apoyé la espalda contra la pared. Ella me observaba con los brazos cruzados, esperando.

—Porque es la verdad. No somos novios, y no quiero que la gente se monte una película que no existe.

Chasqueó la lengua, manos en la cintura en su pose de «no me convences ni loca».

—Oli, se le nota a kilómetros. La forma en que te miraba cuando habéis llegado...

—Mía, alguien que me ignora en el campus y nunca me ha presentado a nadie no está tan pillado. Y ahora no suelta el móvil. Desde ayer no paro de pensarlo… quizás ahora está mostrando su verdadera cara.

—Wow. No me lo esperaba.

—Ni yo. Pero hay algo que no cuadra, y cuanto más intento callarlo, más ruido hace.

Mía suavizó la expresión, algo raro en ella.

—Si algo te está pesando, sácalo. Guardártelo no lo arregla —Me pasó la mano por el brazo y, antes de marcharse, añadió con una sonrisilla torcida—. Por cierto… Dan no está nada mal, ¿eh?

Bufé, dándole la espalda. Pero lo sabía: tenía razón, callarme no lo iba a arreglar.

Fingí interesarme por las bandejas. Comida, sí… o simplemente una coartada para no pensar demasiado. Estaba agarrando la tenacilla para pinchar una salchicha cuando Bruna apareció detrás de mí, con dos mazorcas en la mano.

—Anda, come algo. Estás demasiado… seria —dijo, midiendo las palabras, buscando una que no me doliera al aterrizar.

Le di un mordisco a la mazorca, y el dulzor se sintió como una tregua.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó, señalando con el mentón hacia el grupo que se apiñaba en el centro del patio.

—Ni idea, hace un momento estaban por aquí...

Sentí un leve roce en la espalda y, al darme la vuelta, me encontré con Dan. Sus ojos verde esmeralda tenían ese brillo al que te quedas mirando sin querer, y su nariz recta, con un punto arrogante, solo lo hacía destacar más.

Sostenía una cerveza por el cuello de la botella, y al levantarla en un gesto de saludo, el frío del vidrio me heló la piel.

—¿Quieres algo de beber?

—Estoy bien... bueno —dudé, y la idea me pareció de pronto más atractiva que seguir masticando mis pensamientos—. Vale, una cerveza suena bien.

Dan mostró los dientes, divertido por mi decisión repentina, y se encaminó hacia la cocina. No sé bien por qué, pero mis pies decidieron seguirlo.

Cruzamos el pasillo y, una vez dentro, abrió el frigorífico más alto y sofisticado que yo había visto en una casa particular. Sacó un botellín y lo

destapó con la ayuda de un cuchillo. —Mía me ha hablado bastante de ti esta semana —dijo, al pasármelo.

—Espero que para bien —respondí, brindando con el suyo.

—Dice que la entiendes mejor que a nadie, y eso ya es decir mucho. No es fácil seguirle el ritmo a ella—comentó, pasándose una mano por el antebrazo—. Me dio curiosidad, la verdad.

Sonreí al descubrir que había dicho exactamente lo que yo pensaba.

—A mí también me cuesta descifrarla a veces... pero intento estar atenta. Escucho más de lo que hablo y, de vez en cuando, hasta doy buenos consejos.

Sentí su mirada estudiándome, y ese interés inesperado me hizo erguir la espalda.

—Eso es un don.

—Lo malo es que nunca me los aplico a mí misma.

Quise escuchar su respuesta, pero lo siguiente se perdió bajo el estruendo de la música: alguien había subido el volumen de golpe, transformando la fiesta en una especie de discoteca improvisada.

Asentí sin más, aunque mi cabeza estaba en otra parte. Jake había vuelto a desvanecerse y, por mucho que intentara ignorarlo, empezaba a sentir una rabia que me subía por dentro como pólvora.

—No tienes novio.

—¿Qué? —pregunté, volviendo a la conversación, intentando entender por dónde iba.

—Antes dijiste que no tenías novio —repitió, levantando la voz por encima de la música.

—No tengo —respondí, acercándome para que me entendiera—. Ese chico que ha venido conmigo... bueno, que estaba antes aquí...

Las palabras se me enredaron en la lengua, delatándome.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó, acortando la distancia.

—Claro, estoy perfecta —contesté, esforzándome por sonar ligera, aunque hasta yo noté lo poco convincente que sonaba.

—Podemos ir a un sitio menos ruidoso, si quieres.

Asentí enseguida. La idea de escapar del bullicio me supo a gloria. Caminamos hasta el comedor, amplio y luminoso; al fondo, dos sillones marrón cálido flanqueaban una mesita de cristal.

Me hundí en uno de ellos y acomodé el bolso en el regazo.

—Entonces… ¿qué hay con él? —preguntó Dan, inclinándose un poco hacia delante.

—Nada —respondí, con los ojos fijos en mis zapatos—. Solo somos amigos.

Él se llevó la mano a la barbilla, observándome un segundo más de la cuenta.

—Vale, lo pillo. Aún no me quieres contar demasiado.

—¿Y tú? ¿Estás con alguien? —pregunté, devolviéndole la pelota.

—No. —Se rio, pero sonó más a rendición que a diversión—. Mi historial es bastante triste: siempre me engancho de la persona equivocada, y cuando aparece alguien que realmente valdría la pena… termino alejándola.

—Suena... entretenido.

—Es un desastre —respondió sonriendo con más soltura que antes.

—Me cuesta creerlo. Pareces un buen chico, y además eres muy...

—¿Muy...?

—… guapo.

Dan levantó el mentón, retándome a seguir.

—Quiero decir… no estás nada mal. Para nada. Pero yo tengo la manía de soltar lo que pienso justo cuando debería callarme —murmuré, jugueteando con la pulsera de mi muñeca—. Y tampoco suelo beber, ni hablar tanto, ni… ser así.

Dan ladeó la cabeza, con una media sonrisa que no supe si era burla o curiosidad.

—Pues a mí me gusta esta versión —dijo al fin.

Los dos rompimos a reír, como si la tensión se deshiciera de golpe.

Sus dedos descansaron apenas un instante sobre mi hombro, tal vez riéndose de mi torpeza. Pero esa mínima caricia me hizo sentir vista. No observada. Vista.

—Mía me contó que estás con un curso de escritura en Queensbury —sacó el tema de pronto, con un tono más cercano que curioso—. ¿Cómo va eso?

Por primera vez en toda la noche, no tuve que pensar tres veces antes de contestar.

—Bien. Mejor de lo que esperaba, en realidad —respondí, y mientras hablaba, me reconocía en mis propias palabras.

—Es una suerte tener tan claro lo que quieres. Yo acabo de ascender y, aun así, hay días en los que me pregunto si estoy en el lugar correcto.

—Bueno… no sé si a lo mío podría dedicarme del todo —admití, enredando los dedos en el borde de la manga—. Para eso tendría que ser realmente buena, y todavía no sé si lo soy.

—Apuesto a que sí —replicó sin vacilar—. Al menos deberías darte la oportunidad de creerlo.

Había pasado tanto tiempo siendo mi propia crítica feroz, que escuchar aquello me hizo pensar en lo liberador que sería cambiar de papel.

—Gracias. Aquí aún no tengo muchos amigos, así que se agradece que alguien lo diga —confesé, y en cuanto lo solté, me arrepentí. Claro que tenía amigos… solo que aún no tantos como en casa.

—Me gustaría ser uno de ellos —respondió, incorporándose en el sillón —. Oye, ¿y si me mandas algo que hayas escrito? Me encantaría leerte.

—¿De verdad? —ladeé la cabeza, dudando. La gente solía decir cosas así por cortesía, no por interés real.

—Claro. Escríbeme lo que quieras, y te prometo que seré sincero.

—¡Trato hecho! —respondí estirando la mano para sellar el pacto improvisado.

Se quedó viéndome, desconcertado, antes de estrechármela.

—No sé qué estoy haciendo —confesé, llevándome una uña a la boca.

—Yo sí —dijo—. Ha sido espontáneo, un poco raro… pero auténtico.

Su expresión cambió. La chispa en sus ojos vaciló.

—Hay algo que debería contarte. Y no quiero que cambie lo que piensas de mí —añadió, bajando la vista y frotándose la ceja con el pulgar.

—¿Qué pasa?

—Mi padre tiene cierto peso en tu universidad. Invirtió allí hace años. Conoce a varios profesores. Pero no va a interferir, ni por mí ni por ti… a menos que tú lo pidas.

—Gracias —respondí, girando entre los dedos la botella vacía—. Pero no lo necesito. Prefiero que me valoren por lo que hago, no por quién conozco.

Se oyeron pasos acercándose desde el pasillo.

—¡Dan! —vociferó Mía, asomando la cabeza por la puerta—. ¡Vaya, vaya, quién se esconde! ¿Estoy interrumpiendo algo?

Se acercó y me guiñó un ojo con tanta desfachatez que tuve que morderme la lengua para no sonreír.

—Mía… —resoplé, frotándome las sienes—. ¿Tú te oyes?

—Perdón, perdón… Pero todos tus colegas te están buscando, Dan.

—Menudos cabrones —bromeó él antes de levantarse. Se volvió hacia mí —. Espero que luego podamos seguir. Además, ya tenemos algo pendiente.

Lo vi marcharse con Mía, que lo enganchó del brazo arrastrándolo casi a empujones.

Intenté incorporarme, pero un mal paso me desequilibró y tuve que aferrarme al respaldo del sillón para no caer.

—¿Todo ok, Oli? —preguntó Mía desde la puerta.

—Si, sí. Todo genial —me adelanté, sin darle tiempo a insistir.

Pero no. Todo estaba lejos de estar bien.

Apreté los dientes y me obligué a seguir a Mía hacia el patio. Necesitaba aire. Algo que disipara el torbellino de cerveza y emociones que me bailaba por dentro.

Apenas traspasé la puerta, el cambio fue inmediato: el jardín bullía de vida, bañado por un resplandor cálido de luces colgantes que parecían flotar sobre nosotros. La noche avanzaba sin esperar a nadie, y el aire mezclaba el olor de la carne asada con el de perfumes caros, mientras el jolgorio vibraba desde el fondo como un pulso compartido.

Nos acercamos a los sofás, donde los amigos de Dan ya estaban reunidos entre brindis ruidosos y comentarios que se atropellaban.

—Chicos, ya tengo al anfitrión conmigo. ¡Que comiencen los juegos! —exclamó Mía, moviendo los dedos adornados con anillos. De inmediato, acaparó la atención de todos.

Me quedé de pie con un gesto raro, a medio camino entre cordial y perdido, ese que solo aparece cuando no sabes dónde meterte. Buscaba un hueco entre tanta cara nueva, entre tanta energía ajena. Bruna no estaba, y eso tampoco ayudaba. En otras circunstancias, habría sido mi escudo humano.

Dos chicos del grupo comenzaron a hablar más alto.

—¡Venga ya, el juego de la botella es infalible! Siempre termina bien… o fatal, que es mejor.

—Eso está más trillado que el parchís —saltó el otro—. Mejor verdad o atrevimiento. Así no hay escapatoria.

Por dentro, recé por una sola cosa: «Que no sea la botella». La única vez que jugué, alguien terminó confesando que sentía algo por mí y con eso se fue al traste una amistad. No quería repetir historia.

—¡Verdad o atrevimiento! —me salió, alto y atropellado.

El ruido del salón se desinfló de golpe, y un montón de cabezas se giraron hacia mí.

«Genial. ¿Y ahora por qué demonios lo solté?»

—Parece que alguien tiene las ideas claras. ¿Cómo te llamas?

—Oli… Olivia —respondí, sintiendo cada mirada como un foco encima.

—Bonito nombre. Tú serás la primera. —El comentario sonó como una especie de sentencia, y los aplausos estallaron.

—Genial, Olivia. ¿Verdad o atrevimiento? —preguntó otro, desde el respaldo de un sofá.

No sabía si quería encajar o desaparecer. Pero lo que no iba a hacer era quedarme callada otra vez.

—Atrevimiento —respondí, con una seguridad que ni yo misma me creía.

—A que no te atreves… a hacerle un baile sensual —dejó que la mirada saltara de un rostro a otro hasta dar con el blanco perfecto—. ¡A él! Dice que no ha visto a nadie más guapa esta noche.

Las carcajadas se esparcieron como gasolina.

Un sacudón de nervios me recorrió la espalda, pero no podía echarme atrás. Mía me dio un empujoncito cómplice con la barbilla, como diciendo «hazlo, no seas aburrida».

—Esto va a ser interesante —comentó alguien.

La canción cambió. Los primeros acordes de *Loyal* comenzaron a retumbar. Me vi de repente en una discoteca de Londres, bailando con mis amigas, riendo con los ojos cerrados.

Me acerqué al chico señalado. Sonreía, aunque se notaba más incómodo que halagado; y de algún modo, esa incomodidad lo volvió menos intimidante.

Al principio, mis movimientos fueron inseguros. Pero no tardé en encontrar un ritmo que sentía como propio. Me olvidé del grupo, del reto. El cuerpo tomó el control, como si llevara esperando ese momento desde hacía tiempo.

Mía me alcanzó un chupito.

—¡Tómatelo, te lo mereces! —chilló por encima de la música.

Lo bebí de un trago. El dulzor me ardió en la garganta, obligándome a cerrar los ojos lo suficiente para sentir el impulso que me empujaba a seguir.

El chico terminó por relajarse, disfrutando del numerito improvisado, mientras el resto del grupo coreaba mi nombre.

—¡Esa sí que sabe animar una noche! —gritó un chico entre risas.

Mía reapareció con otro chupito en la mano y lo dejó sobre la mesa improvisada con una caja de madera.

El vasito parecía retarme, brillante bajo la luz. «¿En serio voy a seguir el juego? ¿Esto soy yo ahora?» Una parte de mí dudaba, quería dar un paso atrás. Pero la otra… estaba harta de pensar.

Lo atrapé con una sonrisa y lo alcé en un brindis improvisado antes de bebérmelo de un trago. Era dulce, fácil de tomar. A diferencia del anterior, no quemaba al pasar por la garganta; solo dejaba un calor lento, envolvente.

Empezaba a sentirme distinta. Más valiente.

Casi indestructible.

—Estás en racha.

Dan se inclinó para decírmelo al oído antes de sentarse justo al lado del chico del baile.

Reí. Todo parecía más fácil. Hasta que lo sentí.

Una energía conocida. Una presencia concreta, sólida, densa. A mi espalda.

Jake.

Y entonces, todo ese fuego que me empujaba... se tambaleó. ☽



-20-

Humo

Sentí un tirón en el brazo. De golpe, la música y las risas quedaron atrás, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

—Ya va siendo hora de irnos —dijo, con una irritación que ni intentó disimular.

Me giré despacio. Capucha negra. Ojos enrojecidos. Olía a humo, a rabia contenida y a su colonia, todo mezclado en una nube espesa que me envolvió antes de que pudiera reaccionar.

El sudor le perlaba la frente y la mandíbula estaba tensa, como esculpida en piedra, conteniendo algo que amenazaba con romperse en cualquier segundo. Sus manos titubeaban, presas de un temblor que no sabía si era furia o desgaste, atrapadas en el velo denso que dejaba la hierba.

—No me pienso marchar —dije, soltándome de su agarre.

La adrenalina me corría por las venas, y mi ego no pensaba ceder terreno. ¿Quién se creía que era para aparecer así, de repente, y decidir por mí?

Jake clavó los ojos en mí, con el rostro contraído en una seriedad que afilaba sus facciones. Aun así, no me moví. Me acerqué un poco más al ganador del baile, que intentaba disimular lo incómodo que se sentía.

—¿Seguimos? —le pregunté, alzando las cejas con descaro mientras me acomodaba en sus piernas de forma provocadora.

Jake no se apartó.

De reojo lo vi frotarse los dedos contra la costura de los vaqueros.

—Estás haciendo el ridículo, Olivia.

La música seguía sonando al fondo, absurda, ajena al desastre que se desmoronaba en medio del salón.

—¿Ridículo? —preguntó Dan, levantándose y dejando el vaso en la mesa sin mucho cuidado—. Yo diría que se lo está pasando bien, ¿no?

Me lanzó una mirada rápida. Sonaba relajado, pero debajo había desafío.

—Tú deberías mantenerte al margen —espetó él.

Dan se cruzó de brazos, clavando los pies en el suelo.

—¿Al margen de qué? Ella no es un mueble que tengas que arrastrar.

—Y tú no eres nadie para opinar.

—¡Eh, eh! —gritó alguien desde el fondo en un intento fallido de rebajar la tensión.

No le hicieron caso.

—Jake, ¡basta ya! —grité. La valentía que sentía hace un rato se había reemplazado por incomodidad.

—No pienso parar hasta que te levantes y salgamos de aquí —dijo, sin despegar los ojos de mí.

—No tienes derecho a decirle qué hacer —intervino Dan, colocándose entre nosotros.

—Y tú no tienes derecho a meterte donde no te llaman —escupió Jake, con los ojos encendidos.

Me rodeó por la cintura de forma repentina.

Mi cuerpo se congeló. Había algo en su contacto que reconocía, pero mi cabeza buscaba claridad.

—Ella está en buenas manos, amigo, y tú no estás en condiciones de conducir —advirtió Dan, colocando una mano sobre el hombro de Jake.

La respuesta fue inmediata.

Jake me soltó y lo empujó con violencia. El otro tropezó hacia atrás y cayó de espaldas con un golpe sordo.

—No soy tu amigo. Y tú tampoco lo eres de ella si te parece normal verla así y quedarte tan tranquilo —lanzó entre dientes, señalándolo con el dedo.

—Lo que no voy a hacer es prohibirle nada, como haces tú —replicó él mientras se incorporaba, sacudiéndose la ropa con una calma impostada.

A nuestro alrededor, las mesas se habían quedado en silencio; los que antes reían y bailaban, nos miraban inmóviles, con las copas detenidas a medio trayecto, testigos incómodos de un espectáculo que no encajaba con la fiesta.

Pero no llegó a levantarse del todo. Jake se lanzó sobre él, sujetándolo del cuello de la camisa.

—¡Jake, para, por favor! —me agarré a su brazo con toda la fuerza que tenía, intentando frenarlo—. ¡Para!

Su brazo vibraba bajo mi mano, como un cable eléctrico a punto de fundirse.

—¿De verdad crees que sabes lo que es mejor para ella? —amenazó, con el rostro a un palmo del de Dan—. Ni siquiera la conoces.

Mía se levantó como un resorte, pero Dan negó de inmediato, y ella terminó dejándose caer de nuevo en la silla.

Fue entonces cuando Caleb apareció a mi lado, y, con las manos firmes en sus hombros, lo empujó sin darle opción a resistirse.

—Ya basta, tío —bramó Caleb, forcejeando para contenerlo

Antes de darme cuenta, mis pies ya iban detrás de Jake. Necesitaba respuestas.

Al sentir los pasos de Dan detrás de mí, aceleré.

—Voy a tomar un poco de aire antes de llamar un taxi —escurrió Caleb entre dientes, alejándose hacia el jardín, pero sin quitarle los ojos de encima a Jake.

Y entonces nos quedamos solos. Jake y yo.

En el hall de aquella casa que no pertenecía a ninguno de los dos, pero que había sido testigo del desastre.

Me volví hacia él, con el pecho tenso, comprimido.

Él salió al portal con pasos inciertos, los ojos entornados, y la rabia ya no estaba. Solo quedaban restos: torpeza, confusión… agotamiento. Parecía desorientado, sin saber por dónde empezar. Con los hombros caídos y las manos en los bolsillos, tenía el gesto de alguien que cargaba demasiado y no sabía cómo soltar nada.

Detestaba el poder absurdo que tenía sobre mí, ese que me encogía sin tocarme.

Eché el cuerpo hacia delante, negándole con el mío cualquier salida.

—¿Qué te pasa? —pregunté, con la voz quebrada—. No eres así. Has estado distante conmigo; ayer en el campus apenas me hablaste, y hoy… hoy no has hecho otra cosa que pegarte al maldito móvil, fumar y desaparecer.

Jake giró la cara hacia la pared, cerrándose en banda.

—Mírame. —Levanté su barbilla con dos dedos, obligándolo a enfrentarse a mí—. Dímelo. ¿Ya no te gusto? ¿No te atraigo?

—No es eso… Estoy agotado, Olivia.

—¿Agotado? —me reí sin humor—. Yo también, Jake. De que me ignores, de estar contigo y sentir que en realidad no estás.

—No entiendes nada. —Se pasó el pulgar por los nudillos, frotando una cicatriz casi invisible—. Solo… no puedo con todo.

—No puedes con todo, pero yo no te pido milagros, Jake, solo que me mires como antes.

—¡Te miro! —estalló, acercándose tanto que casi me rozaba la frente—. Lo hago más de lo que debería, ¿vale?

—Lo único que hago es intentar salvar esto mientras tú te dedicas a hundirlo.

Él apretó los puños, el aire saliéndole en embestidas cortas, como un toro enjaulado.

Yo ya no podía parar.

—¿Sabes qué? Dan no parece tan agotado.

Ahí sí me encaró como si lo hubiera abofeteado. Sus ojos se encendieron, oscuros, rabiosos.

—Si tan perfecto te parece, vete con él y acaba con esto de una vez —escupió.

Me ardieron las venas. Lo empujé con ambas manos. No fue un empujón fuerte, pero bastó para tambalearnos; a nosotros y a lo que habíamos construido.

—¿Eso quieres? ¿Que me largue con él? —grité, con la garganta hecha un hierro ardiente—. ¡Dilo! ¡Dilo de una vez, Jake!

Y de inmediato me sorprendí: jamás me había oído así, ni siquiera discutiendo con mi hermano. No esperé respuesta. Abrí la puerta de un tirón y entré. El portazo retumbó como un latido en el pecho. Me sostuve de la madera, intentando recuperar aire mientras los golpes seguían resonando contra ella.

—¡Olivia! —el grito estalló al otro lado, crudo, desgarrado—. ¡Olivia, abre!

Una vez. Dos. Tres… hasta que el ruido se fue apagando, tragado por la distancia.

Me obligué a respirar. Hundí las uñas en mis palmas hasta que dolió.

—¿Te encuentras bien?

Levanté la vista.

Dan estaba en medio del pasillo, con mi bolso colgado de un hombro y los ojos repasando cada grieta de mi expresión.

—¿Qué está pasando? —intervino Bruna desde la escalera. Sus ojos viajaban de Dan a mí, buscando unir cabos sueltos.

—La llevo a casa —dijo Dan pasando por alto la pregunta de Bruna.

—Pero yo... —empecé a decir, sin tener claro ni qué quería objetar ni por qué. Las palabras se me deshicieron en la garganta.

—No voy a dejar que te quedes aquí después de esto —me cortó él.

Se adelantó y extendió la mano hacia mí. No fue una orden, ni una obligación. Solo una invitación: una salida. Y por alguna razón, eso fue suficiente.

Mis dedos buscaron los suyos, respondiendo antes de que mi mente pudiera decidir. El tacto cálido de su mano no lo resolvía todo, pero me dio algo a lo que aferrarme.

Caminamos juntos hacia la salida trasera.

La puerta se cerró a nuestras espaldas con sabor a despedida.

Me sentía responsable por incomodar al anfitrión de la fiesta, pero sabía que Jake no estaba en condiciones de conducir y, aún peor, no quería verle la cara ni un segundo más.

La maraña de alcohol en mi sistema nervioso me anestesiaba, y de alguna forma impedía procesar del todo lo que acababa de suceder.

El trayecto en el Range Rover blanco de Dan se hizo eterno. La tensión vibraba en el aire, como un cable eléctrico mal aislado, y lo único que sonaba era el ruido de los neumáticos contra el asfalto. A ratos, una farola nos bañaba a medias, proyectando sombras que iban y venían sobre nuestros rostros.

Lo miré de soslayo. Tenía las manos tan apretadas al volante que los nudillos parecían de tiza, casi del mismo color que su camisa arrugada. No decía nada, pero la rigidez de su cuello lo gritaba por él.

Me pasé la lengua por los labios resecos.

—Lo siento.

—No, Olivia. Lo siento yo. No deberías haber pasado por esto.

Clavé la vista en el parabrisas, sin conseguir enfocar nada más allá del reflejo borroso de las luces. El mareo me oprimía la cabeza y el estómago a la vez.

—No ha sido tu culpa —dije, con las manos entrelazadas sobre el regazo, intentando sostenerme a mí misma.

Dan me miró antes de volver la vista a la carretera. Inspiró hondo y dejó caer los hombros, soltando parte del peso que llevaba encima.

El coche redujo la velocidad hasta detenerse frente a la entrada del complejo.

—Gracias por traerme.

Desabroché el cinturón y busqué la manilla.

—No me lo agradezcas. Lo haría de nuevo —respondió, y giré la cara antes de que se notara el calor encendiéndome las orejas.

Salí del coche sabiendo que las lágrimas estaban al borde de aparecer, y no quería testigos.

Aceleré hacia la puerta, pero Dan me alcanzó. Me sujetó con cuidado, como si temiera romperme, y al darme la vuelta me envolvió en un abrazo que latió contra mi piel.

—Toma esto —dijo, colocando algo en la palma de mi mano.

Bajé la mirada, confundida, hasta notar el cartón frío plegándose en mi puño.

—Gracias —musité, guardándolo en el bolsillo.

Sus ojos me buscaron una vez más, aún preocupados, antes de alejarse despacio, arrastrando los pies, como queriendo asegurarse de que estuviera bien.

Crucé el vestíbulo sintiendo que cada paso pesaba el doble. El ascensor al fondo parecía alejarse con cada zancada.

Dentro, bajo la luz pálida del fluorescente, saqué la tarjeta. El nombre de Dan brillaba en letras plateadas, elegantes, junto al logo de su empresa. La giré entre los dedos un instante, sin saber si me ofrecía apoyo o un recordatorio incómodo de la noche.

Subí a mi cuarto, conecté el móvil al cargador y me dejé caer de espaldas en la cama, aún vestida. Mis dedos jugueteaban con el borde deshilachado de la sábana mientras la cabeza giraba sola, sin freno. Jake, con los ojos nublados; el abrazo inesperado de Dan; el ruido lejano de la fiesta… todo daba vueltas demasiado rápido.

La pantalla del móvil parpadeó en la oscuridad.

Nada. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Jake no tenía mi nuevo número.

Y yo... ya no tenía ningún motivo para dárselo.

Algo se quebró por dentro. No sabría decir si era alivio o tristeza. Tal vez las dos cosas. Quizás, pensé mientras cerraba los ojos, era mejor así. ☽

-21-

Confusión

Domingo, 16 de julio de 2023

Desperté con un tambor en la cabeza y la lengua como papel de lija. El reloj digital marcaba las once y media. Nunca dormía tanto, pero la noche anterior me había dejado rota.

Arrastré los pies hasta el salón, con la sensación de que un engranaje oxidado giraba dentro de mi cerebro.

Me desplomé en el sofá con un trapo húmedo en la frente, intentando recomponer los fragmentos de la noche: el chalet ostentoso, el chisporroteo de la parrilla, risas desbocadas mezcladas con el humo persistente de marihuana… y Jake, con el móvil pegado a la mano como si fuera parte de él.

Debería querer mantenerme lejos de él después de cómo se comportó. Fue grosero, arrogante, insoportable. Y, sin embargo, lo único que me recorría era un deseo irracional de enfrentarlo… de soltarle todo lo que llevaba dentro, aunque fuera con una bofetada. Porque, por encima de todo, lo que anhelaba era recuperar su atención fija en mí.

El rugido de mi estómago me recordó que mi cuerpo tenía necesidades más inmediatas que resolver mi relación disfuncional con Jake.

Fui a la cocina y abrí la nevera con la esperanza de encontrar algo que lo apaciguara. Nada. Solo un paisaje desolado de estantes casi vacíos y un último pedazo de la tarta de zanahoria vegana que había preparado mi compañera de piso.

«¡Mierda! ¡Bruna!».

No la había visto desde la fiesta. La recordaba intentando disculparse por cosas que no eran su culpa, y en ese momento, su silencio pesaba más que la resaca.

Agarré un tenedor y devoré la tarta buscando consuelo en cada bocado. Al limpiarme las manos con una servilleta arrugada, otro pensamiento me atravesó: Dan. El único que había mantenido la calma entre tanto caos, un

casi desconocido que, aun así, me había hecho sentir que podía apoyarme en él.

No tenía por qué cargar con mis problemas ni soportar la agresividad de Jake. Yo misma había contribuido al desastre: me dejé arrastrar, bebí demasiado. «No volverá a pasar», me repetí como un mantra, aunque en el fondo sabía lo frágil que era esa promesa. Quería ser otra versión de mí: alguien con control.

Me puse a recoger la habitación, intentando borrar no solo el olor a humo y alcohol, sino también las decisiones impulsivas. Doblar la ropa y abrir las ventanas alivió algo; parte del lío se disipó con cada pequeño gesto. Pero al detenerme, la quietud del apartamento me devolvió la ausencia de Bruna.

Tomé el móvil de la mesilla y marqué su número. La operadora respondió con la frialdad de siempre: móvil apagado o fuera de cobertura.

Golpeé el suelo con la punta de la zapatilla, intentando espantar la idea de que algo malo había pasado. «No te preocupes, Olivia. Seguro que aparecerá», me aseguré, aunque sonaba más a excusa que a consuelo.

«¡La tarjeta!»

Tropecé al correr hacia mi habitación, volví a levantarme y busqué la chaqueta que había dejado tirada en el suelo.

Mis dedos recorrieron los bolsillos de manera atropellada, hasta que la textura del papel bajo mis yemas me devolvió un extraño alivio.

Me quedé mirándola, dudando.

¿De verdad iba a llamarlo?

Pero había algo en su nombre, tan pulcro en esa tipografía perfecta, ajeno a la maraña que era yo por dentro.

Y antes de pensarlo demasiado, marqué.

El tono sonó una vez.

—¿Quién es? —contestó Dan, con voz seria.

—Eh, Dan... soy Olivia. Espero no interrumpirte —dije, aclarándome la garganta, maldiciendo la forma en que los nervios se me colaban en cada palabra.

—No, para nada. Es solo que… no esperaba tu llamada.

—Ni yo tampoco, en realidad.

Silencio.

—Ah.

—Quiero decir… no pensé que acabaría llamándote. Supongo que estarás reventado después de anoche.

—Un poco —respondió—. De esas noches que no sabes si enterrar... o colgar en la pared como advertencia.

Una especie de jadeo se me escapó sin querer.

Tomé aire, concentrándome en el motivo de mi llamada.

—Verás… no sé nada de Bruna. No está aquí y no responde al teléfono.

—Ella está bien. Se fue con ese chico. El de pelo largo y pinta de *skater*.

Esa descripción, aunque algo fuera de lugar, no me sorprendió viniendo de él. Con todo el dinero que tenía, era difícil no sonar un poco clasista sin darse cuenta.

—¿Te refieres a Caleb? —pregunté, intentando encajar las piezas.

—Sí, eso creo. El amigo de Jake.

Me quedé muda, tratando de procesar lo que acababa de oír. ¿Bruna con Caleb? Vale… no lo vi venir.

—Y dejé a Jake en su casa —añadió Dan, sin darle importancia.

—¿Lo dejaste dónde? —repetí, todavía procesándolo.

—Sí. Después de todo lo que pasó… me pareció lo correcto.

«Lo correcto». Vaya forma elegante de resumir el desastre de la noche anterior; solo imaginar a Dan llevándole a casa después me resultaba difícil de digerir, aun así, había algo tranquilizador en saber que estaba bien.

—Joder, Dan, no sé ni cómo darte las gracias por eso.

—No tienes que hacerlo. Estoy para lo que necesites, Olivia. Creo que anoche eso quedó bastante claro.

—Me quiero disculpar de nuevo por lo de ayer.

—No digas tonterías. Está todo bien. Aunque, si realmente quieres compensarlo, acabo de salir del gimnasio y necesito un café. Algo que me devuelva el alma en este domingo tan… surrealista.

No pude evitar sonreír, aunque fuera solo un poco.

—¿Gimnasio? Apenas puedo moverme por aquí y tú ya estás en modo productivo.

A Dan se le escapó una risa.

—Yo también necesito un café —continué, masajeándome la sien—. Te invito. Dime dónde estás...

—Déjame recogerte yo. En una hora estoy ahí.

Y colgó, cortando la llamada antes de que pudiera contradecirlo.

Me enfundé un vestido blanco con volantes que siempre me había gustado por lo fresco que era. Dejé que el pelo, aún húmedo, se secara solo. Si Bruna estuviera allí, habría soltado algo tipo: «Tienes que resaltar más tus curvas, Oli».

Pero esa era yo: comodidad primero, estilo después. Aunque no podía ignorar que el vestido, tras tanto uso, me quedaba un poco más corto de lo que recordaba.

El timbre me sacó de mis pensamientos.

Me apresuré a ponerme unas sandalias romanas, agarré el móvil y bajé las escaleras.

Desde el recibidor, eché un vistazo por la mirilla y el Range Rover blanco perlado destacaba entre los coches del vecindario, como recién salido del concesionario.

La puerta del conductor se abrió, y Dan salió con un chándal negro con rayas blancas, parecía que se había vestido más para una sesión de fotos que para entrenar.

Las zapatillas blancas relucían como recién salidas de la caja, y el pelo, peinado hacia atrás sin un solo mechón fuera de lugar, sugería que no había sudado ni un poco en el gimnasio... o que llevaba medio bote de gomina encima.

Me decantaba por la segunda opción, dejaba claro que le preocupaba su aspecto, pero no de una forma vanidosa.

Cuando nos acercamos, me regaló una sonrisa vacilante y me rodeó en un abrazo que parecía más un gesto de cortesía que un verdadero contacto.

Su fragancia tenía un matiz cítrico que se filtró sin esfuerzo en mis sentidos: fresca, distinta, nada que ver con el aroma denso —casi reconocible a distancia— que asociaba con Jake.

—¿Cómo estás?

—Lidiando con una pequeña resaca —confesé, tocándome la frente con gesto de autocompasión—. Pero también me alegra verte.

—Conozco un sitio a dos manzanas de aquí. ¿Prefieres caminar o...?

—Caminar, por favor.

No quería arriesgarme a marearme si me subía al coche, con la resaca aún instalada en el cuerpo. Un café bien cargado y algo de comida. Eso era todo lo que necesitaba para volver a sentirme persona.

Me pasó el brazo por los hombros mientras caminábamos, y me dejé arrastrar sin pensarlo demasiado.

Al remangarse la chaqueta, dejó al descubierto una muñeca limpia, sin tatuajes. Lo noté. Un chico de buena cuna, como diría mi familia.

No me había fijado antes, pero Dan también era alto. Tal vez alcanzaba a Jake en estatura, aunque esa comparación empezaba a perder sentido.

Aparté la idea con un suspiro y dejé que mis ojos recorrieran el local. El sitio parecía sacado de una foto cuidadosamente editada: mesas con flores frescas, paredes en tonos pastel y platos tan perfectos que invitaban más a sacarles una foto que a comerlos. Todo olía a influencer y a café caro.

Al explorar las mesas cercanas, me pregunté qué habría dicho Jake de aquel lugar. Seguro que no era su estilo. De hecho, habría soltado algún comentario sarcástico sobre la decoración o el precio absurdo de un aguacate sobre pan. Jake era más de pedir comida para llevar y comérsela sentados en la arena o en algún parque.

El recuerdo me hizo estirar los labios mientras jugueteaba con una cucharita de plástico que había tomado del mostrador.

Nos sentamos en una mesa del centro.

Dan hojeaba la carta con una concentración envidiable.

Yo fingía leer, aunque las palabras se me borraban delante. Solo notaba mis latidos desacompasados. No sabía si era el lugar o el silencio entre nosotros, pero la pregunta me latía en la lengua.

No quería estropearlo.

No quería que pensara que… aún me importaba.

Pero me importaba.

—Dan…

Interrumpió el vaivén de la carta metálica.

—¿Cómo estaba Jake anoche?

Dan dejó la carta sobre la mesa, lento.

—Perdón, perdón —me apuré a decir, juntando las manos sobre el regazo—. No es el tema más oportuno.

—Tal vez no —respondió, frotándose una ceja con el pulgar—, pero parece ser lo único que quieres saber.

Cerré la boca, sintiendo el roce incómodo de una verdad mal encajada.

—No tienes que justificarte —añadió, recostándose con un brazo extendido por encima del respaldo—. Jake está bien. Si quieres llamarlo o ir a verlo...

—No, estoy bien aquí contigo —dije, aunque sonaba mucho más segura de lo que realmente estaba.

El rubor me traicionó antes de que pudiera esconderlo.

Justo entonces, la camarera apareció con una energía tan exagerada que casi molestaba. Su delantal rojo y la gorra a juego, decorada con un dibujo de un bocadillo sonriente, parecían sacados de una comedia romántica.

—¿Qué van a pedir? —preguntó sujetando una pequeña libreta blanca y un bolígrafo de color verde neón.

—Un tazón de açaí con frutas, una tostada de aguacate con semillas de calabaza y un expreso doble, por favor.

Tomé la carta y la repasé por última vez, solo para no parecer improvisada.

—Una tostada con mantequilla y un café bien cargado —dije, entregándosela a la camarera.

Ella le lanzó a Dan un vistazo, casi con más interés del necesario, y se alejó deprisa.

—¿Eso es todo?

—No soy tan complicada como tú, al parecer —respondí, con un intento de broma que me salió más seco de lo que planeaba.

Dan se echó hacia atrás en la silla.

—¿Por qué estás tan pendiente de Jake?

—No estoy pendiente de él —respondí demasiado rápido para sonar convincente.

—Olivia, puedes decirme lo que quieras, pero tu forma de mirar dice otra cosa. Y créeme, he visto esa expresión antes.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —pregunté, jugueteando con el trozo de plástico que antes había sido una cuchara.

—En el espejo, buscándome excusas por alguien que no las merecía.

—Jake no es…

—No lo conozco, pero no parece un buen novio. O lo que sea que sea.

Alcé la vista y me encontré con su mirada. No había rabia, solo una incomodidad silenciosa. Y pese a lo ocurrido la noche anterior, allí estaba, sentado frente a mí.

—No te mereces que te moleste ni que sigas aquí aguantando mis líos. Es que ni yo misma sé qué significa para mí.

—¿Sabes cuál es el problema, Olivia?

Me removí en el asiento, sin saber si quería acercarme más o salir corriendo.

—Solo te conozco desde hace unas horas, pero estoy convencido de que nunca te han tratado como deberías. Sin juegos.

No era solo lo que decía, sino la forma en que lo hacía: directo, sin titubeos. Además, tenía ese tipo de presencia que no pretendía llamar la atención, pero lo conseguía igual. Podría haber sido modelo de cualquier marca de lujo, sí, pero en ese instante no era eso lo que me descolocaba. Era que, sin ni siquiera conocerme, estaba logrando levantar un ánimo que yo creía imposible de rescatar.

Cerré los ojos un segundo y dejé que la distancia entre nosotros se acortara. No sabía si era valentía o simple cansancio de complicarme la vida. Solo quería sentir qué pasaba cuando alguien no se empeñaba en romperme. ☽

-22-

Emociones cuesta abajo

—¡Olivia! —La estridente voz me arrancó del trance.

Parpadeé, volviendo bruscamente a la realidad, y me encontré con los ojos de Dan fijos en mi boca. Sus mejillas estaban coloradas, y no tardé en notar el rubor trepándome también.

Bruna se acercaba a toda prisa, con su cabello negro recogido en una trenza suelta que se balanceaba al compás de sus pasos rápidos.

Dan retiró la mano de mi pierna en cuanto se dio cuenta de que no debía estar ahí y se enderezó, llevándose la servilleta a los labios para usarla como coartada improvisada.

—Perdona, la llamé porque sabía que estabas preocupada por ella —murmuró, bajando la vista a la taza.

—La culpa fue del alcohol. Punto —dictaminó Bruna, dejándose caer frente a mí, colocó el bolso a tientas y soltó un suspiro exagerado—. Menuda noche.

—¿Qué narices ha pasado?

—Lo sé, lo sé. Estás flipando. Créeme, yo también lo estoy.

—¿Con Caleb?

—Sí, el mismo. —Se palmoteó la frente en señal de derrota—. Unas copas de más, su sonrisa de *skater* con complejo de malote y… bueno, el resto te lo imaginas.

—¿Y ahora qué piensas? —insistí, mientras Dan nos seguía con la atención saltando de una a otra.

—Que esto no se repetirá. —Bruna negaba con la cabeza agitando su trenza de un lado a otro—. Además, ese chico no encaja conmigo ni con el estilo de vida que llevaré cuando me mude a Los Ángeles para ser una periodista exitosa.

Me crucé de brazos, preparada para escuchar más sobre Bruna y su eterno sueño californiano, pero un pellizco incómodo me revolvió el estómago: no conocía tanto a Caleb, y no parecía del tipo que se dejaba manejar fácil.

—Bueno, al menos estás bien.

—Por supuesto que sí, querida. Solo espero que tú también lo estés… porque lo que interrumpí hace un rato parecía, ejem, interesante.

Dan se aclaró la garganta, y yo fingí que no había escuchado nada, escondiéndome detrás del servilletero.

Por suerte, los platos aterrizaron en la mesa justo a tiempo. Un rescate con forma de comida.

Bruna picoteó sin pedir permiso y le hincó el diente a mi tostada mientras hablaba sin parar, dejando atrás lo que había pasado antes.

Salimos sin un rumbo fijo. Bruna iba varios pasos por delante, con las gafas de sol a media nariz y la resaca bailándole al ritmo de los tacones. Dan se había quedado rezagado, pegado al móvil, con cara de estar resolviendo algo importante. Yo caminaba entre ambos, con la tripa llena y la cabeza aún enredada.

El bullicio del puerto se mezclaba con conversaciones lejanas y algún claxon aislado. Me estaba perdiendo en el paisaje, dejándome arrastrar por el balanceo del agua… pero Bruna, desde luego, no iba a darme mucha tregua.

—Mía se ha ido a Santa Mónica a ver a su madre —comentó, sin dejar de andar—. Me ha escrito para decirme que volverá mañana.

Su voz era una mezcla entre música de fondo y podcast de cotilleos que no terminaba de registrar.

Hasta que lo escuché.

—Y luego está lo de Jake... —remató Bruna.

Mis pies se clavaron en el suelo, como si hubiera pisado una baldosa electrificada.

Bruna siguió caminando sin darse cuenta.

Corrí para alcanzarla y le sujeté del brazo, más brusca de lo que pretendía.

—¿Qué acabas de decir?

—Ah, así que estabas escuchando —dijo, llevándose una mano al pecho en fingida sorpresa—. Te he dicho que Jake se volvió loco cuando te fuiste.

Sentí el nudo otra vez, apretándome.

—¿Cómo loco? —pregunté, aunque parte de mí ya se temía la respuesta.

—Oli, ¿qué esperabas? Te fuiste con Dan, el chico perfecto. Jake se mosqueó, claro. Pero no te culpo —añadió, bajando la voz—. De hecho, os veo muy bien juntos.

—¿Bien juntos? —musité, con la garganta cerrada, aunque lo que había estado a punto de pasar antes de que ella llegara seguía demasiado fresco como para fingir sorpresa.

—En la fiesta parecía evidente. Dan no te quitaba los ojos de encima, el resto le daba igual; tú parecías ser su única prioridad.

Intenté encajar lo que acababa de soltar Bruna. Dan había sido transparente para todos, y yo lo había sentido también; podía negarlo con palabras, pero dentro de mí ya no quedaban excusas.

Cuando levanté la vista, Dan venía hacia nosotras.

—Este sitio es de los favoritos de mis compañeros después del trabajo —comentó, señalando con el pulgar un bar de fachada azul deslavada que rompía con la estética cuidada del puerto—. Juran que hacen los mejores mojitos de la zona. ¿Lo comprobamos?

—¡Olivia los adora! —vociferó Bruna, dándome un pellizco en el antebrazo.

Le di un cabeceo rígido, cerrando los brazos contra el pecho.

—¿Me acompañas al baño? —le pregunté en cuanto subimos la escalerilla del bar.

Desde allí, el océano se extendía como un espejo infinito, y las mesas se distribuían entre luces anaranjadas, palmeras artificiales y una música de jazz que flotaba en el ambiente.

Una vez dentro, cerré el pestillo y apoyé la espalda en la puerta.

—¿Qué ha sido eso? Sabes que los mojitos me tumban, te lo he dicho mil veces.

—Perdona, estaba improvisando.

—Ya, olvida eso. Cuéntame qué pasó anoche, después de que me largara.

Bruna se inclinó hacia el lavabo, apoyando ambas manos en el borde.

—Jake…

—Dan me dijo que lo llevó a casa —la apuré, con la impaciencia latiéndome bajo las uñas—. ¿Qué pasó antes?

—Jake estaba fuera de sí, eso lo recuerdo a la perfección. Tiró su cerveza al suelo en cuanto le dije que te habías marchado con Dan. Caleb intentó quitársela antes, ya iba mal, pero no pudo. Más tarde, al ver que Dan regresaba solo, se relajó un poco. Caleb y yo nos quedamos recogiendo el desastre.

—¿Y después? —logré decir, aunque algo ya me decía cuál sería la respuesta.

—Hablaron a solas un rato. No sé exactamente qué dijeron, pero escuché algunos gritos. Al final, como Dan te dijo, lo llevó a casa. No creo que debas preocuparte; parece que llegaron a un acuerdo.

A mí no me lo parecía. La piedra seguía en el pecho. Algo me decía que todo seguía lejos de estar bien.

—Ahora céntrate en el empresario, rico y guapísimo, que tienes ahí fuera. ¡Madre mía, amiga! Si yo tuviera la oportunidad de estar con un chico como

él, ni cientos de Jakes me lo impedirían.

El tipo de Bruna era, sin ninguna duda, Dan: deportista, rubio, ojos verdes y con dinero. Si lo hubiera intentado, lo habría conquistado en un plis plas. De hecho, no entendía por qué no lo había hecho; era mucho más atractiva que yo.

—Tengo cara de no haber pegado ojo —me pasé la mano por la cara, evaluando las sombras bajo mis ojos.

—Igual que la mía, pero yo lo disimulo mejor con un kilo de maquillaje. Tú no tanto.

Le di un empujón en el brazo y ella, riendo, se quejó salpicándome agua. Justo entonces, alguien aporreó la puerta con impaciencia.

—¡Vamos, date prisa! —dije, apremiándola entre risas contenidas.

Al salir, nos topamos con una chica de expresión pétrea esperando su turno. Le dirigí un gesto rápido con la cabeza en disculpa, pero no pareció hacer mella en su mal humor.

Mientras Dan nos esperaba en la mejor mesa: borde de terraza, tres mojitos con menta y pajitas naranjas y blancas.

—Mojitos y vistas, Dan. Te estás ganando puntos —rio Bruna, chocándole con la pierna, entre chiste y aprobación.

Me limité a enseñarle los dientes, rodeando el vaso con las manos sin atreverme a dar un sorbo. Me había prometido no pasarme más veces, y pensaba cumplirlo.

—¿Quieres otra cosa? —preguntó.

Me sentí mal por rechazarlo. El hielo centelleaba tentador, la menta olía a vacaciones, pero no quería otra mañana borrosa.

—Un zumo estaría bien, porfa.

Se limitó a asentir, se giró hacia la barra y, al poco, volvió con un vaso en la mano.

—Tropical para ti —dijo, guiñándome un ojo—. En serio, no tienes que cortarte conmigo.

—¡Olivia, qué suerte tienes! —exclamó Bruna, girando la pajita con impaciencia entre los dedos—. Dan, ahora que te han ascendido… ¿qué se viene? ¿Una fiesta por todo lo alto? ¿Te compras una isla? Dame un titular, anda.

Él soltó una risotada. Dio un trago a su cóctel y luego levantó la vista.

—Estoy pensando en un viaje. Maldivas, quizás.

«Claro, ese destino le va a la perfección». Jake habría mencionado algo opuesto del todo, como unas montañas remotas o ese viaje mochilero por

Europa que tenía pendiente. Intenté ahogar ese pensamiento antes de que creciera. «Necesito dejar de compararlos».

—Maldivas... Exótico y exclusivo. Me gusta. Pero ¿y qué hay de tus planes a largo plazo? ¿Piensas sentar la cabeza o seguir viajando? —preguntó Bruna al tiempo que mordisqueaba su pajita.

—Supongo que depende. Cuando llegue la persona adecuada, todo encajará. —Su mirada se cruzó con la mía lo justo para hacerme tragar saliva.

Bruna se llevó los dedos a sus labios y comenzó a morderse una uña, entretenida con la escena.

—¿Y ya tienes a alguien en mente?

«Esto no puede estar pasando», pensé. Quería decirle que dejara de meterse donde no la llamaban, pero sabía que sería inútil.

—Bajo a la playa a mojar los pies —dije apurando la última gota de zumo antes de levantarme.

—Te acompaño —saltó Dan, poniéndose de pie.

—Vaya... No os preocupéis por mí. Me quedo aquí con mi mojito, eh —dijo, agitando la mano en un gesto de despedida sin dejar de espiarnos por encima del vaso.

—¡La cuenta ya está pagada! —avisó Dan cuando bajábamos por las escalerillas que llevaban a la playa.

—Hacía tiempo que no pasaba un rato con Bruna. Y está…

—¿Directa e imposible de frenar?

—Exacto —asintió, riendo por lo bajo.

Me quité las sandalias y hundí los pies en la arena húmeda. El contraste con el calor del día fue casi un regalo.

—Esta es una de mis sensaciones favoritas —comenté, mientras las olas acariciaban mis tobillos.

Dan se quedó callado, observándome.

—No quiero que sientas que me estoy metiendo donde no debo —dijo, empujando una piedrecilla con la punta del zapato—. Bruna venía modo terremoto.

—La adoro, pero a veces parece sacada de un guion de telenovela.

Ambos reímos, y por un rato, todo se volvió más liviano.

—No vine a complicarte la vida, Olivia —dijo, apretándose la manga contra la palma—. Si necesitas desconectar, hablar de nada o de todo, dilo. Si me dejas entrar, no saldría corriendo.

—¿Y tú qué haces cuando no quieres hablar de nada?

—Camino. Con auriculares, sin destino. A veces hasta llueve, y me da igual. Me gusta sentir que no tengo que dar explicaciones.

Me lo imaginé, y por un instante me pareció menos perfecto, más humano.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo desapareces?

—A veces escribo en un diario, releo cosas antiguas y me río de lo intensas que suenan ahora. Otras, simplemente… me escondo. Literal. Bajo las sábanas. Me borro.

De pronto, él estiró la mano para alisar un trozo de etiqueta mal doblada. Sus dedos rozaron el borde de mi cuello antes de soltarse de mí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Si no tuvieras miedo a cagarla, ¿qué harías distinto?

No lo vi venir. Tragué saliva.

—Hablar sin pensar tanto. Dejarme gustar y que me gusten. Sin filtros.

—¿Y lo estás haciendo ahora?

Lo miré, atrapada en esa especie de tregua emocional que se había creado.

—No lo sé. Pero no me dan ganas de esconderme ahora mismo.

Él acortó la distancia y apoyó una mano en mi espalda.

—Me alegro de que me hayas llamado esta mañana.

—Y yo de que me arrastraras a salir. No sabía cuánto lo necesitaba hasta ahora.

Apoyé la cabeza en su hombro. No dije nada más. Solo me abandoné a esa especie de sosiego que se instalaba entre los dos.

Entonces vi a Bruna acercarse desde lejos. Levantó una mano y la agitó en un saludo.

—¿Ya te cansaste de la terraza? —preguntó Dan, dejando que la ironía se le escapara justo cuando Bruna llegaba hasta nosotros.

—Tengo cosas que preparar para la semana. Ya sabes, la vida no se organiza sola —dijo ella, rebuscando las llaves en el bolso.

Sus dedos encontraron la trenza y la acariciaron con distracción.

—Ojalá fuera tan fácil —murmuró Bruna—. Empezar de cero, con alguien nuevo, sin peso.

Bajó la mirada enseguida, como si se le hubiera escapado algo que no pensaba compartir.

—Creo que ya es tarde también para mí —intervine, frotándome los brazos, con un temblorcito frío—. Necesito descansar.

—Entonces vamos —dijo Bruna, echando un vistazo a su reloj deportivo que parecía medirle hasta los pensamientos.

—Bruna… ¿te importa ir encendiendo el motor?

Ella no preguntó nada; se limitó a inclinar la cabeza y marcharse, dejándonos a solas.

—¿Vas a estar bien? —preguntó, rascando el suelo con la punta del zapato.

Le respondí con un cabeceo breve. El aire salado todavía olía a fiesta, a noche inconclusa.

—Gracias por… todo. Lo de hoy, lo de ayer...

—No hay de qué. Aunque, si soy honesto, espero que la próxima vez que nos veamos no tenga que ganarme puntos por evitar una pelea.

Me aflojé un poco. No del todo, pero lo justo para que se me escapara una sonrisa.

—¿La próxima vez, eh?

—Si vuelves a fiestas peligrosas con baile… seguramente estaré.

Nos quedamos callados. Un vértigo sutil flotaba en el aire, como suspendido entre lo que no se decía.

—Buenas noches, Olivia —dijo al fin, dando un paso atrás.

—Buenas noches, Dan.

Me despedí subiendo al coche, con la sensación de su mirada aún pegada a mi nuca.

Cuando Bruna arrancó, no pude evitar espiar por el retrovisor. Él seguía ahí, manos en los bolsillos, siguiéndome con la vista mientras me alejaba.

Al entrar al apartamento, nos quitamos los zapatos casi al unísono, por pura costumbre. La madera fría del suelo nos recibió con esa familiaridad que solo da la rutina. Sin cruzar más de una palabra, caminamos hacia la cocina.

Abrimos la nevera con la esperanza de encontrar algo que no llevara semanas olvidado. Rescatamos una lasaña pospuesta mil veces; mientras el microondas zumbaba, cortamos mango y desenterramos unas uvas que llevaban días en el exilio del cajón de la fruta.

Bruna empezó a contarme una anécdota sobre una compañera de trabajo que se había hecho viral por un vídeo en el gimnasio.

Yo fingía interés, moviendo los cubiertos más de lo que comía. Tenía sus ojos encima, esa forma de observar que parecía leer incluso lo que no se decía

—¿Y entonces? —preguntó al fin, entre bocado y bocado—. ¿Todo bien?

Tardé en responder porque aún intentaba descifrar cómo me sentía

—Sí... solo estoy un poco cansada.

Bruna no insistió y volvió a concentrarse en su comida, aunque yo ya sabía que estaba guardando la pregunta para más tarde.

—¿Vas a quedarte conmigo viendo una serie? —preguntó, recogiendo los platos de la mesa.

—No, Bruna. Estoy agotada. Necesito meterme en la cama y desconectar.

—Como quieras. Pero te digo que, si no me cuentas lo que te pasa pronto, voy a reventarte el móvil a mensajes hasta que me contestes. —Sonrió, aunque en sus ojos asomaba preocupación.

Arrastré los pies hasta la habitación, dejando que la pared me atrapara las yemas de los dedos. Empujé la puerta con la cadera y la dejé cerrarse a mis espaldas.

Dejé la ropa junto al lavabo y abrí el grifo. Mientras esperaba a que el agua se templara, el teléfono vibró sobre la encimera.

Lo tomé distraída, convencida de que sería Bruna mandándome algún meme tonto. Pero no: un número sin guardar.

> [Desconocido]: Sé que anoche la cagué. No voy a darte excusas, solo necesito tiempo para contártelo todo. No me odies aún, Olivia. Confía en mí, aunque cueste.

Releí las palabras una y otra vez, intentando encontrarles sentido. ¿Contarme qué? ¿Qué podría decir que no hiciera todo aún más confuso? ¿Y cómo demonios había conseguido mi número?

Arrojé el teléfono en el lavabo como si quemara.

—¿Tiempo? —bufé—. ¿Para desaparecer y volver como si nada?

Entré en la ducha, dejando que el agua ardiente golpeara mi piel con tozudez. Cerré los ojos, esperando que el vapor disipara la presión que se ensanchaba en mi pecho. Inútil.

—¿Que confíe? —escupí contra el chorro.

La frustración hervía bajo la piel, mezclada con un cansancio que no era solo físico. Apoyé la espalda en los azulejos fríos. Una lágrima se confundió con el agua caliente y descendió sin pedir permiso.

Apagué el agua, salí de la ducha y me envolví en la toalla.

El vapor seguía pegado a las paredes y el espejo apenas devolvía una sombra difusa de mí. Pasé un dedo por el espejo empañado, buscando a la Olivia de los primeros días

Cuando volví al dormitorio, el teléfono seguía en el aseo. Lo dejé ahí, ignorándolo, quizás así mantendría a Jake y sus misterios a raya.

Me metí en la cama. El sueño no llegaba, y entendí que esto estaba lejos de terminar. Lo que fuera que Jake tenía que contarme no iba a desaparecer

solo porque yo lo ignorara.

La verdad empujaba desde dentro, lista para estallar. ☽



-23-

Sin señal

Viernes, 21 de julio de 2023

Leí el mensaje de Isa dando un tenedorazo al bol de pasta que me había preparado con las últimas verduras que quedaban en el cajón del frigorífico.

```
[Isa]: Olivia, acuérdate que esta tarde es el partido de
béisbol. Nos vemos a las siete en el Sunset Stadium. Van
a venir todos :)
```

Cerré el chat de golpe. Llevaba días atrapada en mi propio letargo: persianas bajadas, nevera casi vacía, y ni una pizca de ganas de salir. Las chicas no estaban; se habían ido a Los Ángeles a ver a la madre de Mía, y la semana se me había escurrido como agua turbia: sin novedades de Jake, sin explicaciones, sin señales.

Estaba enfadada con él, aunque parte de mí aún esperaba que diera la cara, pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra. La única vez que lo vi en el campus ya parecía un espejismo: mis amigos estaban en clase, y Marlon… solo lo crucé una vez, apoyado en una valla, cigarro en la comisura, balanceando los pies al ritmo de una canción que solo él oía.

Al terminar de comer, decidí salir de mi propia inercia. Me puse el bikini blanco de bandana, agarré un libro y bajé a la piscina del resort, ese lujo que no había aprovechado desde que me mudé. Me tumbé en una hamaca entre el sol y la sombra, con *Jane Eyre* entre las manos. Hacía tiempo que no me perdía así en una lectura, dejando que el papel impreso me devolviera a mí misma.

El móvil vibró. Tardé en reaccionar, todavía a medio camino entre Rochester y el sol californiano. Tanteé a ciegas sobre la toalla, pero la

pantalla reflejaba la luz como un espejo cegador, y sin las gafas estaba desorientada.

—¿Paulo? —pregunté, dudando si era él o solo mi instinto haciendo una apuesta.

—¡Olivia! ¿Te acuerdas de que existo? —tronó su voz al otro lado. Lo imaginé haciendo cualquier gesto suyo exagerado con las manos.

—¿Vas al partido de béisbol? —pregunté, aunque la respuesta era evidente. Esos dos se habían vuelto inseparables.

—¡Claro! Ya estoy en casa de Isa tomándonos algo. Vamos a salir de aquí porque pilla más cerca del estadio.

—Lo cierto es que estaba pensando ir, pero tenemos mucha tarea para el lunes y… —comencé a explicar, pero me interrumpió.

—¡Venga ya, Brown! —protestó con una indignación tan fingida que resultaba graciosa—. Es nuestro primer partido juntos. Si no vienes, te borro de mi vida.

Reí. Por cosas como esa, quedaba claro que no podíamos haber elegido un nombre de grupo más acorde.

—Vale, vale —me apresuré a responder para evitar más regañina—. Allí os veré.

Cuando colgué sentí que algo de mi energía regresaba. Me vestí con unos shorts vaqueros de tiro alto y una camiseta blanca anudada sobre el ombligo. Recogí el pelo en una coleta alta, con algunos mechones sueltos a propósito, y añadí un poco de máscara, colorete y brillo.

El código era claro: algo azul. Tradición entre los estudiantes para apoyar a los Blue Hawks, el equipo local de la universidad. La vi en la estantería: su gorra azul marino. Aún no había venido a buscarla. Dudé si era nostalgia o revancha, pero me la encajé en la cabeza. Con esa mezcla de peso y desafío, pedí un taxi que llegó a los pocos minutos.

Había considerado ir en patinete, pero esquivar baches en la oscuridad no era un reto que quisiera aceptar. No esa noche. Esa noche, todo debía fluir sin complicaciones.

Nos detuvimos frente al estadio universitario, donde una marea de camisetas azules y gritos emocionados envolvían el ambiente. Me abrí paso entre el barullo, esquivando amigos que se hacían fotos, vendedores de palomitas, y parejas que caminaban de la mano entre los puestos de comida. El aire olía a nachos con queso, algodón de azúcar y césped recién regado.

Las gradas comenzaban a rebosar de estudiantes, familias y fanáticos ondeando pequeñas banderas con el logo de los Blue Hawks. A lo lejos, una bocina estalló como anuncio de que el partido estaba por comenzar.

No sabía si buscar a Isabella o esperar a que me viera, pero no tuve que decidirlo.

—¡Lo lograste, amiga! —vociferó por encima del bullicio.

Venía corriendo desde la grada, con una bufanda del equipo agitándose al viento y una sonrisa que le iluminaba toda la cara.

En cuanto llegó, me envolvió en un abrazo tan efusivo que casi me hizo perder el equilibrio.

—Paulo me dijo que estabas dudando… ¿Estás loca? —se apartó solo lo justo, con un deje de reproche en la voz que se mezclaba con la risa—. Si no hubieras venido, jamás te lo habría perdonado.

Me coloqué la gorra que amenazaba con caerse tras el achuchón.

—No podía perderme esto —respondí. Y esa vez, no tuve que fingirlo.

Isabella no venía sola. La escoltaba una pandilla de seis o siete, todos con algún detalle azul: camisetas del equipo, gorras de los Blue Hawks, pañuelos colgando de los bolsillos traseros. Uno de los chicos, con el pelo teñido de azul turquesa, llevaba las mejillas pintadas con las letras «BH».

Reían entre ellos con esa alegría fácil que solo te concede la universidad, ese paréntesis donde lo único importante es el momento: el partido, la tarde, la compañía.

Una de las chicas alta con un peto vaquero lanzaba palomitas al aire para atraparlas al vuelo, sin inmutarse cuando fallaba.

—¿Y Paulo? —pregunté, ojeando al grupo. No era propio de él despegarse de Isabella, y menos en un plan así.

—Ay, Paulo… —resopló Isabella—. Este mediodía vino a casa y, como buen ansioso, se bebió media botella del vino que mi *nonna* trajo de Bolonia. Para cuando empezó a anochecer, ya estaba abrazado al váter como si fuera su alma gemela.

—No puede estar hablando en serio...

—Te lo juro. Matteo tuvo que venir a recogerlo. ¡Y eso que eran solo las cinco de la tarde! Fue un show. El drama, el vómito, las lágrimas… Todo muy él.

—Joder… pobre —bufé por lo bajo. Me tocaba navegar sola entre caras nuevas.

—¿Pobre? ¡Se lo ha buscado! Nadie le obligó a mezclar *limoncello* con vino tinto —vociferó justo cuando un estallido de vítores sacudía la tribuna tras un hit de los Blue Hawks—. Pero la tarde sigue, y aún nos queda media petaca… Además, tengo a alguien que quiero que conozcas.

No tuve tiempo de preguntar. Isabella volvió la cabeza hacia atrás y levantó la mano, llamando a un chico que charlaba con otros unos metros

más allá.

Alto, con el pelo castaño claro ligeramente alborotado, barba recortada y una camiseta azul marino que le marcaba los hombros y el torso como hecha a medida. Al acercarse, vi asomar una petaca de acero bajo su cinturón, discreta, llevada con la espontaneidad de quien respira.

—Matteo, esta es Olivia. La chica de la que siempre te hablamos.

Esbozó una sonrisa confiada, la clase de gesto que decía «sé que te gusto» incluso antes de abrir la boca, y tiró del bajo de la camiseta, como si hasta la ropa compartiera su exceso de seguridad.

—¿La famosa Olivia de vuestra clase? —preguntó mientras sacaba la petaca y servía un trago improvisado en un vaso rosa de plástico—. Encantado, al fin.

Me lo tendió sin perder el ritmo.

—Sí, la misma —respondí, aceptando el vaso casi por reflejo. Me lo bebí de un trago; sabía a cereza sintética mezclada con algo que podría haber encendido una moto, pero cumplía su cometido.

Vale, había que admitirlo: entendía por qué Paulo estaba colado. Tenía ese rollo de tío que va sobrado sin esfuerzo. A simple vista me habría parecido un chulito, pero había algo en él —esa forma de hacerte sentir la única persona en su radio de atención— que lo volvía interesante.

—Y ahora que ya estás oficialmente bautizada —dijo Isabella, enganchando mi brazo con el suyo—, vamos a buscar buen sitio para ver el partido.

Subimos unos cuantos escalones de la grada metálica. Matteo nos acompañó un tramo, lanzando saludos aquí y allá como si conociera a medio estadio, aunque apenas llevara semanas en la ciudad. Se notaba que era de esos que hacen amigos en cualquier parte… y pocas veces del género masculino.

—Tengo un colega por ahí —avisó, inclinando la cabeza hacia la otra zona del estadio—. No os perdáis mucho.

Y con un guiño que le salió demasiado fácil, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

—¿Ves? Te dije que este partido iba a tener más emoción de la que pensabas —canturreó Isabella mientras nos abríamos paso en busca de sitio.

Me reí por lo bajo, negando con la cabeza. «Y eso que el partido solo acaba de empezar».

Encontramos hueco en la segunda fila desde abajo, bastante cerca del campo.

Desde allí, el ruido del público se sentía más intenso. El calor empezaba a suavizarse y una brisa agradable se colaba entre los barrotes del estadio, refrescando la piel y despeinándonos un poco.

Un chico con visera roja y camiseta de los Blue Hawks se abría paso entre las filas, con una bandeja colgada por una correa al pecho que parecía a punto de desbordarse.

—¡Refrescos XXL y hot dogs recién hechos! ¡Vamos, que se acaban! —gritaba con entusiasmo, sorteando piernas y mochilas sin perder el equilibrio.

Isabella le hizo una seña, él se acercó hacia nosotras, y en menos de un minuto, teníamos un perrito caliente envuelto en papel arrugado y una lata helada y gigantesca entre las manos.

El estadio, aunque era más bien pequeño, estaba lleno de cánticos improvisados que no terminaban de rimar, aplausos, y esa tensión colectiva que flotaba cuando el marcador no iba a nuestro favor.

Isabella hablaba sin esperar a tragar, señalando al jardín derecho, donde jugaba su primo. Me contaba que era su primer partido como titular, que llevaba la camiseta del número diecisiete desde que era un crío.

Yo la escuchaba con atención, hasta que un ruido a mi izquierda me sacó del hilo. Marlon acababa de dejarse caer en el asiento del extremo de nuestra fila. Llevaba una camiseta negra sin mangas y esas gafas oscuras que parecían tatuadas a su cara.

Saludó a un par de chicos con un apretón de manos y vitoreó cuando uno de los Blue Hawks hizo una atrapada limpia.

Me tensé.

Lo tenía lo bastante lejos para no hablarle, pero demasiado cerca para fingir que no existía. Aún no sabía si Isabella lo había invitado o si se había colado por iniciativa propia… hasta que ella le dedicó un leve gesto de mentón, como dándole el visto bueno para quedarse en nuestro grupo.

Después retomó la conversación, acompañando cada frase con esos ademanes enérgicos de sus manos que la definían desde que la conocí.

Fue entonces cuando, desde la fila superior, un chillido agudo rasgó el murmullo general.

—¡Isabella, reina de los Hawks!

Me giré, esperando ver a alguien conocido, pero lo que vi fue a una chica alta que caminaba hacia nosotras como si estuviera desfilando. Llevaba shorts blancos que le alargaban aún más las piernas y un top con el logo del equipo.

Tenía la piel tan pálida que cualquier rayo de sol podía freírla, y una melena pelirroja que se movía al viento con tanta gracia que parecía tener un

ventilador propio. Modelo de catálogo en modo paseo casual.

—¡Esa soy yo! —respondió a gritos Isabella, levantándose para abrazarla.

—Olivia, ella es Madison, mi compañera del *cheer squad*. El año pasado animábamos juntas, pero después de su esguince yo también me desapunté.

Le estreché la mano, pero ella apenas se inmutó. Siguió erguida, con la lata en la mano y una expresión a medio camino entre el aburrimiento y la superioridad.

—Te dejo con ella un momento, necesito encontrar los baños —dijo Isabella, lanzándole un beso al aire antes de perderse entre la multitud.

—Soy Maddy. Todos me llaman así —remarcó, alargando el nombre con esa suficiencia que solo aumentaba su altura intimidante, justo antes de dejarse caer a mi lado—. ¿Y tú? ¿De qué conoces a Isa?

—Somos compañeras de clase.

—Ah, ¿pero vas a Queensbury? —preguntó, rascándose la sien, quizás intentando ubicarme en su radar de gente que le importaban tres pimientos.

Asentí. Estaba claro que no me había visto nunca, y tenía aún más claro que, después de ese día, seguiría sin hacerlo. Su cara me sonaba vagamente, pero podría haber pasado cien veces a mi lado sin que me diera cuenta.

Hablar con Maddy era como esquivar cuchillas con una sonrisa. Todo sarcasmo bien envuelto en silencios incómodos. Fingíamos ver el partido, pero ninguna sabía quién iba ganando.

Entonces apareció a nuestro lado una chica bajita, con dos trenzas despeinadas cayéndole sobre los hombros y una camiseta de los Blue Hawks al menos tres tallas más pequeña.

—Vaya, al parecer alguien se perdió entre tanta gente… —le soltó Maddy, con esa altivez suya, como si todo el estadio estuviera bajo sus tacones—. Esto no es caridad, ¿lo sabías?

Estaba a punto de añadir algo más venenoso cuando Isabella irrumpió con tres latas que tintineaban dentro de una bolsa de cartón.

—¡Menos charla, más birra! —canturreó, repartiéndonos las bebidas como si fuera una salvadora improvisada—. Os dejo cinco minutos y ya estáis socializando, ¿eh?

—Olivia aún ni ha pestañeado. ¡Pero no pierdo la fe! —tronó Maddy, divertida.

Isabella soltó una carcajada justo cuando el público empezó a corear algo sin ritmo, pero con entusiasmo. Una botella golpeando contra la barandilla marcaba el compás, y poco a poco el estruendo del estadio nos envolvió a todas.

Isabella se subió al asiento y empezó a mover los hombros, contagiada por el entusiasmo del estadio.

—¡Arriba! —chilló, tendiéndonos la mano—. ¡Esto se baila, aunque no tengamos ni idea de lo que pasa en el campo!

—Isa vive en su propio universo —se le escapó a Maddy—. Y nosotras aquí, fingiendo que nos importa quién va ganando.

Aun así, fue la primera en seguirla. Yo dudé… pero terminé subiéndome también, con la lata en alto y riendo entre empujones.

En medio del alboroto, el chico que estaba delante de mí —cabello ondulado y una camiseta deportiva desgastada— se giró.

—¿Esto era un partido de béisbol o un concierto?

Le devolví la broma sacando apenas la punta de la lengua, justo antes de que él, sin perder el ritmo, chocara su lata contra la mía. La presión estalló en un chorro de espuma que nos empapó a los dos.

Reí, sacudiéndome los dedos, pero cuando bajé la vista para dar un sorbo… lo vi.

Entre una ráfaga de gritos y el chasquido seco del bate contra la bola, alguien captó mi atención en las gradas contiguas.

Jake.

Una punzada me atravesó el estómago, rápida y certera.

Se me resbaló la lata de las manos. Cayó al suelo con un golpe seco, salpicando espuma. Pero ni me moví. Ni pestañeé.

Estaba apoyado en la barandilla, apartado del resto, con la vista clavada en el campo. La camiseta azul del equipo le quedaba remangada hasta los codos, mostrando el comienzo del tatuaje que conocía de memoria: una brújula con la rosa de los vientos. Una vez me dijo que era su recordatorio de que perderse también cuenta como avanzar.

Su pelo, ese caos domesticado, caía sobre su frente con una precisión que dudaba fuera casual. Y entonces sonrió. No a nadie en concreto; quizás por una jugada bien hecha, pero esa sonrisa, con sus hoyuelos imposibles, me dejó más noqueada que una bola rápida.

Toda la rabia que había intentado esconder me estaba provocando un incendio a la altura del esternón. «Podía haberse aparecido cualquier otro día. En cualquier otro sitio. Pero no. Tenía que ser hoy. Tenía que ser aquí.»

Apreté el puño hasta sentir las uñas marcándome la palma. Necesitaba ese dolor físico. Necesitaba algo que me recordara que no estaba soñando.

Jake no parecía haberme visto. O quizás sí. Pero no hizo nada. Ni una mueca. Solo seguía en su pedestal invisible, como si el remolino que había dejado en mí fuera tan irrelevante como el marcador del partido.

El chico que había comenzado una conversación conmigo antes, dio un paso atrás, confuso por mi repentino bloqueo.

—¿Todo bien? —. Su voz apenas me alcanzó.

No respondí. Ni siquiera podía fingir que lo escuchaba. Mis ojos estaban absortos en Jake, que en aquel momento avanzaba entre la multitud.

En mi oído, dos fuerzas opuestas me tentaban, luchando por el control. El demonio me empujaba a correr hacia él; el ángel, más tímido, rogaba que lo dejara estar.

Ganó el de rojo. Aparté al chico que intentaba acercarse de nuevo y me dirigí hacia Jake, sin saber muy bien por dónde empezar.

Sin embargo, la decisión de confrontarlo se desvaneció en cuanto vi a la chica de piernas largas y pelo rojo abalanzarse sobre él.

Jake la atrapó por la cintura. La rodeó con los brazos y ella lo besó. ☽



-24-

Sailor moon

Ese beso no fue un simple roce de labios, era ella marcando su territorio delante de todos.

Sentí un ardor subir por la garganta, seco, inesperado, tan fuerte que me dejó sin aliento.

«Parece que no me ha visto», me dije, aferrándome a ese consuelo mínimo que servía para sostenerme.

Mis pies se movieron solos, llevándome hacia el baño más cercano, mi única escapatoria en medio de la multitud. Alegando una urgencia, me salté la cola, entré en un cubículo, cerré dando un portazo y me sostuve contra la puerta.

Las manos me hormigueaban.

Me odié. Por seguir esperando algo de él. Por seguir esperándolo, sin más.

«Engañada, otra vez».

Los nervios me latían bajo la piel, crispados.

Nadie me había prometido nada, pero yo lo había creído igual. Había leído entre líneas lo que nunca estuvo escrito.

Me arranqué la maldita gorra y la tiré al cubo.

Saqué el móvil sin saber por qué. Ninguna pantalla me salvaría de esa sacudida que me tensaba la boca del estómago.

Inspiré hondo, dos veces.

Enderecé los hombros. Forcé una expresión neutral y salí.

Me asomé al pasillo. Estaba despejado. Perfecto. Solo necesitaba llegar a la salida. Eso era todo. No mirar atrás.

Como un chispazo, todo encajó: las dos chicas disfrazadas de Sailor Moon en el Comic-Con. La alta, esbelta, pelirroja, con esa seguridad de reina… la misma que vi con Jake aquella noche. ¡Era Maddy!

De pronto, todo tenía sentido. Y dolía.

La sangre me martilleaba en las sienes. Me agarré a la barandilla lateral para no perder el equilibrio y bajé los escalones poco a poco, con la sensación de que mis piernas podían rendirse en cualquier momento.

Justo al salir de la sombra del pasillo, me detuve.

Allí, en un rincón apartado de la grada, Isabella y Matteo estaban sentados juntos.

Ella permanecía con la cabeza recostada en su hombro, los dedos enredados en el cordón de su sudadera. Matteo le confió algo al oído, y ella dejó escapar una risa que le arqueó la espalda. Una de sus manos descansaba sobre la pierna de ella con tanta naturalidad que parecía tener derecho a ese lugar desde hacía tiempo.

Me quedé helada, aún con la mano agarrada en la barandilla, contemplando cómo ella le decía algo que no alcancé a oír, y él rozaba su mejilla con los nudillos.

Isabella, la misma que me había sonreído horas antes actuando tan normal. ¿Desde cuándo? Las señales habían estado ahí todo el tiempo, solo que no había querido verlas.

Pensé en dar media vuelta, pero antes de decidir qué hacer, ella me vio.

—¿Olivia? —parecía sorprendida, aunque no se despegó de Matteo, que desvió los ojos al instante.

—¿Dónde vas? —añadió, intentando forzar su voz de siempre.

Levanté el móvil.

—Una llamada —respondí, sin dar más detalles.

No esperé a ver su reacción y seguí bajando los escalones.

Al llegar a la valla que separaba al público del acceso exterior, tuve ganas de soltar un grito.

Me contuve.

Saqué el móvil y marqué al servicio de taxis. Mis dedos parecían no responderme, torpes, nerviosos. Me equivoqué dos veces, pero al tercer intento conseguí dar con el número correcto.

Cada tono de espera me hacía apretar más los dientes.

Por fin, una operadora respondió y recité la dirección de memoria, con una sequedad que ni yo reconocí.

Colgué y exhalé el suspiro más largo de mi vida.

Lo único que deseaba era desaparecer.

Antes de cruzar la carretera, una mano me frenó en la espalda.

Me volví con un sobresalto.

—Olivia... No sé qué has visto, pero...

Intentó sujetarme del brazo, pero me zafé con un tirón brusco.

—No me apetece escucharte, Jake. —Retrocedí un paso—. Y tengo prisa.

Me alejé. Caminaba en círculos, sin rumbo, intentando que el movimiento apagara la tormenta en mi cabeza.

El viento me cortaba las mejillas.

Jake me seguía de cerca, incansable, convencido de que todavía podía reclamar algo en mí.

—¿Dónde tienes que ir?

Me frené de golpe, girándome para encararlo.

—A mi casa. O a cualquier lugar donde *no estés tú*. —Lo empujé con ambas manos, sin fuerzas.

Mis ojos comenzaban a picar, una advertencia de que las lágrimas estaban en camino, pero no iba a darle la satisfacción de verme llorar. Me froté los párpados con brusquedad.

—Has estado bebiendo, ¿verdad? —Jake acortó la distancia entre nosotros.

—¡No me toques! —grité, sacudiéndome con tal fuerza que mis uñas le arañaron los brazos.

—Déjame explicarte… —insistió, presionando dos dedos contra la sien y volviéndose hacia mí, invadiéndome sin permiso.

—¿Explicarme qué? —solté, con una sonrisa amarga que se me deshizo en los labios—. ¿Que me mentiste desde el principio? ¿Que lo de ella fue solo una casualidad?

Un tic nervioso le contrajo la mandíbula; lo había acorralado y él lo sabía.

—Olivia…

—¡Jugaste conmigo! —lo corté, arrancando sus manos de encima, grilletes a punto de cerrarse sobre mí otra vez—. Sabías lo que me hicieron. Lo sabías. Y aun así lo repetiste.

El aire chispeaba. Cada palabra era un disparo. Y yo no pensaba fallar.

—Por favor, escúchame… —enderezó la espalda—. Déjame explicártelo.

Una ráfaga de su colonia amaderada me alcanzó de pronto; Jake estaba tan cerca que el terreno seguía siendo suyo. Sus brazos, que un día fueron refugio, se alzaban ahora como una barrera.

—No quiero oírlo.

Una lágrima resbaló por mi mejilla hasta la comisura de los labios. Salada, como el mar, como sus besos; pero ya no quedaba nada de eso.

Un taxi pitó desde la acera de enfrente, iluminando la noche con el número 113 en su techo.

Mi salvación.

—¡Espera, Olivia!

No le di opción. Eché a andar hacia el taxi, aunque a los pocos pasos me detuve en seco.

Sentía su mirada clavada en mi nuca, densa, al borde del colapso.

Estaba a punto de volverme…

Entonces lo oí.

Un estallido seco desgarró el aire.

El macetero de la entrada estalló en pedazos: tierra, hojas y cerámica volaron como metralla, lloviendo a nuestro alrededor.

Jake seguía allí, con el pulso desbocado y los ojos encendidos, como si su rabia hubiera encontrado salida al fin.

Corrí. Abrí la puerta del taxi de un tirón y me hundí en el asiento trasero, con el corazón golpeándome las costillas.

—Señor, arranque, por favor —balbuceé con desesperación**.**

Desde el asiento, lo vi aún de pie en la entrada, con los tendones del cuello marcándose y los puños cerrados a los costados.

Y sus ojos… sus malditos ojos. Ese azul oscuro que era océano y tormenta a la vez seguía clavado en mí cuando el taxi empezaba a alejarse.

El vehículo avanzaba, y tras el cristal, sus labios seguían formando mi nombre una y otra vez. No escuchaba el sonido, pero lo sentía en la forma desesperada en que su cuerpo se echaba hacia adelante, decidido a romper la distancia.

Se me entumecían los dedos al sostener el teléfono, iluminado por la primera llamada. Luego la segunda. El pulgar se quedó suspendido sobre la pantalla, tentado de contestar, pero mi orgullo se impuso al corazón.

Con un movimiento decidido, apagué el aparato. Ninguna palabra suya podía deshacer la traición.

—Ese chico parecía desesperado —dijo el taxista de repente, ajustando el espejo retrovisor para observarme con curiosidad.

—No creo que lo esté. Ese chico carece de sentimientos —repliqué, más para convencerme a mí misma que para responderle.

El resto del trayecto transcurrió entre el sonido del transmisor del taxista y los pensamientos caóticos que se atropellaban en mi cabeza. Cada momento que creí especial se repetía como una maldita cinta rota.

Cuando el taxi se detuvo frente a mi edificio, sentí el calor sofocante de la vergüenza y una presión muda que me apretaba por dentro.

—Hemos llegado, señorita. Espero que todo se solucione.

—Gracias, aunque lo dudo —mascullé, dando un portazo.

Avanzaba a la deriva, las emociones me habían drenado toda la energía. Una vez dentro, las paredes familiares de mi pequeño hogar no ofrecieron

consuelo.

Un mareo me sacudió de improviso y corrí a tientas hasta el baño. Me encorvé sobre la fría porcelana, con las arcadas subiendo y bajando hasta dejarme vacía.

Cuando al fin me levanté, caí rendida sobre el colchón. Pero mi cuerpo no encontraba descanso. Las sábanas resultaban ásperas; mis extremidades, ajenas.

Las lágrimas corrían sin orden, hasta que ya no sabía si lloraba por rabia, por miedo o por puro agotamiento. Con los ojos hinchados y la garganta en carne viva, me incorporé horas después y abrí la ventana.

El aire fresco me golpeó la cara como un recordatorio de que el mundo seguía ahí, aunque yo me sintiera hecha pedazos.

Me dormí abrazada a la almohada, no por consuelo, sino porque era lo único que no podía traicionarme. ☽



-25-

Roto

Sábado, 5 de agosto de 2023

California, el lugar que alguna vez había soñado, se convirtió en un cuento envenenado, una celda sin barrotes a la que había accedido por mi propio pie.

Los días pasaban, pero la desilusión persistía en mí, como una costura mal hecha que se deshilachaba al menor roce. Otra vez la misma lección: no confiar.

Jake llamó tantas veces que terminé bloqueándolo. Trataba de seguir adelante, pero su nombre aparecía en todas partes: una canción, un olor, una frase mal dicha. A veces juraría que su aroma seguía flotando en el aire, como si los recuerdos también tuvieran perfume.

Me lo imaginaba justificándose, tratando de rescatar lo irrecuperable. Pero incluso en mi cabeza, le cerraba la puerta en las narices. Ninguna explicación podía reconstruir la confianza que él mismo había dinamitado.

Cada vez que repasaba aquella escena en el estadio, la furia y la impotencia se apoderaban de mí. ¿Cómo había permitido que alguien me tratara así? Pero con el paso de los días, la rabia comenzó a mutar en tristeza.

Falté casi toda la semana a la universidad. Ni escribir me servía. Paulo e Isabella no dejaban de insistir, sin dar crédito ante lo que había pasado. ¿Cómo el supuesto príncipe azul era el mismo que fumaba porros con la pelirroja modelo y desaparecía durante días? Me ofrecían apoyo. Lo agradecía, pero esa pena envuelta en frases bonitas me molestaba más de lo que ayudaba.

Mis compañeras de piso, por su parte, no dejaban de insistir para arrastrarme de vuelta a la vida. A regañadientes, les conté lo esencial de la historia. Vivir con alguien significaba no poder ocultar todo.

Se mostraban preocupadas cada vez que posponía o cancelaba los planes que me proponían. Sus esfuerzos por hacerme olvidar a Jake solo lograban recordármelo aún más.

Dan también había estado llamando. Al principio, después, nada. Supuse que su orgullo había ganado, y no lo culpaba; todos teníamos un límite.

En cuanto a mis padres, preferí mantenerlos al margen. No sabían nada de lo ocurrido, y así quería que siguiera. Me había ido tan lejos para evitar lo que ellos llamaban «distracciones», y si llegaban a enterarse, solo lo verían como una prueba más de que no podía sola. Tal vez no estaban tan equivocados.

Pero con James era distinto. Nunca supe esconderle nada, ni cuando lo intentaba. Y esa vez no iba a ser diferente.

Esa misma mañana, su nombre apareció en la pantalla de mi teléfono. Seguía en la cama; eran apenas las siete, y dudé antes de contestar. Al final, deslicé el dedo y dejé que su voz atravesara la muralla que había levantado esos días.

—¿Qué pasa? —fue lo primero que dijo, más serio de lo habitual.

Solo pronuncié su nombre. Y bastó. James me conocía tanto que con oírme respirar ya podía descifrarlo todo. Me pareció justo dejarle hablar primero. Llevaba su propia tormenta a cuestas.

Me contó que había regresado a casa con nuestros padres y que la convivencia le recordaba demasiado a nuestra adolescencia: opresiva a ratos, frustrante la mayoría del tiempo. Pero había cierto alivio también, como si retroceder un par de casillas le ayudara a encontrar algo que había perdido.

Cuando llegó mi turno, no me guardé nada. Le hablé de Jake, del partido, del taxi. A ratos, la voz se me quebraba, pero él no me interrumpía. Siempre había tenido esa paciencia que a mí me faltaba. Decía que era cosa de la edad, y quizás tenía razón. Me llevaba algunos años, pero a sus veintisiete él parecía vivir en un planeta más tranquilo que el mío.

—Es increíble que siempre elijas a los idiotas, Oli —dijo al final, envolviendo la verdad con una broma—. Deberíamos ponerte un detector de imbéciles, o algo así.

Una risa breve se me escapó. Rota, pero risa. James lo notó, y sin perder el ritmo, improvisó uno de esos chistes malos que solían funcionarle cuando todo se me caía encima.

—De todas formas, si lo encuentro, ya sabes que le daré su merecido —añadió buscando sonar amenazante.

—James, tú no le harías daño ni a una mosca —dije. Ambos sabíamos que era cierto.

Colgué más ligera. James tenía esa habilidad: no pegaba los pedazos, pero los sostenía un rato, para que no se desparramaran.

Aquella conversación removió algo más: un recuerdo dormido desde hacía años, escondido en algún rincón de mi memoria. Era uno de los inviernos más fríos de nuestra infancia. El viento se colaba por las rendijas, la calefacción no alcanzaba, y la manta que compartíamos era tan delgada que parecía de papel.

James propuso que lo convirtiéramos en una aventura. Decía que estábamos atrapados en una fortaleza helada, rodeados de criaturas escondidas en el hielo, y que debíamos trazar un plan para sobrevivir.

Dibujamos mapas con lápices gastados. Luchamos batallas imaginarias contra monstruos invisibles. Garabateamos páginas enteras con nuestras hazañas. No vencimos al frío, pero esa noche no pareció tan terrible.

Con el tiempo, aquella historia se volvió ritual. Cada invierno, con bufandas gruesas y dedos entumecidos, escribíamos juntos. Buscábamos libros en estanterías olvidadas. Inventábamos mundos para huir del nuestro. Esas noches fueron la primera vez que entendí que las palabras podían ser consuelo.

A veces, al escribir, todavía lo sentía cerca. No con el cuerpo, sino en la voz, dictándome al oído, igual que antes. Quizás por eso no dejaba de hacerlo. Porque cuando todo se enfriaba, una hoja en blanco seguía salvándome.

Dejé el móvil a un lado. Una chispa de energía me recorrió el cuerpo. No podía seguir ahí, consumiéndome en pensamientos repetitivos.

Me levanté de un salto, buscando acción en lugar de lamentos. Me puse un top y unos shorts deportivos negros, ideales para lo que tenía en mente.

Atravesaba la sala cuando Bruna levantó la mirada desde el sofá. Tenía el mando de la tele en una mano y los ojos tan abiertos que parecía haber visto un ovni aterrizar en el pasillo.

—¿Vas a salir a la calle?

—Sí, voy a correr.

Correr siempre había sido una de mis válvulas de escape, junto con leer novelas y escribir lo que fuera que se me ocurriera.

Bruna se removió en el sofá, todavía envuelta en su manta —el aire acondicionado estaba al mínimo—, y su expresión se transformó: paso de lástima contenida a orgullo, por verme al menos intentarlo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó, creyendo que tal vez necesitaba cualquier tipo de impulso.

—Prefiero ir sola.

Sin darle tiempo a insistir, me acerqué a la pared del comedor y me desperecé contra la pared, estirando brazos y piernas. Luego cerré de un portazo y bajé las escaleras casi de un salto, con una prisa que nacía del pecho, no de los pies.

Cerca de alcanzar el último escalón, me puse los auriculares y subí el volumen hasta donde mis oídos aguantaban.

Heat Waves empezó a sonar, y mis piernas se dejaron llevar.

Al llegar al paseo marítimo, una ráfaga agradable me despertó el rostro barriendo todo lo innecesario. Por un rato, no había más que el mar, el camino y yo.

{*Sometimes, all I think about is you*
Late nights in the middle of June
Heat waves been faking me out
Can't make you happier now }

Sentía cómo el vello de mis brazos se erizaba al escuchar la melodía, y el aire iba y venía en ráfagas lentas, llevándose con cada exhalación parte de la presión que me había estado ahogando.

Lo mejor de donde vivía era que la playa estaba a tan solo ocho minutos a pie. Cuando el estribillo me dio un empujón de energía, me solté el cabello y empecé a correr por la arena con los pies descalzos, disfrutando de una de las mejores sensaciones del mundo.

Tenía ganas de cantar a pleno pulmón. Y lo hice, sin pensar en nada. Solo dejé que saliera. Para cuando me di cuenta, me había alejado tanto que las personas eran siluetas borrosas a lo lejos.

El mar era todo mío. Y con cada nota desafinada, las nubes negras en mi cabeza empezaban a disiparse.

Desde siempre había aprendido a tragarme lo que llevaba dentro. No porque mi familia no me quisiera, sino porque cuando había cosas más urgentes —como pagar facturas o llenar el frigorífico— los sentimientos quedaban en segundo plano.

Corrí hasta que el sudor me empapó la espalda y las piernas comenzaron a flaquear, suplicando una tregua. El aire me raspaba por dentro, pero seguir avanzando era lo único que todavía podía controlar.

Volví a recordar mi decisión de ir hasta ahí, con mis ahorros, mis sueños y la esperanza de algo mejor. Me parecía estúpido haber faltado a clase. Sabía que debía seguir con mi propósito, aunque también era consciente de que luchar contra los sentimientos que habían nacido en tan poco tiempo sería más difícil de lo que creía.

De regreso a mi apartamento, algo en mí había cambiado. Correr me había servido como un reseteo, aunque solo fuera temporal. Me recogí el pelo en una coleta improvisada cuando crucé el paso de cebra, y dejé que la brisa salada del mar me acariciara la piel, empeñada en quedarse un poco más conmigo.

Entonces lo sentí.

Un golpe brutal me sacudió la cadera y la pierna derecha. El impacto fue tan violento que no pude reaccionar. Mi cuerpo se fue al suelo como una muñeca de trapo, lanzado contra el pavimento con un ruido sordo.

El asfalto helado me arrancó un gemido; un dolor punzante trepó por mi muslo hasta anclarme en el sitio. Intenté moverme, pero cada esfuerzo lo multiplicaba.

Todo era confusión. La vista se me nublaba, los ojos peleando por enfocar. A unos metros, una pareja gesticulaba con desesperación; sus voces me llegaban apagadas, como si vinieran desde debajo del agua.

Quise incorporarme, pero una oleada de mareo me arrancó el equilibrio. Me llevé las manos al rostro y, al sentirlas húmedas, supe que algo iba mal.

Cuando miré mis palmas, vi sangre en ellas. El miedo me cerró la garganta. ¿Qué me había pasado? ¿Dónde estaba?

El pavimento empezó a desvanecerse bajo mí, y las voces alrededor se fueron apagando.

La luz blanca me cegó al abrir los ojos, y tuve que entrecerrarlos varias veces hasta acostumbrarme al resplandor.

El olor a antiséptico lo invadía todo, queriendo colarse hasta en lo que yo no quería aceptar. El zumbido intermitente de las máquinas no era un consuelo, sino un recordatorio constante de que seguía viva… pero fuera de lugar.

Quise hablar, pedir ayuda, pero en cuanto intenté articular palabra, el dolor en la garganta me lo impidió.

El techo parecía moverse, lento. Intenté retroceder en el tiempo, reconstruir el trayecto, pero mi mente era una hoja arrugada: solo fragmentos sueltos, sin orden ni sentido.

Giré la cabeza, buscando algo a lo que aferrarme. En la cama de al lado, una mujer de mediana edad dormía profundamente. Su rostro sereno no dejaba ver ni dolor ni preocupación. También tenía una vía en el brazo, igual que yo, pero el ritmo pausado de su pecho decía que estaba estable.

Intenté incorporarme, pero un dolor agudo me atravesó la nuca. La cadera y la pierna derecha ardían, magulladas, aunque el resto de mi cuerpo

parecía estar bien.

De repente, algo llamó mi atención: junto a la ventana había un par de ramos de flores frescas. Uno de ellos era de margaritas. ¿Cuánto tiempo llevarían allí?

Antes de que pudiera seguir preguntándome, la puerta se abrió y una enfermera entró en la habitación. Avanzó con parsimonia, procurando no despertar a la otra paciente.

Al verme despierta, se le relajó el gesto en una sonrisa tranquila.

—Buenas tardes, Olivia. ¿Cómo te encuentras? —preguntó en voz baja, al tiempo que se acercaba a la máquina que controlaba mis latidos.

Mientras revisaba los monitores, me explicó que no había lesiones graves, solo una rectificación cervical, y algunas magulladuras en mi cadera y pierna a causa de la caída. Nada irreversible, pero requería reposo.

Sacó un pequeño espejo del bolsillo de su bata y me lo tendió. Dudé antes de tomarlo, temiendo lo que iba a ver.

Al fin, lo acerqué a mi rostro.

La herida en la frente captó toda mi atención: un bulto rojizo e incipiente cerca de la sien. No era profundo, pero suficiente para entender por qué me molestaba cada vez que movía la cara. El resto se veía apagado, pálido, fundido con el blanco clínico de la habitación.

—Tendrás que tomarte unos analgésicos durante unos siete días, pero estarás bien —me aseguró, ayudándome a beber un sorbo de agua.

Mis padres y mi hermano no paraban de llamar. Incluso llegaron a plantearse coger un avión, pero con esfuerzo logré convencerlos de que no hacía falta. Eran demasiadas horas de vuelo, y según el médico, no había daños graves. Aun así, que no estuvieran cerca me dejó un vacío raro, difícil de llenar.

El chirrido de la puerta rompió la quietud de la habitación. Bruna entró primero, con la mochila colgando de un hombro y el ceño tan apretado como los puños. Mía la seguía, con el pelo recogido a lo loco y las ojeras mal disimuladas. Me chocó verla así, ella que siempre iba impecable hasta para bajar la basura.

—Olivia —me llamó en cuanto me vio, asegurándose de que no estaba dormida.

Bruna ni se detuvo. Se plantó junto a la mesilla, peinando la habitación con los ojos.

—¿Ya saben quién fue? —preguntó. No esperaba respuesta—. Ese imbécil tiene que pagar por esto.

—Tenemos que denunciarlo. No puede salirse con la suya —dijo Mía, sentándose en el borde de la cama y arrugando la sábana entre los dedos sin darse cuenta.

Moví la cabeza apenas, incapaz de responder. Todavía estaba tan desorientada que sus voces me llegaban como desde otra habitación.

Sabía que tenían razón, pero mi conciencia no dejaba de repetir la misma frase: «Todo fue por tu culpa, no miraste bien. En tu ciudad los coches vienen por el otro lado. Tal vez eso te distrajo, tal vez nunca estuviste tan presente como pensabas».

Busqué distraerme de esos pensamientos, y entonces las margaritas junto a la ventana volvieron a llamar mi atención. Bruna y Mía juraban que no eran suyas, lo que solo alimentaba la intriga. ¿Quién se tomaría la molestia de dejar flores en una habitación de hospital para alguien como yo?

Bruna intentaba animarme, repitiendo que había tenido suerte, que todo podía haber sido peor. Lo mismo decían las enfermeras cada vez que traían una bandeja de comida insípida. ¿Suerte? Yo no lo veía así.

Últimamente mi vida parecía una recopilación de caídas mal montada. ¿Qué había hecho para que todo me estallara en la cara?

Pasé un día entero en observación, medio adormilada, por si el golpe en la cabeza había dejado secuelas. El escáner no reveló nada grave y al día siguiente me dieron el alta.

El lunes por la mañana volví a la universidad y, aunque todo seguía igual, yo me encontraba fuera de lugar. La vida allí continuaba: charlas en los pasillos, cuchicheos en los bancos, idas y venidas entre clases… pero por dentro, algo en mí se había quedado atrás.

En la última clase del día, Alex retomó un proyecto que había quedado pendiente durante mi ausencia. Era para Historia de la Poesía, una asignatura que ya sonaba demasiado romántica para el estado mental en el que estaba.

Las indicaciones: escribir un poema. tema libre, dijo. Pero bastó con que soltara ese comentario simplón de «el del amor siempre funciona» para arruinarme la mañana. Genial. Justo lo que no necesitaba: remover lo que llevaba días intentando enterrar.

Hice el intento de tomar apuntes, de seguir el hilo de lo que decía el profesor, pero mi cuerpo no cooperaba. El cuello me molestaba, la espalda me punzaba, y los párpados me pesaban.

Me quedé absorta en el margen del cuaderno, donde un trazo inconcluso serpenteaba sin rumbo.

Un leve codazo me sacó del trance.

—¿Esta tarde en mi casa? —me propuso Isa susurrando y con la vista fija en la pizarra—. Viene Paulo también. Podemos avanzar algo del proyecto.

Accedí. No porque me apeteciera, sino porque necesitaba ponerme al día. Y estar con ellos, aunque no tuviera ganas de hablar, era una forma de recordarme que el mundo seguía girando.

Un par de horas más tarde me encontraba frente a la puerta de madera roja, número dieciséis. Di un par de golpes cerca del pomo, justo donde la pintura se había desconchado con los años.

Esperé. Con la mochila colgando floja de un hombro y las palabras aún amontonadas en la garganta. No sabía si sería la mejor compañía, pero al menos me había presentado. Y, por entonces, eso bastaba. ☽

-26-

Piccolina

El timbre sonó y apenas unos segundos después, Isabella abrió la puerta.

—¡Menos mal que has venido! —exclamó, envolviéndome en un abrazo rápido. Al separarse, sus ojos se quedaron un momento en los míos—. ¿Cómo estás?

Su forma de darme la bienvenida fue un alivio. Nada de compasión. Ninguna palabra sobre el partido, ni sobre Jake o Maddy.

Sin embargo, lo de Matteo continuaba suspendido entre nosotras. Sin nombre, sin forma. Solo el recuerdo de ellos dos en las gradas. No sabía si contárselo a Paulo o esperar a que ella misma lo soltara. Ni siquiera sabía si aquella noche había ido más lejos de lo que vi.

—Vamos, ya empecé con el trabajo —anunció, dirigiéndose al salón sin esperar respuesta.

La seguí mientras hablaba del proyecto, de las fechas límite, de ideas que no terminaba de escuchar. Por dentro, una parte de mí tomaba nota. De todo.

El salón olía a madera barnizada, tinta fresca y algo cítrico, tal vez de un difusor escondido entre las plantas. La mesa estaba invadida por papeles doblados, bolis sin tapa, subrayadores abiertos y dos portátiles: el suyo, nuevo y brillante; el mío, una reliquia con teclas desgastadas que sonaba como una máquina de escribir a punto de rendirse.

—Paulo llega tarde, ¿verdad? —pregunté, dejando la mochila junto al sofá.

—Como siempre —soltó Isabella, acercándome un vaso de agua—. Ser puntual no está en su ADN.

En una esquina, una planta trepadora colgaba intentando escapar por la ventana. Las paredes estaban adornadas con fotos familiares, casi todas en blanco y negro, de rostros italianos que reían desde otro siglo.

—Mi hermano acaba de llegar. Está en su cuarto descansando. No hagamos mucho ruido, ¿vale?

Asentí y me acomodé en el sofá. Ella desapareció por el pasillo.

Como Paulo seguía sin aparecer, decidimos empezar sin él. Caminamos hasta el estudio, una habitación que parecía sacada de Pinterest… pero en su

versión desbarajuste creativo.

Rotuladores de todos los colores estaban esparcidos sobre el escritorio. Bocetos clavados con chinchetas llenaban las paredes, y una silla giratoria crujía cada vez que alguien se movía. Isabella ya lo había dicho antes: en ese cuarto, el desorden era parte del proceso.

—Siéntete como en casa —dijo, encendiendo una lámpara de mesa que lo bañó todo con su luz—. Y atenta al suelo. Podrías pisar una obra de arte sin querer.

Sonreí, sentándome y apartando un bote de témpera abierto.

A los pocos minutos, el timbre sonó dos veces, con prisa. Y Paulo irrumpió como un tornado con zapatillas nuevas.

—¡Traigo provisiones! —anunció, entrando con tres bolsas de plástico colgando de los brazos, y la actitud de alguien que acababa de saquear una tienda de chucherías.

Bollos, caramelos, refrescos azucarados...

—He tenido un día horrible —exageró, dejándose caer en la alfombra—. Necesitaba compensarlo con azúcar en vena.

—¿Y la fruta? —preguntó Isabella.

—Las frutas pueden esperar a otro siglo —respondió Paulo, desenvolviendo un bollo relleno con el mismo entusiasmo con el que se abre un regalo de Navidad.

Y así, con las manos manchadas de chocolate y los apuntes a medio abrir, nos pusimos a trabajar. Las ideas empezaron a salir, llenando folios con garabatos, tachones y frases sueltas que a nadie le parecían coherentes… hasta que, de pronto, todo empezó a encajar. Caótico, sí, pero funcionaba.

Cuando comprobé el reloj, ya era tardísimo. Empecé a recoger con desgana, metiendo los papeles en la mochila hechos un revoltijo. Y ahí, entre las hojas arrugadas, apareció algo que no esperaba: mi viejo diario, medio escondido en un lateral.

Ver la tapa desgastada me hizo detenerme. Lo saqué casi por instinto y, al pasar los dedos por la cubierta, sentí ese tacto marcado por los días difíciles. Lo abrí por la última página escrita, conteniendo el aliento. Vacilé, sin saber si estaba lista para enfrentarme a lo que había dejado allí una semana atrás.

Mis ojos se clavaron en las palabras:

Qué poco me importaba que fueras un desastre ambulante. Tus respuestas cortantes y tus manías sin sentido eran lo que me tenía más enganchada a ti. Me encantaba que me sacaras de quicio, que me hicieras cuestionarme cosas que antes daba por sentadas. Había algo en ti, en esa forma tan tuya de vivir al margen de todo, que me hacía sentir viva.

No importaba que parecieras inalcanzable la mitad del tiempo, o que siempre mantuvieras esa barrera invisible que nadie se atrevía a cruzar. Lo que sí importaba era que cuando dejabas que me acercara, el mundo entero parecía detenerse.

Echo de menos esa electricidad. Esa chispa que encendías con una simple risa, como si supieras en qué rincón de mi mente estabas dejando huella. No era solo atracción, era algo más. Algo que me hacía querer saltar al vacío contigo, aun sabiendo que quizás no habría red para atraparnos. Y, sinceramente, no me importaba.

El nudo en la garganta empezaba a cerrarse cuando Paulo asomó la cabeza por encima de mi hombro.

—¿Qué es eso? —preguntó, inclinándose demasiado, con curiosidad mal disimulada.

—¡Nada! —solté, cerrando el diario de forma atropellada.

Paulo me lo arrebató y retrocedió un par de pasos, alzándolo como si acabara de desenterrar un secreto de Estado.

—Veamos qué tesoros oculta la enigmática Olivia... —entonó, con ese deje socarrón que siempre conseguía hervirme la sangre.

—¡Paulo, no! ¡Devuélvemelo! —me puse de pie de un salto, con las manos en alto, lista para arrebatárselo.

Pero él ya había empezado a leer.

—«Qué poco me importaba que fueras un desastre ambulante...» —entonó, intentando imitar mi voz con una exageración tan ridícula que parecía un mal doblaje de película.

—Paulo... —le advertí entre dientes, justo cuando Isabella carraspeó desde el sofá.

Se quedó congelado, con la vista fija en la hoja abierta un instante más antes de cerrarla con cuidado. Sus ojos se apagaron un poco. Lo que había leído le bastaba para entenderlo todo.

—Perdona, Oli… —balbuceó, rascándose la ceja sin atreverse a mirarme mientras me devolvía el diario—. No debí leerlo.

Lo recibí, apretando la tapa con los dedos, intentando encerrar todo lo que acababa de quedar expuesto.

—No pasa nada —mentí.

—¿Y si vemos una peli? —sugirió Isa, con ese don suyo para barrer la tensión justo antes de que se vuelva insoportable—. Ya tenemos material de sobra para el trabajo, ¿no?

—Sí, por favor —apoyó Paulo agarrándose a la propuesta como a un salvavidas—. Algo con acción... o mejor una comedia, ¿vale? No más dramas existenciales por hoy.

Me acomodé en el sofá, agradeciendo el cambio de tema. Isabella se acurrucó a mi lado y Paulo seguía en batalla con el mando, navegando por un mar de opciones sin convencerle ninguna del todo.

El tiempo comenzó a disolverse entre diálogos de película que ya no sabría repetir. Las imágenes en pantalla se volvían borrosas mientras luchaba por mantener los ojos abiertos. El cansancio, acumulado tras el fin de semana en el hospital empezaba a pasar factura y sin darme cuenta, los párpados cayeron.

Un leve crujido me sacó del letargo.

Me incorporé torpemente, con el corazón desbocado y la mente aún atrapada en bruma. Parpadeé varias veces antes de darme cuenta de que no estaba sola en el salón… alguien me observaba desde la puerta.

Un chico de piel morena, rasgos definidos, y el cabello corto casi rapado, con unas pecas dispersas sobre la nariz que le daban un aire infantil a un rostro endurecido antes de tiempo.

Lo que más me inquietó fueron sus ojos: castaños tan oscuros que rozaban el negro, profundos, penetrantes.

—¿Te asusté? Perdón… aunque ha sido un poco gracioso —dijo el chico, levantando las manos en señal de rendición.

—¿Quién eres? —pregunté, aún con la garganta rasposa por el sueño.

El chico sonrió, y ese gesto le suavizó los rasgos de un modo inesperado, desarmante.

—Soy Luca, el hermano de Isa. ¿No te ha hablado de mí? Increíble. Estoy en la cocina con ella, aunque si preguntas, seguro que te dice que yo solo remuevo. Pero no te fíes: la pasta mágica es mía. De hecho, tengo un trofeo que lo prueba.

—¿Dónde está...? —empecé a preguntar, pero él me interrumpió como si ya supiera a quién me refería.

—¿Paulo? Se fue hace más de una hora. Y tú, por cierto, llevas dormida casi dos. Impresionante. —Me lanzó una mirada burlona.

—No será para tanto —repliqué a la defensiva.

—¡Sí, como un oso hibernando! Aunque, para ser justos, parece que lo necesitabas.

A pesar de mi irritación inicial, me sorprendí sonriendo ante la comparación.

—Todo lo contrario, soy un vampiro. Llevo días sin dormir como una persona normal —contesté, sin querer del todo seguirle el juego.

—Pues entonces, señorita *Cullen*, te aseguro que después de probar mi pasta te sentirás mucho más humana.

—No, gracias. De verdad, debería irme ya. Es muy tarde y…

—¿Te están esperando? —me cortó de nuevo, cruzándose de brazos.

Su manía de interrumpirme comenzaba a irritarme.

—Ojalá.

Luca no respondió de inmediato. Se limitó a observarme con esa expresión de «esto se está poniendo bueno» pintada en la cara.

—¿O más quisieran ellos? —añadió casi para sí mismo—. Pareces maja. Al menos ahora que estás despierta.

Lo observé un segundo, calibrándolo. Había algo en cómo hablaba y sonreía que resultaba irritante y carismático a partes iguales.

—¿Siempre eres así de insistente?

Luca jugueteó con la pulsera trenzada que llevaba en la muñeca.

—Solo cuando vale la pena.

A regañadientes, me levanté del sillón, intentando no mostrar demasiado interés. Pero la verdad era que mi curiosidad comenzaba a despertarse.

Entré en la cocina, aún adormilada. Isa llevaba un delantal rojo cubierto de harina, y se movía entre los fogones con una eficiencia casi coreográfica.

—Isa, me marcho. Siento haberme quedado dormida—dije, tocándole el hombro por detrás.

—¿Pero por qué, *piccolina*? —respondió al girarse, dejando caer esa palabra con una familiaridad que me paralizó. Jake la había dicho aquella vez en su restaurante, entre risas y pan recién horneado. No la había vuelto a escuchar desde entonces.

El aire se me atascó en el pecho.

—¿Te ocurre algo? —preguntaron ambos hermanos al unísono, con sus voces mezclándose.

—No lo sé... quiero decir, no.

Luca sacudió la cabeza.

—Tu amiga es un poco rara, ¿eh? —murmuró casi en confidencia, aunque se aseguró de que yo lo oyera.

—¡Luca! —exclamó Isabella, dándole un manotazo en la parte de atrás de la cabeza—. Olivia no está pasando por su mejor momento.

—¿Y se puede saber por qué? —insistió él entrecerrando los ojos.

Me puse los brazos en jarra.

—¿Sabéis que estoy aquí, ¿no?

—Perdón, amiga —dijo Isabella, sonriendo con cariño—. Este se mete en todo. Lo quiero porque es mi hermano, pero si te quedas te vendrá bien. Puedes desahogarte o solo dormir conmigo.

—No sé... no quiero estorbar.

—Aquí no estorbas, tonta —aseguró Isabella antes de girarse hacia los fogones—. Además, Luca hace unos raviolis a la *puttanesca* que quitan el aliento.

Luca levantó el mentón, halagado.

—Ella lo dice porque es verdad. Deberías quedarte; te prometo que no te arrepentirás.

—Ahí le doy la razón a él. Además, mañana podemos ir juntas a la universidad. Ya has faltado demasiado —añadió Isabella, dándome un empujón con el hombro.

Lo cierto era que la idea no sonaba tan mal. Vivían más cerca de Queensbury, y la compañía no estaría nada mal después de los últimos días.

—Está bien, me quedo. Pero bajo una condición: os ayudo a cocinar y a poner la mesa.

—¡Trato hecho! —exclamó Isabella, estampando su mano llena de harina contra la mía y dejando una huella blanca en mi palma.

Luca empezó a darme indicaciones desde el otro extremo de la cocina, con una paciencia que no sabía que un italiano podía tener.

Yo, cuchillo en mano, intentaba no cortar las verduras como si fueran parte de un experimento de laboratorio. No era ninguna experta, pero me lo tomé en serio, concentrándome en cada movimiento.

Poco después, ya sentados a la mesa, el olor de la pasta se adueñó del comedor. El plato superaba todas las expectativas: sabía a campiña, a sobremesa infinita. El vino tinto le daba el toque ideal a la noche, y a medida que las copas se vaciaban, los comentarios surgían con menos filtros.

En medio de una de esas bromas, un pensamiento de Jake se coló sin invitación. Cerré los ojos y lo empujé lejos. Aquello podía esperar.

—¿Recuerdas cuando te disfrazaste de superhéroe y saltaste desde el árbol del jardín? —soltó Luca, con los ojos achinados de reír.

Isabella se quedó con el tenedor en el aire, roja como el tomate de la salsa.

—¡Luca! No puedes contar eso... —protestó, aunque la risa ya le bailaba en los labios.

—¿Por qué no? Es una historia épica —insistió él, girándose hacia mí—. Imagina a Isa con una capa improvisada, trepando al árbol más alto del vecindario, convencida de que podía volar.

—¿Y volaste? —pregunté, haciendo un esfuerzo por no reírme.

—No, pero caí con estilo —respondió Isabella, con el rostro teñido de un rubor testarudo—. Terminé con un raspón en la rodilla y la certeza de que jamás sería una superheroína.

La mesa estalló en risas y ocurrencias al aire. Me dejé arrastrar por aquella energía ligera, sin el peso del recuerdo del accidente. Solo era felicidad compartida, pura y contagiosa.

Al final de la noche nos fuimos a dormir. Cerré los ojos convencida de que esta vez caería rendida… pero unas horas después el insomnio volvió, puntual como siempre.

El modo vampiro se activó oficialmente.

Con movimientos lentos y calculados, me deslicé fuera de la cama, intentando no despertar a Isabella, que dormía plácida en la litera de arriba.

Abrí la puerta con suavidad, el leve crujido pareció más fuerte de lo que era, pero nadie se movió. Aún envuelta en penumbra, avancé por el pasillo en dirección a la cocina, en busca de un vaso de agua.

Me acerqué al frigorífico y contemplé los imanes que cubrían su superficie. Colores, formas, nombres de lugares que casi no reconocía.

Coleccionar imanes había sido siempre mi forma simbólica de guardar sueños en miniatura. Mis propios recuerdos no pasaban de unos cuantos pueblos ingleses, pero me gustaba imaginar que, algún día, tendría una colección real que hablara de selvas, mercados y estaciones de tren en países lejanos.

Había varios imanes de Bolonia, su ciudad natal, pero uno captó mi atención: una pequeña bota de cerámica que representaba el mapa de Italia, con sus contornos definidos y el sur desgastado.

Estiré la mano y lo descolgué, sintiendo el frío de la cerámica entre los dedos.

Justo entonces, una voz ronca irrumpió a mi espalda.

—¿No puedes dormir?

Un grito ahogado se me escapó y el imán resbaló de mis dedos, partiéndose en dos contra el suelo.

Me giré con el corazón desbocado y la mano sobre el vientre por puro reflejo… Luca estaba recostado en el marco de la puerta, camiseta floja y bóxers blancos, con una sonrisa que chispeaba en sus ojos.

—Perdón —respondió, juntando las palmas de las manos—. Ha sido divertido. Aunque creo que ese pobre imán no diría lo mismo.

Me agaché de inmediato para recoger los pedazos.

—Lo siento, no quería romperlo.

—Déjalo, tiene arreglo. —Se inclinó también, y su mano rozó mi espalda al mismo tiempo que yo cogía los fragmentos.

El calor me subió al cuello. Me obligué a clavar la vista en el suelo, no en él.

—¿Qué haces despierto? —pregunté, luchando por mantener la vista por encima de su clavícula.

Sus bóxers blancos resaltaban demasiado en la penumbra, y noté cómo el rubor me trepaba por el cuello.

Luca no tardó en notar mi incomodidad. La comisura de sus labios se estiró como si acabara de sumar un punto en un juego no declarado.

—Podría preguntarte lo mismo. Pero si quieres la verdad, tengo problemas para dormir.

—¿Ah, sí? —traté de sonar neutral mientras me apoyaba contra la encimera.

—Sí. Cuando era niño, solía quedarme despierto hasta tarde hablando con Isa, compartíamos habitación. Ahora, me despierto y ya no hay nadie con quien hablar.

Había algo en la manera casual pero sincera de decirlo, que me hizo olvidar la incomodidad inicial.

—Bueno, espero no haberte interrumpido. Solo salí a por un vaso de agua —dije, desviando la vista hacia el fregadero.

—¿Agua? ¿A estas horas? —bromeó, dejando los restos del imán en la mesa—. Eso no es suficiente para alguien que no puede dormir. ¿Qué tal un chocolate caliente?

Estuve a punto de negarme, pero la expresión en su rostro era tan confiada que me rendí.

—Vale, pero solo si tú también te tomas uno —dije, fingiendo que iba en serio.

—Si insistes… —respondió Luca, sacando dos tazas del armario.

Me quedé de pie, envuelta en el olor a cacao y canela, observándolo adueñarse de la cocina a esas horas, con apenas unos bóxers y una camiseta ajustada que delineaba cada lugar correcto.

Me obligué a fijar la atención en cualquier cosa que no fuera su abdomen.

—¿Siempre preparas bebidas dulces a las visitas?

—Solo a las que rompen los imanes de mi hermana. Es mi método de compensación.

Se me escapó un suspiro tonto. Había algo en él que hacía imposible no reír.

—Aquí tienes. —Me pasó una de las tazas y se quedó con la otra.

El primer sorbo me abrasó la lengua. Aparté la taza enseguida, maldiciendo mi impaciencia.

—Yo… no soy así. Normalmente duermo bien, pero ahora…

—No tienes por qué contármelo.

—Lo sé, pero digamos que mis problemas giran alrededor de alguien muy cercano a ti… en concreto, la amiga de tu hermana.

Luca me observó como si hablara en otro idioma. Parecía no tener idea de a qué me refería, lo que me produjo un extraño consuelo. Quizás no estaba tan involucrado en los círculos sociales de Queensbury y el rumor no había llegado a él.

—A ver… —dije, acomodándome en una silla frente a él y obligándome a tomar aliento.

Luca apoyó los brazos sobre la mesa; sus dedos repiqueteaban contra la superficie y sus ojos me instaban a continuar hablando.

—El chico con el que estaba quedando… resultó que también salía con otra chica llamada Maddy.

—¿Jake? —soltó, seguido de una risotada.

El sonido me retumbó en los oídos, fuera de lugar. Me costó contener la vergüenza.

—¿De qué te ríes? ¿Mi historia te parece un chiste? —dije, enderezando la espalda.

—No te lo tomes a mal —respondió, todavía con una sonrisa en el rostro —, pero es que Jake… todos saben cómo es él.

Para mí no había nada de gracioso en el asunto, aunque al menos, parecía no saber con exactitud lo que había pasado.

—¿Y cómo es él? —ironizó mi yo más molesto. Me arrepentí en cuanto lo dije—. No, no contestes.

—Jake es un tío que… Bueno, no lo conozco tanto, pero no creo que se haya enamorado nunca.

—No quiero saberlo —respondí, negando con la cabeza. Sentía la herida aún abierta, y escuchar más sobre él era como echarle sal.

—¿Quieres ese vaso de agua? —sugirió de pronto.

Afirmé con la cabeza, agradecida por el gesto.

Permanecimos callados mientras él llenaba dos vasos en la cocina.

Tomé un pequeño sorbo, el frescor del agua recorrió mi garganta aliviando un poco mi estado de ánimo. Dejé el vaso en la encimera, sosteniéndolo aún con ambas manos.

—Jake no era así conmigo… quiero decir, no era como la gente cree que es. Al menos, eso es lo que me hizo pensar a mí.

—Exacto, lo que te hizo pensar —respondió—. Creo que está con Maddy desde la secundaria. Lo dejaron, volvieron, lo dejaron otra vez… y bueno, ahora no sé.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de procesar lo que estaba escuchando.

—Perdón, sé que no quieres hablar del tema, pero ya que lo mencionaste… —añadió, rascándose detrás de la oreja.

—No quiero, pero lo necesito. Tengo que abrir los ojos de una puñetera vez. Creía que lo había hecho cuando los vi juntos en aquel partido.

—Jake siempre ha sido igual con todas. Las chicas no le importan, y los amigos… Bueno, tiene algunos, pero la mayoría de gente no lo aguanta.

—¿Y cómo es su relación con Maddy? ¿La conoces?

Luca se echó hacia atrás y su rostro adoptó una expresión de desdén.

—Maddy es una niñata. Por esa parte, puedo entender a Jake. Su relación siempre ha sido tormentosa, con terceras personas de por medio. Un cuento perfecto para los demás, pero una farsa de puertas para dentro.

—Me siento tonta.

—No lo eres. No podías saberlo.

—Fue el primero que conocí en este país, y ahora… si no fuera por el curso que estudio, habría pensado hasta en marcharme.

La expresión de Luca se volvió, de repente, seria.

—No pienses así. Acabas de llegar. Además, si me hubieras conocido a mí primero, no habría sido tan idiota como para dejarte escapar.

Luca tenía un encanto natural, era directo y, para mi sorpresa, cada vez más atractivo. Aun así, no podía permitirme dejarme llevar por esas sensaciones.

Primero Dan, después Luca. ¿Era yo la que buscaba de manera constante un reemplazo para Jake?

—Creo que voy a irme a la cama —dije, levantándome—. Gracias por todo lo que me has contado… y por el chocolate.

—No es nada*, bambina* —dijo al tiempo que me echaba un brazo por encima. Su abrazo fue corto, lo suficiente para no incomodarme, pero lo bastante cercano para notar el roce de la tela suave de su camiseta.

Me escabullí con una despedida apresurada, y me fui directa a la habitación. Al entrar, me alivió ver que Isabella seguía perdida en el quinto sueño.

Me acomodé de lado, dejando que la oscuridad de la habitación me envolviera.

A pesar de todo, sabía que al amanecer me esperaba un nuevo comienzo. Tal vez diminuto. Pero mío. ☽



-27-

Giro de 180°

Martes, 8 de agosto de 2023

Isabella y yo desayunábamos juntas en la cocina llena de vida. Me había prestado una camiseta rosa pastel, más alegre de lo que mi ánimo admitía, pero extrañamente reconfortante.

Ella, en su mundo, se balanceaba sobre la encimera con las piernas cruzadas, mordisqueando una tostada mientras las migajas caían a sus pies.

Yo, en cambio, revolvía el último resquicio de café en mi taza, dudando si valía la pena darle el trago final.

—¡No lo entiendes, Liv! —exclamó Isabella, agitando su tostada en el aire —. ¡Tienes que verla!

Desde el día anterior, Isabella había empezado a llamarme «Liv». Me gustaba cómo sonaba. Para algunos era «Oli», que siempre me había parecido tierno, pero «Liv» tenía algo distinto. Más desenfadado, me hacía pensar que se sentía cómoda conmigo.

—¿De qué va la serie? —pregunté, fingiendo interés solo para provocarla.

—Es una maravilla del entretenimiento. —Le dio un mordisco a la tostada—. Atenta: una chica normal se muda a una ciudad nueva, se enamora del típico chico malo, pero —bajó la voz, conspiradora— el tipo tiene un secreto.

—Déjame adivinar. ¿Es vampiro, asesino en serie o…?

—Peor —respondió seria—. Es rico.

—Isabella, ¿cómo consigues que esas cosas suenen tan absurdas?

—Porque lo son. ¡Pero son adictivas! Como un accidente en cámara lenta.

—¿Y cómo se llama esa obra maestra?

—*Amor en la penumbra.*

—¿Eso no es un fanfiction con presupuesto?

—Tal cual. Pero escucha esto: el protagonista es como un algoritmo programado para romper corazones. Tiene esos ojos... ya sabes, mirada de «soy un desastre emocional, pero tú me puedes salvar».

—Ah, claro. El síndrome clásico del rompecorazones.

—¡Exacto! Y no funciona, pero lo consumimos igual. Como chocolate derretido. Sabes que no deberías, pero ahí estás.

Las dos rompimos a reír al mismo tiempo.

Era una de esas mañanas en las que todo parecía fácil, con la vida en pausa, tomándose un respiro.

—Vale, pero entonces dime: ¿qué pasa con la chica? ¿Es también rica o solo está ahí para…? —hice un gesto con las manos, como buscando la palabra adecuada— ser su musa sufrida.

—No te lo voy a contar, pero... algo pasa.

—Algo pasa. Qué específico.

—¡Liv! —Me lanzó un pedazo de tostada, que esquivé por poco—. Lo importante es que quiero que la veas conmigo.

—¿Qué tengo que hacer para evitarlo?

—Nada. Ya estás atrapada. —Saltó de la encimera, agarrando su mochila —. Hoy después de clase. Ni se te ocurra inventar excusas.

—Estás loca.

—Y tú me adoras.

Salimos del apartamento con el ánimo subido, el sol matutino calentaba nuestras espaldas mientras caminábamos hacia el campus. Isabella seguía hablando emocionada sobre teorías para la próxima temporada de su serie, gesticulando con las manos y contándome detalles que eran imposibles de ignorar por lo absurdos que sonaban.

Bajamos la voz justo al entrar en el edificio.

Un trajín colectivo recorría los pasillos, cuando el conserje —con su tono casi robótico— nos indicó que fuéramos hacia el gran salón.

El salón era majestuoso y un poco intimidante. Retratos de escritores que nos vigilaban desde las alturas, y orlas antiguas colgaban como reliquias del tiempo, congeladas en generaciones ajenas. Las ventanas estaban cerradas, todo resultaba demasiado contenido, casi claustrofóbico.

Aunque la sala pertenecía a todo el campus, la mayoría de las personas que vi eran de mi clase. Aquella reunión no parecía improvisada.

Frente a la gigantesca pizarra blanca que presidía la sala, Alex aguardaba. Traje de chaqueta algo arrugado, postura erguida, pero con ese leve descuido que lo delataba: su día había empezado antes de lo previsto.

Nos acomodamos en un rincón cerca de la tarima, donde Paulo ya estaba sentado, apretando los puños sobre las piernas y el ceño apretado.

El murmullo general empezaba a apagarse a medida que las sillas de metal se iban llenando, una tras otra, con el chillido inevitable de patas arrastradas contra el suelo encerado. La expectativa flotaba en el aire, densa como niebla.

Alex carraspeó un par de veces y tironeó del borde de su camisa azul cobalto.

—Buenos días, mis estimados alumnos —tragó saliva con fuerza. El micrófono, encajado a la altura de su garganta, multiplicó el sonido en toda la sala—. Hemos recibido la noticia antes de lo previsto, y podemos decir con certeza que entre nosotros hay un ganador.

No entendí nada al principio. Luego, la memoria me alcanzó: el concurso de relatos del comienzo del curso. Me había inscrito, sí, pero lo había enterrado entre todo el ruido de mi vida. No le presté atención. No entonces. Había demasiadas sombras ocupando mi mente, distrayéndome, agotándome.

A mi izquierda, Isabella también parecía desconcertada. Supuse que, igual que yo, no tenía ni idea de que el anuncio se haría ese día. Con lo mucho que se ausentaba, era comprensible; tal vez por eso éramos de las pocas en la sala que no lo esperaban.

El profesor hizo una pausa en su discurso para tomar un sorbo de agua de un vaso de cristal que descansaba sobre la mesa de vidrio. Cada movimiento parecía medido, demasiado serio para la ocasión.

—Esta persona va a tener una gran oportunidad para impulsar su carrera gracias a este premio. ¿Estáis preparados para saber quién es?

Paulo, justo a mi derecha, estaba más tenso que una cuerda de violín; cada minuto de incertidumbre debía estar volviéndolo aún más loco.

—El ganador es… —empezó Alex, con los dedos repicando sobre la mesa.

—No te imaginas cuánto he esperado este momento —confesó una chica detrás de mí, apretando la mano de su amiga.

A esas alturas ya estaba acostumbrada a pasar desapercibida, a conformarme con las buenas notas de los primeros días de clase y nada más. Ese premio siempre me había parecido un concepto lejano, un reconocimiento que no encajaba en mi vida actual. Todo lo demás se volvió insignificante frente a la tormenta que me golpeaba la cabeza. Y, sin embargo…

—Olivia. —Alex pronunció mi nombre con una lentitud teatral, cada sílaba retumbó en mis oídos—. Olivia Brown.

Mi corazón se detuvo. Busqué a mi alrededor una explicación lógica a lo que acababa de escuchar, pero no la había. No podía ser yo. No podía ser.

Me volví hacia Isabella, que aplaudía como si le hubieran anunciado que iba a conocer a Harry Styles en persona. Paulo, en cambio, me miraba con los ojos desorbitados; un anuncio del fin del planeta Tierra le habría provocado una conmoción menor.

—¡Eres tú, Olivia! —gritó Isa, tirando de mi brazo con tanta fuerza que me hizo sobresaltarme.

Nunca había sido «la que gana». Siempre había sido «la que se quedaba al fondo, detrás de la barrera».

Entonces reaccioné.

Me puse en pie, sin sentir del todo que aquel cuerpo me perteneciera. Todo se volvía extraño, distante.

La vista se me nublaba.

Los retratos antiguos parecían seguirme con los ojos, preguntándose qué hacía yo allí.

Mientras avanzaba hacia el profesor, todo parecía moverse a cámara lenta.

Alex me dio un abrazo corto, pero suficiente para devolverme de nuevo a la realidad. Cuando nos separamos, alcé la vista: rostros encendidos, aplausos, palmas que golpeaban el aire con auténtica celebración.

El reconocimiento tocó una parte antigua y herida, y sentí cómo se reparaba un pedazo roto en mi interior. Y entonces, solté una carcajada. Clara. Ligera. No sabía cuánto la necesitaba hasta que salió.

—Olivia Brown ha ganado el concurso para una beca que incluye prácticas en la editorial Pages Company durante seis meses, trabajando como asistente de la escritora y directora, Margaret Moore.

El sobre dorado relucía con una importancia desmedida. No por su tamaño, sino por todo lo que contenía. Su borde rugoso raspaba mis dedos. Estaba ocurriendo, de verdad.

Conocía a Margaret Moore. Todos sabían quién era. La reina indiscutible de las novelas románticas, con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo. No solo era un referente en Canadá o Estados Unidos; su nombre llenaba escaparates en Europa, Asia y más allá.

Me froté los ojos, incrédula, intentando asimilarlo. De no ser por las decenas de miradas clavadas en mí, lo más seguro me habría pellizcado.

Cuando bajé de la tarima, comenzaron a acercarse compañeros y rostros apenas conocidos. Manos que jamás me habían saludado me daban palmadas

en la espalda, y voces anónimas me felicitaban como si me hubieran acompañado siempre. Era demasiado. Sofocante. Necesitaba oxígeno.

Me escabullí hacia el baño, esquivando aquella marea de enhorabuenas. La puerta engulló el ruido al cerrarse, dejándome sola con mi reflejo en el espejo. Apoyé las palmas en el lavabo y dejé correr el agua. Las gotas frías me salpicaron la piel, un recordatorio tangible de que aún estaba despierta. Llené los pulmones una vez. Otra.

El alivio fue instantáneo en el cuerpo, aunque la mente seguía encendida, rebobinando lo ocurrido, buscando pruebas de que todo había sido real.

Pensé en Paulo. En su cara de sorpresa, en sus ojos desmesurados. Y lo entendía: hasta yo seguía sin asimilarlo. ¿Por qué yo? ¿Cómo podían haberme elegido a mí entre tantos que llenaban esa facultad?

No quería enturbiar lo que había logrado; era el mejor momento que había vivido en mucho tiempo y merecía saborearlo.

Al salir del baño, me topé de frente con Maddy, que no se molestó en disimular su mueca habitual de aspirar algo podrido. Rara vez aparecía en eventos que reunían a varias facultades, así que verla allí resultaba, cuanto menos, inesperado.

Caminaba flanqueada por dos chicas que imitaban cada uno de sus gestos, sombras dóciles.

Las tres me taladraron con los ojos, y una de ellas se inclinó para cuchichearle algo a Maddy. Su respuesta, en cambio, fue tan alta que no me perdí ni una sílaba.

—Así mantendré alejada a esa zorra.

Las risas que estallaron detrás sonaron como cristales rotos: agudas, falsas, diseñadas para cortar. Querían herirme, y lo supe de inmediato.

No lo consiguieron.

No me detuve ni les concedí atención. Avancé con la cabeza en alto, convencida de que sus palabras no significaban nada. Ese día no solo había ganado una beca; había dejado atrás a la versión de mí que callaba, que dudaba, que se encogía hasta volverse invisible.

La puerta se cerró a mi espalda con un portazo que fue más que un ruido: un golpe contra todo lo que no volvería a formar parte de mi vida.

Nada más volver al salón, Isabella se me echó encima dando saltitos de emoción.

—¡Estoy tan feliz por ti, Olivia! —exclamó, rodeándome con un abrazo que buscaba contagiarme su alegría.

Paulo apareció poco después, intentando mostrarse tranquilo, aunque se le resquebrajaba en la comisura de la boca. Y lo entendía: todos los que se

habían presentado al concurso querían ganar, todos teníamos algo que demostrar. Solo que, esa vez, me había tocado a mí.

Le di las gracias, consciente de lo mucho que le costaba plantarse ahí, forzando una buena cara mientras por dentro le hervían las ganas de protestar.

Ya estaba a punto de salir del edificio cuando Jenny, la secretaria, apareció de la nada y me interceptó con una carpeta en la mano.

—Aquí tienes toda la información sobre el premio —dijo entregándome una carpeta fina—. Lo más importante: tendrás que estar lista para viajar a Sacramento justo después del verano, en cuanto termine tu curso de escritura.

Sacramento. La palabra quedó flotando en mi cabeza.

Jenny continuó hablando, mencionando cosas sobre la reserva de vuelo y la búsqueda de un apartamento, pero mi mente ya se había detenido en ese punto clave: marcharme.

Apenas me había acostumbrado a mi nuevo entorno, a las pocas amistades que había logrado formar y a una rutina que no me resultaba sofocante.

Sacramento parecía una promesa y, al mismo tiempo, un desafío para el que no me sentía preparada del todo.

Cuando salí del edificio, vi a Isabella colgada del brazo de Paulo, balanceándose con ese entusiasmo suyo que parecía inagotable. Él, en cambio, tenía la típica expresión de impaciencia mal disimulada.

—¡Vamos! Haznos una foto juntas, ¿quieres? —le pidió a Paulo, mostrando su dentadura impoluta—. Quiero tener el recuerdo con Olivia de este día para siempre.

Él resopló con resignación, pero agarró el móvil sin quejarse mucho.

Nos apoyamos junto a una de las paredes del campus, la piedra caliza en la espalda y el sol inclinándose justo en el ángulo perfecto. Mantuve la postura, aunque por dentro el impacto de la noticia aún me tenía en shock.

Justo cuando Paulo iba a pulsar el botón, el teléfono vibró y el *ding* de una notificación quebró el instante.

Bajó la vista hacia la pantalla. Entornó los ojos.

Y en su rostro apareció algo que no esperaba: una sorpresa que lo transformó al instante. ☽



-28-

La azotea

Aún tenía la sonrisa congelada cuando noté cómo Paulo se tensaba. Algo se rompió en su expresión.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No me respondió.

Isabella, rápida como un rayo, le arrancó el móvil de las manos.

—Pensé en ti todo el día… —leyó en alto hasta que la voz se le apagó.

—¿Matteo? ¿En serio? —disparó Paulo, atragantándose—. ¿«Pensé en ti todo el día»? ¿Eso es lo que hay entre vosotros?

—No es asunto tuyo, Paulo —respondió con la barbilla en alto.

—Claro que lo es —soltó él, acercándose a ella—. ¿Tienes idea de lo que es compartir piso con alguien que te gusta y fingir que no pasa nada? ¿Sabes lo jodido que es eso?

Se detuvo de golpe, cerrando los ojos un segundo y tragándose las palabras con la misma mueca amarga de quien prueba algo que no quiere.

—Eh, tranquilos, chicos. Esto no tiene que acabar mal —intervine.

—No lo entiendes, Olivia —dijo Paulo, con la voz hecha trizas—. Me gusta. Me gusta mucho. Y esto... duele.

—Paulo... —intenté suavizar la situación—. No puedes culpar a Isabella por lo que siente.

—¿Culparme por qué? —saltó Isabella, apoyando las manos en la cintura —. Yo no fui detrás de él. Solo pasó, ¿vale? Nos besamos.

La frase quedó suspendida en el aire, como una bomba que estalla en cámara lenta.

—¿Qué? —Paulo retrocedió un par de pasos—. ¿Y su novia?

—No sé si la va a dejar, pero me gusta, y me cansé de fingir que no.

Me fijé en cómo los dedos de Paulo se aferraban al dobladillo de la camiseta, retorciéndolo una y otra vez, intentando callar todo lo que no se

atrevía a decir.

Yo tampoco me moví. Tenía la mochila colgando de un hombro, pero la tensión, o tal vez la necesidad de entender, me mantuvo plantada allí, junto a los setos de la entrada del campus.

—No sabía que las cosas se habían enredado tanto —admití, sin atreverme a levantar la cabeza. No esperaba respuesta; bastaba con decirlo en alto para sentir que el peso aflojaba, al menos un poco, por haber sido testigo de todo aquello.

Paulo nos dio la espalda a ambas con los hombros encogidos, el cuello rígido, deseando huir de ahí, aunque solo fuera con los ojos.

—Lo peor es que pensé que estaba siendo paranoico. Que era otra vez yo… imaginando cosas que no existen.

—No fue a propósito —admitió, sin intentar justificarse—. No lo planeé... Y ni siquiera sé qué significa.

El chillido de un pájaro rompió la quietud. Más allá de la verja, el mundo seguía su curso, indiferente. No quedaban palabras capaces de remediar lo que acababa de romperse.

Sentí que mi presencia sobraba, que lo mejor —aunque no supiera si era lo correcto— era darles espacio.

—Bueno… creo que esta es mi señal para irme —dije, forzando una sonrisa que no terminó de cuajar—. Nos vemos mañana, chicos.

Isabella chasqueó los dedos, como corrigiendo algo obvio.

—Liv, mañana es festivo. No hay clases. Volvemos el lunes.

—Ah, claro —respondí, echando a andar hacia la salida. El aire entró más ligero en mis pulmones—. Mejor todavía. Cuidaos, ¿vale?

Mientras me alejaba, la discusión acalorada seguía repicando en mis oídos. Parecía que toda buena noticia venía acompañada de un poco de drama.

Suspiré. «Seguro que lo arreglan». En el fondo, me aliviaba no tener que seguir cargando con aquel secreto que había estado a punto de separarnos.

Saqué el móvil del bolso y marqué el número de casa. Tenía que contarles la gran noticia. Mis padres y mi hermano reaccionaron con, lo que me pareció, un extraño entusiasmo. Para ellos, mudarme a otro condado no era algo que les quitara el sueño; total, seguiría estando lejos de Inglaterra.

Mi padre, en un intento adorable, fingió conocer a la escritora para la que trabajaría. Lejos de molestarme, su torpeza me arrancó un par de lagrimillas. Se alegraban tanto por mí que empecé a creérmelo de verdad. A procesar que aquello estaba pasando.

A la hora de comer, decidimos celebrar la noticia con una visita a Tacos El Gordo, la mejor taquería de San Diego, y no, no estaba abierta a debate.

El local tenía un encanto peculiar: sofás rojos intensos, mesas a juego y paredes forradas de fotos de tacos tan retocadas que parecían sacadas del mismo Instagram.

El aire olía a cilantro fresco, tortillas recién hechas y carne a la parrilla. Una fragancia tan deliciosa que te invocaba a entrar por la puerta y gastarte todos tus ahorros ahí mismo.

Nos sentamos junto a la puerta automática que se abría y cerraba sin descanso cada vez que alguien pasaba por la acera. Por lo general me molestaba, pero ese día no tocaba quejarse. De hecho, conseguir mesa fue casi un milagro.

Por fin, la vida me devolvía algo de buen karma, y qué mejor que en forma de tacos.

Bruna pidió unas margaritas para brindar. Era solo un martes por la tarde, pero no un martes cualquiera.

El líquido dorado se agitaba en el cristal, coronado por un borde de sal que resplandecía bajo la luz.

—Por Olivia, y su futuro en Sacramento —brindó, juntando su copa con las nuestras—. Que no se olvide de las humildes mortales que la acompañaron en San Diego.

—Salud —masculló Mía, absorta en la pantalla del móvil—. ¡Noah, no es tan difícil de entender! —estalló de repente, sin darse cuenta de que tenía el altavoz activado.

Del otro lado, la voz de *Don Perfecto* sonó imperturbable, fiel a su marca registrada.

—De acuerdo, Mía. Lo que tú digas, Mía.

Bruna me lanzó una sonrisilla.

—¡Namasté, *Don Perfecto*!

Me tapé la boca justo a tiempo para no escupir la margarita en pleno ataque de risa.

—¿Qué hacéis? —se quejó Mía, bajando el móvil de la oreja. Nos taladró con los ojos. —No pongáis esa cara de payaso.

—Así nací, cariño —respondió Bruna, apurando un sorbo de su copa.

—Vaya par —reí, sin recuperar del todo el aliento—. Os voy a echar muchísimo de menos.

Bruna me dio un achuchón acompañado de un gritito de amor que casi me deja sorda.

Detrás de sus bromas se asomaba algo melancólico; al igual que Mía, Bruna también intuía que estábamos a punto de romper la rutina que habíamos construido.

A las dos —y también a Jake, en su momento— les había contado que mi plan era quedarme en San Diego al terminar el curso, buscar trabajo, empezar de cero allí.

Pero los planes cambiaban.

A veces, sin avisar. Sin pedir permiso.

Fui al baño, y al regresar, recorrí de nuevo el largo pasillo, esa vez fijándome en el decorado con fotografías de famosos que el dueño había colgado en las paredes. Las imágenes, descoloridas por el tiempo, mostraban a actores, cantantes y chefs sonriendo con rigidez frente al cartel del restaurante.

Una de las caras me recordó vagamente a Dan. Y como un chispazo, su nombre me vino a la cabeza.

Su padre, sus contactos...

«¿Y si no he ganado esa beca por mérito propio? ¿Y si alguien ha movido hilos por mí?» pensé.

La idea me incomodaba tanto que un vacío extraño me apretó el estómago.

Me froté los ojos, intentando borrar esa idea antes de que echara raíces. Entonces, mi mente se desvió hacia algo más amable: imaginé cómo sería mi despacho si algún día trabajaba en una editorial.

Paredes blancas. Estanterías rebosantes de libros. Un ventanal enorme dejando entrar la luz de la ciudad. Un sofá mullido para perderme entre manuscritos, una mesa de cuarzo clara y una taza de café humeante esperándome al lado. Casi podía saborearlo.

Unos pasos rompieron la fantasía.

Bruna apareció al fondo del pasillo, agitando una mano en el aire para llamar mi atención.

—¡Oli! ¿Quieres un gofre con nata?

—¡Claro! Seguimos de celebración, ¿no? —respondí, devolviéndole la sonrisa.

Volví a la mesa justo a tiempo para ver cómo llegaban los gofres: dorados, crujientes en los bordes, coronados con montañas de nata que se derretían al contacto con el calor.

Bruna, que siempre se abalanzaba sobre los postres como una fiera, esa vez partió el suyo con una lentitud casi solemne. Su expresión de felicidad se desdibujó poco a poco, dejando al descubierto un gesto serio, casi ausente.

Levantó la vista.

Sus ojos oscuros apuntaron a los míos. No pestañeaba.

—¿Qué pasa? —pregunté, removiéndome en la silla.

Si así se iba a comportar entrevistando gente, no me cabía duda de que sacaría más de una confesión a cualquiera.

Y ese día, parecía dispuesta a conseguir la mía.

—Tengo que contarte algo antes de que te mudes a otro condado —masculló, dejando caer el tenedor.

Tragué el último trozo con cuidado, temiendo que se me quedara atravesado en la garganta.

Mía le metió una patada por debajo de la mesa.

«Joder. Si ella también está metida en esto, es que viene algo gordo», pensé.

Me sostuvo la mirada. No con burla ni frialdad, sino con algo que se parecía demasiado al remordimiento. Tenía los labios apretados, como si quisiera intervenir, pero no supiera por dónde empezar.

No me dio la impresión de que fuera una cómplice de Bruna, sino más bien una amiga atrapada en medio de todo.

—Jake fue a verte al hospital —espetó Bruna.

Lo que acababa de tragar perdió el sabor; la nata se volvió pastosa, agria.

—No he entendido… ¿qué?

—Y eso no es todo —intervino Mía, incómoda—. Ve al grano, tía.

Bruna se mordía la uña del pulgar, con los ojos dando vueltas de un lado a otro. Ese gesto no le pertenecía. No a la inquebrantable Bruna.

—Desde que coincidimos allí... hemos estado hablando —confesó, cubriéndose el rostro con ambas manos.

El zumbido en mis oídos borró el ruido del restaurante.

—¿De qué hablabais?

—De ti, claro. De cómo estabas, de lo que hacías...

Se irguió en el asiento.

La confusión se convirtió en furia, una que me trepaba por la espalda buscando estallar.

—¿Y qué? ¿También le has contado lo del premio? —pregunté, apretando los dientes para contener todo lo que quería decir.

Bruna negó de inmediato, sin atreverse a levantar la cabeza.

Mía se había echado a un lado, temiendo que el escándalo pudiera salpicarla y manchar su impecable conjunto.

—¿Me ocultaste que fue al hospital? ¿Y hablas con él a mis espaldas?

Me puse en pie. Noté el pulso en las sienes, un zumbido sordo.

—¡No me jodas, Bruna!

Le di un golpe a la silla. Se arrastró con un chirrido áspero que retumbó en todo el restaurante.

Una pareja de la mesa contigua, con una niña pequeña, se giró alarmada. La madre le tapó los oídos con la rapidez de un reflejo. Yo, desbordada, alzaba más y más el tono.

—¿Tú no lo odiabas tanto como yo? —le increpé a Bruna, señalándola con el dedo—. ¡Qué rápido se te ha olvidado todo lo que ha hecho!

Golpeé la mesa con ambos puños antes de agacharme a recoger el bolso, que se me había caído al suelo entre el alboroto.

—¡Aquí no se puede ni respirar! —maldije, ya de espaldas, echando a andar hacia la salida.

Avancé unos metros, con la ira ardiéndome en la nuca… hasta que me detuve.

Mis pies se negaron a seguir.

El lugar al que solía llamar hogar ya no parecía ofrecer refugio.

Las lágrimas brotaron junto a un grito ahogado que no conseguí reprimir.

Un chico en patinete pasó junto a mí y se detuvo, echándome una ojeada curiosa.

—Genial, justo lo que necesitaba: público —mascullé, escondiendo la cara entre las manos.

En el semáforo, saqué el móvil. La pantalla iluminó mi rostro con su luz blanca y cruel: cuatro llamadas perdidas de Bruna, dos de Mía.

Dejé el dedo pulsado sobre el botón lateral hasta que todo volvió a quedar en negro.

Treinta minutos después, mis pies —desordenados, casi automáticos— me llevaron hasta el portón de Isabella. Las luces cálidas filtrándose por las ventanas hablaban de refugio. De una tregua necesaria.

Pero cuando se abrió la puerta, no fue Isabella quien apareció.

Era Luca.

Me sorprendió verlo allí, ya que alardeaba de ser la persona que más horas le dedicaba a su trabajo en todo el planeta Tierra.

Llevaba una camiseta gris claro, algo arrugada, que colgaba con naturalidad sobre su torso. No marcaba músculos de anuncio, pero sí dejaba ver una complexión fuerte, como la de alguien que no necesitaba gimnasio para cargar el mundo sobre sus hombros.

Su pelo, corto y domesticado, parecía inmune al desorden; sin embargo, el enrojecimiento de sus párpados y una marca casi invisible en la mejilla

izquierda contaban otra historia: se había levantado hacía poco.

Una sonrisa pícara asomó en su rostro, recordándome a la escena de película romántica donde empieza a complicarse todo.

—No esperaba verte tan pronto —dijo, apoyándose en el marco de la puerta.

—Yo tampoco esperaba nada de lo que pasó hoy —confesé, dándole un pequeño empujón para colarme en la casa—. Ni todo lo que me ha ocurrido desde que llegué a California.

Luca encajó la puerta a mi espalda y tomó una silla, colocándola frente a mí para que me sentara.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—¡Estoy de maravilla! —exclamé, dejándome caer en la silla con los brazos en jarra, de forma tan antinatural que no me convencía ni a mí—. ¿Y tu hermana?

—No está. Se fue a casa de la *nonna*.

Lo observé, confundida.

—De nuestra abuela —aclaró al notar mi expresión—. ¿Vino?

—¿Qué?

—Que si quieres vino —repitió Luca—. Tienes pinta de necesitarlo.

Una carcajada estalló en mi garganta, rota, desesperada.

—¿Vino? Claro. Una copa estaría bien. No, mejor dos. Total, ¿por qué no? —Sonreí con amargura—. La nueva Olivia dice palabrotas, pega puñetazos en las mesas y, ¿sabes qué más? También bebe vino a las cinco de la tarde.

Pero incluso mientras lo decía, algo dentro de mí se tensó. ¿Realmente quería estar ahí... o solo estaba huyendo de todo lo demás?

Luca no respondió de inmediato. Su expresión se transformó; me estudiaba como si intentara armar un puzle de los difíciles.

Y entonces sucedió.

La risa me estalló en el pecho. Pero no venía sola. En el mismo latido, las lágrimas le hicieron compañía, saliendo sin permiso, mezcladas, imposibles de separar.

Luca retrocedió, confuso.

—¿Estás...?

No terminó la frase.

Si, lloraba, pero también reía; el aire entraba y salía de mis pulmones de forma caótica. Patético. Ni los *shows* más estrafalarios tendrían semejante espectáculo.

—Dios... —balbuceé entre sollozos—. Esto es ridículo.

Luca se acercó a mí con cautela, temiendo que me deshiciera en sus brazos.

—Eh... tranquila. Sea lo que sea, lo arreglaremos.

No me moví. Me dejé abrazar, porque era lo más parecido a seguridad que había sentido en todo el día.

—Si es por ese imbécil de Jake te juro que le parto la cara —masculló contra mi cabello.

Dejé escapar una risa amarga, sorbiendo por la nariz.

—La culpa la tengo yo por fiarme de cada persona que conozco.

Él me estrechó con más fuerza, intentando juntar los pedazos de lo que quedaba de mí.

—Lo que necesitas es salir de aquí —dijo de pronto, separándome lo justo para que lo mirara de frente.

—¿Y se puede saber adónde vamos?

—Confía en mí —respondió él, sin perder la confianza que parecía brotarle de la piel.

Dudé, pero acabé asintiendo.

Agarré su mano, y el contacto de sus dedos hizo que algo en mi interior dejara de temblar.

Al llegar a la entrada, se giró hacia mí con una sonrisilla que parecía avivar hasta a un muerto.

—Dime una cosa… ¿has montado alguna vez en moto?

Negué con la cabeza.

—Pues prepárate —dijo, guiñándome un ojo—. Hoy tachamos eso de tu lista. Vamos a sacudirnos este día como se merece.

—Cualquier otro día te habría dicho que no. Pero hoy me da igual todo. Solo quiero disfrutar lo que me queda aquí, y si muero… —hice una pausa dándole una patada al aire—. Bueno, será poético.

Luca rompió a reír y se cubrió la cara con la mano, luchando por recuperar la compostura.

—¿De qué…? ¿Qué pasa?

—Nada... Es que eres graciosa, Olivia. Nunca había conocido a alguien como tú.

Yo también sonreí.

Unos pasos después, llegamos a una Vespa roja que parecía salida de una postal de Roma: el Coliseo al fondo, el sol cayendo dorado sobre las piedras. No parecía nueva, pero se notaba que alguien la había restaurado con mimo; lo *vintage* tenía ese encanto que nunca pasaba de moda.

—Te prometo que aquí vas a ir segura —dijo, dando unas palmadas en el sillín—. No tienes nada de qué preocuparte.

Luca se montó primero, y acto seguido me tendió una mano para ayudarme a subir.

—Agárrate bien. Si te mareas, ya sabes: dos toques en la pierna y paro —dijo, lanzándome una mirada rápida antes de volver la vista al frente.

Nos pusimos los cascos: el suyo, negro mate con detalles en rojo que hacían juego con la Vespa; el mío, blanco nacarado, un pelín grande para mi cabeza, pero con un acolchado mullido que amortiguaba el ruido y me hacía sentir a salvo.

Quise hacerme la valiente apoyando las palmas en mis muslos, tratando de mantener el equilibrio por pura fuerza de voluntad. Pero al primer acelerón, mi cuerpo reaccionó antes que mi orgullo, y acabé agarrándome a su cintura.

—¡Eso está mejor! —vociferó, asegurándose de imponerse al ruido ambiente.

Descendimos por una carretera que serpenteaba hacia el corazón de San Diego. La brisa cargada de sal marina me azotaba el rostro, despejando la nube oscura que llevaba arrastrando desde hace una hora.

Sentí cómo la velocidad despertaba una adrenalina adormecida dentro de mí, y pronto el vértigo se convirtió en una risa inesperada.

Me pegué un poco más a Luca. Íbamos tan juntos que nuestros cascos chocaban una y otra vez, con ese golpecito que no tardó en volverse irritante… y algo cómico. Cada frenazo, cada cambio de dirección, provocaba un nuevo impacto. No era un paseo de película, pero quizás por eso resultaba más auténtico, más nuestro.

Cerré los ojos, dejando que la sensación me envolviera por completo. Me incliné hacia Luca, reforzando el agarre alrededor de su cintura.

—¡Tranquila, *bambina*! —gritó.

Sonreí al oír el apodo. Era como formar parte de algo que todavía no sabía cómo nombrar. No sé por qué, pero me vino a la cabeza *Ride*.

El viento acariciaba mi cara, y el rugido de la Vespa se mezclaba con aquella melodía mental, construyendo una libertad extraña, dulce, que me hacía olvidar todo lo demás.

{I hear the birds on the summer breeze,
I am alone at midnight
Been trying hard not to get into trouble
But I, I've got a war in my mind

So, I just ride
Just ride }.

La velocidad aumentaba, y con ella el cosquilleo que me estallaba en el estómago. El sol resbalaba sobre la pintura de la moto, dibujando destellos dorados mientras nos adentrábamos en la ciudad.

De repente, Luca aflojó la velocidad y maniobró con habilidad para aparcar frente a un edificio blanco de arquitectura moderna, elegante y llamativa.

A simple vista, parecía uno de esos hoteles boutique donde te podías dejar el sueldo de un mes en dos copas y una noche de estancia.

En la entrada, una mujer vestida de negro posaba con una seguridad que parecía sacada de otro planeta. A su alrededor, varias cámaras disparaban sin descanso. No supe si era una sesión profesional o un ataque de paparazis.

Entrecerré los ojos, intentando reconocerla, pero sus gafas de sol —enormes, impenetrables— ocultaban casi todo su rostro. Podía ser cualquiera. Bueno… cualquiera famosa.

Lo más cerca que había estado yo de una celebrity fue aquella vez que cené en un restaurante donde, supuestamente, uno de los actores de *Bridget Jones* había estado unas horas antes. ¿Eso contaba?

—¿Aquí? —pregunté sin creérmelo, quitándome el casco y sacudiendo la cabeza para liberar los mechones que se habían pegado a mi frente.

—Hoy merece ser un día inolvidable, ¿no crees?

Sonreí en respuesta y lo seguí hasta el ascensor de cristal. Nada discreto, por cierto. Los cables estaban a la vista, y estar ahí era como quedar suspendido en el aire. Jamás me habría atrevido a meterme en algo así por voluntad propia, pero ese día ya había cruzado demasiadas líneas como para echarme atrás.

Y tenía razón: iba a ser inolvidable, aunque no sabía aún de qué forma.

Cuando las puertas se abrieron en la azotea, me encontré frente a una elegante barra de mármol gris en forma de «u», rodeada por mesas y sillas de metal negro.

Me acerqué a la barandilla de cristal. El sol comenzaba su lento descenso, creando reflejos dorados sobre los cristales de los rascacielos.

Nos acomodamos en una mesa discreta, alejada de la barra del bar. El ambiente era sosegado, aunque poco a poco se iba llenando de trajes y tacones, gente con pinta de haber salido de alguna reunión en el hotel.

Luca pidió dos copas de tinto y las trajeron enseguida. No pregunté qué variedad era; tampoco importaba. El líquido se pegaba al cristal al girarlo.

Probé un sorbo: primero fresco, luego denso, con un punto ácido que me pinchó la lengua antes de volverse amable. La mandíbula se me aflojó, como si el vino hubiese dado con el punto débil exacto.

El camarero dejó un cuenco de aceitunas y almendras tostadas. Luca lo empujó hacia mí con un gesto distraído, mientras balanceaba su copa y observaba cómo el reflejo rojizo le teñía los nudillos.

Encendí el móvil. Notificaciones acumuladas: llamadas de Bruna, mensajes de Mía —lo que ya esperaba y no me apetecía contestar— y, lo que no veía venir, varias de Isabella. Exhalé y dejé el teléfono boca abajo, a un lado de la mesa.

—Tu hermana me llamó —admití, mordisqueándome el pulgar.

—Ya lo sé. Le dije que estabas conmigo.

—¿Y qué más le contaste? —incliné la cabeza, como quien olfatea una mentira.

Luca se recostó en la silla, estirando la intriga como parte de un juego.

—Que estabas secuestrada… pero en buenas manos.

—¿Secuestrada? Si esto fuera un secuestro, pediría rescate.

—¿Y qué pedirías?

—Un billete de vuelta a Londres. —La réplica me salió demasiado rápido, pero la curva en mis labios me delató.

—Entonces te lo daría… —se inclinó lo justo, acercándose hasta que la distancia entre nosotros se deshizo—. Pero me iría contigo.

—¿Conmigo? No creo que sobrevivas a mi ciudad.

—Yo me llevaría el negocio y así, al menos, la gente podría comer pasta de verdad. No tanta fritanga.

Le lancé la servilleta que tenía a mano. Luca la atrapó al vuelo, se la pasó lentamente por la comisura antes de dejarla caer sobre la mesa, disfrutando del gesto como quien saborea un capricho prohibido. Sus ojos descendieron a mi boca y, aunque enseguida desvió la mirada, ya era tarde: lo había visto, lo había sentido.

La terraza empezaba a llenarse de ejecutivos que hablaban alto y reían sin gracia. De pronto, el ambiente me pareció ruidoso, impostado. El rumor de esas risas huecas me rebotaba en la cabeza, y sentí que necesitaba escapar.

—¿Qué te parece si volvemos a tu casa? —propuse en un impulso.

—He bebido, no puedo conducir ahora. ¿Te importa que nos quedemos un rato más?

—Podemos dar un paseo por la ciudad. Solo andar, sin más.

Luca achinó los ojos, como si acabara de descubrir algo en mí que le divertía.

—Te cuesta quedarte quieta, ¿eh?

—Últimamente, sí —admití, perdiendo los ojos en el vino que aún me quedaba.

Él dejó la copa sobre la mesa, se acercó y arrastró la silla hasta quedar junto a mí.

—Vale, paseo entonces. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que sonrías al menos una vez antes de que acabe el día.

Puse los ojos en blanco, aunque un amago de sonrisa se me escapó igual.

—Déjame pagar primero.

Nos acercamos a la barra, y el camarero nos atendió al vuelo. Luca pagó sin apartar los ojos de mí, dejando todo lo demás —pantallas, risas, datáfono — en un segundo plano.

—Ese color en tus mejillas… te queda demasiado bien.

El vino me había aflojado las defensas. Más que un leve mareo, era una atracción inevitable que me tiraba hacia él.

—Tú también estás sonrojado —repliqué, y sin pensarlo mis dedos se deslizaron por su pómulo.

Sonrió con un destello travieso antes de que sus labios encontraran los míos. Y aunque todo en mi vida se estuviera desmoronando, ese beso me envolvió como un paréntesis perfecto.

Me sujeté a su camiseta con las uñas, atrayéndolo contra la barra en busca de equilibrio dentro de aquel vértigo. Sus manos subieron a mi pelo, masajeándolo, haciéndome perder aún más el sentido del espacio.

Era todo lo que una chica debía sentir al ser besada por un chico atractivo: el hormigueo, la adrenalina, esa deliciosa caída libre. Y entonces lo supe.

No todo aquello provenía de Luca.

Una parte de esa corriente eléctrica que sacudía mis sentidos tenía otra fuente.

Una mirada.

Al otro lado de la barra, unos ojos me atravesaron como una flecha. Respirar dejó de ser un reflejo y tuve que recordarme cómo hacerlo. ☽



-29-

Tormenta

Luca, ajeno a mi desconcierto, continuaba besándome mientras yo intentaba recomponerme. Era inútil. Porque ahí estaba él, con su expresión indescifrable y sus ojos azul tormenta clavados en nosotros.

Jake.

Apoyaba el codo en la barra con una soltura ensayada, pero algo en su rostro delataba tensión. Vestía pantalones negros de vestir, impecables, y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Nunca lo había visto así, tan… formal. Ni rastro de sus vaqueros gastados ni de la camiseta negra de siempre.

A su lado, un hombre y una mujer de mediana edad lo acompañaban. Él, traje oscuro y gesto rígido; ella, con falda lápiz verde y americana a juego, sujetaba un bolso pequeño con ambas manos, con la misma tensión con la que mantenía la espalda recta.

Y él, en medio, parecía no pertenecer del todo a ese escenario.

Intenté convencerme de que mi vista me jugaba una mala pasada. Pestañeé un microsegundo, deseando que fuera un espejismo.

Pero el sonido seco de un cristal al romperse nos hizo girar al mismo tiempo.

Jake sostenía la boquilla rota de una cerveza; los fragmentos brillaban como dientes afilados sobre el suelo. Sus ojos, marcados por el cansancio, ardían de algo contenido.

Los adultos que lo acompañaban lo miraban con una mezcla de sorpresa y vergüenza.

—Vaya… tú y Luca —soltó, en un tono que rajó la elegancia del ambiente.

Sentí el pulso martilleándome en las sienes. Un calor me trepó por la garganta, seguido de un sabor amargo, metálico, como si me hubiera tragado

una moneda caliente. ¿En serio tenía la desfachatez de plantarse ahí, después de desaparecer? ¿Cómo se atrevía a hablarme así?

Di un paso al frente, con los hombros en tensión y la rabia acumulada quemándome la lengua.

—No eres nadie para decirme con quién salir —espeté, dejando caer los brazos a los lados—. ¡Y no quiero volver a verte!

Su mirada se endureció.

—No lo entiendes…

—¡Nunca! —grité, dándole la espalda.

Jake intentó acercarse, pero Luca se interpuso entre nosotros.

—No te acerques —escupí.

A un lado, un camarero se apresuró a recoger los cristales, lanzándole a Jake una mirada de advertencia que reforzó mi límite.

—Lo siento, amigo —soltó Luca con sorna—, pero ya perdiste tu oportunidad.

¿«Amigo»? ¿Sería solo una forma de hablar?

Vi cómo Jake apretaba la boquilla del botellín hasta que un leve quejido se escapó de su garganta.

La mujer del traje se adelantó y sacó un pañuelo del bolso para asistirlo al notar el rojo escurriéndose entre sus dedos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Jake asintió con un gruñido, pero sus ojos seguían clavados en mí. Parecía grabarse cada centímetro de mi expresión.

Y por un instante, dudé.

Por mucho que ardiera de rabia, ver su piel rota, la sangre en su palma... algo dentro de mí quiso detenerse.

El corazón me latía con furia, oscilando entre el impulso de marcharme y esa empatía tonta que me negaba a enterrar.

Tenía que salir de allí.

Luca colocó su mano en mi espalda, guiándome hacia la salida antes de que flaqueara.

Y lo que había empezado como un paseo tranquilo, terminó convertido en una huida. Una carrera improvisada, sin meta, solo la necesidad de dejar atrás todo aquello.

—Olivia, espera —jadeó, atrapándome del brazo.

Me detuve, intentando recuperar el aliento.

—¿Segura de que no quieres hablar de lo que acaba de pasar? —preguntó Luca con cautela.

—No —corté, tajante.

Reanudamos el paso hacia la Vespa, con la incomodidad pegada a nuestros talones. Luca señaló el vehículo con la barbilla. No discutí. Subirme a la moto era más fácil que enfrentar lo que se había roto hacía apenas unos minutos.

En el trayecto, las palabras de Jake martillaban mi cabeza: «amigo y no lo entiendes». ¿Qué se suponía que no entendía? La verdad era que Jake aún no me había dado explicaciones… o quizá yo no se lo había permitido.

Al llegar, Luca me sujetó de la cintura para ayudarme a bajar.

—No sabía que esto iba a pasar —se disculpó, girando la llave de contacto—. No tenía ni idea que Jake iba a estar allí, parece que arruinó su entrevista... o lo que fuera eso.

—¿De verdad no lo sabías? —lo encaré, golpeando la palma de su mano con el casco.

Él se la frotó, frunciendo el ceño.

—¿Qué insinúas?

—Que lo llamaste «amigo», Luca. Y tú me aseguraste que erais solo conocidos.

El enfado que había estado tragando todo el día terminó por estallar. Necesitaba desahogarme. Primero con él, luego Bruna. Al paso que iba, no me quedaba nada que perder.

Luca abrió la puerta y entramos, pero me quedé parada, justo en el recibidor.

—Venga, suéltalo. Hoy ha sido un día largo. No tengo la cabeza para juegos, solo necesito que me cuentes la verdad.

Me afirmé en el sitio, con la barbilla alzada y las uñas marcando la palma cerrada. No iba a moverme hasta obtener respuestas.

Luca dejó escapar un gruñido ahogado, soltando el aire por la nariz con un resoplido breve.

—Nos conocemos desde pequeños —confesó Luca, arrastrando las palabras como si pesaran—. Íbamos a la misma escuela, incluso a sus cumpleaños.

—Eso no suena a «apenas conocidos» —bufé, saboreando el gustito de tener razón.

—Déjame terminar. Después de secundaria se fue a la universidad en Seattle. Yo decidí no seguir estudiando y abrí el restaurante. Jake trabajó conmigo un tiempo para pagarse la carrera, pero luego se marchó. Así que nos distanciamos.

—Continúa —le animé, apoyando la cadera en el mueble de la entrada, que parecía endeble.

—Cuando lo de su padre pasó… —Luca bajó la voz. Parecía buscar una forma menos cruda de decirlo, pero se le notaba la incomodidad en la forma en que se mordía el interior de la mejilla—. Jake tuvo que volver a San Diego. Dejó la universidad. Empezó a trabajar en una cadena de restaurantes italiana que compite de manera directa conmigo.

—¿Qué ocurrió con su padre? —pregunté, notando una ligera debilidad en las rodillas.

Luca arrugó la frente.

—¿No te lo ha contado?

—No —respondí. Giraba nerviosa el anillo plateado que llevaba desde que tenía doce años.

—No sé si soy la persona indicada para decírtelo…

—Por favor, Luca —rogué, sacando el labio de abajo en un intento desesperado por persuadirlo.

Se llevó las manos a la cara, buscando esconder el agotamiento.

—Hace un tiempo su padre se marchó sin dar explicaciones. Se llevó todo el dinero y desapareció. Jake tuvo que dejar la universidad para encargarse de la casa. Desde entonces no ha parado de trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Luca se frotó las palmas contra los pantalones, impaciente incluso con sus propias palabras.

—Lo siento por él, de verdad. Pero no voy a olvidar que se fue con esa otra empresa después de lo que me hicieron. Intentaron manchar mi reputación, casi pierdo el negocio. Así que, para mí, Jake ya no es un amigo, solo un conocido.

Me cubrí los párpados con los dedos; la cabeza se me quedaba demasiado pequeña para tantas piezas encajando de golpe: la incomodidad de Jake cuando hablábamos de familia, cómo evitaba mencionar a su padre, esa forma de cerrarse sin previo aviso… todo empezaba a tener sentido.

La imagen de su mano apretando el botellín roto, con la sangre goteando entre los dedos, no dejaba de perseguirme.

Respiré hondo, intentando recuperar algo de control sobre mis emociones.

—¿Tienes su número…?

—¿Para qué lo quieres?

Hice crujir el cuello con un giro brusco, solo para ganar segundos.

—¿Lo tienes o no? —insistí, con la urgencia saliéndome por los poros.

—Olivia, estás demasiado alterada. Creo que deberías pensarlo bien antes de hacer algo impulsivo.

Una parte de mí reconocía que Luca tenía razón; otra, esa corazonada necia, me empujaba a buscar respuestas.

Necesitaba enfrentarme a Jake de una vez por todas.

Antes de que pudiera soltarme otra frase de advertencia, giré sobre mis talones y di un portazo que reverberó en la madera.

Empecé a caminar a paso desbocado, con los pies tropezando entre sí, incapaz de lograr que mi cuerpo siguiera el ritmo de mi cabeza.

Saqué el móvil del bolsillo para enviar un mensaje, pero se me resbaló de las manos y cayó al suelo.

—Mierda... —mascullé, agachándome para recogerlo.

La pantalla tenía una fina raja en una esquina, pero aún funcionaba.

Tecleé con los dedos que patinaban sobre la pantalla y envié un mensaje a Bruna, la única persona que podía ayudarme en ese momento.

La respuesta llegó casi de inmediato. Y con ella, algo parecido al vértigo.

`[Bruna]: Garnet Avenue, 43. Suerte. ☽`



-30-

Dentro

Sin perder más tiempo, levanté una mano para detener el primer taxi que pasó por la calle.

El conductor, un hombre robusto de unos cincuenta años, hablaba con un marcado acento neoyorquino, como los personajes de esas películas clásicas de mafiosos.

—No puedo dejarte justo en la puerta, señorita —dijo, señalando el marcador de gasolina que destelleaba en rojo—. Pero te dejo una calle antes si eso sirve.

—Perfecto, sí, aquí está bien —respondí apresurada mientras el coche se detenía.

Bajé y una ráfaga de viento me cruzó la cara. Eché a trotar hacia mi destino, con el corazón desbocado golpeándome contra las costillas.

Las agujas marcaban las ocho y media.

Una gota cálida me resbaló por el dorso de la mano. Otra me alcanzó el hombro. Y, sin previo aviso, el cielo se desplomó por completo.

—Genial. Tormenta de verano —refunfuñé, empapándome en segundos.

No me molestaba demasiado la lluvia. En Inglaterra llovía más de lo que salía el sol. Pero llegar mojada, con cara de loca y el pelo chorreando... no era el mejor plan.

Aceleré el paso. El agua golpeaba el asfalto y mis zapatillas chapoteaban a cada pisada.

Y por fin, después de haberlo imaginado mil veces, la tenía delante.

La casa.

Más grande que las del resto de la calle, pintada de un blanco que contrastaba con el cielo plomizo.

El porche delantero, amplio y cubierto, tenía una mecedora de madera que se movía empujada por el viento. Unas campanillas colgadas del alero

tintineaban sin pausa.

Corrí hasta refugiarme bajo el tejado, intentando recuperar algo de dignidad. Me pasé las manos por el pelo, echándolo hacia atrás como pude.

«¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Y si piensa que estoy desequilibrada?»

Titubeé. Pero ya estaba ahí. Ya había llegado. No podía huir.

Inspiré hondo, cerré los puños y llamé a la puerta.

Al poco, la hoja se abrió.

Una mujer alta, de rostro sereno, apareció con la cabeza ladeada, observándome con atención. Llevaba el pelo recogido en un moño improvisado y un camisón largo, de esos que parecen sacados de una tienda entre collares de cuentas y cuencos de incienso.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Hola... verás. —Intenté sonar segura, aunque el frío ya se colaba bajo mi ropa empapada—. Yo soy Olivia.

La mujer se frotó la sien con la yema del dedo.

—¿Olivia? —repitió, como tratando de ubicarme en su memoria.

—Soy amiga de Jake —aclaré, con las palabras atascadas, incapaz de hacerlas fluir.

Una chispa le cruzó el rostro.

—¡Ah, vale! ¡Pues pasa, pasa! ¡Estás calada hasta los huesos!

Abrió la puerta del todo.

—No quiero molestar… —musité, bajando la vista al felpudo. La lluvia seguía azotando fuera. ¿Y si era un error? ¿Y si Jake no quería verme?

—¡No digas tonterías! Entra. Soy Suzanne, pero puedes llamarme Susan.

—Encantada —respondí, estrechándole la mano.

Me quité las zapatillas con disimulo, dejando un rastro de barro en el porche.

Al atravesar la entrada, la calidez de la moqueta me sorprendió bajo los pies. Avanzamos por un pasillo estrecho hasta desembocar en un salón de paredes color arena, cojines mostaza y estantes abarrotados de libros.

Entonces lo vi.

Jake apareció desde la cocina. La mano derecha vendada, aún marcada por la mancha seca de la herida. Sobre la mesa de cristal, un botiquín abierto y un rollo de vendas a medio usar.

—¿Estás… mejor?

Se llevó la mano instintivamente a los labios, intentando decidir si yo era real o una aparición. En su rostro, el orgullo forcejeaba con algo más vulnerable.

—¿Jake? —intervino Susan con suavidad, notando cómo el aire se enrarecía—. Contéstale, cariño.

Él pareció sacudirse el trance. Se irguió y frotó con torpeza la venda de su mano, como si buscara refugiarse en el dolor físico.

—¿Qué haces aquí?

—¡Jake! —lo reprendió Susan, con las manos en jarras—. Esa no es forma de hablarle a una amiga.

—No pasa nada —intervine antes de que la tensión escalara—. Venía a hablar con él… pero si no es buen momento, puedo irme.

Evité sus ojos, concentrándome en mantener la compostura.

—Perdona a mi hijo. Todavía está alterado por lo que pasó en el restaurante; se cortó con unos platos que cayeron al suelo.

—Vaya... lo siento mucho —murmuré.

—Pero oye —añadió Susan, recuperando la chispa—, has llegado justo a tiempo. Es noche de burritos. Y como Jake hoy no puede ayudarme, podrías hacer de pinche. Si te apetece, claro.

—Me encantaría —dije, apartándome el pelo húmedo del rostro antes de recogérmelo en una coleta rápida. Ese gesto me ayudó a recuperar algo de control.

Jake me observaba de reojo, sin decidirse a enfrentarme. Lo vi inclinarse contra la pared, clavando la espalda, antes de perderlo de vista al seguir a Susan.

La cocina, de muebles blancos con tiradores color mostaza, resultaba acogedora a pesar de su tamaño reducido. Los azulejos estaban adornados con ilustraciones de hierbas aromáticas acompañadas de nombres en latín.

Susan y yo comenzamos a preparar los ingredientes en la limitada superficie de trabajo. Cortamos pimientos, cebollas y tomates mientras el pollo se cocía a fuego lento.

—Quería pedirte perdón por cómo se ha portado Jake —dijo enjuagándose las manos bajo el grifo y secándoselas con el delantal—. Si lo conoces, ya sabrás que tiene un temperamento fuerte. Y ahora, con todo lo que está pasando, todo le afecta más de la cuenta.

—No hace falta —respondí, buscando a tientas qué decir después.

—La verdad es que ni él ni yo sabemos cómo manejar esta situación. Bueno, yo al menos tengo más paciencia; los años me han enseñado eso.

Supuse que hablaba de su marido, del pasado que Jake evitaba nombrar. Pero no quise presionar, así que le dediqué una mirada comprensiva mientras preparaba las salsas según sus instrucciones.

Cuando todo estuvo listo, montamos los burritos y regresamos al salón.

Jake había puesto la mesa ayudado solo de su mano izquierda. El mantel estaba torcido, pero los cubiertos alineados con esmero. En el centro, un jarrón de cerámica roja con dibujos de nubes, que me recordó a las manualidades que hacía en el colegio, contenía flores frescas que parecían recién recogidas del jardín.

Susan llegó detrás con el bol del pollo aún humeante y comenzó a repartirlo sobre la mesa.

Se detuvo frente a uno de los cubiertos y los apartó con suavidad.

—Jake, sabes que le cuesta bajar… No está para esfuerzos.

—Déjame intentarlo hoy —respondió él, sin levantar la vista del mantel.

Susan chasqueó la lengua.

—De acuerdo. Pero con cuidado, ¿sí?

Se cruzó de brazos, aunque no con dureza, más bien, preparándose para observar de cerca lo inevitable.

Entonces Jake subió las escaleras de dos en dos, con la agilidad de quien conoce cada peldaño de memoria.

No entendí lo que estaba pasando hasta que lo vi bajar con una niña en brazos. Tenía los ojos azul intenso y el cabello largo y oscuro.

Se parecía a él.

«Emily», recordé. La había mencionado el día de la competición.

Verla ahí, de carne y hueso, con sus auriculares colgando y ese cuaderno apretado al pecho, me sacudió más que cualquier palabra de Jake. Ya no era solo una historia: era una niña real, su hermana, su mundo.

Susan se llevó las manos a la cabeza en cuanto lo vio, su respiración se aceleró al notar que Jake todavía no podía sujetarla con firmeza por culpa de la mano herida. Pero él bajó con mimo y la sentó despacio en una de las sillas. Los demás nos acomodamos en la mesa y empezamos a servirnos.

—Esta es mi hija, Emily —dijo Susan con ternura, acariciándole la cabeza.

La niña tenía un hambre voraz; casi no levantó la vista del plato.

—Hola, Emily, soy Olivia.

—Ya sé quién eres —dijo sin más, con la boca llena.

—¡Vaya, hoy estás con buen apetito! —la felicitó Susan.

Emily hizo caso omiso y me lanzó una mirada de reojo.

—Te dije que estaba mejor. No soy solo yo; lo dijo el médico —aseguró Jake a su madre.

—Eres más guapa de lo que Jake decía. Y también más bajita —añadió Emily tras una pausa.

Jake bajó la cabeza y se tapó la sonrisa con la servilleta.

Me reí por lo bajo. «¿Jake le ha hablado de mí?»

—¿Y qué más te ha contado?

—Que quieres ser escritora como yo.

Tragué saliva.

—Sí, me encantaría. Estoy segura de que las dos lo conseguiremos.

—Yo no estoy tan segura, al menos no siempre, pero cada día tengo más fe. ¿Sabes? La leucemia no es fácil, y no es solo por la fiebre o porque me haga sentirme fatal, es también porque llevo así mucho tiempo, un año es mucho tiempo.

Su madre no cambió el gesto, pero pude sentir cómo su respiración se detenía por un segundo.

—Lo siento —atiné a decir. Pero ella parecía acostumbrada a convivir con la enfermedad y a hablar de ella.

—¿Me pasas el pollo, mamá?

—Aquí tienes, pero cuidado, quema —advirtió Susan, acercándole la bandeja.

Aprovechó la pausa para mirar a Jake.

—¿Y la entrevista? ¿Qué tal fue?

Jake encogió los hombros, moviendo la comida sin ganas.

—Mucha competencia. No creo que me den el puesto.

Susan apretó los labios.

—Es una gran oportunidad, Olivia. Una empresa de Los Ángeles. —Se interrumpió un segundo, bajando la voz—. Allí trabajó su padre durante años.

Jake dejó el tenedor de golpe.

—No necesito que me favorezcan en nada, y menos por ser hijo de ese.

Hizo el amago de levantarse, pero Susan lo contuvo con un simple movimiento de barbilla en dirección a Emily.

Jake volvió a sentarse, tirando del cuello de la camisa, la misma que llevaba puesta en el bar, esa que seguro detestaba.

—No sé por qué sigues defendiéndolo —articuló Jake, mordiéndose la frustración.

Empezaba a sentirme incómoda. Me volví hacia Emily y me sorprendió verla tan tranquila, concentrada en su plato, ajena a todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Cuál es tu género favorito? —le pregunté, buscando romper el clima.

—Me encanta la ciencia ficción. Y a ti, el romance… aunque digas que no crees en el amor, ¿verdad?

—Veo que te han puesto al día —intercambié una mirada rápida con Jake.

—Empiezo a pensar que contarle todo a esta señorita entrometida fue un error.

—Sabes que me encanta que vengas a mi cuarto a hablar durante horas, aunque tu vida no siempre sea muy interesante —respondió Emily con desparpajo.

Nos echamos a reír los cuatro, y por un instante, la mesa se volvió un lugar seguro.

—Chicos, haced hueco, porque tengo algo especial para el postre —anunció Susan, palmeando sobre la mesa.

—¿Banana Split? —preguntó Emily apretando los dientes.

Susan asintió antes de desaparecer en dirección a la cocina.

—Te va a encantar, Olivia. Estás de suerte. Mi madre llevaba meses sin prepararlo —me dijo Emily con orgullo.

Y no se equivocaba. El postre estaba delicioso: plátano con tres tipos de helado, coronado con nata montada y virutas de chocolate. Una cucharada bastó para hacerme olvidar el resto de la realidad por unos minutos.

Afuera, el aguacero repiqueteaba en la acera como un reloj sin pausa. No tronaba, pero la calle tenía ese brillo de charco que anunciaba que la tormenta no pensaba irse pronto.

Mientras recogíamos la mesa, Susan me dirigió una de esas miradas evaluadoras. Luego se acercó, secando un bol con un trapo.

—¿Tienes coche? —preguntó sin apartar la vista de lo que hacía—. No me gusta cómo está la carretera con este tiempo.

Negué con la cabeza, restándole importancia. Susan, en cambio, frunció el ceño y desvió los ojos hacia Jake, que estaba apilando los cubiertos.

—¿Crees que debería decirle que se quede a dormir? —murmuró, tan bajo que en teoría solo él debía escucharla.

Por el rabillo del ojo lo vi asentir, sin romper el vaivén metódico con que seguía recogiendo.

Unos minutos después, Susan reapareció. Llevaba una toalla blanca doblada sobre el brazo y un conjunto de ropa seca: una camiseta rosa claro y unos pantalones holgados que olían a lavanda.

—La habitación de invitados está lista. Quédate esta noche, Olivia. No tiene sentido que te vayas así —dijo con ese tono de madre que no admite excusas.

—Gracias por todo —murmuré, abrazando la toalla con un poco más de fuerza de la necesaria.

—De nada. Jake te enseñará dónde está la habitación —añadió antes de alejarse por el pasillo.

Me quedé de pie, con la ropa limpia en brazos, mientras Jake recogía los últimos vasos con la mano libre. Su expresión era un muro difícil de leer.

—Ven, te muestro el camino —dijo por fin.

Lo seguí pasillo adelante, sabiendo que aquel recorrido no llevaba solo a una habitación, sino también a algo inevitable: la conversación pendiente que tarde o temprano tendría que afrontar. ☽

-31-

Rompecabezas

Cada paso detrás de él era un recordatorio de lo que venía: no solo una puerta cerrándose, sino todo lo que íbamos a tener que abrir.

La habitación tenía las paredes pintadas de azul cielo, el mismo tono que se repetía en los libros apilados, en la manta arrugada sobre la silla, incluso en la lámpara de la esquina.

Dos trofeos de béisbol y tres medallas de surf colgaban de la esquina del marco de una foto: él y su hermana, de niños, riendo, despeinados, con las mejillas rojas, como si acabaran de correr por un jardín que no era aquel. Otra casa. Otra vida.

Cuando cerró la puerta, me dejé caer sobre la cama mientras él se apoyaba en el marco de la ventana. La lámpara iluminaba las gotas de lluvia que seguían resbalando por el cristal.

—No sé qué decir, Jake. No... no sabía nada.

—Ya lo has visto por ti misma. Mi hermana está enferma, pero se pondrá mejor. Sé que lo hará.

Asentí con fuerza. Quería creerlo tanto como él.

—¿Por qué has venido?

—No lo sé —admití con brutal honestidad—. Tal vez esperaba que pudiéramos solucionar algo, o... no sé, que ocurriera un milagro.

Sus ojos buscaron los míos, y por un instante el silencio pareció tragarse todo lo demás.

Se alejó de la ventana y se sentó a mi lado en la cama, tan cerca como para que el calor de su cuerpo me erizara la piel.

—¿Por qué dejaste que Luca te besara en el bar?

Las palabras se me atragantaron en la garganta, y lo único que quería era desaparecer, fundirme con cualquier rincón de aquella habitación.

—Necesitaba sentir algo —confesé, con los ojos clavados en el suelo—. Algo que me hiciera olvidarte.

—¿Y lo lograste?

—No. —Negué despacio—. Solo consiguió que pensara más en ti.

Él bajó la vista, tragándose algo que amenazaba con romperlo. Toda su postura se sostenía de milagro, y yo no sabía si debía acercarme o huir.

—Sé que tienes derecho a estar con quien quieras —dijo por fin—. Pero, joder, Olivia… nunca pensé que sería con él.

—Jake, no lo sabía. No sabía nada de tu vida hasta ahora. Te has encargado de ocultármelo todo a la perfección. ¡Y encima me engañaste con la modelo!

—¿La modelo?

«Mierda. ¿De verdad he dejado escapar el apodo delante de él?»

—Con Maddy —aclaré, apretando los dientes—. Parece una modelo de revista. Y yo… yo solo soy una chica normal.

Jake me sostuvo la mirada tanto rato que empecé a temer lo que iba a decir.

—No sé cuál es la razón, Olivia, pero siento que no te ves con los mismos ojos que yo te veo.

—¡Pues lo que tú hiciste no ayudó mucho a subirme la autoestima, ¿no crees?! —espeté, con los dedos tensos sobre mis piernas.

—Aún no me has dejado explicarme —insistió. Pude ver cómo los tendones de su cuello se tensaban, como si estuviera conteniéndose.

—¡Pues adelante! —solté, cruzando las piernas con brusquedad—. Explícate de una vez.

—Mi historia con Maddy es larga. Ella y yo somos vecinos; nuestras madres siempre fueron muy unidas, hacían todo juntas. Y aunque no culpo a la mía, eso me empujó a pasar demasiado tiempo con ella. Salimos un tiempo, sí, pero pronto supe que solo sentía cariño, pura costumbre. Me atraía, joder, porque es guapa, pero no era amor. Ni de lejos. Y ella tampoco me quería a mí. Solo me buscaba porque no sabe estar sola. Y yo... era fácil. Vivía cerca, tenía coche, y si me pedía algo, sabía que no le iba a decir que no.

—Entonces, ¿qué hacías con ella esa tarde? —pregunté, clavando las manos en la cintura, dejando que la rabia me empujara a exigir respuestas.

—Olivia, escúchame. —Tomó aire antes de continuar—. El destino no dejaba de ponerla en mi camino: misma universidad, mismos amigos, los mismos sitios una y otra vez. —Chasqueó la lengua, frustrado consigo mismo—. No sabía cómo enfrentar lo de Emily. Me dolió más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Y en lugar de afrontarlo, volví a fumar.

—¿Qué tiene que ver Maddy con eso?

—Su primo era quien me conseguía la hierba —gruñó, incómodo, como si cada palabra le pesara.

Parpadeé, intentando procesar lo que acababa de soltar. ¿Hierba? ¿En serio?

—Y ella se aprovechó —continuó, pasándose una mano por la nuca—. Me dijo que quería poner celoso a un tío que jugaba de receptor en los Blue Hawks.

Fruncí el ceño, incapaz de asimilarlo.

—Que necesitaba que la viera conmigo. Y que, si no le seguía el juego, su primo dejaría de venderme.

Se mordió el labio, odiando reconocerlo en voz alta. Yo, en cambio, me quedé helada: un nudo entre la rabia y la decepción me apretaba la garganta.

—¿En serio le seguiste el juego por eso?

—¡No! —saltó de inmediato, atropellando las palabras—. Le dije que no. Que no quería líos, ni su rollo de siempre. Pero entonces se me lanzó encima. Me besó sin avisar. Y fue en ese momento cuando tú nos viste.

La imagen de aquel beso volvió a asaltarme, pero me obligué a mantener la cabeza alta.

—¿Por qué no me habías contado todo esto?

—Porque fui un gilipollas, Olivia. —Se frotó los ojos—. Cuando te vi tan dolida en la fiesta de Dan, pensé que lo mejor era alejarme. Tenía demasiados problemas y no quería arrastrarte conmigo.

—Vaya, qué caballero —negué con la cabeza.

—Sé que tienes todo el derecho a estar enfadada. Pero que lo sepas… cada día sin hablar contigo fue una jodida tortura.

Su cercanía empezaba a colarse bajo mi piel. Había algo en su expresión —una mezcla entre remordimiento y deseo mal disimulado— que me desarmaba, aunque yo me empeñara en resistir.

—Hoy, cuando te escuché reír al final de la barra, me alegró verte así... pensé cuánto me hubiera gustado ser yo el que te estuviera haciendo feliz.

Mis defensas empezaban a resquebrajarse, pero no dejé que me viera flaquear.

—Estos días sin ti fueron un desastre —continuó—. No quería que pensaras que me daba igual lo nuestro… o que aquel fin de semana no fue uno de los mejores de mi vida. Porque lo fue. Y porque tú me importas, Olivia.

—Jake...

—No quiero que pase un día más sin que lo sepas. Tal vez aún no esté listo para decir que me he enamorado de ti… pero sé que esto no es cualquier cosa. Y me jode no tener ni idea de cómo manejarlo.

Su voz se quebró, desnuda y sincera, al llevarse la mano a la nuca, como si el peso de las palabras lo hubiera dejado sin fuerzas.

—Es nuevo para mí, y sí, me supera. No sé cómo manejar lo que siento… ni lo que haces que despierte en mí. Tú, Olivia Brown, tienes un poder sobre mí que nadie más ha tenido. Y eso me asusta. Pero mucho más me aterra que no sepas que estoy completamente loco por ti.

Me debatía entre alejarlo o rendirme, y cada centímetro menos entre nosotros inclinaba la balanza.

En sus ojos encontré algo que no esperaba: miedo. Y, en un giro extraño, lo único que quise fue tranquilizarlo. Mi ira empezaba a resquebrajarse. Poco a poco, las piezas torcidas de lo nuestro parecían encajar.

Jake Harton no era solo el chico que me atraía a rabiar, también era alguien que cargaba cicatrices. Apasionado, capaz de entregarse incluso cuando dolía. Amaba la vida, a su familia… y yo anhelaba formar parte de esa lista.

—Sigo enfadada contigo, Jake —confesé—. Pero ni un segundo he dejado de querer estar contigo.

Un atisbo de alivio le atravesó el rostro, aflojando la arruga terca entre sus cejas.

—Lo siento muchísimo —las palabras quedaron tan cerca de mis labios que dolía no cruzar la distancia.

Una lágrima me cayó y la limpié rápido, intentando no desmoronarme justo antes de hacer lo imposible: admitir que me había equivocado.

—Jake… yo también lo siento —admití—. Por haberme adelantado a juzgarte.

Bajó la cabeza hasta chocar su frente con la mía. El aire se volvió denso entre nosotros. Sus manos resbalaron por mis brazos hasta mi cintura, donde se quedaron quietas, temiendo romper algo.

—Lo sé, Olivia. Y no tienes idea de cuánto he querido escuchar eso.

Entonces su boca bajó por mi cuello y se hundió en mi clavícula, arrancándome un escalofrío. El calor estalló bajo mi piel, quemándome de dentro afuera. Solo pensé en arrancarle la camisa y rogarle que no parara hasta que nuestras historias comenzaran de nuevo, limpias, desde cero.

Abrí los ojos justo cuando su mirada se detenía en mis labios.

—Parecen jodidos corazones —jadeó—. Nunca he visto unos tan perfectos como los tuyos.

—Entonces míralos —susurré, mordiéndome el labio—. Pero... me gustaría más que...

Jake soltó una risa rasposa.

—Dios, Olivia... vas a volverme loco.

Y antes de que pudiera responder, su boca ya estaba reclamándome.

Se apoyó en un brazo y me tumbó de espaldas. Me apartó un mechón de la cara sin dejar de mirarme. En esos ojos había más que deseo: una herida abierta, una súplica muda de ser comprendido.

Le acaricié la nuca con la yema de los dedos y su piel reaccionó al instante. Lo atraje hacia mí y fui besándolo detrás de su oreja hasta llegar a su lunar escondido.

Jake contuvo el aliento. Su cuerpo se tensó, eléctrico, y sus manos se aferraron a mis caderas con devoción.

—Joder… —exhaló con un temblor—. No tienes ni idea de lo que me haces sentir.

El pulso me golpeaba bajo la piel. Los jadeos que se escapaban de mí ya no me pertenecían del todo: eran suyos.

Su camisa se perdió en el suelo y, de pronto, lo tuve frente a mí, torso descubierto, piel tibia, toda al alcance de mis manos. Lo acaricié despacio, recorriéndolo con la curiosidad de quien quiere grabar cada detalle en la memoria**.** Mis dedos siguieron bajando hasta rozar el borde de sus pantalones, y Jake, sin romper el beso, los dejó caer hasta quedarse en bóxers.

Me detuve un instante, apoyando la frente en el hueco entre su cuello y su hombro. No era solo deseo. Era algo más profundo: la necesidad de sentirme elegida, de creer que esa noche el miedo no tendría la última palabra.

Jake me rozó el cabello con la nariz.

—Estoy aquí —murmuró.

Seguimos buscándonos, explorándonos sin prisa, como si descubrir al otro fuera un juego que nunca acababa. La ropa seguía en medio, marcando un límite que no cruzamos, aunque el calor que ardía entre los dos era real, innegable.

Poco a poco, el impulso se fue rindiendo. No sé en qué momento dejamos de devorarnos con tanta ansia, pero de pronto estábamos quietos, enlazados, respirando al mismo compás, con el corazón aún disparado.

La tormenta había pasado. Ya no quedaban reproches. Solo lo nuestro, fuese lo que fuese.

Al despertar, lo primero que noté fue la textura mullida de las sábanas enredadas a mi alrededor. La luz de la mañana se colaba tímida por la rendija de la persiana. Tardé unos segundos en reconocer la habitación y asegurarme de que no había sido un sueño.

En algún momento de la noche, entre caricias, había vuelto a vestirme con la ropa que Susan me había dejado. No recordaba cuándo exactamente, solo que no habíamos cruzado esa última frontera.

La camisa de Jake seguía tirada en el suelo, sus pantalones, a medio doblar, descansaban al pie de la cama. Yo aún llevaba puesta la camiseta y los pantalones prestados. Todo era real. Y, sin embargo, él ya no estaba.

—¿Jake? —llamé, casi sin aliento.

No hubo respuesta. Solo el leve crujido de la madera vieja del pasillo al otro lado de la puerta entreabierta.

El hueco en la cama aún guardaba su calor, pero la habitación ya se sentía demasiado vacía.

¿Dónde estaba? ☽



-32-

Las velas

Miércoles, 9 de agosto de 2023

En ese momento, mi móvil vibró sobre la mesita: su primer mensaje desde que desbloqueé su número anoche. Volvió esa sensación extraña —casi eléctrica— que siempre me daba ver su nombre en la pantalla.

[Jake]: ¿Tienes hambre, escritora?

Una sonrisita se me coló sin permiso. Le respondí con el emoji del monigote hambriento.

[Jake]: Eso me gusta. Pero si tardas, empiezo sin ti… el café, claro ;P

Dejé el teléfono a un lado y me incorporé. La ropa mojada seguía en el rincón, justo donde la había dejado. Pero había algo nuevo: un vestido verde colgaba del pomo de la puerta. De tirantes, ceñido en la cintura y con vuelo hasta las rodillas. Era precioso. Susan había pensado en todo.

Tras cambiarme y recogerme el pelo en una coleta alta, me detuve frente al espejo del baño. La chica que me devolvía la mirada no era la misma que había estado llorando en un restaurante solo veinticuatro horas antes. Había perdonado, sí. Pero también había aprendido a no volver a desdibujarme por nadie.

Bajé poco a poco las escaleras, el olor a bacon llenaba el aire. Me detuve al final del pasillo, asomándome al marco de la puerta para observarlo detenidamente.

Jake estaba de espaldas, tarareando una canción de *country* mientras cocinaba. La camiseta gris, pegada por el sudor reciente, marcaba la tensión de su espalda cada vez que giraba la cuchara en la sartén. El sudor le

resbalaba lentamente por la nuca hasta perderse bajo el borde de la tela. Flexionó ligeramente las piernas al alcanzar el estante superior, y la curva poderosa de sus hombros se movió con la misma fluidez hipnótica que el humo ascendiendo de los fogones.

Su cuerpo irradiaba más que energía, estabilidad; como alguien que había estado al borde y había decidido seguir luchando.

Y no tuve miedo. Solo ganas de quedarme.

—Mi madre y Emily han salido para su revisión mensual y luego a pasear —dijo sin girarse—. Estamos solos.

—¿Has salido a correr esta mañana? —pregunté, al notar el brillo del sudor en su piel.

Se dio la vuelta. La sonrisa le fue creciendo hasta que los hoyuelos hicieron su entrada triunfal.

El corazón me dio un brinco tonto en el pecho.

—Sí. Me levanté pronto y lo necesitaba. Correr, sudar, pensar en ti... —se rio por lo bajo—. Y aproveché para hacer la compra. He preparado los gofres de patata que te gustan. ¿Te apetece?

—Mucho.

Me acerqué a la barra y él me tendió un vaso de zumo. Su mirada se detuvo en mi vestido, y la curva de su sonrisa ya no tenía nada de inocente.

—Felicidades, escritora. No sé si es el vestido o tú… pero te juro que no puedo concentrarme en otra cosa.

Mi cumpleaños. Veintidós. Había perdido la noción del tiempo y ni siquiera había respondido las llamadas de todos, pero esa felicitación bastaba.

—Gracias —alcancé a decir, sintiendo el rubor treparme hasta la cara.

—¿Puedo? Anoche tu boca me pareció tan perfecta que temo haberlo soñado.

Me mordí el labio y asentí con los ojos, incapaz de contener las ganas.

Él no se lanzó de golpe. Primero tanteó; antes de besarme de verdad, recorrió con su lengua el borde de mi labio superior, lento, reclamándolo.

Mis manos bajaron hasta su cintura y, en un arranque de desafío, una de ellas se coló más abajo, apretando suavemente la curva de su trasero. Él reaccionó, sorprendido, y sonrió contra mis labios.

—No sabes lo que acabas de hacerme —murmuró, con la voz ahogada, todavía pegado a mí.

Me mordí la sonrisa, dejando que mis dedos se quedaran allí, explorando el contorno de su cuerpo, disfrutando de tener ese poder sobre él.

—Me tienes en tus manos —susurró—, y lo sabes.

Entonces me besó de nuevo, más hondo, reclamando terreno para recuperar el control, pero justo cuando la llama parecía que iba a convertirse en incendio, se detuvo.

—Joder… vale. No lo soñé —exhaló, antes de darse la vuelta hacia los fogones para apagarlos.

En pocos minutos, el humo fue sustituido por el aroma de bacon, huevos revueltos y tostadas con alubias. Colocó el plato delante de mí y, sin esperar, pinchó un trozo con el tenedor.

—Espero que tengas hambre —dijo, probando el primer bocado. Cerró los ojos y dejó escapar un sonido grave, satisfecho—. No sé si cocino tan bien o si es que tengo un hambre que me mata.

—Ambas cosas —respondí, probando un trozo de bacon.

El sabor ahumado y reconfortante que me envolvió al instante solo confirmaba lo que ya sabía desde aquella noche en su restaurante: Jake cocinaba de maravilla. Aunque, siendo sincera, me habría comido hasta un zapato si lo hubiera preparado él.

—Gracias —dije con la boca medio llena, tragando rápido antes de seguir —. Por todo. Por dejarme dormir aquí, por conseguirme este vestido y por este desayuno.

Se levantó, exagerando una reverencia, y empezó a recoger. Yo lo seguí, y acabamos fregando los platos juntos, entre agua caliente, espuma y una comodidad inesperada que me gustaba más de lo que quería admitir.

Al terminar, me rodeó la cintura y apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Qué quieres hacer por tu cumpleaños? —me besó donde el cuello se encontraba con el hombro.

Un escalofrío me recorrió la piel, pero intenté disimular.

—No hace falta hacer nada grande. No quiero que creas que tienes que esforzarte solo porque sea mi cumpleaños.

—No lo hago porque deba. —Me levantó sin ningún esfuerzo y me sentó sobre la barra, colocándose entre mis piernas—. Lo hago porque quiero.

Me miró, buscando algo, y al encontrarlo, sonrió.

Fue al salón y regresó con las llaves y la cartera.

—¿Y esa sonrisilla tan sospechosa? —pregunté, entornando los ojos.

—Nada… —giró las llaves entre los dedos—. Solo pensaba en cosas que no debería hacer en casa de mi madre.

—¿Por eso quieres salir de aquí?

—Me has pillado. —Se pasó la lengua por los dientes—. Y, como ya te dije, ese vestido no está facilitando las cosas.

Se me escapó una risita ahogada.

—Podríamos quedar con Bruna —dije, cambiando de tema—. Me gustaría arreglar lo de ayer.

Jake asintió, y sus manos descendieron por mis muslos antes de ayudarme a bajar de la barra.

De regreso a mi apartamento, entró una videollamada de mis padres. Los presenté a Jake como «un amigo». Él no dijo gran cosa, pero su cara dejaba claro que el título temporal no le molestaba.

—Hablan… como tú.

—¿Cómo yo?

—Si, como narradores de un documental de la BBC. No estoy acostumbrado a ese acento tan formal. Bueno, al tuyo sí… un poco.

—Somos del sur de Londres. Allí se habla así —contesté, recordando las veces que había intentado imitarme con un acento de caricatura—. Aunque juraría que dijiste que te parecía atractivo.

Jake tenía esa chispa en los ojos que me advertía… y me provocaba.

—Y no mentía. Pero no es solo tu acento lo que me gusta.

Su mano subió por mi muslo deteniéndose justo donde comenzaba el vestido.

El sol pegaba fuerte, pero el escalofrío que me provocó no venía del clima. Jake sabía exactamente dónde tocar, cuándo callar… y cómo mirarme.

—Jake… estamos en mitad de la calle.

—Lo sé. Y estoy intentando portarme bien, de verdad… pero tú no ayudas nada.

Me humedecí los labios, intentando mantenerme seria. Fue inútil. Le di un empujón por la espalda.

—Eres imposible.

—Y tú, adorable cuando te sonrojas —dijo con esa media risa que me hacía querer besarle… y, a veces, golpearle a partes iguales.

Rebusqué las llaves en el bolso mientras él se apoyaba en el marco, observándome.

—Voy a cambiarme. Quiero estar cómoda y evitar que Bruna me interrogue en cuanto me vea.

Jake no puso objeciones, pero justo antes de que girara el pomo, me tomó de la cintura y me hizo girar hacia él.

—Pensé que ya habías terminado conmigo —dijo, bajando un poco la voz—. Y si lo hubieras hecho, no te habría culpado.

Hizo una pausa, como si no estuviera acostumbrado a decir lo que venía.

—La cagué. A lo grande. Y... no sé, solo sé que no pienso volver a hacer lo mismo. No contigo.

Me puse de puntillas y lo besé, segura de que, al fin, estábamos empezando algo nuevo.

—Entra delante de mí antes de que no pueda controlarme —murmuró.

Al abrir la puerta, me envolvió esa sensación reconfortante de estar en casa.

Bruna estaba en la cocina, concentrada en cortar rodajas de aguacate y zanahoria, hablando sola frente a la cámara del móvil montada en un trípode improvisado. El aire olía a especias y tofu asado. Grababa contenido para su canal de YouTube, que había lanzado hacía una semana con la idea de compartir recetas saludables.

Jake y yo intentamos pasar sin hacer ruido, pero en cuanto nos vio, soltó el cuchillo y vino directa hacia mí.

—¡Oli! —Me abrazó con fuerza y, al soltarme, dirigió una ojeada a Jake por encima de mi hombro—. Vaya. Veo que has traído compañía.

—Sí. Arreglamos algunas cosas —dije, lanzándole una mirada fugaz a Jake.

Él me guiñó un ojo desde el marco de la puerta.

Bruna sonrió, saboreando el triunfo, y en cuanto se enteró de que era mi cumpleaños empezó a improvisar un postre.

Antes de que pudiera decir nada, ya estaba colocando en la mesa una bandeja con tres magdalenas de arándanos y un par de velas que había rescatado de algún cajón.

Soplé las llamas de una sola vez. Las magdalenas veganas estaban mucho más ricas de lo que pensaba… aunque no se lo iba a admitir tan fácil.

—¿Qué te parece si esta tarde hacemos algo juntos? —propuso Jake, apurando su refresco.

—¿Como qué? —pregunté, acomodándome en el sofá.

—Podríamos ir a la bolera. Caleb seguro que se apunta.

Bruna se mordisqueó la comisura, aguantando las ganas de soltar un comentario ácido.

—No sé si es buena idea...

—Pasamos un rato divertido, te distraes... y además, sé que te gusta Caleb.

—No me gusta —negó tan rápido que casi sonó reflejo.

—Claro —asentí, fingiendo seriedad—. Por eso te tiembla la pajita cada vez que alguien dice su nombre.

—No tiembla nada —espetó, cruzándose de brazos.

—Perfecto —dijo Jake con falsa inocencia—. Entonces no tendrás problema en verle esta noche. Todo controlado.

Ella lo frio con la mirada, pero al final la comisura se le alzó en una sonrisa. Sabía que ya estaba contra las cuerdas.

—Sois unos pesados —disparó—. Pero vale. Voy… pero solo por haceros un favor a vosotros.

Jake y yo compartimos una sonrisa cómplice. Punto para nosotros.

Al final, los tres acabamos rumbo a la bolera, y, como siempre, Bruna logró que pareciera idea suya.

Las luces de neón fluctuaban entre colores sin rumbo fijo, y la música ochentera se mezclaba con los golpes de los bolos y el zumbido incesante de las máquinas arcade.

Encontramos un sofá al fondo, algo viejo pero cómo-do, justo lo bastante apartado del ruido como para poder hablar sin gritar.

Me até los cordones con resignación, intentando no pensar demasiado en cuántos pies sudados habrían pasado por esos zapatos. «Nadie debería compartir calzado con media ciudad», pensé, y salí tras ellos hacia la pista.

Jake tecleó nuestros nombres en la pantalla: O & J.

—Nuestras iniciales no quedan nada mal.

—Equipo imbatible. ¿Qué esperabas? —dijo, dándole un golpecito al monitor.

Apreté los dientes para contener las ganas de sonreír. Algo en esa tontería me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Bruna fue la primera en lanzar. La bola serpenteó unos metros y terminó desapareciendo por la canaleta. Chasqueó la lengua y se cubrió la cara con las manos, justo cuando Caleb intentaba explicarle cómo colocar los dedos. Solo consiguió que ella le acribillara con los ojos.

Jake, en cambio, estaba en su elemento. Cada vez que lanzaba, los bolos caían como fichas de dominó.

—Deja algo para el resto, ¿no? —gruñó Caleb, justo antes de lanzar la suya y derribar cuatro de ellos.

—Lo siento, no puedo evitarlo —respondió Jake, dedicándome una sonrisa divertida. Yo me acomodé en el sofá y empecé a comer palomitas.

—¡Jake, por favor! —dijo Bruna riéndose—. Nos estás dejando en ridículo.

Me levanté y fui hacia él. Jake estaba concentrado en elegir bola, pero al notar mi presencia se volvió hacia mí.

—Podrías dejarles ganar… un poquito.

—¿Y cargármelo todo por compasión? Ni loco. —Pero al mirarme, su sonrisa cambió.

—¿Qué?

—Nada —murmuró—. Solo… me gusta cómo encajamos cuando estamos así.

Caleb apareció por detrás de Jake, interrumpiendo lo que fuera que había empezado a crecer entre nosotros.

—¡Jake, tu turno! Pero antes... ¡mi grito de guerra! —rugió con un chillido tan absurdo que una pareja en la pista de al lado interrumpió el juego, incrédula ante el numerito.

—Eres idiota —dijo entre dientes, conteniendo la risa, antes de tomar la bola más pesada y lanzarla.

La bola rodó por la pista con una precisión impecable. Pum. ¡Strike!

Bruna se desplomó en el sofá con cara de pocos amigos.

—Sois insoportables.

—Talento, querida. Y un toque de suerte —respondió Jake, y antes de que pudiera reaccionar, me levantó en brazos.

—¡Jake! —exclamé entre risas, alzando los brazos en señal de victoria.

—¡Cuidado con Olivia! No queremos que salga volando —bromeó Bruna desde el sofá.

—¡Bien hecho, Harton! —aplaudió Caleb—. ¿Vamos a Harry's Bar? Estoy a dos pasos de morderle una pata a la mesa.

Jake dudó, el gesto se le afiló por un segundo.

—No sé si es buena idea… solía ir allí con mis antiguos amigos.

—Tienen las mejores hamburguesas de la ciudad —insistió Caleb, apoyando la mano en su antebrazo—. Y opciones veganas. —Lanzó una mirada rápida a Bruna.

Jake soltó el aire con resignación y se volvió hacia mí.

—La cumpleañera decide. ¿Qué dices?

Me detuve en los tres: Bruna, aún sonrojada por el beso sorpresa de Caleb a mitad del juego; Caleb, más encantado de sí mismo que nunca; y Jake… el chico que, casi sin proponérselo, había conseguido desmontar mis defensas en cuestión de horas.

—Vamos a Harry's. Lo celebraremos bien —dije, cogiendo el bolso del perchero, sin sospechar que la noche todavía tenía guardada una sorpresa.

El bar estaba a reventar. Voces altas, vasos que repicaban, canciones pop de fondo y camareros que zigzagueaban entre la gente.

Encontramos la única mesa libre, justo al lado de la puerta: lo bastante cerca como para seguir sintiéndonos dentro de todo.

Pedimos una generosa cantidad de hamburguesas, patatas, y batidos que cambiaban de manos. Jake me ofrecía de su plato cada vez que el mío quedaba vacío, y yo me hacía la difícil solo para que insistiera.

Bruna y Caleb discutían sobre qué serie era mejor: *Breaking Bad* o *Game of Thrones*. Nosotros los observábamos con esa complicidad que no necesita palabras ni gestos obvios.

Entonces la música se detuvo.

Una versión lenta y algo ñoña del «Cumpleaños feliz» empezó a sonar.

Desde la barra, dos camareras avanzaban con una bandeja: un donut gigante cubierto de glaseado rosa, con un par de velas titilando en lo alto.

Cuando lo colocaron frente a mí, varias cabezas del local se volvieron hacia nuestra mesa.

—Oh, genial —dije con retintín, y las orejas me ardieron de inmediato.

Bruna se levantó y me abrazó por detrás, encantada de sí misma.

—¡Feliz cumpleaños, Olivia! —canturreó.

Bastó un gesto de reojo; no hacía falta preguntarlo: todo había sido idea suya.

—Pide un deseo, escritora —susurró Jake, tan cerca que su voz me rozó la piel antes que el oído.

Soplé las velas de una vez, siguiendo con la vista el humo que se enroscaba hacia el techo.

—¿Vas a contarme qué pediste? —preguntó.

—Las cosas buenas se escapan si las dices en alto.

Jake rio por lo bajo, aunque sus ojos no se movieron de los míos.

—No tienes que decírmelo… me basta con estar cerca cuando pase.

Estaba a punto de responder cuando Bruna me clavó los dedos en el brazo, atragantándose con su sorbo de refresco.

—¿Esa es la chica de la que me hablaste? —cuchicheó, señalando hacia la puerta con la cabeza.

—¿Qué chica?

—La pelirroja alta.

Me giré por inercia.

Y supe, sin margen de duda, que aquello no iba a terminar bien.☽



-33-

Sabor agridulce

Maddy.

Por supuesto. Porque el universo no solo tiene sentido del humor… también tiene mala leche.

Súper maquillada, con ese pelo rojo de filtro y la superioridad tatuada en la cara desde la última vez que la vi.

A su lado, Marlon —kit básico de porros y arrogancia— y sus dos hienas inseparables.

Blasfemé para mis adentros. El donut se volvía arenilla entre los dientes.

—¡Harton! —tronó Marlon, avanzando por el bar con paso de dueño—. ¡Dichosos sean mis ojos!

Jake hundió los hombros, la tensión colgando de cada movimiento, como quien se prepara para un choque inevitable.

Cuando Marlon llegó a nuestra mesa, se dieron la mano, pero no fue un saludo sino un pulso silencioso.

Maddy se quedó atrás, plantada con una mano en la cadera, y el desprecio dibujado en el rostro como si me lo hubiera dedicado en exclusiva.

—No sabía que habías caído tan bajo, Jacob —dijo, arrastrando su nombre de pila con veneno.

Jake exhaló una especie de ruido burlón, entre risa y desprecio.

—Ni yo sabía lo de vosotros dos. —Señaló a Maddy y Marlon con la cabeza—. ¿Desde cuándo os dais el lote?

Ambos soltaron una carcajada.

—No estoy con él —gruñó Maddy, golpeando a Marlon en el brazo con fingida dulzura—. ¡Más quisiera!

—¡Oye! —protestó él, frotándose el brazo como un niño ofendido.

Maddy se volvió de nuevo hacia Jake.

—Por cierto, ¿sabes que tu novia te dejará pronto? — dijo, apuntándole con el dedo.

Jake entornó los ojos y se recostó en su silla.

—¿Todavía te escuece que te diera calabazas la última vez que nos vimos? ¿O ya no te acuerdas?

Un gustillo me subió por el esternón.

Sin embargo, sabía que la partida no había terminado.

—Y ahora te las van a dejar a ti —dijo Maddy, sosteniendo mi mirada sin pestañear—. Aunque bueno… como ella no se irá muy lejos, igual os funciona. Un par de semanas, quizás.

Jake arrugó la frente antes de fijarse en mí. Maddy ya sabía lo de la beca, y estaba disfrutando del espectáculo: de la tensión que provocaba, de mi cara.

—No le hagas caso —intervine, tratando de mantener el control, aunque las piernas empezaban a temblarme.

Maddy soltó una risilla hueca.

—Toda la gente te abandona, ¿verdad? —dijo, fingiendo un puchero—. Pobre Jake. Siempre el último en enterarse.

Ese último comentario le dio justo donde más dolía.

Jake se quedó mudo, con los puños cerrados sobre la mesa.

Hice el amago de levantarme, pero él ya había empujado la silla hacia atrás de un golpe.

—Caleb, ¿vienes?

Su amigo asintió y se levantó para seguirlo.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté, sujetándole el brazo.

—Solo necesito aire —respondió, sin levantar los ojos. Lo de su padre había terminado de romper algo que ya estaba agrietado.

Maddy, desde su rincón, sonreía como quien ya se siente dueña del juego.

Algo se quebró dentro de mí. Me levanté y le di un bolsazo, solo para apartarla, aunque la furia me pedía más.

—Zorra —escupió. Su insulto favorito—. Engreída —añadió justo antes de salir del bar.

Bruna y yo nos dirigimos al callejón lateral.

El aire fresco me golpeó la cara, pero no bastó para aliviarme.

La humedad me nublaba los ojos.

«Feliz cumpleaños, Olivia».

—¿Vas a dejar que esa tía te hable así? —disparó Bruna, ladeando la barbilla con gesto desafiante.

—No soy de pelear, Bruna. No voy a meterme en movidas.

—Pues yo sí. Y si quieres que me calle, mejor me voy. Pero si me das luz verde, vuelvo ahí y le explico cómo arreglamos las cosas en el sur.

—Haz lo que quieras —largué.

Qué irónico. Siempre lloraba en mis cumpleaños, y ese año no iba a ser la excepción. Me cubrí la cara con las manos, sin saber si llorar, gritar o las dos cosas. Lo único que deseaba era irme. Pero antes, la cuenta.

Volví al bar. Conseguí esquivar a Marlon. No tuve la misma suerte con Maddy.

Se materializó a mi lado en la barra, con una Coca-Cola en la mano y esa sonrisa suya, pintada con veneno.

—Solo te lo estoy poniendo sencillo. Lo tuyo con Jake no tiene fu-tu-ro. —deletreó, acercándose peligrosamente a mi oído.

Apreté los dientes y me levanté del taburete.

—¿Y tú qué sabes? Has estado saliendo con él todo este tiempo y aún no lo conoces.

El desprecio le tiñó la cara, tan natural como respirar.

—Escucha, chica, tú eres su novedad, ¿vale? —dijo mientras le daba vueltas a la pajita.

Me mordí la lengua para no soltar una carcajada nerviosa. «Su novedad». Como si fuera un capricho pasajero.

—Al principio, todo es intenso. Jake es así. Se engancha rápido, se lanza de cabeza…

Sentí los dedos clavarse en el borde del taburete. Quería interrumpirla, pero me forcé a mantener el gesto.

—Hasta que algo revienta. Y siempre, siempre revienta.

Traté de poner la espalda recta, de no pestañear siquiera. No iba a darle el gusto de verme flaquear.

—¿Por qué no te ahorras el discurso? —repliqué, tan entera que hasta yo me sorprendí—. Lo tuyo con Jake ya es historia. No proyectes tu desastre en mí.

Me dedicó una sonrisa insolente, cargada de burla, más contra mis palabras que contra mí. Por un momento pensé que se iría. Pero no. Dio un paso hacia mí. Otro. Demasiado cerca. Su perfume dulzón me invadió las fosas nasales.

—Lo acabarás viendo tú sola, princesa. No necesitaré hacer nada.

Sonreí de oreja a oreja, con la misma autenticidad que un anuncio de colonia barata. Por dentro, hervía.

—Entonces explícame esto: ¿por qué estás aquí? —di un paso atrás y alcé el mentón—. Si tan claro lo tienes, ¿a qué viene la advertencia?

Algo en mis palabras le arañó el ego, y lo vi en la inyección de furia que iluminó sus ojos. Maddy no estaba acostumbrada a que alguien le respondiera y mucho menos a perder.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo —dijo, más bajo—. Jake es complicado. Cuando las cosas se pongan feas, no vas a saber cómo manejarlo.

—¿Como tú? —repliqué, señalando a mi alrededor—. Porque no parece que tú supieras tampoco.

Maddy me arrolló con todo el cuerpo.

Salí disparada hacia atrás, choqué con el taburete y caí de lado.

La mejilla se estrelló contra las baldosas frías y el dolor me atravesó hasta el ojo.

Todo giraba. Las voces se mezclaban, lejanas, mientras intentaba incorporarme. Me llevé la mano al rostro, la piel me ardía bajo los dedos.

—¡Jake! —la llamada de Bruna me alcanzó desde algún punto del local.

Vi a Maddy avanzar de nuevo, su sombra alargándose sobre el suelo. Pero antes de que pudiera acercarse más, Marlon la sujetó por detrás.

—¡Suéltame! —gritó, forcejeando—. ¡Déjame, subnormal!

Marlon vaciló.

Y en ese titubeo, la puerta trasera del bar se abrió de par en par.

Jake.

El marco vibró al cerrarse tras él. Su pecho subía y bajaba con fuerza. Sus ojos me encontraron primero. Luego a Maddy. Después a Marlon. Al caos entero.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó sin moverse, salvo por la mandíbula, que tensaba con tanta rabia que dolía contemplarlo.

Conseguí hacer un leve movimiento de cabeza desde el suelo. Bruna estaba a mi lado, revisándome la frente, diciendo algo sobre una posible conmoción. No la escuchaba. Solo podía fijarme en él.

Jake se frotó la cara con ambas manos. Bajó la cabeza.

Y cuando volvió a alzarla, algo en él ya no estaba.

Avanzó hacia Marlon.

—¿Quieres probar suerte conmigo también? —dijo entre dientes, con los puños cerrados y los ojos clavados en él. No pestañeaba.

Marlon levantó las manos.

—Eh, tranquilo, tío. Yo no he hecho nada.

Jake no escuchaba. Lo empujó. Fuerte. Marlon dio varios pasos atrás hasta topar con la pared con un golpe sordo.

Maddy se puso detrás de él, pero no se contuvo.

—Siempre igual —escupió ella—. Saltas a defender, pero al final siempre te quedas solo, Jake. Pregúntale a tu padre. Pregúntale a cualquier persona que haya intentado salvarte.

Jake hizo tronar las vértebras al girar la cabeza. Aquellas palabras lo golpearon más fuerte que cualquier puñetazo.

Soltó a Marlon y quedó rígido.

—Jake —balbuceé, intentando incorporarme—. Por favor, mírame.

Bruna se adelantó antes que yo. Se plantó entre él y Maddy, brazos extendidos, palmas en alto.

—Lárgate, Maddy. Antes de que te hagamos arrepentirte de haber nacido.

Maddy quiso decir algo, pero Marlon la agarró del brazo y tiró de ella hacia la salida.

—Vámonos, Maddy. Ya basta.

Ella no opuso resistencia. Solo me acribilló con la mirada antes de desaparecer por la puerta.

Lo que vino después no mejoró. Jake seguía de pie, con la vista clavada en el suelo, los hombros tensos y el aire entrecortado.

Me acerqué despacio. Le toqué el brazo.

—Jake… mírame.

Él levantó la vista. Sus ojos estaban nublados. Había algo roto, algo sin nombre.

—No la escuches. No dejes que te destruya.

Cerró los ojos y escondió el rostro en mi cuello. Su aliento cálido pesaba contra mi piel. Lo abracé con fuerza, intentando reunir las partes que Maddy había querido romper.

—No me voy a ir a ninguna parte —le aseguré, enredando los dedos en su cabello—. Da igual lo que ella diga.

—Lo sé —murmuró, con la voz rota—. Pero te prometo que no volveré a ponerte en peligro. Nunca más por mi culpa.

—La próxima vez no habrá ninguna Maddy porque no la voy a dejar acercarse.

Jake me sostuvo la mirada, y aunque todavía había dolor en sus ojos, también brillaba algo distinto: determinación. Quizá fue en medio de toda esa tormenta cuando se volvió imposible negar lo que había entre nosotros.

—Joder… eres todo lo que quiero.

No lo gritó ni lo adornó, y quizá por eso me caló tan hondo. Era tan crudo, tan real, que me descubrí temblando. Y lo peor —o lo mejor— es que yo también lo quería.

Salimos del bar los cuatro sin apenas hablar. La noche había sido demasiado intensa y cada uno intentaba recomponerse a su manera.

Dejamos a Caleb y Bruna en su casa, pero no sin que ella me hiciera prometer que no me metería en más líos en lo que quedaba de semana… y que le mandaría mensajes contándole cada detalle. Reí entre dientes y le di un abrazo rápido antes de volver al coche.

Cuando llegamos, Jake apagó el motor. Pero no se movió.

Dejó los dedos inmóviles sobre el volante, alargando el instante antes de enfrentarse a lo que venía.

Después giró hacia mí, con el ceño apretado y la respiración contenida.

—Déjame… verte.

Su voz se quebró, cargada de ese miedo que aparece justo antes de enfrentarse a lo que no quieres confirmar.

Levanté la cabeza despacio. Sus dedos rozaron mi mejilla con tanta delicadeza que casi no lo noté… hasta que me ardió la piel.

Me quejé.

—Joder… —balbuceó, retirando la mano de inmediato—. Te ha dejado hecha polvo. Olivia, lo siento. No tendría que haberte expuesto a esto. Es por mí…

—No. No digas eso —interrumpí, aunque él ya negaba con la cabeza.

—Claro que sí. Tendría que haberte protegido, de ella; de todo esto —musitó, repasando cada rincón de mi cara.

Se inclinó de nuevo y me acarició el pelo, necesitando tocar algo que no doliera.

—Estoy bien —alcancé a decir, tomando su mano. Entrelacé nuestros dedos, queriendo que lo sintiera—. No te responsabilizo, Jake.

Al entrar en casa, durante la cena compartida solo con Susan, Jake volvió a disculparse al menos media docena de veces. Le dijimos que me había resbalado en el restaurante por el suelo mojado, pero no pareció creérselo del todo. Tenía la expresión de una madre que no necesita explicaciones para saber que algo no va bien.

—Olivia, si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en decírmelo —dijo mientras llevábamos los platos a la cocina.

—Gracias, Susan —respondí con una sonrisa floja. Intenté que sonara convincente. No lo logré.

Jake seguía a mi lado, presionando el hielo contra mi mejilla. Al acomodarlo, sus dedos tocaban mi piel, y él se disculpaba cada vez que yo me estremecía.

Cuando Susan se fue a dormir, Jake me llevó al salón y me pidió que eligiera una de mis películas ñoñas favoritas.

Elegí una sobre un chico que repetía la misma cita cada día, con la esperanza de que la chica que había perdido la memoria volviera a enamorarse de él.

Jake, en lugar de soltar alguna de sus ironías o cambiar de canal por empalago, solo dijo que era una locura. Una de esas que, si le tocaba, él también haría. Lo dijo medio en broma, medio en serio, pero con eso bastó para bajarme las revoluciones. Todo lo que venía arrastrando ese día se aflojó un poco

Al terminar la película, subimos a su habitación. Estaba agotada, sí, pero también agradecida por estar allí. En un lugar que ya sentía como seguro.

Saqué del bolso un pijama gris de pantalón corto. Me cambié rápido, dándole la espalda, sin evitar del todo la vergüenza. Me quité la camiseta y me puse el top, consciente de cada movimiento.

Jake estaba sentado en la cama, con el móvil en la mano. Fingía teclear, pero me miraba a ratos.

—Te estoy viendo, Harton —bromeé, sintiendo cómo la sangre me coloreaba la cara.

Él sonrió y dejó el móvil sobre la mesilla.

—No puedes culparme. Es imposible no mirarte.

Me subí el pantaloncito y fui hasta la cama.

—Ahora vuelvo —dijo, saliendo del cuarto. Era la primera vez que me dejaba sola desde que habíamos salido del bar.

En cuanto se fue, apagué la luz y me metí bajo las sábanas. El escozor del golpe seguía ahí, más latente que antes, pero no tenía energía para buscar más hielo.

Tomé el móvil y le escribí a Bruna un mensaje rápido para tranquilizarla. Sabía que no dormiría hasta que no le diera las buenas noches.

Ella era mi brújula en San Diego. Vigilante. Protectora. A veces insoportable, pero siempre estaba ahí.

También pensé en Susan. Esa noche había fingido por nosotros, haciéndome sentir de la familia desde el primer momento. Jake y Emily eran afortunados de tenerla. No entendía cómo alguien podía abandonar a una mujer así.

Casi me había dormido cuando Jake volvió. El chispazo de la lámpara me obligó a cubrirme los ojos con el brazo.

Llevaba solo unos bóxers blancos que se ceñían demasiado bien a sus caderas. La visión hizo que mi corazón tropezara. Aún con el golpe reciente,

mi cuerpo no era inmune a la atracción que sentía por él.

—Perdón... no quería despertarte. —Apagó la luz de inmediato.

Se metió en la cama con el sigilo de alguien que conoce la oscuridad. Lo noté por su olor: piel, perfume y algo que ya reconocía como hogar.

Su mano me buscó el hombro.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

Encendió la luz del flexo. La habitación quedó bañada en una claridad suave, casi dorada.

Me volví hacia él. Me estiré, tratando de aflojar el cuerpo.

—Estoy bien. Ya no palpita tanto.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó. El remordimiento seguía pegado en su voz.

Negué. Me acerqué a él, lo rodeé con los brazos y apoyé la mejilla buena contra su pecho.

—¿Por qué dijo Maddy…?

Sabía que, en el fondo, lo que le dolía no era la pregunta. Era el miedo a perderme. Acabábamos de reencontrarnos y ya asomaba la posibilidad de que todo se deshiciera.

—¿Podemos dejarlo para otro momento? —interrumpí, bajito. Lo de la beca podía esperar. Acerqué mi cara a la suya.

Él bajó la cabeza y dejó un beso en mi pelo. Pero la pregunta seguía ahí, flotando en su mirada.

—Estoy aquí contigo, esta noche. Y no pienso marcharme —dije, hundiéndome más en su abrazo.

Jake me sostuvo un poco más fuerte, como si eso pudiera frenar el miedo.

No hacía falta resolverlo todo. No aún. Lo que viniera después, lo enfrentaríamos juntos. ☽



-34-

Surfing

Jueves, 10 de agosto de 2023

Jake dormía boca arriba, con los labios entreabiertos y el pelo desordenado cayéndole sobre la frente.

Me incliné para darle un beso bajo la oreja. Refunfuñó algo ininteligible, intentando apartarme con un gesto perezoso que no convencía a nadie.

—Buenos días, mi chico problemático.

Una sonrisa lenta le suavizó el rostro; tardó en llegar, pero era la auténtica, la que guardaba bajo la coraza. Su mano descendió por mi espalda hasta detenerse en la curva de mi cadera.

—¿Me has despertado solo para besarme? Porque, si es así… pienso dejarte hacerlo todos los días —murmuró, antes de rozar mi cuello justo en ese punto que siempre conseguía arrancarme un estremecimiento.

—¿Bajamos? —pregunté, justo cuando mi estómago gruñó sin disimulo.

Jake suspiró como si le pidiera abandonar el paraíso, pero un segundo después ya estaba de pie.

—No entiendo cómo puedes tener tanta energía —me quejé al salir de entre las sábanas—. Hace medio minuto estabas muerto.

—Eso es porque he dormido contigo. Es un talento peligroso… deberían ponerlo en la etiqueta —contestó, metiéndose una camiseta de los Padres, sin dejar de mirarme.

Bajamos las escaleras y el olor a pan tostado me guio directo hasta la cocina.

Susan y Emily ya estaban en la mesa, peleando con sus tostadas cubiertas de mermelada de naranja.

—Buenos días, dormilones —saludó Susan, escondida detrás de su taza de café.

Jake se acercó a la encimera, encendió la cafetera y sacó dos tazas, haciéndolas bailar entre sus manos.

—Yo me encargo del desayuno —dijo sin girarse del todo.

Emily soltó su taza y corrió hacia mí. Se abrazó a mi cintura como un koala.

—¡Qué bien que sigues aquí! Ayer no te felicité por tu cumple —chilló, hundiendo la cara en mi camiseta.

—Gracias, pequeña —le dije, acariciándole el pelo—. Pero me alegra que estés tú ahora. Eso lo compensa.

Jake ya tenía el hornillo encendido y los huevos chisporroteaban en la sartén. Se movía con esa eficiencia suya que parecía natural en cualquier cocina. Desde la mesa, Susan nos seguía con la vista sin hablar, pero registrándolo todo.

—¿Has dormido bien? ¿Cómo estuvo la película? —preguntó Susan, dándole una palmadita a Emily para que volviera a sentarse.

—Sí. Y te agradezco la cena de anoche—añadí, recordando esa forma suya de cuidar sin decir demasiado.

—¿Qué peli visteis? —saltó Emily.

—La de la chica que pierde la memoria cada día.

—Ah, esa me da pena, pero me gusta —murmuró, chupando un poco de mermelada de la cuchara.

Jake se volvió con la sartén en la mano y un trapo colgado del hombro.

—No voy a decir que lloré, pero diré que estuve cerca —dijo, guiñándome un ojo.

Emily y Susan estallaron en risas.

Me acerqué a ayudar con los platos, pero Jake me empujó con la cadera, jugando.

—Tú siéntate. Hoy te cuido yo. Este desayuno te va a hacer olvidar hasta el moretón —dijo, dándome un toque ligero en la barbilla antes de volver a centrarse en la sartén.

Emily lo observaba con atención. Después me miró a mí con cara de haber resuelto un misterio.

—Jake nunca cocina así… salvo que quiera impresionar a alguien.

—Emily, acabas de destruir años de reputación —se quejó él, sirviendo huevos revueltos con queso en mi plato.

—Es verdad —añadió Susan, divertida—. Tiene que ser porque le importas.

Sentí cómo el rubor me subía en un segundo. Jake, en cambio, se mantuvo imperturbable, como si ya supiera lidiar con esas insinuaciones. Se

sentó a mi lado, cogió el tenedor y se puso a comer con la concentración de alguien que ha decidido ignorar al universo.

—¿Tenéis algún plan para hoy? —preguntó Susan mientras hojeaba el periódico.

Jake y yo intercambiamos una mirada rápida. Sabíamos que había cosas pendientes, pero ninguno quería romper el encanto de esa mañana.

—Si os apetece, podríamos ir a nuestra playa favorita —sugirió Susan, acariciando el hombro de Emily—. Hace tiempo que no vamos, y creo que nos vendría bien un día al aire libre.

—Nos encantaría —me adelanté, antes de que Jake pudiera decir nada.

—¡Fantástico! —exclamó Susan, aplaudiendo antes de levantarse para recoger los platos.

Pocos minutos después, volvió con algo colgando de una mano.

—Me lo compré hace un par de meses, pero nunca llegué a estrenarlo —comentó, sacudiendo la cabeza—. Me quedaba pequeño.

Me tendió un bikini negro de triángulo, con tiras finas para anudar a la espalda. El tejido era sedoso, liviano, con ese inconfundible tacto de prenda nueva.

—Es muy bonito...

—Y va a quedarte de escándalo —replicó Susan, chispándole los ojos con malicia—. Créeme, Jake no va a pestañear.

Me concentré en el bikini como si fuera lo más interesante del planeta, aunque el calor ya me trepaba por el cuello.

Cuando quise darme cuenta, ya estábamos en Solana Beach: arena fina y dorada, agua cristalina rompiendo contra la orilla y grandes rocas que ofrecían escondites perfectos del viento.

Extendimos las toallas y Emily ya corría, revolcándose en la arena. Su risa se imponía al sonido de las olas mientras Jake la perseguía, fingiendo no alcanzarla.

Desde su sitio, Susan negaba con la cabeza, aunque no logró disimular la emoción al verla tan animada.

Me quité los shorts y la camiseta, quedándome en bikini.

Sentí su atención antes de encontrarla. Estaba junto a la camioneta, con las tablas olvidadas a un lado.

—¿Qué tal? —pregunté, intentando sonar casual.

Jake sonrió sin prisa. Me recorrió como quien contempla una obra que ya había imaginado, pero se había quedado corto.

—Mejor de lo que pensaba. Susan tiene buen gusto.

Me reí por lo bajo, más por nervios que por otra cosa, y me senté en la toalla, con las piernas recogidas. Lo seguí mientras colocaba las tablas en la arena.

—¿Por qué esta es más larga que las otras? —pregunté, señalando la tabla blanca con el logo de *aloha* medio borrado.

—Es la que uso para enseñar. Cuanto más larga, más fácil mantener el equilibrio. Ideal para principiantes. Más adelante, podrías usar la mía. O… podría buscarte una.

La idea me encendió algo en el pecho. Una tabla mía.

Sonaba a promesa. A quedarme.

—Primero veamos si no me caigo a los tres segundos —bromeé, fingiendo que la voz no me temblaba.

Jake rio, agachándose junto a su mochila. Tanteó un traje de neopreno negro, pero al final lo dejó a un lado. Menos mal. Ese traje ajustado era más amenaza que protección… y dudaba de poder sobrevivir a ambas versiones: Jake con el torso al aire o cubierto de licra. Y encima actuando tan normal.

Me tumbé sobre la tabla que él había dejado en la arena. Jake se arrodilló a mi lado y empezó a explicarme los movimientos: dónde colocar las manos, cómo impulsarme con los brazos, en qué punto levantarme.

Lo escuchaba con atención, aunque el viento me revolvía el pelo y el sol me cegaba a ratos. Oírlo decir que yo podía lograrlo… hizo que, por un instante, yo también lo creyera.

Después de varios intentos, empecé a pillarle el truco.

—¿Las flexiones también son parte del entrenamiento o solo estás buscando excusas para lucirte? —pregunté al verlo hacer una serie rápida sin siquiera pestañear.

Jake se incorporó de un salto y se sacudió la arena del torso con la mano.

—¿Impresionarte? No necesito hacer flexiones para eso, Olivia. Lo sabes.

Le lancé una mirada afilada y levanté la tabla para dirigirme al agua. Él me siguió, todavía riéndose por lo bajo.

El primer contacto con el agua me hizo estremecer. Jake lo notó. Se acercó y colocó una mano en mi cadera y la otra en mi pierna izquierda, ayudándome a estabilizarme al subirme a la tabla.

—No te voy a soltar hasta que me lo pidas —prometió.

—Puede que nunca lo haga —admití, con una risa nerviosa.

La tregua duró poco, en un par de segundos me dejó ir sin avisar.

—¡Jake! —grité, maldiciéndolo mientras trataba de mantenerme en pie sobre la tabla.

Contra todo pronóstico, lo conseguí.

El viento me sostuvo, el agua me aplaudió, y por un suspiro glorioso, creí que podía con todo.

Hasta que, como era inevitable, caí.

Me sumergí por completo. Al salir a la superficie, jadeando, con el pelo pegado a la cara y los ojos ardiendo por la sal.

Jake se acercó a brazadas rápidas. Me sujetó por la cintura, fuerte, con un agarre que parecía temer perderme bajo el agua.

—¡Bien hecho, Brown! Has aguantado más de lo que esperaba.

—Eso es porque soy increíble… —tosí, riendo—. O porque eres un buen profesor.

—Ambas cosas —murmuró, acercándose más. Su mano bajó por mi espalda, y sus ojos apuntaron a mi boca con una intención tan clara que sentí algo atascado en el esternón.

Lo salpiqué sin piedad.

—¡Oye! —protestó, entre risas—. Eso es juego sucio.

—Y tú me soltaste sin avisar.

Él nadó hasta alcanzarme y, por un instante, pensé que iba a devolverme la jugada. Pero solo me rodeó con los brazos bajo el agua.

—No iba a dejar que te hundieras —dijo junto a mi oído.

Apoyé la frente en su hombro, permitiéndome sentirlo. Luego nadamos de regreso a la orilla.

Nos tumbamos sobre la toalla, con los músculos flojos y el corazón aún vibrando. Emily y Susan jugaban más allá, entre las olas pequeñas; sus voces se mezclaban con el rumor constante del mar.

Jake se incorporó sobre un codo y empezó a trazar líneas en la arena, muy cerca de mi mano.

—Hoy te he visto distinta... Más libre.

—Quizá porque aquí todo parece más sencillo —respondí, con los ojos cerrados—. Bajo este sol… la vida no parece tan complicada.

—Me gusta cuando dejas de pensar en lo que puede salir mal. Cuando simplemente… te sueltas.

Lo miré. La luz dorada del atardecer le recortaba el rostro, revelando una faceta escondida, más vulnerable, más real.

Una ola rompió cerca y nos empapó las piernas, pero ninguno de los dos se movió.

Jake alzó la mano y me tocó la nariz con la yema de un dedo, en un gesto que parecía juguetón, aunque sus ojos lo volvieron todo menos inocente.

—Será mejor que nos vistamos, o voy a besarte aquí mismo y olvidarme de todo lo demás.

—¿Y eso sería tan grave?

No respondió. Se puso en pie, tomó una de sus toallas grandes y me la envolvió alrededor del cuerpo con un cuidado que contrastaba con la amenaza de deseo en su voz.

—Para que puedas cambiarte tranquila —dijo, sujetando los extremos como si construyera un refugio alrededor de mí—. Prometo no espiar... o al menos intentarlo.

—Qué detalle… aunque no te creo nada —me reí, dándole un empujón con la cadera.

Bajé el bikini mojado y me enfundé rápido los vaqueros cortos y la camiseta blanca.

No sé si él cumplió su promesa, pero cuando le tocó cambiarse, yo no pude.

Me forcé a fijar la vista en el horizonte, aunque mis ojos me traicionaron. Solo un vistazo. Su cuerpo, aún húmedo y bronceado, tenía ese descaro natural de parecer sacado de un catálogo pero con una diferencia clara: era real. Y estaba justo ahí.

Al llegar a la camioneta, Susan y Emily ya nos esperaban. Emily tenía arena hasta en las pestañas, y cuando Jake le revolvió el pelo al pasar, chilló entre risas, intentando apartarse sin mucho éxito.

—¡Ya basta! —protestó, sacudiéndose las manos—. ¿Otra vez me despeinas?

—Es parte del ritual post-playa —respondió él, muy serio, poniendo tono de reglamento oficial.

Me quedé observándolos. Había algo en su dinámica —en la ligereza con la que se reían, en la forma en que Jake la hacía sentirse segura sin decir mucho— que me removió el pecho. Esa clase de cosas no se fingían. Se daban o no.

—¿Qué tal te fue, Olivia? —preguntó Susan mientras cargábamos las tablas en la parte trasera.

—Sobreviví. Eso ya es un logro —contesté aún con la piel vibrando del mar y la cabeza medio flotando.

—Jake no deja que nadie se rinda —añadió Emily, mostrando los hoyuelos que delataban el apellido.

Jake sonrió sin disimulo y me pasó un brazo por los hombros.

—Te lo dije: soy un excelente profesor. Implacable, pero justo.

—Más bien pesado —dije, empujándolo con el codo.

—El reconocimiento siempre llega tarde —contestó, fingiendo indignación y estrechándome un poco más.

Nos echamos a reír, y esa risa se nos quedó pegada incluso cuando subimos a la camioneta.

El viaje de vuelta fue tan ligero como el día que acabábamos de vivir. Emily tarareaba una canción, con la mirada perdida en la ventana, las piernas cruzadas y la arena todavía resbalándole por los tobillos. Susan le daba indicaciones a Jake sobre cuál era la mejor ruta para evitar el tráfico.

Yo me hundía en el asiento, dejando que el aire acondicionado y el recuerdo del sol en la piel me apagaran un poco el cerebro.

—¿Pido pizzas para llevar? —preguntó Jake, sacando el móvil del bolsillo —. Puedo llamar al restaurante. Seguro que me preparan algo rápido, está justo de camino.

Me había dicho que no trabajaba hasta el fin de semana, así que esa noche estaba libre. Perfecta para improvisar.

—¡Sí, por fa! —saltó Emily, dando un pequeño brinco sobre el asiento—. ¡Con mucho queso! ¡Y la de champiñones para mí!

—Por supuesto, cariño. Además, las pizzas de tu restaurante están buenísimas —respondió Susan apuntándose encantada al plan.

En menos de una hora, teníamos dos cajas humeantes en el coche, y el olor a queso fundido flotaba en el aire, despertando esa felicidad simple, casi infantil, que solo da la comida caliente después de un día largo.

Nos sentamos en el porche, rodeados por la luz danzante de las velas que Susan había colocado en tarros de cristal.

Emily hablaba sin parar entre mordiscos, mezclando historias del colegio con anécdotas inventadas. Susan la escuchaba fascinada, como si cada palabra mereciera toda su atención.

Después de recoger, Susan y Emily se fueron a dormir. Jake y yo nos quedamos en el porche, con las campanillas del alero tintineando de vez en cuando y el canto persistente de las chicharras marcando el fondo de la noche.

Jake empujó la mesa con la rodilla y acercó su silla hasta chocar con la mía, sin darme opción a retroceder. Se inclinó hacia delante hasta que sus rodillas chocaron suavemente con las mías, reduciendo la distancia a un punto en el que ya no había escapatoria sin necesidad de tocarme más.

—Dime, ¿te divertiste hoy?

—Sí… aunque no tenía ni idea de que fueras tan buen instructor.

Él bajó la barbilla, estudiando cada detalle de mi reacción.

—Lo soy. Pero eso solo fue un calentamiento. Puedo enseñarte muchas más cosas… si de verdad estás dispuesta a seguirme el ritmo.

El corazón me martilleó en el pecho, y apreté las manos sobre mis rodillas para no mostrarlo.

—¿Y si me aburro? —disparé, intentando recuperar terreno.

—Conmigo, aburrirse no está en el contrato. Y cuando lo compruebes, va a ser demasiado tarde para echarte atrás.

Ese tipo de promesas, en su boca, empezaban a sonar peligrosamente tentadoras.

Nos quedaba toda la noche.

Y no íbamos a desperdiciarla. ☽



-35-

Éxtasis

Me encerré en la habitación de invitados con la adrenalina del día todavía vibrando bajo la piel. Sabía que, por una vez, dormir sola era lo más sensato.

Solté la mochila sobre la cama y me dirigí al baño. Era amplio, con azulejos gris claro y una ducha de cristal que prometía el descanso que tanto necesitaba.

Me desvestí dejando que el aire fresco recorriera mi piel aún tibia por el sol. Estaba a punto de meterme bajo el agua cuando alguien golpeó la puerta.

Me envolví en una toalla y entreabrí la puerta.

Jake estaba descalzo, el pelo revuelto y una camiseta blanca, tan ajustada que dejaba poco a la imaginación.

—Quería… ducharme también. Pero puedo esperar.

No lo pensé demasiado.

—Podemos compartirla —susurré.

Jake parpadeó y dejó asomar una sonrisa fugaz. Después avanzó, invadiendo mi espacio con la cautela de quien se acerca a algo que puede romperse… o prender fuego al menor roce.

Me sostuve contra la pared mientras se quitaba la camiseta de un solo gesto. La dejó caer, seguida por los pantalones y lo demás. Se quedó así, tan desarmado que parecía que el pudor nunca hubiera existido entre nosotros. Tan real que dolía un poco.

—¿Estás segura? —preguntó, buscándome los ojos.

Asentí. Por dentro, todo era vértigo.

Jake llevó la mano a mi cintura y desató la toalla. La dejó caer al suelo, con calma, y su respiración se volvió más irregular.

El pecho se me descompasó. No solo por vergüenza, sino por lo que significaba rendirme así, completa.

Entramos a la ducha. El vapor nos envolvió de inmediato, borrando los bordes del mundo hasta dejar solo tacto y aliento.

Tomó el gel con aroma a fresa, lo frotó entre sus manos y lo extendió por mis hombros y espalda. No había prisa. Solo sus dedos y la sensación de estar siendo descubierta desde cero.

Cuando sus manos llegaron a mis caderas, un escalofrío me atravesó la columna y tuve que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

—No sabes lo preciosa que eres.

—Entonces no me lo digas... demuéstramelo.

Jake sonrió. Me arrinconó contra los azulejos y me besó. Sus manos subieron por mis muslos. Me levantó, y rodeé su cintura con las piernas, sintiendo el choque caliente de su cuerpo fundiéndose con el mío**.**

El agua seguía cayendo, resbalando entre nosotros. Jake me reconocía con las yemas de los dedos, con la boca, con esa intensidad suya que todo lo volvía fuego.

Su corazón latía contra el mío. Lo que había entre nosotros era un pulso bajo la piel, algo más animal que lógico.

—Vamos a la cama —murmuró junto a mi clavícula, bajándome para tomarme de la mano y conducirme fuera del baño.

Me tumbó sobre las sábanas, suave solo en apariencia; en su mirada no quedaba paciencia, solo ansia. Se inclinó sobre mí, devorándome en un beso, mientras sus manos exploraban mi cuerpo y mi espalda se arqueaba por instinto.

—Me vuelves loco, Olivia —jadeó entre besos—. Y no pienso compartirte.

Se apartó lo justo para ponerse el preservativo y, al volver, me sujetó de la pierna, alzándola hasta su cadera.

Cuando finalmente se unió a mí, un gemido descontrolado se me escapó sin poder detenerlo.

Sus manos en mi cintura me guiaban con una seguridad nacida del instinto. Mis dedos recorrieron el contorno firme de su rostro mientras su lengua encontraba la mía una y otra vez, urgente, incapaz de mantenerse lejos por mucho tiempo.

—No dejes de mirarme.

Él asintió, apretándome más contra él.

—Jake… —gimoteé, sintiendo el clímax arrastrarme entera.

Él se tensó junto a mí, conteniéndose, hasta que también cedió al clímax. Quedó abrazado a mí, exhausto, pero todavía encendido.

—¿Lo sabes, verdad?

—¿El qué?

—Que todo lo que siento por ti... va en serio.

—Dímelo.

—Estoy contigo. Con todo lo que soy. Aunque a veces no sepa hacerlo bien… no quiero que sea con nadie más.

Mi pecho se cerró. Ese «todo» no era solo una palabra. Era una caída libre.

Y yo ya había saltado.

Al despertar, un tirón en las piernas me recordó de forma incómoda todas las veces que me había estrellado contra las olas el día anterior.

Estiré la mano hacia el otro lado de la cama. Solo encontré el hueco frío que Jake había dejado.

Sobre la mesilla, un papel doblado.

Él no solía dejar notas. Tampoco poner en palabras lo que sentía. Pero su letra, desordenada e inconfundible, me esperaba en la hoja.

He preparado tu desayuno preferido, está en la cocina. No dejaré de pensar en ti. Nos vemos el lunes en la universidad.

Leí la última frase más de una vez. Volvía a clase. Una prueba más de que algo en él, o en nosotros, estaba cambiando para bien.

Bajé las escaleras con lentitud, intentando no hacer ruido para no despertar a Susan ni a Emily. El olor a comida recién hecha me dio la bienvenida antes de que llegara a la cocina, y con eso, ya estaba completamente despierta.

Sobre la encimera, cubierto con papel de aluminio, me esperaba un desayuno: salchichas, huevo frito y tostada con aguacate.

Jake tenía esa habilidad rara de hacer que hasta lo más simple supiera a algo especial. No tardé ni cinco minutos en devorarlo.

Con la mochila al hombro me dirigí a la puerta, dispuesta a salir. Pero al cruzar el pasillo, una rendija de luz me detuvo: la puerta entreabierta de la habitación de Susan dejaba ver su silueta asomándose con curiosidad.

—¿Ya te vas, Olivia? ¿No te quedas a desayunar conmigo?

Le regalé una sonrisa pequeña y regresé a la cocina. Aunque ya había comido, nunca me resultaba fácil decirle que no.

Susan preparó su café con la parsimonia de quien disfruta cada gesto cotidiano. Yo me serví otra taza solo por acompañarla, y pronto el aroma tostado volvió a llenar la estancia.

—Hace mucho que no veía a Jake así —dijo tras un sorbo—. La mejoría de su hermana, claro, ha sido enorme… pero también creo que tú tienes algo que ver.

Me halagaba, pero al mismo tiempo, me revolvió un poco por dentro. ¿De verdad era tan importante para él?

—Yo también noté un cambio. La última vez que lo vi... estaba fumando —me mordí la lengua—. Perdón, no sé si debería haber dicho eso…

Susan negó con la cabeza, queriéndole restar importancia a mi comentario.

—Tranquila. Sé que fuma. Le encontré su alijo hace tiempo. No soy tonta... A veces llegaba oliendo a marihuana y creía que no lo notaría.

—Me dijo que no sabía cómo manejar lo de su hermana. Lo hablamos. Creo que usar eso como vía de escape es bastante común, pero...

—Lo es —me interrumpió Susan, sonriendo con resignación—. Por eso fui yo primero al psicólogo. A Jake intenté convencerlo, claro… pero con esa cabeza dura, fue como hablarle a una pared.

—¿Y cambió de opinión?

Susan sonrió, recordando algo que solo ella entendía del todo.

—Sí, hace unas semanas decidió intentarlo. Aunque seguía fumando, fue a algunas sesiones. Creo que todo empezó a girar cuando apareciste tú. Tu llegada fue... una especie de transición. Lo obligó a moverse del lugar donde estaba estancado.

Me tocó la mano en un gesto que parecía un agradecimiento por algo que yo nunca había planeado.

—Ojalá hubiera pasado antes. —Jugueteé con la taza entre mis manos—. Quizá las cosas habrían sido más fáciles para él.

—Lo sé. Pero nunca es tarde. Jake no siempre fue ese chico rebelde que ves ahora —dijo Susan, llevándose una mano al pecho antes de continuar—. De pequeño era pura energía. Risueño, sociable, con buenas notas y una obsesión sana por el béisbol. Yo trabajaba en su colegio y jamás recibí una queja.

La curiosidad me picó por dentro. Recordé las pocas veces que Jake había mencionado a su padre, siempre con evasivas.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, llevándome los dedos al mentón—. ¿Qué pasó con su padre?

Susan bajó la vista a la mesa.

—Josh y Jake eran inseparables. Jake lo idolatraba. Incluso renunció a su sueño de ser jugador profesional para trabajar con él y seguir sus pasos como empresario. —Se levantó, cruzó la cocina hasta una estantería, y

rebuscó entre unos libros de recetas. Sacó una fotografía plastificada y me la tendió, con los ojos algo húmedos—. Mira, aquí tenía cinco años. Ese día fuimos al muelle de Santa Mónica, su primera vez en el parque de atracciones.

Tomé la foto entre las manos: un niño pequeño, encaramado a los hombros de un hombre sonriente.

Los hoyuelos ya estaban ahí, profundos. El pelo, con ese corte noventero que lo hacía parecer dulce y algo torpe. Parecía feliz. Ajeno a todo lo que vendría después.

—¿Cuándo fue que…? —No terminé la frase, pero Susan entendió sin necesitarla.

—Todo empezó un poco antes de que Emily enfermara. Pero cuando eso ocurrió… él no lo soportó. Primero se cerró. Después… simplemente se fue —su voz vaciló un segundo, aunque pronto recuperó el control—. Para Jake, fue una traición. No solo a la familia. A él.

—Ha pasado por mucho —murmuré, apretando su mano con suavidad —. Pero también es fuerte. Yo creo que va a estar bien.

—Yo lo he perdonado. A Josh, quiero decir. Él llama casi todas las semanas, habla con Emily, hacemos videollamadas. Pero Jake…

Hizo una pausa.

—Jake no le coge el teléfono. No quiere saber nada. Para él, su padre ya no existe.

Un destello de dolor ensombreció sus ojos antes de que se abrazara a sí misma, apoyando los codos en la mesa.

—Josh y yo arrastrábamos problemas desde hacía años, incluso antes de que Emily enfermara. Él ya había empezado una relación con otra mujer, y aunque todavía vivíamos bajo el mismo techo, ni siquiera dormíamos en la misma habitación. Era solo cuestión de tiempo que se marchara a vivir con ella. Pero Jake no lo sabía. Y a mí me pareció mejor así. No quería sumarles más peso a los niños en ese momento.

Tragué saliva. La crudeza con la que lo contaba me dejó sin palabras.

—Debió de ser muy difícil —murmuré al fin, conmovida por todo lo que estaba compartiendo. Me di cuenta de lo afortunada que era por no haber vivido algo así en mi familia.

—Mi exmarido no es una mala persona, y yo tampoco. Simplemente... no estábamos hechos el uno para el otro. Ahora somos amigos. No hay rencores. Pero él vive lejos, y eso complica las visitas.

Asentí, aunque me descubrí apretando las rodillas bajo la mesa

—Ojalá puedan arreglarlo algún día. Me imagino que ambos están sufriendo más de lo que dejan ver.

Susan observó la foto de nuevo.

—Sí... perdonarlo le daría paz.

Me quedé un momento mirando la imagen en sus manos; la sonrisa del niño parecía demasiado luminosa para todo lo que había venido después. Un frío leve me recorrió la espalda.

—Estoy de acuerdo —dije, echando un vistazo rápido al reloj de mi muñeca.

Susan lo notó y sonrió, comprensiva.

—Si tienes prisa, no te preocupes. Ha sido un placer tenerte en casa. Ojalá vengas más a menudo.

Le agradecí la charla, recogí mis cosas y pedí un taxi.

No tenía un motivo urgente, pero necesitaba llegar a casa, ducharme y digerir todo lo que acababa de escuchar.

Me fui con el corazón un poco más lleno… y muchas más preguntas que respuestas. ☽



-36-

Donuts y enemigos

Lunes, 14 de agosto de 2023

Me desperté sin alarma, lo cual ya era sospechoso. No había café en la mesilla, ni milagros en camino, así que me arrastré hasta el baño como si la gravedad se hubiera duplicado durante la noche.

Abrí el armario sin pensar demasiado. No tenía energía para vestirme con nada que implicara botones o cremalleras. Vaqueros elásticos, camiseta de rayas y una coleta rápida.

Sobrevivir, no impresionar. Esa era la consigna.

Al rescatar el portátil de debajo de la cama, «ni idea cómo acabó ahí», repasé lo básico: clase a primera hora de la mañana, tutor a mediodía, mensajes que no me apetecía contestar… Lo de siempre.

Controlado.

Todo bastante normal. Y sin embargo, me sentía... ligera. Distinta.

Supongo que el finde había ayudado. Hablar con mi hermano fue el punto de inflexión: su ascenso, el piso con Freddy y el brillo en los ojos cuando me habló bastaron para recordarme que avanzar también es una elección.

Y yo también tenía que hacerlo.

Agarré la mochila, cerré la puerta y bajé las escaleras. Ni emoción, ni sorpresas. Solo quería llegar a clase con la coleta no demasiado despeinada.

Pero entonces lo vi.

Jake estaba apoyado en su camioneta, con un brazo colgado sobre la puerta y la otra mano en el bolsillo, esa cara de «sé lo que provoco» y unos vaqueros que pedían censura. Letal sin mover un dedo. Cualquiera en su sano juicio se habría vuelto loca por él.

—¿Qué pasa, escritora?, ¿Te has quedado sin palabras? Ven aquí y dale un beso a tu chico.

Su desafío me arrancó una risa. Jake podía ser un huracán emocional, pero su carisma de chico malo era imbatible.

Me acerqué deprisa, intentando no tropezar y besar el suelo antes que a él. Con mi suerte, seguro que hasta de eso se habría reído.

Cuando estuve lo bastante cerca, Jake me atrajo de la cintura de un tirón. Su otra mano me sostuvo la barbilla, y su pulgar trazó la curva de mi labio inferior, lento, cuidadoso.

Justo después, se llevó ese mismo pulgar a los dientes, jugueteando con él, como si aún buscara mi rastro allí.

Entonces me besó, sin suavidad, con la furia de quien había estado conteniéndose días. El beso me arrolló, y mis manos, como un reflejo, se engancharon a su camiseta, justo a la altura de su espalda baja.

Inclinó la cabeza, profundizando el beso; su lengua se enredó con la mía, encendiendo una chispa que se propagó sin freno por todo mi cuerpo.

Después bajó el ritmo.

Comenzó a recorrer mi mandíbula con su boca y se detuvo en la base del cuello. Allí permaneció unos segundos, respirando sobre mi piel.

Cuando se apartó, un quejido se me escapó sin querer.

—¿A dónde crees que vas? —pregunté con la voz atrapada en la garganta.

Apoyé las palmas en su pecho, con el corazón desbocado bajo ellas. Estaba tan alterado como yo, aunque intentara fingir calma.

Sus manos no se despegaban de mi cintura, y sus pulgares jugueteaban con la tela de mi camiseta.

—Y este —dijo, mirándome fijamente— ha sido nuestro primer beso oficial como pareja.

Sonreí. El pulso aún me latía en las sienes.

—No ha estado mal.

—¿No ha estado mal? —repitió, fingiendo indignación—. Espérate a que no estemos en mitad de la calle.

Le di un empujón y me quité la mochila del hombro, dejándola en la parte trasera de la camioneta.

Se subió de un salto, encajó la puerta y arrancó con esa facilidad arrogante con la que parecía hacer todo en la vida.

—Y si alguien tiene un problema —dijo encendiendo la radio—, ya sea Luca, Maddy o quien sea... se lo digo a la cara.

Lo lanzó con ese aire despreocupado tan suyo, pero no me engañaba. Debajo de esa chulería vivía su instinto más fuerte: protegerme, aunque no supiera disimularlo.

El nombre de Luca me removió algo que creía dormido. Durante el fin de semana, me había escrito y llamado varias veces. Pero en cuanto le dije que estaba con Jake, desapareció. Ni un emoji más.

Apoyé la sien contra la ventanilla mientras el coche se alejaba de la ciudad y el campus comenzaba a asomar entre los árboles.

Luca ya no era parte de lo que venía. Lo supe con una claridad que no dejaba huecos. Había elegido a Jake. Y elegir de verdad a alguien también significa cerrar puertas.

—Eso no será necesario —dije, tensando los dedos sobre mis piernas.

No quería que Jake creyera que tenía que protegerme de todo, y mucho menos que Luca se convirtiera en un tema habitual entre nosotros.

—Lo sé —dijo, sin soltar el volante—. Fue una tontería... pero no quiero que nadie vuelva a hacerte daño.

Soltó el volante para rozarme la barbilla con el pulgar. Sus dedos se detuvieron en mi mejilla.

—No haber estado ahí cuando Maddy te hizo esto…

Agaché la cabeza. Recordé el golpe, el caos, sus gritos buscándome entre la confusión. Pero ya no dolía. Solo quedaba una pequeña marca, de esas que el tiempo acaba borrando, tarde o temprano.

—Jake, estoy bien. De verdad. Sé cuidarme.

Él fingió asentir, pero su expresión decía otra cosa. Seguía cargando con la culpa. Y algo más profundo aún: esa necesidad suya de no fallar a quienes quiere.

—Tienes razón… ya estás bien —murmuró, más para sí mismo que para mí.

Bajamos de la camioneta y caminamos juntos por la avenida central, rodeados del ruido habitual, mochilas pesadas y cafés medio llenos.

En el cruce entre nuestras facultades, Jake me sostuvo la mirada. Sonreímos. Pero en sus ojos seguía brillando esa forma callada de cuidarme, como si aún no supiera hacerlo de otra manera.

El aula ya estaba en silencio cuando crucé la puerta. Eché un vistazo rápido y localicé a mis amigos en sus sitios de siempre, cada uno fingiendo atención. A esa hora tocaba Fundamentos Humanísticos, lo que, en nuestro idioma, equivalía a bostezos sincronizados y cotilleos a media voz.

Me acerqué, notando cómo me examinaban la cara antes siquiera de sentarme.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó Paulo, señalando con el dedo, con cuidado de no alcanzarme.

—Maddy —respondí, dejando la mochila junto a la mesa antes de sentarme.

—Tony's Bar... lo sé todo, Olivia —dijo Isa, girando un bolígrafo negro entre los dedos.

Me tensé en la silla. No me apetecía hablar de ello. No quería su compasión. Pero tampoco iba a callarme.

—No entiendo por qué sigues hablando con ella —espeté, sin suavizar nada.

Isa dejó de mover el bolígrafo y me clavó los ojos en mí, tensa.

—También es mi amiga —respondió tras una breve duda—. Y se arrepiente.

—¿Y con eso ya basta? ¿Le damos una medalla por tener remordimientos ahora?

Paulo, el eterno charlatán del grupo, permanecía callado, lo que me confirmó que entendía la gravedad del asunto.

—¿Has vuelto con Jake? —preguntó Isa, cambiando de tema al acercarse a mí.

Antes de que pudiera contestar, la profesora levantó la vista desde su escritorio y alzó el dedo índice en señal de advertencia.

Agarré el bolígrafo de Isa y garabateé un *sí* en letras grandes sobre un trozo de papel.

—¡No te creo! —saltó Isabella, olvidando por completo que debía hablar en voz baja y golpeando la mesa con ambas manos.

La profesora nos fulminó con una expresión de paciencia agotada y se acercó a nuestra fila.

—Chicos, si no sois capaces de concentraros, os agradecería que continuaseis la conversación fuera. No quiero tener que interrumpir la clase de nuevo.

Nuestras miradas se cruzaron fugazmente. Isa torció el gesto y bajó la vista; Paulo ya se estaba levantando. Exhalé por la nariz y me puse en pie sin protestar.

Salimos del aula con cara de expulsados resignados y nos dejamos caer en un banco del pasillo. La puerta se cerró tras nosotros, apagando el murmullo de la clase.

Isa se sentó, piernas juntas, y empezó a balancear el pie en el aire, inquieta. Paulo iba de un lado a otro frente al banco, brazos en jarra, esperando una confesión que nadie quería dar.

Aproveché que estábamos solos para soltar lo esencial: Maddy, Jake, y que había decidido volver con él.

Isa tardó cinco segundos exactos en explotar.

—¿Entonces ella se le echó encima? —dijo entornando los ojos—. ¿Y él la besó por reflejo? ¿Tenía fiebre? ¿Le estaban apuntando con algo?

—No con una pistola, pero sí lo chantajearon. Y cayó. Como un idiota, pero cayó.

Isa resopló con fuerza y me puso la mano sobre la pierna. Fue su forma de decirme «estoy aquí», incluso aunque siguiera llena de preguntas.

—No sé qué pensar, Liv —dijo más bajito—. Igual deberíamos escuchar a los dos. A Jake… y también a Maddy. A veces las cosas no son tan blanco o negro.

Se acercó más y me pasó un brazo por los hombros. Vacilé, pero al final me acoplé al gesto. Paulo no tardó en unirse, y acabamos en un abrazo grupal improvisado.

—Lo importante es que estés bien —dijo Isa, apretándome con fuerza—. Si Jake te hace feliz, que le den al resto.

—Yo te cubro en lo que sea —añadió Paulo, dándome un pequeño achuchón.

Se echó atrás de repente, con los ojos bien abiertos, como si acabara de caer en algo importante.

—¡La beca! ¿Estás nerviosa?

Esa condenada charla que venía esquivando.

El estómago reaccionó al instante. Todavía no había hablado con Jake desde el jueves. No sobre eso.

—Lo estoy procesando aún...

Paulo regresó al banco y se dejó caer contra el respaldo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Deberías ir buscando alojamiento cuanto antes, o el tiempo se te va a echar encima.

No sabía si estaba lista para ese cambio. No era solo una mudanza; era volver a empezar. Y todavía no tenía claro si quería hacerlo… o prefería seguir fingiendo que todo podía quedarse tal y como estaba.

Al regresar a mi asiento, traté de concentrarme en la clase, pero fue inútil. No solo era la beca. Algo en la forma en que Isa y Paulo se habían volcado conmigo —a pesar de nuestra discusión reciente— me hizo recordar lo que había estado evitando: la pelea por Matteo.

Los miré a ambos.

Ella tomaba apuntes con una concentración feroz. Él, en cambio, no escribía ni una palabra. Solo giraba el bolígrafo, distraído, esquivando deliberadamente la zona a su izquierda.

—¿Vosotros dos...?

Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo. Tan sincronizados que estuve a punto de reír.

—¿Ahora sois mejores amigos otra vez?

—¿Otra vez con eso? —masculló Isa, dejando entrever el agotamiento.

—Es que me sorprende. Hace nada os faltaba poco para arrancaros la cabeza.

—Le pedí perdón. Sé que no es suficiente, pero... al menos ya no me odia.

—No la odio —dijo Paulo, sin mirarla—. Pero no estoy bien.

Su tono se apagó casi al instante.

—Sabías que me gustaba. Y aun así...

Isa agachó la cabeza. Sus manos se enredaron en la tela de la falda, arrugándola sin darse cuenta.

—Lo sé. No fue justo. Y me jode, porque no lo busqué. Solo… pasó. Me equivoqué.

Paulo se echó hacia atrás en la silla, con las manos apoyadas detrás de la cabeza.

—¿Y lo del viernes? Te vi con él en The Cheesecake Factory, y no parecía precisamente una despedida.

Isa se removió en el asiento.

—Fui para cerrar las cosas bien. Sin dramas. Pero Matteo no quiso entenderlo y acabamos discutiendo.

—¿Y ahora?

—Ahora está bloqueado, y no pienso volver a hablarle.

—¿Seguro?

Isa se llevó una mano al pecho.

—Te lo juro por mi *nonna*.

Sonreí pese a todo; conocía ese juramento y sabía lo mucho que significaba para ella. Eso fue suficiente para que Paulo dejara de evitarla y, por fin, se atreviera a enfrentar sus ojos.

—No sé si te creo del todo —dijo tras unos segundos—, pero sí sé que te echo de menos.

Sentí un pellizco en el pecho; pocas veces le salía así la vulnerabilidad.

Hizo una pausa, buscando las palabras con más cuidado.

—Y no quiero perder lo que tenemos por un error. Porque esto —añadió, señalando el espacio entre ellos— vale más que cualquier tío con el ego hinchado.

Isa asintió con los ojos húmedos, y le tendió la mano.

Paulo la observó con recelo antes de estrecharla.

—¿Entonces estamos bien?

—No perfecto... pero sí, bien —respondió él.

La campana sonó, sacándonos del momento justo antes de que se volviera demasiado intenso.

Me levanté de un salto. Mientras avanzábamos hacia la cafetería, entendí que, aunque aún quedaban heridas por cerrar, los dos estaban dispuestos a curarlas.

Entonces, el móvil vibró en mi bolsillo.

`[Jake]: Estoy en el banco del final. Ven cuando puedas… o cuando empieces a echarme de menos. Pero aviso: voy ganando ;)`

Nunca le había dicho a Jake que ese banco era mi sitio, pero de alguna forma lo sabía. Quizá me había visto allí alguna vez, cuando yo no me fijaba.

Y sí, allí estaba: medio recostado, con una bandeja de donuts sobre las rodillas. Chocolate blanco, pistacho, Nutella. Todos mis favoritos.

—Damas primero —dijo, ofreciéndole la bandeja a Isa.

Ella le lanzó una mirada de «no te flipes», pero agarró uno sin pensárselo demasiado.

Jake sabía jugar sus cartas. Isa ya casi estaba de su lado, y con Paulo solo necesitaba un par de halagos, dos chistes malos y algo de dulce.

Luego vino hacia mí con su actitud de sobrado que tanto odiaba amar. Me rodeó la cintura con una mano y me sentó a su lado sin pedir permiso.

No me importó. Había algo distinto en él: más seguro, más espontáneo. Como si, por fin, hubiera decidido quedarse, sin dudas ni huidas.

Compartimos los donuts y charlamos. En ese rato, me sentí agradecida por esa pequeña sensación de normalidad. Pero el dolor de cabeza, que llevaba arrastrando desde por la mañana, volvió a apretar con fuerza. Me incorporé frunciendo la cara y les dije que iría a la enfermería por una pastilla.

Tras tomar el analgésico y esperar unos minutos, empecé a sentirme un poco más humana. Lista para volver.

Solo que, al acercarme de nuevo a nuestro «refugio», no fue el descanso lo que me encontré.

Fue a Maddy.

La maldita Maddy estaba en mi banco, con mis amigos, y con Jake.

El latigazo en la sien volvió de golpe. Más fuerte.

Y esa vez, no era por falta de ibuprofeno. ☽



-37-

Entrelazados

Un calor amargo me apretó el vientre al verla instalada en nuestro sitio.

Su melena pelirroja caía suelta sobre los hombros, «cero tintes, todo natural», según ella. El balanceo lento de su pie marcaba un ritmo de superioridad irritante; al parecer mi ausencia le había dado vía libre para ocupar lo que era mío.

Isabella retorcía el envoltorio del donut. Paulo, en cambio, tenía el entrecejo fruncido y la vista clavada en el suelo, como si estuviera tragando algo que prefería no decir.

Y Jake...

Él llevaba esa expresión neutra que solo usaba cuando estaba a punto de explotar. Los nudillos marcados sobre las rodillas y la pierna vibrando sin parar delataban todo lo que su cara intentaba ocultar.

Ella alzó la vista en cuanto me notó.

—Olivia. Justo a tiempo —canturreó, con una dulzura tan artificial que empalagaba—. Estábamos hablando de ti.

—No me digas —dije, cruzándome de brazos.

—He venido a disculparme. Lo de la otra noche se me fue de las manos. Emociones, tensión, un par de copas... ya sabes cómo es.

—¿Copas? No recuerdo haber bebido nada contigo.

—Pues yo sí bebí. Tal vez por eso... —carraspeó—. Lo siento. No quiero que esto afecte a lo que tú y Jake tenéis.

—Vaya, gracias por tu preocupación —dije, alzando la barbilla—. Pero estamos bien. Así que guarda tu numerito para otro día.

La sonrisa de Maddy se evaporó.

—Solo estaba siendo amable.

—Y yo, clara. Puedes guardar tu amabilidad para alguien a quien le importe.

Jake se levantó. El banco crujió con el movimiento. Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él.

—Ya lo has oído —dijo, sosteniéndole la mirada sin pestañear.

Maddy se alisó el vestido de un manotazo, como si intentara sacudirse algo que le daba asco.

—Nos vemos por el campus, Jake. Y tú, princesa… cuida de él mientras te dure.

Me mordí la lengua para no mandarla bien lejos. No iba a regalarle el gusto de una respuesta.

Jake la observó al alejarse. No demasiado, pero lo justo para que algo se me revolviera por dentro. No era celos, sino una sensación incómoda de saber que alguien conoce tus puntos débiles… y piensa usarlos.

—Esa chica es una pesadilla —dijo Paulo, sacudiendo la cabeza—. Pero oye, lo has gestionado de diez.

—Gracias —respondí, aunque algo dentro de mí seguía revuelto.

Isa vino hacia mí y apoyó su brazo contra el mío, transmitiéndome un «estoy contigo» en silencio. No se había movido cuando Maddy se fue, ni había girado la cabeza hacia ella. Y aunque no sabía cuánto le duraría la lealtad, ese gesto me bastaba.

La alarma de mi móvil sonó con su tono absurdamente alegre, desentonando con todo lo demás.

Jake me lo arrebató y la apagó sin darme opción.

—No vayas a esa clase. Tengo un plan mucho mejor para ti —sentenció, manteniendo el móvil prisionero en su mano.

Me masajeé el puente de la nariz, respirando paciencia.

—¿Qué clase de plan, Harton? Si incluye ambulancias o delitos, olvídalo.

—Delitos no. Consecuencias, puede… Picnic en la playa. Tú, yo, buena comida… y quizás una botella de vino.

—¿O sea que tu plan maestro es emborracharme con vistas al mar? —me esforcé en sonar seria, pero la comisura de mis labios ya estaba traicionándome.

—Por favor, no necesito vino para que caigas.

Le di un empujón en el costado.

—Eres un creído.

—Y tú acabas de decir que sí.

Él sonrió, claramente satisfecho consigo mismo, y entrelazó nuestros dedos antes de tirar de mí hacia la salida.

—¿Ni un adiós a tus fans? —bromeó al verme mirar a Isa y Paulo.

Les hice un gesto con la mano. Isa respondió con un pulgar arriba; Paulo fingió aplaudir en silencio.

Después de una parada exprés en el súper y una mini discusión sobre si las patatas sabor barbacoa eran una aberración o una necesidad básica, llegamos a la playa.

Jake aparcó junto a unas rocas, sacó la manta y las bolsas del maletero y echó a andar sin volver la vista atrás. Sabía que lo iba a seguir.

—¿Algún día vas a dejarme cargar algo? —pregunté, alcanzándolo entre pasos en la arena.

—¿Y perder la oportunidad de impresionarte cargando todas las bolsas? Ni loco.

Me reí por lo bajo y lo ayudé a extender la manta. Estábamos terminando de montar todo cuando se quitó la camiseta. La lanzó a un lado, dejándome la vista libre de su torso. Bronceado, salpicado de arena, y lo bastante cerca como para ignorarlo.

—¿Vas a hacer eso todo el picnic? —pregunté, apuntándole con la barra de pan.

—¿Qué, respirar?

—No. Ser delito público.

—Deberías agradecerme que aún no me quité los pantalones.

Le lancé una bolsa de patatas. Él la esquivó y luego me tendió el bote del protector solar, ladeando la cabeza.

—¿Me echas una mano?

—Depende. ¿Vas a portarte?

—En absoluto —respondió, dándose la vuelta.

Se tumbó boca abajo, apoyando la frente en sus brazos. Me arrodillé a su lado, me puse crema en las manos y empecé a aplicarla sobre su espalda. Al principio fui cuidadosa. Luego, no tanto. Dibujé líneas lentas con las yemas de los dedos por su columna, subiendo hasta los hombros y bajando por los omóplatos que sobresalían con cada exhalación.

—Tus manos deberían venir con advertencias —murmuró, con las palabras vibrando contra la manta.

—¿Peligrosas para ti o para mí? —pregunté, y mis dedos bajaron un poco más, siguiendo la línea de su cintura.

Jake soltó una carcajada áspera y, de pronto, me giró haciéndome caer de lado. Cuando quise darme cuenta, ya estaba medio encima de mí, apoyado en un codo, con esa mirada capaz de convertir cualquier idea en una mala decisión tentadora.

—Tú vas a acabar conmigo —dijo entre dientes—. Y lo peor es que no me importa.

No vino el beso. Solo su aliento rozándome la piel, tan cerca de mis labios, las pupilas enganchadas a las mías, y su mano apretando mi muslo, tanteando cuánto podía acercarse sin perder el control.

—Dame el agua antes de que se me vaya la pinza —murmuró, separándose.

Se la pasé. La abrió de un tirón y bebió como si llevara horas perdido en el desierto.

—Estás a dos provocaciones más de que este picnic se vuelva clasificado para mayores de edad.

—Entonces deja de quitarte ropa —respondí, cruzando las piernas con la poca dignidad que me quedaba.

Abrió la bolsa y empezó a sacar el botín: alitas de pollo, patatas fritas del sabor que yo había elegido —muy a su pesar—, y una botella de vino rosado local que sostuvo con tanto orgullo que llegué a pensar que la había embotellado él mismo.

—Mira lo que he traído —dije, sacando *Cumbres Borrascosas* del bolso.

Jake se pasó la lengua por un colmillo.

—Claro. Tu dosis de tragedia diaria.

—Heathcliff es como tú: intenso y un poco problemático.

—¿Eso es un insulto o un cumplido raro?

—Depende del capítulo —bromeé, y abrí el libro.

Catherine, con su cabello enmarcando su rostro pálido como la luna, se mantenía en la ventisca que azotaba los desolados páramos de Yorkshire. Heathcliff, desde la distancia, observaba a la mujer que era su anhelo y su tormenta.

Jake no me quitaba los ojos de encima. Dudaba que estuviera escuchando la historia. Estaba escuchándome a mí.

—Este Heathcliff tiene serios problemas para soltar lo que ama.

—Tú también —solté sin pensar.

Jake se quedó pensativo. Luego volvió a mí.

—Puede. Pero ahora mismo, solo me importa esto. Tú, aquí.

Y justo ahí, mis mejillas hicieron de las suyas. Para disimular, le pasé la copa de vino que tenía a mi lado. Él la tomó y brindamos.

—Por tu intensa vida literaria.

Le di un trago generoso y dejé el libro a un lado.

Me acomodé sobre la manta, arrodillada, con las manos apoyadas en los muslos.

Sentía el corazón martillear más fuerte que las olas.

—Necesito contarte algo —dije, intentando llenar los pulmones, pero el aire se quedó a medio camino—. He ganado una beca de escritura.

Jake me miró, y su expresión se iluminó con una alegría tan genuina que, por un segundo, quise retroceder.

—Joder, eso es increíble Olivia. Sabía que conseguirías muchas cosas.

Se inclinó para besarme, pero su gesto titubeó al notar que yo no respondía igual.

—Es en Sacramento —añadí, bajando la vista y enredando los dedos en la manta—. Me voy seis meses. Empiezo después del verano.

—Sabía que algo pasaba… —dijo Jake tensando el entrecejo—. Maddy dejó caer que te ibas, pero quise pensar que era otra de sus mierdas.

—Lo iba a contar. Solo que...

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Qué estabas esperando?

—Porque dolía. Porque ni yo misma quería aceptarlo —admití.

El silencio entre nosotros se volvió espeso.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Ahora no dejo de pensar en todo lo que voy a perder si me voy.

Me faltaba el aire aunque lo buscara.

—Siento que por fin he construido algo aquí. Tú. Mis amigos. Esta versión de mí que apenas empiezo a comprender... —jugueteé con un mechón de mi pelo, buscando aire—. Y tengo miedo de que, si me voy, todo eso desaparezca.

Él se quedó callado, pasando los dedos una y otra vez por el borde de la manta, como si intentara desenredar sus propios pensamientos.

—Y yo, Jake, lo quiero todo. La beca y a ti. Pero no sé si puedo tener ambas cosas sin perder algo por el camino. —Tuve que apartar la vista hacia mis propias manos—. Pensé que... podrías venir a visitarme.

La beca no era solo una oportunidad. Era una línea. Y no sabía si cruzarla sin romper algo.

Le tembló un músculo en la sien, casi imperceptible, pero suficiente para saber que estaba luchando contra algo por dentro.

—O... podrías venir conmigo —dije, y todo mi cuerpo quiso echarse atrás, pero ya era tarde.

—Tú me dijiste que te quedarías en San Diego…

—Lo sé. Pero las cosas cambiaron. Yo cambié. Y no sabía cómo decirlo sin que pareciera que me estaba escapando de ti.

—¿Y no lo estás haciendo?

Justo lo que temía. Y no tenía una respuesta que no sonara a excusa.

Jake dejó salir el aire lentamente. Al fin volvió a mirarme.

—Iré a verte.

Asentí. Y aunque quería creérmelo todo, un resquicio, pequeño pero real, se abrió entre nosotros.

—Gracias —susurré, aunque no sabía si bastaba.

Echó un vistazo al reloj de su muñeca.

—Debería irme. Voy a llegar tarde al restaurante.

—¿Podemos quedarnos un poco más?

Tardó en responder; se quedó pensando unos segundos. Después me atrajo contra él.

—Anda, ven aquí.

Me acurruqué contra su pecho; entre nosotros no sobraba nada. Y entonces me besó.

Ese beso traía algo distinto. No urgía, no prometía nada. Pero dolía igual. Me prendí de él con fuerza, con miedo. Sus dedos se enredaron en mi camiseta, en mi cintura, en todo lo que pudiera sujetar.

Cuando nos separamos, apoyó la sien contra la mía.

—Nos va a ir bien, ¿vale?

—Vale —susurré, aunque por dentro la duda seguía latiendo.

Recogimos todo sin hablar demasiado. Él me llevó de vuelta en la camioneta, la radio bajita, su mano entrelazada con la mía casi todo el camino. Me dejó en la puerta de mi edificio con un beso en la mejilla. Fue rápido, pero no por falta de ganas, sino porque, si se quedaba un segundo más, quizá no se iría.

Arriba, me esperaba el desorden de una mudanza a medio hacer. Cajas abiertas por todas partes, envases de comida mezclados con zapatos de tacón, y Mía gritando que alguien había empacado sus *stilettos* en un tupper. Bruna bebía café como si cada sorbo fuera oxígeno, sin despegar los ojos del campo de batalla improvisado que era el salón.

Me encaminé a mi habitación, esquivando montones de ropa y restos de mudanza, y ahí, en medio de todo ese ruido cotidiano, lo pensé otra vez.

Jake había prometido visitarme. Solo eso. No hubo grandes declaraciones, ni verdades escritas a fuego.

El tiempo diría si bastaba. Yo solo sabía que, en el fondo, quería creer que aquello no era un final. Que tal vez, con suerte, era el comienzo de algo. No sabía de qué. Ni siquiera me atrevía a ponerle nombre.

Pero una parte de mí —la que se encendía al oír su risa— se aferraba a esa idea.

Y quería creer. ☽



-38-

Cuerdas tensas

Viernes, 18 de agosto de 2023

Los días se habían escurrido entre trabajos eternos y proyectos de clase que se multiplicaban en cuanto les daba la espalda. Las noches transcurrían frente al portátil, rodeada de libros abiertos y tazas de café frío, mientras la pantalla me devolvía un reflejo cansado. Había tenido muy poco tiempo para pensar, y mucho menos para procesar mis emociones.

Bruna no lo llevaba mucho mejor. Desde que Mía se había mudado, la casa se sentía más grande, más callada. Aunque no lo admitiera, la echaba de menos.

Intentábamos llenar ese hueco con rutinas, series en bucle y meriendas a deshoras, pero la melancolía siempre encontraba una rendija por donde colarse.

Por eso, esa noche de chicas no era solo un plan. Era una tabla de salvación.

—¡Bruna! ¡Son las nueve y estoy muriéndome de hambre! —grité desde mi cuarto, envuelta en una toalla, con un vestido blanco en una mano y un rizador en la otra.

Al otro lado de la puerta solo se oía el tecleo frenético de su móvil. Seguro hablaba con Caleb. En esos días, no se despegaba del teléfono ni para darle tregua a sus dedos. Y pensar que al principio lo odiaba... y ya hasta le mandaba selfies con manzanas para preguntarle qué fruta desayunar.

—¡Ya salgo! —vociferó por cuarta o quinta vez.

Golpeé la puerta con los nudillos y, en cuanto la abrió, me colé dando un alarido de victoria.

Bruna estaba en modo diosa. Vestido negro de lentejuelas, ajustado y reluciente, más propio de una alfombra roja que de una salida cualquiera.

—¿No es demasiado para reggae? —pregunté peleándome con los botones.

—Justamente por eso me encanta. —Le dio un tironcito juguetón a los tirantes del vestido—. Nunca sabes con quién te vas a cruzar.

Esa frase la definía mejor que cualquier biografía.

Me puse un vestido blanco camisero, sencillo pero resultón, y traté de sacar unas ondas decentes con el rizador.

Entre risas y prisas terminamos saliendo, aún peleándonos con los últimos retoques. Ocean Beach se desplegaba lleno de vida, con la noche abriéndose, y dimos con un aparcamiento improbable justo al lado de los restaurantes.

El nuestro estaba en la segunda planta de un edificio frente al mar. Desde fuera parecía una jungla desatada: lianas falsas colgaban del techo, esculturas de monos trepaban por las paredes y un cartel de neón gritaba *Jungle Vibes*. El tipo de lugar que prometía fotos de postureo y cócteles carísimos que te hacían sentir millonaria por una hora.

—¿Cómo es que tienes una reserva aquí?

—Tengo mis contactos —respondió, acercándose al recepcionista con toda la seguridad del mundo.

—Reserva a nombre de Olivia —pronunció, enrollándose un tirabuzón de pelo en su dedo.

Me pareció raro que no la hubiera hecho a su nombre, pero no le di importancia.

El chico —camisa hawaiana y collar de cuentas de colores— nos condujo por un pasillo lleno de plantas colgantes y paredes de madera.

Cuando atravesamos una puerta lateral, el interior estaba a oscuras.

—¿Bruna…estás ahí?

Y entonces, ¡se hizo la luz!

—¡FELICIDADES!

El chillido me estalló encima como un cañonazo de confeti. Parpadeé varias veces, cegada por las luces y el gentío. Rostros conocidos por todas partes: Jake, Caleb, Mía, Noah, Paulo, Isa… incluso compañeros que ni sabía que recordaran mi cumpleaños.

No pude evitar una risa atropellada y me cubrí la cara con las manos.

Jake fue el primero en acercarse. La camisa negra se le ajustaba justo donde debía, aunque por la rigidez de sus hombros se notaba lo mucho que la detestaba. Aun así, la llevaba puesta por mí.

—Sorprendida, ¿eh, escritora? —me colocó una banda azul con letras plateadas y rozó mi ceja con un beso fugaz.

Bruna irrumpió con un abrazo que casi me derriba, y enseguida aparecieron Caleb y los demás, entre risas y felicitaciones.

A la primera oportunidad, eché un vistazo a la sala: globos plateados y negros flotaban del techo, y una pancarta gigante con mi nombre y el número veintidós decoraba la pared del fondo. A la izquierda, un DJ pinchaba electrónica con algún que otro hit comercial, y ya había gente bailando en la pequeña pista. A la derecha, tres mesas desbordaban de tacos, nachos, guacamole, dulces y una tarta gigantesca de merengue.

—¿Te lo esperabas? —preguntó Caleb, riéndose.

—Ni en un millón de años.

—Dale las gracias a Jake —intervino Bruna, señalando con la cabeza—. El local, la comida, la playlist… hasta su madre hizo la tarta. Yo solo fui la cómplice.

Busqué a Jake entre la gente. Estaba junto a la mesa de tacos, riéndose con un compañero de clase. Tenía la cabeza inclinada, una servilleta en la mano y esa sonrisa mal disimulada que siempre aparecía de repente, tan suya, tan desarmante. Cada vez que reía, todo a su alrededor parecía quedarse en pausa. Y, joder… ¿cómo no iba a estar completamente perdida por él?

—Anda, no te quedes aquí plantada —bromeó Caleb, dándome un empujón imaginario con los ojos—. Ve con tu chico antes de que alguien más lo reclame.

Estaba a punto de echarme a andar cuando Isabella me agarró del brazo. La vi antes de sentirla. Su cara era como un mapa mal doblado: familiar, pero algo se había movido de lugar.

—Liv... perdóname.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Ella se pellizcó la palma con los dedos, buscando valor antes de hablar.

—Luca.

El nombre bastó. Todo mi cuerpo se volvió rígido.

Seguí la dirección de su mirada: cerca de la entrada. Riendo.

Llevaba una camiseta gris sin mangas, pantalones de chándal a juego, la misma pose despreocupada de siempre, y esa forma suya de desentonar a propósito. Estaba con Paulo, soltando una carcajada, y por un segundo —uno mínimo— casi pude ver al Jake de antes. Antes del derrumbe.

Eso era lo que hacía a Luca tan irritante. No era solo su actitud ni su forma de aparecer donde no debía. Era esa facilidad para camuflarlo todo detrás de una sonrisa. Para disfrazar las intenciones con bromas, como si la vida fuera un juego en el que él siempre salía ganando.

Luca no iluminaba. Desorientaba.

Sentí la mano de Isabella apretando mi brazo con más fuerza.

—¿Quieres que le pida que se marche?

Negué con la cabeza.

—Voy a hablar con él.

—Olivia, no sé si es buena idea... Sé que os besasteis.

No esperaba que supiera eso.

—Fue un beso sin importancia —dije. Sonó débil. Porque, aunque intentara creerlo, sabía que no era del todo cierto. Solo quería dejarlo atrás, encerrarlo en una cajita y olvidarlo.

—Para ti puede que no significara nada. Pero para él sí. Desde que se enteró de que habías vuelto con Jake... lo he notado más cabizbajo.

—Déjame hablar con él. Solo quiero cerrar esto de una vez por todas.

Isa vaciló un segundo, luego asintió con resignación.

Estaba a punto de girarme cuando sentí unos dedos apoyarse en mi cadera. No necesitaba comprobarlo para saber quién era.

Jake. Lo supe por su perfume, y por cómo cada parte de mí lo reconocía sin esfuerzo.

—¿Y tu fiesta? ¿Ya la estás abandonando?

—Luca está aquí —solté, bajito.

Pude notar cómo su cuerpo se preparaba, cada músculo listo para el impacto.

—No me jodas.

Me cogió la mano y me atrajo hacia él.

—Jake...

—Baila conmigo —murmuró, tan cerca que su voz me acarició la clavícula—. No quiero que esto sea lo último que recuerdes de esta noche.

El DJ apretaba el ritmo como si el suelo pudiera romperse. Reguetón mezclado con house, bajos que hacían vibrar las costillas.

Jake se inclinó, tan cerca que sentí el calor de su aliento justo antes de que hablara.

— No le des más tiempo del que ya le diste.

—No pensaba hacerlo.

—Esta es tu celebración, Olivia. No dejes que te la robe.

—No lo hará.

—Entonces quédate conmigo.

Y, sin fuerzas para resistirme, me rendí. Bailamos pegados, con la música trepándome por la piel. Me sujetó de la muñeca y llevó mi mano a su pecho; el latido intenso bajo mi palma me estremeció, despertando de nuevo esa parte de mí que solo él lograba alcanzar.

Pero entonces…

—No puedo quedarme…

Ni siquiera sabía si lo estaba advirtiendo o pidiéndole algo.

—Ya lo sé —me cortó, justo antes de que me apartara—. Vas a hablar con él.

Lo busqué, tratando de encontrar palabras que me salvaran. No aparecieron.

—Solo prométeme algo: que no te enrede, porque lo hace demasiado bien.

Tragué en seco y fui hacia Luca. No porque me apeteciera, sino porque tenía que hacerlo.

—¡Estoy aquí en son de paz! —bromeó, levantando las manos como si se acercara a una patrulla, medio riéndose, medio tanteando el terreno.

—¿Podemos hablar?

No esperé respuesta. Lo encaré el tiempo justo para que entendiera que no era una invitación y, cuando empezó a seguirme, supe que bastaba. Lo guie hacia un rincón apartado, detrás de unas columnas forradas de plantas falsas, lejos de la pista, de la música, de todos los que no debían oír aquello.

—¿A qué has venido, Luca?

—A verte.

Puse los ojos en blanco

—¿Y qué esperabas? ¿Un abrazo? ¿Un pastel?

—No lo sé. Solo… no podía quedarme en casa sabiendo que hoy era tu noche.

—¿Por qué? ¿Querías cantarme feliz cumpleaños? —mi voz goteaba sarcasmo.

—Sí. Y porque... no he dejado de pensar en ti.

Desvié la mirada hacia la pista, quizá buscando una salida. O solo algo de distancia.

—No podemos vernos más.

—Tú también me besaste —lanzó. Era su última carta, y ya sabía que no bastaba.

—Lo sé. Pero eso no significa que deba repetirse.

—¿Fue solo un error para ti?

Di un paso atrás. Él, uno hacia mí. Esa manera de acortar distancias sin avisar. Esa precisión con la que encontraba mi punto débil sin siquiera tocarme.

—Porque para mí no lo fue —añadió—. No fingiste. Lo vi en tu cara.

—¿Sabes cuál es tu problema, Luca? —pregunté, entrecerrando los ojos —. Que no sabes perder. Te crees que todo lo que quieres, puedes tenerlo. Que si insistes lo suficiente, las cosas se doblan. Pero yo no soy eso.

El pecho se me agitó en ráfagas cortas.

—Estoy con Jake —añadí.

—Y sin embargo estás aquí. Conmigo.

Su mano se apoyó en mi brazo. Suficiente para colarse, como siempre, donde no debía.

—No estoy intentando joderte la vida, Olivia.

—Y yo no puedo fingir que esto vaya a cambiar algo —dije, empezando a sentirme acorralada.

—Si hubiera llegado antes que él… ¿crees que estaríamos en este lío?

—No lo sé —admití. Mentirle habría sido inútil.

Me ardía la cara, no por atracción, sino por el caos que traía. Estaba ahí, tan cerca, como una versión de algo que alguna vez me gustó y que ya no encajaba.

Luca avanzó un poco más. Lo justo para invadir. Para recordarme lo fácil que era ceder cuando alguien sabía exactamente qué decir. Olía a algo más terroso, a noche y a problema.

Todo en él era trampa. Me quedó claro cuando no se alejó. Cuando bajó la mirada a mi boca, convencido de que el pasado aún estaba abierto.

Y lo peor era que, por un segundo, no retrocedí.

—*Bambina*…

Pero antes de que pudiera decir algo más, una voz lo cortó en seco.

—Creo que ya fue suficiente.

Me giré.

Jake estaba ahí. Quieto, pero con esa quietud peligrosa que antecede a la tormenta. No necesitaba moverse para imponerse: bastaba con la sombra en su rostro y los puños cerrados a los costados, temblando con el esfuerzo de contenerse.

—No hace falta… —intenté frenarlo, aunque ya sabía que no iba a detenerse.

Se interpuso entre los dos.

Y, aunque me costara admitirlo, sentí un alivio tan fuerte que me flaquearon las rodillas; Luca no sabía poner límites, siempre estiraba la cuerda hasta asfixiar, y Jake era el único capaz de cortar ese aire viciado y devolverme el oxígeno.

—No sé qué haces con él —escupió, sin apartar los ojos de Luca—. Pero si te está molestando…

—No me está molestando —mentí, porque resultaba menos doloroso que abrir la verdad en canal—. Solo… no montes una escena.

Jake apretó la mandíbula.

—Entonces dile que se largue. O lo haré yo.

Luca soltó una carcajada seca, sin un gramo de diversión.

—No he venido a liarla, tranquilo.

—Pues justo eso estás haciendo. ¿Quieres que lo resolvamos como la última vez?

—Relájate, Harton. No vine a buscar pelea. Y bastante te luciste tú en mi restaurante, ¿no? Ese camarero no te denunció porque yo apagué el fuego.

—¡Basta! —interrumpí—. Déjalo. No vale la pena.

Jake apretó los dientes, tragándose el orgullo a duras penas. Dio un paso atrás, pero siguió pendiente de cada movimiento de Luca.

—Vete.

Luca resopló, con un aire entre rendido y molesto.

—Feliz cumpleaños, Olivia —dijo, y alzó la mano como si quisiera despedirse, pero la dejó a medio camino.

Me sostuvo la mirada, dejándome una incomodidad imposible de sacudirme, y después se perdió entre la gente, borrado por las luces y la música.

Solo entonces me descubrí anclada, como si no hubiera parpadeado en minutos.

Jake giraba distraídamente el borde arrugado de su camisa entre los dedos. Estaba al límite, sosteniéndose como podía. Y aún así, seguía ahí. Por mí.

—¿Quieres salir?

Él negó y se apoyó contra la pared más cercana, junto a una columna de luces anaranjadas. Entonces me atrajo hacia él. No buscó explicaciones. Solo me abrazó, cerrándome el mundo.

Me dejé ir. Y, al dar un paso, el cuerpo me falló.

—¿Te sientes bien?

Asentí. Era mentira.

—Olivia… no quiero que estés atrapada entre él y yo.

Respiré hondo. No me tembló la voz.

—Te elijo a ti, Jake. Aunque a veces me asuste lo mucho que significa. ☽

-39-

Las apariencias engañan

Viernes, 28 de septiembre de 2023

Llevábamos poco más de un mes juntos. Jake y yo. Como pareja, de verdad. Ni una sola discusión en todo ese tiempo. Tan perfecto que asustaba. Vivía atrapada en ese hechizo donde hasta sus manías me parecían adorables.

Como esa de observarme mientras escribía, pensando que no lo notaba. O la forma en que se despertaba con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados, con el sueño aún pegado a la piel. Y, por supuesto, esa costumbre suya de relamerse el labio justo después de una broma. Imposible no caer.

Y luego estaban los hoyuelos. Esos dos huecos traicioneros que le salían al sonreír y convertían cualquier día gris en algo casi soportable.

Pero la realidad siempre encontraba la forma de colarse entre tanta perfección.

Había pasado algo más de un mes desde que me dieron la noticia que lo cambiaría todo: la beca en Sacramento. ¿Cuándo me iba? El lunes. Así, sin anestesia.

Por eso Bruna y yo habíamos organizado una fiesta en el apartamento para ese sábado. Una celebración, según el cartel hortera que pegó en la nevera. Me negaba a llamarla despedida, porque hacerlo sería aceptar que me estaba yendo.

Esa mañana, sin embargo, no quedaba ni rastro del espíritu festivo. La ansiedad me revoloteaba en el estómago como una avispa encerrada, instalada con contrato indefinido. Era mi último día de clase en Queensbury, y además tenía una reunión para cerrar los detalles del viaje.

Bruna apareció con una taza de café y la dejó sobre la mesa sin despegar los ojos del móvil.

—Anda, bebe. Tienes cara de que te vas a desmayar en la primera curva.

—Gracias por el ánimo —murmuré, y lo tomé sin rechistar. Estaba medio frío, pero igual me lo bebí de un trago.

Volví a la habitación y me vestí con una camisa blanca de manga al codo, una falda plisada beige que terminaba justo por encima de las rodillas, y unas sandalias romanas que daban la sensación de que me había puesto lo

primero que encontré, aunque me pasé diez minutos frente al armario para lograrlo.

Cuando bajé al aparcamiento, Jake ya me esperaba en su camioneta, con la ventanilla bajada y recostado sobre el volante.

Silbó nada más verme acercar.

—Genial. Ahora voy a tener que pasarme toda la mañana fingiendo que no te quiero comer a besos.

—Tienes un problema —dije, sacudiendo la cabeza con esa especie de fastidio y ternura que solo él conseguía provocarme.

Me lanzó un vistazo de refilón mientras ponía las manos al volante.

—Lo sé. Y está ahora mismo cruzando las piernas en el asiento del copiloto.

—Es solo una falda —intenté protestar, aunque en sus ojos ya estaba la respuesta.

—No, no es solo una falda. Es una trampa —murmuró, inclinándose hacia mí antes de arrancar—. Me la vas a pagar cuando volvamos a casa.

Me hizo reír, y en cuestión de minutos, los nervios por la reunión se evaporaron un poco. Jake tenía esa habilidad especial de quitarle gravedad a todo, incluso cuando parecía que el universo entero me pesaba en los hombros.

Llegamos a Queensbury. El campus se veía igual… pero ya no lo sentía tan mío.

Todo estaba extrañamente tranquilo. Maddy no había vuelto a dar problemas. Matteo, por su parte, llevaba días desaparecido desde que su novia extranjera vino de visita. Lo último que supe es que se habían ido juntos a Tijuana, en plan escapada romántica, y él no había vuelto a pisar su apartamento desde entonces.

Me despedí de Jake con un beso rápido antes de dirigirme a la oficina. O al menos, eso pretendían mis piernas, que en realidad parecían de goma.

Me detuve frente a la puerta de roble oscuro. Al otro lado, una orden me invitó a pasar. Me alisé el cabello detrás de las orejas y empujé la puerta con una bocanada de aire.

El despacho era pequeño, sin ventanas espectaculares ni muebles elegantes. A la derecha, una ventanita dejaba ver la fachada gris del edificio contiguo. Estanterías llenas de papeles, carpetas desbordadas… y en el centro, una mesa redonda ocupada por tres hombres trajeados. Una silla vacía frente a ellos me esperaba.

Parpadeé. Una vez. Luego otra.

El de la izquierda era… ¿Dan?

El mismo rubio de cara angelical, con el peinado tan perfecto que ni un huracán habría movido. Aquel al que conocí en una fiesta, con pinta de ejecutivo en prácticas, y que en ese momento parecía recién salido de un congreso político: traje verde menta, camisa blanca e iniciales bordadas en el puño. Igual de impecable que la primera vez, aunque esa vez me incomodaba más de lo que me impresionaba.

Y sí. El mismo cuyo padre, por un tiempo, llegué a temer que estuviera detrás de todo aquello… estaba ahí, plantado frente a mí, sonriendo como si de verdad se alegrara de verme.

Me froté las manos contra las piernas. Nada detenía la electricidad que me nacía en las yemas de los dedos.

—Siéntate ahí, por favor —dijo el director, con la voz casi ahogada por su bigote.

Obedecí, ocupando la silla de metal, tan fría como la sala. El respaldo crujió en cuanto me senté.

Comenzaron hablando de mi desempeño: elogios por parte de Álex, menciones al señor William, que no había podido asistir. En su lugar estaba su hijo, Daniel. «¿Y nadie pensó en avisarme de eso?»

El director sacó una carpeta de su maletín de cuero, ya ajado por los años. La abrió y extrajo una pila de folios grapados por un lateral.

—Tranquila, es largo, pero solo leeré lo importante —dijo.

Volví a asentir. Intenté parecer segura, pero mi cabeza iba por libre, ocupada en otra cosa: repasando una y otra vez lo que le diría a Dan en cuanto aquello terminara.

Lo peor era que él no me quitaba ojo. Me estudiaba como si yo fuera el examen final de alguna asignatura rara: cómo colocaba las manos, cómo acomodaba las piernas, cada pequeño gesto.

Menos mal que Álex estaba allí. Su manera de explicar me servía de ancla cuando el señor del bigote se aceleraba. Me detallaba cada cláusula con paciencia, señalando lo importante y transmitiéndome que sabía cuánto necesitaba un poco de tierra firme.

En resumen, se me pagaría una proporción menor de lo que recibiría si la compañía me hubiera contratado directamente, sin una beca de por medio. Y me parecía justo. Al final, lo que más me importaba era ganar experiencia y reforzar mi currículum para lo que viniera después.

—¿Alguna duda, señorita Brown? —preguntó el director.

—No. Todo está claro. Gracias.

Álex me dedicó una sonrisa cálida.

—Olivia, si ahora o más adelante necesitas aclarar cualquier cosa, no tienes más que buscarme.

Ese tono tan suyo, casi paternal, me calmó un poco.

—Os lo agradezco mucho, de verdad.

El director me entregó un pequeño dossier con el contrato impreso. Lo sujeté con ambas manos. Pesaba más de lo que parecía, quizás porque todo lo que contenía podía cambiarme aún más la vida.

Me volví hacia Dan. Sus ojos esmeralda seguían apuntándome, igual que durante toda la reunión, pero parecían más fríos de lo que recordaba.

—¿Puedes acompañarme? —le pedí, sin pensar demasiado en la pausa que vino después… o en lo extraño que debía parecer delante de todos.

Él ladeó la cabeza, intentando leer entre líneas, pero no dijo nada. Se levantó y me siguió.

Caminamos en silencio por el pasillo. El aire olía a barniz viejo y a nervios contenidos. Yo misma no sabía si lo estaba llevando a una conversación... o a una salida de emergencia.

Me quedé junto a la pared, recostando la espalda. Dan venía medio distraído, frenó en seco y se dio de bruces conmigo.

—¿Por qué viniste hoy? —pregunté, con los brazos tensos a los costados.

Me aguantó la vista, sereno, con esa contención suya que parecía a prueba de todo.

—Ya lo escuchaste ahí dentro. Era mi responsabilidad. Mi padre no pudo venir, así que vine en su lugar. —Su tono era educado, pero había un leve reproche latiendo debajo.

—Pero… — dudé antes de decirlo—. ¿Tuviste algo que ver con que me dieran la beca? Dímelo, Dan. Necesito saber que estoy aquí por mérito propio.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándose sin querer. Parte de esa imagen tan impecable se resquebrajó un poco. Por un instante, no era el hijo del señor William ni el tipo del traje pulcro. Era solo Dan. Sin escudos. Sin filtros.

—Siempre tan desconfiada, ¿eh? —dijo, con un filo que casi cortaba—. No, Olivia. No tuve nada que ver. ¿Quieres saber cómo lo sé? Porque leí tu relato. Los leí todos. Álex me los envió. —Avanzó un paso. Mi corazón también—. Te lo diré claro: no necesitas favores. Tienes talento, pero tengo la sensación de que eres la única que todavía no lo ve.

Levanté la vista, un poco descolocada.

—Tus descripciones de la ciudad... No eran solo bonitas: tenían la crudeza de lo real. Londres no solo era una ciudad en ese relato, era un

sentimiento. Y me lo tragué entero.

Un cosquilleo me recorrió los brazos.

—Es el tipo de cosas que no se olvidan —añadió, frotándose una ceja con el pulgar, sin apartar la mirada.

—No sé qué decir… —dije, con la voz apretada entre los dientes.

—Puedes empezar por aceptarlo. Olivia, te has ganado esta oportunidad. No todo el mundo conspira a favor o en contra tuya.

Hundí los dientes en el interior de mi mejilla para no venirme abajo, pero una lágrima se escapó antes de poder contenerla.

Dan dudó. Extendió la mano para secarla… pero se detuvo a medio camino. Yo me adelanté.

—Lo siento —dije deprisa, apartándome. Le tendí la mano, esperando que entendiera el gesto como una disculpa oficial, no como un rechazo.

—¿Te gustaría tomar un café antes de irte?

—Quizás en otro momento —respondí, buscando refugio en el suelo.

—Lo entiendo —dijo, sin insistir.

Se giró para marcharse y, mientras se alejaba, lanzó por encima del hombro—: Sacramento no está tan lejos. No me importaría visitar aquel sitio pronto.

Lo vi desaparecer por el pasillo, y una sensación de cierre me envolvió. Por fin había despejado esa nube que llevaba semanas oscureciendo todo.

La siguiente clase del día era con Elisabeth, nuestra profesora de Creatividad y Cultura Literaria.

Al entrar, noté que no había libros, cuadernos ni portátiles sobre las mesas. Solo ella, de pie junto al escritorio, con una caja de madera de bambú entre las manos.

—Hoy no habrá actividades ni ejercicios técnicos —anunció—. Hoy vamos a recordar lo que este curso nos ha dejado.

Se paseó despacio entre las mesas con la caja abrazada contra el pecho.

—Quiero que penséis en lo que os lleváis de todo esto. No hablo de técnicas ni de estructuras. Hablo de lo que descubristeis. De lo que os dolió escribir. De lo que os salvó.

Me senté callada, con la sensación de que algo se apretaba dentro de mí. Porque sí, me estaba llevando algo. Algo más grande que cualquier beca o reconocimiento.

Una nueva versión de mí misma.

Una que, por fin, empezaba a creer que merecía estar donde estaba, aunque aún no supiera con certeza hacia dónde iba.

Elisabeth abrió la caja y sacó una pila de sobres que reconocí al instante.

—Hace unos meses, os pedí que escribierais una carta a vuestro yo del futuro —dijo, dejando de mirar sus papeles—. Ha llegado la hora de leerlas.

Rompí el sobre aguantando la respiración y dejé que mis ojos recorrieran las líneas torcidas de mi propia letra. Una frase, en particular, me detuvo. Como si hubiera estado esperándome desde el principio. Tuve que leerla más de una vez:

No tengas miedo de fallar. El fracaso también enseña. Lo único que no puedes permitirte... es no intentarlo. Porque eso sí sería rendirse antes de empezar.

Me quedé con los dedos agarrotados sobre el papel. ¿Cómo había sabido mi yo de antes lo mucho que iba a necesitar justo eso?

Me mordí el interior de la mejilla, intentando mantener el tipo. «Vaya mañana llevo», pensé, mientras guardaba la carta antes de que alguien notara el brillo raro en mis ojos.

Elisabeth pasó por las mesas, dejando un sobre nuevo y una hoja en blanco encima de cada pupitre.

—Ahora os quiero pedir que escribáis otra carta. Una sin nombre. Sin destinatario. Solo... escribid lo que sentís ahora. «¿Lo que siento ahora mismo?» *Buf.*

Me acomodé en la silla y me pasé una mano por la frente, intentando aclararme. Cacé de reojo a Paulo, que me lanzó un guiño rápido, ese gesto que decía «ánimo, tú puedes».

Agarré el bolígrafo para hacer cualquier garabato, pero las palabras se desbordaron sin permiso**.** Ya no podía frenarlas. Solo dejé que salieran.

Querido futuro,

Sé amable conmigo. Estoy dejando atrás algo que me importa mucho, y no sé si voy a poder con la distancia, con el cambio, con todo lo que viene. A veces me cuesta hasta respirar del miedo que me da avanzar sin saber hacia dónde voy.

Pero prometo intentarlo. Prometo dar lo mejor de mí, incluso cuando me sienta perdida.

Solo te pido una cosa: no me rompas el corazón más de lo necesario. No necesito que todo salga perfecto. Solo… que al mirar atrás pueda decir que valió la pena.

Después la doblé y guardé en la mochila, tal como había indicado Elisabeth. La abriría dentro de un año. Y, con suerte, ya no dolería.

Al salir del aula, me recibió un cielo plomizo, cubierto de nubes indecisas que no sabían si marcharse o quedarse.

El lunes me iría. Ya no había marcha atrás.

Y aunque la idea todavía me sobrepasaba, empezaba a entender que eso también era parte de crecer.

Antes de regresar al apartamento, decidí pasar por el supermercado. Quería que la fiesta del sábado tuviera algo mío, aunque fuera una versión medio desastrosa de tacos y fajitas.

Agarré una bolsa minúscula de cilantro —más cara que un anillo de compromiso— cuando el móvil vibró en el bolsillo trasero.

—¿Susan? —pregunté, llevándome el teléfono al oído.

—Hola, Olivia —respondió con un carraspeo forzado—. ¿Podemos hablar un momento?

Le fallaba la voz.

—Sí. ¿Qué ocurre? ☽

-40-

Cowles Mountain

No era habitual que Susan me llamara. Nuestra relación siempre había funcionado cara a cara. A veces compartíamos fotos, algún mensaje suelto sobre sus hijos o nuestras escapadas a la playa, pero nunca habíamos necesitado la formalidad de una llamada.

Por eso, cuando su nombre apareció en la pantalla, sentí un sobresalto. Algo no cuadraba.

—Gracias por contestar tan rápido. ¿Crees que podríamos... vernos hoy?

—Claro —respondí, intentando que no se me notara lo inquieta que me había dejado—. ¿Dónde y cuándo?

—A las siete. En la heladería cerca de tu apartamento. ¿Te viene bien?

Asentí, aunque ella no pudiera verlo. Ese sitio era uno de los nuestros: mesas al aire libre, el calor suave de San Diego, helado de tantos sabores como se pudiera imaginar.

Pero algo me decía que esa vez no íbamos por el dulce.

—A las ocho tengo planes con Jake, pero tengo tiempo antes.

—Perfecto. Y, Olivia... —hizo una pausa. Larga—. Me gustaría que esto quedara entre nosotras.

—Si... nos vemos.

Colgué y dejé la cesta contra la puerta abierta del frigorífico. Me quedé frente a los yogures, como si sus etiquetas escondieran la respuesta a lo que Susan quería decirme.

Un empleado tosió a mi lado y señaló el tirador con la barbilla. Hice un ademán, cerré y me alejé, con la mente aún atascada en aquella llamada.

Todavía llevaba el supermercado dando vueltas en la cabeza cuando empujé la puerta del apartamento con la cadera. Las bolsas colgaban de mis muñecas, dejando marcas rojas en la piel. Crucé la cocina y las solté sobre la encimera. Bruna no había llegado aún. Todo estaba en silencio, salvo por el zumbido obstinado de la nevera.

La abrí y aparté una botella de agua para hacer sitio. El frescor me rozó los brazos. Me quedé absorta frente a una bolsa de patatas gajo y un paquete de pescado congelado, intentando recordar cuándo fue la última vez que

comí *fish and chips*. No lo logré. Llevaba en California lo que ya parecía una vida entera.

Pero sí recordaba la más importante: el día que mi padre trajo buenas noticias.

Entró dando un portazo. Mi hermano y yo levantamos la vista de los deberes, y mi madre apareció desde la cocina, con el delantal rosa arrugado y las manos aún húmedas. Tenía esa sonrisa suya de los días grandes, la que se le marcaba en un solo lado de la boca y le encendía los ojos.

Nos abrazamos los cuatro en el pasillo, entre mochilas tiradas, olor a sopa y la lámpara que hacía ese destello molesto de siempre. Había conseguido un contrato fijo en una empresa de muebles. Aquella noche fuimos a celebrarlo a nuestro sitio favorito, ese de las mesas pegajosas y el pescado que siempre llegaba chisporroteando en su bandeja de papel.

Dos años después, mi madre también entró a trabajar allí. Poco a poco, la casa cambió. Se fueron las sillas cojas, la mesa de formica, y llegaron los muebles de nogal. El primero fue mi escritorio, donde leí mis primeros cuentos. Allí empezó todo.

Y justo ese futuro que habíamos construido empezaba a alejarme de todo lo demás.

Cerré la puerta del frigorífico y subí el volumen del altavoz del salón. Agarré una zanahoria, la hundí en el hummus y rompí la bolsa de ganchitos con los nudillos. No tenía casi hambre; ya había arrasado con un sándwich de pollo al limón por el camino.

Me eché un último vistazo al delineado que llevaba intacto desde la mañana. Bastante decente.

Lista. Tocaba rumbo a Helados Domingo.

El olor a dulce tostado se pegó a mi ropa en cuanto crucé la puerta. Las campanillas chillaron, y los dibujitos de cucuruchos con ojos redondos me saludaron desde la entrada con esa alegría tonta que no pasa de moda.

Desde la calle, Susan me hizo señas. Estaba en una de las dos diminutas mesitas rosa chicle que bordeaban el local. Me costó un segundo reconocerla: pamela gigante y gafas de sol. Parecía salida de un paparazzi fallido, pero encajaba con la estética excéntrica del sitio.

—¡Espera! —exclamó, poniéndose de pie—. Antes de que te sientes, déjame invitarte a un helado.

Entramos juntas. La dependienta nos saludó con una diadema coronada por conos de helado que rebotaban cada vez que movía la cabeza.

Me fijé en los conos apilados, en los colores brillantes del mostrador… pero el apetito estaba enterrado bajo una capa de dudas.

Pedí stracciatella por reflejo. Susan pidió vainilla.

Nos sentamos en la mesita de antes. El sol caía en diagonal, cálido, pero sin molestar. El silencio entre nosotras, en cambio, apretaba.

Susan tamborileaba la mesa con las uñas pintadas, y noté que una de ellas estaba desconchada. Nunca la había visto sin un esmalte perfecto.

Luego se acercó, bajando la voz.

—Josh está aquí.

Enderecé la espalda y busqué entre la gente que pasaba por la acera.

—Aquí en San Diego. Llegó anoche. Está en un hotel en las afueras.

Sentí que el helado derretirse sobre mis uñas, pero no reaccioné.

—¿Jake lo sabe?

—No, por eso te he llamado —dijo, en susurros—. No quiero que se entere de golpe. Quiero que… lo sepas tú primero.

La cucharada de stracciatella quedó suspendida en mi mano. No llegué a probarla.

—¿Qué tengo que hacer?

—He pensado en algo discreto. Una salida contigo, y que después aparezcamos Josh y yo. No quiero forzarte, Olivia. Si no te sientes capaz, dímelo.

Guardé silencio. Susan tenía razón. Jake confiaba en mí, y si había una forma de que ese reencuentro doliera menos… quería encontrarla.

—Podríamos intentarlo mañana, antes de la fiesta. Nos vemos aquí… o en otro sitio más privado —dije, sin saber si acababa de lanzarme al vacío.

—Mejor en mi casa. Merienda tranquila. Solo nosotros cuatro, no quiero que Emily esté, por si algo se tuerce.

—Entendido. —Dejé el helado a medias y agarré el bolso con los dedos rígidos.

—Gracias, de verdad, Olivia. Esto es importante para mí. Si conseguimos que hablen… algo podría cambiar.

Nos abrazamos en un gesto apurado, un roce pasajero en el que me permití creer que todavía quedaba algo por salvar.

Me alejé con la cabeza hecha un enjambre. Guardé ese secreto en un rincón de mi pecho, rezando para que no estallara antes de tiempo.

Y justo entonces, me acordé: en media hora tenía una cita con Jake. Una de las últimas que nos quedaban.

Teníamos una lista. Un invento nuestro: cosas imprescindibles que queríamos hacer antes de la distancia. Sonaba ridículo, sí, pero también era lo más real que teníamos.

El plan de ese día: una escapada a la montaña.

Al volver al apartamento, encontré a Bruna frente al espejo, grabando una historia para Instagram. Llevaba un conjunto de licra naranja fosforescente y había subido el volumen justo hasta ese punto en que los vecinos dudan entre bajar a quejarse o ponerse a bailar.

Empecé a revolver en mis cajones hasta dar con lo de siempre: mallas negras, top a juego y una sudadera morada anudada a la cintura. Cero complicaciones, muy yo.

—Te ves lista para conquistar el mundo —dijo Bruna, haciendo malabares con un par de botellas de agua antes de meterlas en su mochila.

—Con conquistar la montaña me doy por servida —respondí, sonriendo.

Jake llegó con Caleb en la camioneta. El motor ronroneaba como un gato satisfecho, mientras el cielo empezaba a encenderse con tonos naranja y malva.

Pasamos por casa de Jake a recoger el equipo. Me sorprendió lo meticuloso que lo tenía preparado todo: tiendas, mantas, barritas energéticas… y hasta un altavoz retro con pinta de haber sobrevivido a más de una fogata.

No era la primera vez que me demostraba que debajo de esa fachada despreocupada había alguien que, cuando se lo proponía, sabía cuidar de los detalles.

Empezamos a caminar guiándonos solo por la luz de la luna. Jake había insistido en que no harían falta linternas y, para mi sorpresa, tenía razón. El cielo despejado iluminaba el sendero de Cowles Mountain.

El crujido de las ramas secas bajo nuestras zapatillas marcaba el ritmo. Tal vez era el paisaje. O las risas que venían unos metros por delante. O Bruna a mi lado, contándome por enésima vez el mismo chisme de siempre, como si los días no se nos fueran de las manos.

Pero esa caminata tenía sabor a último intento. Y aunque nadie lo dijera, todos lo sabíamos.

—Deberías pensarte lo de alquilar la habitación de Mía —le dije, pateando una piedra que rodó montaña abajo—. Quién sabe, igual conoces a alguien interesante.

—No sé… Me estaba acostumbrando a compartir el apartamento solo contigo. Y mi círculo de amigos es tan pequeño que cabe en un ascensor.

—En mi cumple te cayeron bien mis compañeros de clase —le choqué el hombro con el mío—. Uno ya te tiró ficha, ¿te acuerdas?

—Ese chaval de Literatura no era normal. Pero tenía encanto, sí —admitió devolviéndome el golpe—. Tal vez tengas razón, parecían buena gente.

La cima nos recibió con una vista de esas que se graban en el recuerdo. San Diego se desplegaba abajo como una maqueta viva: faros moviéndose como luciérnagas cansadas, tejados brillando a ráfagas, el cielo pincelado de estrellas recién encendidas.

—¿En serio vamos a dormir aquí? —preguntó Bruna, ojeando con desconfianza nuestro campamento improvisado.

—Claro que sí, cariño —dijo Caleb, rebuscando en su riñonera con la emoción de quien está a punto de mejorarle el día a todo el mundo.

Se detuvo un segundo, sacó un pequeño alijo y puso cara de meme satisfecho.

—Tenemos vistas, comida, bebida… y magia natural de la buena.

Bruna me imploró con los ojos**.**

—No sé qué hago con él.

Podía verla repitiendo lo mismo cada dos días.

—Pues por lo visto… sobrevivirlo. O adorarlo, todavía no lo tengo claro. Pero sí, parece que los polos opuestos se atraen.

Extendí una manta junto a ella mientras los chicos se alejaban, explorando los alrededores en busca del mejor sitio para encender el fuego. Me dejé caer de espaldas, y cerré los ojos disfrutando del viento fresco en la cara. Luego me incorporé despacio y alcancé a ver a Bruna, que ya tenía medio sándwich de tofu fuera de su envoltorio.

—Pensé que Caleb había dejado eso —dije, refiriéndome a lo que había sacado antes.

—Jake le está echando una mano. Antes fumaba a diario. Ahora, con suerte, una vez a la semana. Ya es progreso. —Le dio un mordisco a su cena y masticó con esa actitud zen que solo ella podía fingir mientras comía algo que sabía a césped—. Creo que somos su buena influencia.

Me ofreció un trozo, pero negué con la cabeza.

—Paso. Es mi primera noche durmiendo en mitad del bosque y no pienso tentar al destino con tofu. Ya piqué algo antes de salir. Me la juego con el camping, pero no con mi estómago.

—No me sorprende de ti, querida.

Le empujé la rodilla con la mía.

—Sabía que esto le encantaría a Jake —dije—. Tiene esa vibra de «aventurero emocional en proceso de sanación». Yo soy más de manta y peli. Pero me gusta verlo en su salsa.

—¿Y tú? ¿Va todo bien?

Me disponía a contestar cuando los chicos regresaron. Y sí, lo iba. Pero era ese tipo de bienestar que parecía prestado, intuyendo que no iba a durar

para siempre.

—¿De qué os reís? —interrumpió Caleb, entornando los ojos con desconfianza, seguro de que era el blanco.

—Mejor no preguntes, éstas nunca traman nada bueno —advirtió Jake, dándole una palmada en la espalda.

Las tiendas ya estaban casi montadas cuando Caleb nos empezó a grabar con el móvil, haciéndose el camarógrafo de un *reality* de supervivencia. Bruna protestaba porque estaba arrugando su conjunto, y yo le reclamaba que viniera a ayudar antes de que la lona me tragara viva.

Tras un buen rato de «eso no va ahí» y «déjalo, ya lo hago yo», conseguimos que el sitio donde pasaríamos la noche se pareciera, al menos de lejos, a algo funcional.

El sol llevaba un par de horas escondido detrás de las montañas, y el aire empezaba a enfriarse justo lo suficiente para que la hoguera que Jake encendió se sintiera más que bienvenida.

Nos sentamos sobre una manta, piernas rozándose, botellas abiertas y vasos de plástico pasando de mano en mano. El aire olía a tierra, pino y humo. Caleb se tumbó de espaldas, moviendo su vaso lleno de vino tinto, mientras Bruna se acurrucaba a su lado y le cuchicheaba algo que lo hizo reír.

Jake y yo estábamos un poco más apartados. Su mano en mi muslo. El fuego reflejándose en sus ojos. Y esa sensación de que, por una noche, nada podía tocarme.

—Deberíamos jugar a algo —sugirió Caleb, incorporándose con voz de conspirador—. Pero no cualquier cosa aburrida.

—¿Qué propones? —preguntó Bruna.

—Algo que nadie admita mañana.

Me reí, porque claro que sí. Así empezaban todas las mejores —y peores — ideas.

Bruna se pasó la mano por el mentón.

—¿Verdad o reto nivel universitario?

—Algo diferente —interrumpió Caleb, con una sonrisa que venía con advertencia implícita—. Bebes o confiesas.

Jake exhaló cerca de mi oído. Sentí su aliento en el cuello y cómo ese pequeño lazo de complicidad entre nosotros se tensaba.

—Esto puede acabar mal —murmuró, aunque tenía esa curva en los labios que decía lo contrario: que ya estaba dentro.

—Confío en ti para salvarme si hace falta.

—¡Vale, vale, esto se va a poner bueno! —chilló Caleb, frotándose las manos—. Las reglas son simples: lanzamos una pregunta. Si respondes, sigues. Si no… bebes.

—¡Empiezo yo! —exclamó Bruna, soltando una palmada que me hizo dar un respingo—. Olivia.

—Por supuesto que empiezas conmigo —bufé, aunque no pude contener la risa.

—¿Has pensado alguna vez en besar a alguien que no sea Jake?

El silencio se tragó la risa.

Jake giró un poco la cabeza, lo justo para que nuestros ojos se encontraran. Caleb se quedó quieto, a medio trago.

Bruna se cubrió la boca fingiendo sorpresa, pero disfrutando cada segundo del incendio que acababa de provocar.

El vino me supo más fuerte. El fuego crepitó, metiéndose en la pausa incómoda como un intruso con pésimo timing.

Y de repente, dejó de ser un juego. ☽



-41-

Luna llena

—¡Guau! ¿Empezamos fuerte o esto es lo suavecito?

—Responde o bebe, preciosa —canturreó Caleb.

Podía salir del paso con una broma, escudarme en una mentira blanca o soltar una evasiva con sabor a media verdad.

Pero no.

—Bebo —dije, levantando el vaso. El vino me arañó la garganta y bajó como un puñado de piedras pequeñas.

El juego siguió. Las preguntas empezaron a rozar límites, tanteando hasta dónde estábamos dispuestos a llegar.

Caleb confesó que una vez se había escapado de casa a los diecisiete para ver a Arctic Monkeys en Los Ángeles. El gesto de Bruna oscilaba entre «madre preocupada» y «eres un imbécil encantador».

Nos reímos. Volvió la ligereza. O al menos, una imitación bastante convincente.

Hasta que Bruna se recolocó en la manta, enganchando una pierna sobre la otra, con una inocencia que no se creía ni ella misma.

—Yo también tengo una confesión —dijo, y todos nos volvimos hacia ella.

Soltó una risita, pero se le esfumó enseguida al recordar que ninguno iba tan ebrio como para no entender lo que estaba pasando.

—La primera vez que conocí a Jake… pensé: mierda, este tío me gusta.

La risa se me congeló en la boca.

Jake ladeó la cabeza, como si lo hubiera escuchado mil veces antes y ya ni se molestara en sorprenderse.

—¡No me jodas! —explotó Caleb, encantado con el drama—. Ahora no nos dejes a medias.

Bruna jugueteó con la manga de su sudadera.

—Fue el primer día que salí con Olivia. Lo vi en aquel bar y pensé: este tipo va a traer problemas... pero de los que una parte de mí quiere invitar a quedarse.

Jake se rio entre dientes y levantó su vaso hacia ella en un brindis improvisado.

—Admito que tienes buen ojo —bromeó. La sangre me trepó por el cuello.

Le rocé la pierna con la mía.

—¿Te importa?

—No olvides que la única que me importa eres tú.

Lo sabía. Sin embargo, no me gustaba la atención que Bruna le prestaba, y menos aún que él no hiciera nada por cortarla.

El turno pasó a Jake.

—Tu pregunta —anunció Caleb—: ¿prefieres vivir toda tu vida en San Diego o mudarte a cualquier otro lugar?

Sabía que no lo hacía con mala intención, pero la pregunta venía como una piedra envuelta en papel bonito.

—San Diego. Lo tengo claro.

La frase me cayó encima como una losa. Nuestro plan nunca había sido que él se mudara conmigo, y aun así, su respuesta sonó a cerrojo echado.

Y justo cuando creía que la noche no podía apretar más, Caleb sacó un cigarro liado del bolsillo.

Uno de esos que ya le había visto antes.

Lo encendió, le dio una calada y se lo tendió a Jake.

—¿Quieres? —preguntó, como si estuvieran en una de esas noches viejas que ninguno recordaba con orgullo.

—Paso —dijo Jake, bajándole la mano a Caleb de un manotazo.

—Vamos, no seas aguafiestas. Una calada no te va a matar.

Jake lo fulminó con la mirada.

—Te he dicho que no. ¿Hace falta que lo grite?

Caleb se concentró en el humo que se escapaba antes de tendérselo a Bruna. Ella lo sostuvo entre los dedos, sin decidirse. Estaba a punto de llevárselo a los labios cuando Jake se puso de pie.

—Voy a por más vino —murmuró, sin mirar a nadie.

Me quedé sentada, sintiendo cómo la escena seguía sin mí. Las voces se mezclaban como ruido de fondo.

Podría haber fingido haciéndome la fuerte, o la indiferente.

Pero no era ninguna de las dos.

La tensión agazapada bajo la piel, la sensación de que algo importante acababa de resquebrajarse un poco… No podía ignorarlo.

Así que me levanté y fui tras él.

Lo alcancé justo cuando hurgaba entre las mochilas, dentro de nuestra tienda. Se giró sacudiéndose las manos.

—¿Por qué vienes detrás de mí?

—Porque no quiero que esto quede así.

Jake apoyó la frente contra la lona, cerrando los ojos.

—No era mi intención joder el ambiente.

—No estoy enfadada —dije, entrelazando los dedos delante del cuerpo.

—Te conozco, Olivia. Sé cuándo te guardas algo.

Él pensaba que era por Bruna, quizás por el interés que ella nunca había sabido disimular.

—Has dicho que preferirías quedarte en San Diego toda la vida. Y sé que ahora no es el momento de mudanzas ni decisiones enormes, pero... ¿alguna vez lo has pensado en serio?

Jake bajó la vista hacia el suelo de tela, donde su pie vagaba en círculos.

—No lo sé. No quiero pensar en eso ahora. Todo lo que sé es que aquí es donde estoy contigo.

—Yo no necesito promesas perfectas.

Me abrazó.

—Lo intentaremos —dijo tan cerca que la frase pareció latirme más que sonar.

Luego se separó, abrió la tienda y sacó una manta, sacudiéndola en el aire.

—Anda, ven antes de que Caleb proponga otra ronda de «confiesa o dinamita tu relación».

Nos metimos bajo la manta. Dentro de la tienda, con las mochilas haciendo bulto en las esquinas y el viento sacudiendo el nylon, todo parecía suspendido.

Se acercó un poco, rozando mi rodilla con la suya.

Nuestras bocas se buscaron en la penumbra, y al chocar nos echamos a reír. Hundí los dedos en su pelo, y entonces ya no hubo más risas. Solo el ruido de la cremallera de su sudadera, el crujido de la tela cuando se la quitó.

Nos tumbamos con los codos clavándose en la colchoneta y las ganas interrumpiendo el oxígeno. Su camiseta se me enganchó en los dedos y la aparté, deslizándola hacia arriba. Su piel tenía sabor a humo.

Me subí encima de él y lo empujé con la palma en el vientre, obligándolo a recostarse. No protestó: solo sonreía, esa sonrisa que se derrite en cuanto

sube la temperatura.

Me quité la camiseta sin florituras. El tragó saliva rápido, como si no le diera tiempo a procesarlo.

Comencé a bajar por su cuello, dejando marcas suaves con los dientes. Su voz se rompió en una exhalación grave cuando estaba por debajo de su ombligo.

—¿Te tengo o no?

—Ya ni sé cómo me llamo —contestó, medio riéndose, medio sin aliento.

Le bajé los bóxers y él soltó una risa esporádica acompañada de un estremecimiento.

Me acomodé entre sus piernas y busqué sus ojos un segundo antes de descender aún más. El silencio se impregnó de su respiración irregular. No era la primera vez que nos entregábamos al deseo, pero esa vez quería ser yo quien llevara las riendas.

El aire frío me rozó la piel, pero por dentro ardía tanto que apenas lo noté.

—Vas a acabar conmigo —suspiró, enredando los dedos en mi cabello.

Me movía atenta a cada reacción. Cada jadeo era una guía, cada estremecimiento, una confirmación. No se trataba solo de deseo. Era algo más profundo. Quería hacerlo mío.

Y lo estaba logrando.

Cuando estuvo a punto de romperse, levanté la cabeza. Lo encontré con el pelo revuelto, los ojos oscuros y esa expresión que ponía cuando no sabía si reírse o agarrarme y no soltarme. Tan peligrosamente sexy que me dieron ganas de besarlo otra vez.

—No sé cómo lo haces —dijo, arrastrando las palabras—. Pero siempre me acabas sorprendiendo.

No lo dejé terminar y me acomodé sobre él, controlando el ritmo, el juego.

Mis caderas se encajaron con las suyas. Me sujetó por la parte baja de la espalda, guiándome, acompasando nuestros movimientos.

Quería verle perder el norte. Y lo vi. Cada vez que se arqueaba, con los dedos clavándose en mis muslos, y cada vez que mi piel rozaba la suya, se le escapaba una maldición.

Hubo un momento en que nuestros ojos se encontraron. Me movía lento. Quería saborearlo. Escuchar cada sonido cada vez que su cuerpo reaccionaba al mío.

—¿Sabes qué pasa cuando te ríes justo antes de besarme? —le susurré al oído—. Me jodes el juicio, Jake.

Él entrecerró los ojos y apretó mis caderas más fuerte. Estaba perdido. Y yo también.

Cuando el clímax nos arrasó, ninguno fingió control. Me dejé caer sobre él, con el corazón en los oídos y la espalda perlada de sudor.

Jake pasó un brazo por debajo de mi cintura.

—Si por mí fuera, no saldrías de esta tienda —murmuró, acariciándome los labios con el pulgar.

Se me escapó una carcajada antes de incorporarme a recoger mi ropa, desparramada por toda la tienda. En vez de buscar mi top, cogí su camiseta gris —esa con el cuello dado de sí que siempre le quedaba suelta— y me la pasé por la cabeza. Me llegaba hasta los muslos.

—Mucho mejor —dije, y Jake abrió los ojos aún más al verme.

Echó la manta a un lado y me hizo un hueco a su lado, dándome una palmadita en la pierna.

Me tumbé de nuevo mientras él rebuscaba en la mochila, buscando algo que no alcancé a ver. Lo que cayó al suelo, en cambio, fue otra cosa.

Una cajita cuadrada, forrada en terciopelo, rodó por el suelo hasta un rincón.

—Joder... pensaba dártelo en tu fiesta de despedida. Pero bueno...

Se agachó, pero yo me adelanté.

—¿Puedo?

Asintió.

Abrí la cajita. Dentro, una pluma plateada colgaba de una cadena fina. No era ostentosa; delicada, discreta, perfecta en su sencillez.

—Es… preciosa —susurré, con la vista empañada por la emoción.

—Solo es un detalle —dijo él—. Pensé que… no sé, escribes. Y me gusta imaginar que lo que llevas dentro puede tocar a los demás. Como me pasa a mí. Desde que llegaste, has cambiado muchas cosas.

—Gracias...

—Y también representa que, aunque te vayas... no te vas a librar de mí tan fácil.

Me lancé a sus brazos, hundiendo el rostro en su hombro. El olor a piel cálida y a noche me hizo olvidar dónde terminaba él y empezaba yo.

Nos quedamos así: la pluma sobre mi pecho, su mano en mi muslo. Y allí, con su cuerpo junto al mío y el amor latiendo entre nosotros, supe que, aunque todo se viniera abajo, no me habría importado.

Una línea dorada se colaba por la cremallera, derramando en la tienda un resplandor anaranjado que anunciaba el día.

Sentí algo en el pómulo, un roce.

Entreabrí los ojos y lo vi ahí, a medio centímetro de mi cara, con una ramita diminuta entre los dedos.

—¿Estás… pinchándome con una flor? —murmuré, aún medio dormida.

Jake sonrió, con esa cara de niño pillo que le salía tan bien por las mañanas.

—Técnicamente es una hoja. Pero llevas media hora haciendo ruiditos raros. ¿Soñabas conmigo?

—Soñaba que alguien me estaba molestando en medio del bosque —respondí, estirándome como un gato—. Y resulta que era real.

Jake se tumbó otra vez a mi lado, apoyando la cabeza en su brazo doblado, observándome sin cortarse.

—¿Sabes que hablas dormida? Dijiste algo como «No, no, no te vayas» —dijo, imitando mi voz—. Eres intensa hasta inconsciente.

—Déjame en paz, estaba teniendo un momento zen —mascullé, peinándome los nudos del pelo con los dedos.

Él se enderezó y empezó a doblar la manta sin mucha técnica.

—Venga, dormilona. Hace un sol brutal y si no nos damos prisa, Caleb va a barrer con todos los snacks.

—Eso sí es una auténtica desgracia —carraspeé, intentando sacudirme el sueño.

—Anda, arriba —añadió, y me plantó un beso en la frente antes de abrir la cremallera de la tienda.

La luz ya se colaba entre las ramas cuando salimos y empezamos a recoger. Después de algunos bostezos y chistes arrastrados por el cansancio, desmontamos las tiendas y emprendimos el regreso a la ciudad.

Jake y Caleb, ansiosos por atrapar las mejores olas, se fueron directos a la playa. Bruna y yo, en cambio, preferimos volver al apartamento.

Mi intención era tirarme en el sofá como una persona decente, pero Bruna tenía otros objetivos, los cuales incluían una excursión exprés para conseguir juegos y decoraciones para la fiesta de esa noche.

Y así fue como, minutos después, estábamos en el bazar del barrio, rodeadas de estanterías llenas de guirnaldas fluorescentes, gafas con forma de piña y juegos de mesa con nombres que desafiaban el alfabeto.

Todo tenía esa vibra inconfundible de «esto se va a descontrolar».

Y justo entre una pistola de burbujas y un pack de sombreros brillantes, nos topamos con Isabella… y Maddy.

Nuestros saludos, en las últimas semanas, se habían reducido a inclinaciones de cabeza y sonrisas tan falsas como los dientes de plástico que

colgaban en una de las estanterías. Pero verlas allí, entre serpentinas y confeti brillante, me hizo aplastar la lengua contra el paladar.

No iba a fingir simpatía. No con alguien que había jugado sucio con mi relación. Y mucho menos siendo la ex de Jake, aún llevaba ese título como si se lo hubieran bordado en la camiseta.

Isa mencionó la fiesta. No supe si con segundas, pero a Maddy no le hizo falta invitación: insistió que sabía cómo animar cualquier noche y, antes de darme cuenta, ya nos estaba ayudando a encontrar los vasos rojos para el *beer pong* y las pelotas de ping pong.

Cedí. ¿Qué podía salir mal?, pensé con resignación.

Spoiler: muchas cosas.

Conducía mi patinete, a una calle de distancia de casa de Jake, y el estómago me daba vueltas como una lavadora vieja en centrifugado. Intenté repetirme que todo saldría bien, pero la idea de dar la vuelta y desaparecer no sonaba tan descabellada.

Doblé la esquina y lo vi plantado en la puerta, con las manos en los bolsillos y una sombra de frunce en el ceño.

Dejé el patinete junto a un arbusto y me acerqué. Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos. Sus ojos me encontraron, fijos, con ese azul terco que no se aparta, aunque intentes esquivarlo.

Por un instante, pensé que, si mi vida fuera una película, él sería el protagonista sin discusión. El tipo con pasado complicado, mirada que desarma, y una forma de esperarte que hace que todo lo demás pierda importancia.

Me dio un beso distraído en la esquina de la boca.

—¿Me estabas esperando o qué?

—Mi madre está tan nerviosa que me ha exiliado. Lleva toda la mañana limpiando como si el Papa viniera a bendecirnos la casa.

Me reí, aunque el nudo seguía ahí, haciéndose hueco entre mis costillas.

Caminamos juntos hacia el jardín trasero, y en un intento por relajarme, le hablé de los zorros que solían colarse en el de mi casa en Londres. Todo parecía más simple cuando los problemas eran pequeños y peludos.

El patio de Susan tenía ese encanto entre acogedor y estrafalario. Cuatro duendes de cerámica vigilaban las esquinas de la valla roja. Supuestamente eran decorativos, pero siempre me dieron mal rollo. Jake y yo teníamos un pacto: si algún día vivíamos juntos, cero duendes. Cero ojos de porcelana juzgándonos.

Nos sentamos alrededor de una mesa de plástico verde oscuro. Me serví un vaso de limonada con la esperanza de que apaciguara los nervios, pero no hizo ni cosquillas. Empecé a morderme una uña, jugueteé con el coletero de la muñeca, cambié de postura... y vuelta a empezar.

—Estás rara, ¿te encuentras bien? —preguntó Jake al coger un sándwich.

—De maravilla —mentí, dando un trago largo a la limonada, como si con solo desearlo pudiera transformarla en vodka.

Jake ya estaba a punto de morder cuando le lancé una advertencia con los ojos

—Espera a tu madre, al menos.

La puerta trasera se abrió y Susan apareció con una bandeja humeante. El aire se impregnó del olor a pan recién horneado.

—Emily está en casa de Cindy —anunció, dejando la bandeja sobre la mesa.

Jake se levantó para llevar los cubiertos de su hermana a la cocina.

Entonces sonó el timbre. ☽

-42-

Indeseable

Jake parpadeó, desconcertado. Me levanté de la mesa intentando sujetarle el brazo, pero él ya iba tras su madre, que se dirigía hacia la entrada.

El timbre sonó de nuevo. Dos veces. Rápidas. Impacientes.

Susan, consciente de que su hijo la seguía, aceleró el paso, se detuvo frente a la puerta, agarró el pomo… y cogió aire antes de girarlo.

Del otro lado la esperaba un hombre de presencia imponente. Casi de la misma estatura que Jake, con ese aire inconfundible de los Harton: pelo oscuro con canas en las sienes, barba bien cuidada, los mismos hoyuelos que Jake y Emily, y un perfume caro que impregnaba hasta el pasillo.

Josh, su padre.

Sus ojos recorrieron la entrada, buscando rastros del tiempo perdido, hasta que dio de lleno con Jake.

Los segundos se alargaron.

Josh tragó saliva, los dedos se le crisparon contra el marco de la puerta, y sus pies retrocedieron de manera involuntaria.

—¿Qué mierda hace él aquí? —rugió Jake, señalándolo con la mano, pero mirando a su madre como si ella tuviera la respuesta clavada entre las costillas.

—Hijo... —empezó Josh, adelantando el cuerpo.

Jake lo cortó en seco.

—No me llames así.

Rompió el contacto de golpe y apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Alguna vez tendrás que escucharlo —dijo Susan, interponiéndose entre ellos. Había súplica en sus ojos, sí, pero también una decisión tomada.

—¿Escuchar qué, mamá? ¿La versión corregida de cómo nos dejó tirados? ¿O prefiere contarlo con violines de fondo? —La voz le falló, pero lo disfrazó con una carcajada seca—. Parece que tienes mala memoria.

—Jake, por favor... —insistió Susan, entrelazando los dedos debajo del pecho—. Solo escúchale... tiene derecho a hablar.

Jake me miró.

En medio del ruido, recordó que había alguien más en la habitación.

—Vámonos —dijo, y me agarró del antebrazo con un gesto seco. Su toque ardía, más por lo que no decía que por la fuerza.

Me mordí la lengua hasta que me supo a hierro, y me zafé de él torciendo el cuerpo hasta quedar fuera de su alcance.

Josh me observó unos segundos y luego forzó una sonrisa, creyendo que así podía limar el filo de lo que acababa de pasar.

Extendió la mano.

—Tú debes de ser Olivia. He oído hablar mucho de ti.

Dudé un instante, pero al final se la estreché. Su piel estaba helada.

—¡No me jodas! —estalló Jake, con el cuello rígido y las venas marcándose—. Tú también formas parte de este circo.

Josh dio un paso hacia él, las palmas abiertas.

—Jake, no vengo a exigir nada. Solo quería…

—¿Qué? ¿Redención exprés? ¿Un reencuentro con limonada y galletas? —le cortó Jake, con una risa tan amarga que me rompió algo por dentro—. No sé qué te han contado, pero yo no estoy en oferta.

Susan tendió una mano hacia su hijo, pero él dio un paso atrás.

—Mamá, no… No puedes volver a hacer esto por él. Ya lo hiciste una vez y nos rompió a todos.

Me acerqué un poco más.

—Nuestra intención era dejarte decidir. Bien… no de esta manera.

—No quería opciones —escupió—. Solo esperaba que alguien, una maldita vez, me preguntara si estaba listo.

—¿Podemos hablar?

—¿Hablar? Ya hablaste. Con todos. Menos conmigo.

Su voz se quebrantó, y la rabia mostró las fisuras: el cansancio, el abandono, la decepción acumulada.

—¿Vas a quedarte aquí, con ellos?

El aire se me atascó en las costillas. Quise explicarle que no era una traición, que solo estaba intentando ayudar, pero la culpa me selló la boca.

Jake se giró hacia la salida.

—No me lo esperaba de ti —dijo sin mirarme, y se fue antes de que pudiera pararle los pies.

Josh intentó detenerlo, pero Jake lo esquivó con el hombro. El impacto lo desestabilizó, y solo logró mantenerse en pie al apoyarse contra el macetero junto a la puerta.

Cuando quiso reaccionar, Jake ya había subido a su camioneta. La arrancó con tal arrebato que las ruedas chirriaron, dejando una marca oscura en el asfalto mientras se alejaba a toda velocidad.

El sonido del motor se desvaneció en la distancia, pero sus palabras seguían retumbando en mis oídos.

Quise correr tras él, gritar su nombre; hacerle entender que todo esto había sido por él, por ayudarle, por no dejarle solo.

Pestañeé varias veces, tratando de disipar las lágrimas que venían sin avisar.

Josh seguía junto al marco de la puerta, enderezando la espalda en un intento fallido de recuperar algo de dignidad.

—¿Te ha hecho daño? —le pregunté, posando una mano en su espalda.

—No… no. —Se sacudió el polvo de los pantalones antes de atravesar la entrada, avanzando pegado a las paredes. Susan lo siguió de cerca, con una mueca de resignación en el rostro.

El salón estaba iluminado, pero ni la luz más amable podía borrar lo que acababa de ocurrir. Me desplomé en el sofá junto a Susan. Josh se sentó frente a nosotras, en una de las sillas de madera, y se cubrió la cara con ambas manos.

Susan sacó el móvil del bolsillo y pasó los pulgares por la pantalla, sin levantar la vista.

—Voy a avisar a Emily. Es mejor que se quede con Cindy esta noche. No quiero que vuelva y se encuentre con este desastre.

Josh exhaló por la nariz y volvió a pasarse una mano por la frente. Cuando levantó la cabeza, sus ojos enrojecidos reflejaban un cansancio antiguo.

—Siento lo que ha pasado, de verdad. Pensé que tal vez… estábamos listos para tener una conversación. Me equivoqué.

—No te castigues, Josh —respondió Susan, con un hilo de voz—. Todos queríamos que saliera bien.

Yo seguía mirando el suelo, mordiéndome el interior del moflete para no romperme. Una parte de mí quería retroceder a esa mañana y hacerlo todo distinto. La otra…sabía que aquello iba a estallar tarde o temprano.

—Mañana me voy —dijo él, poniéndose de pie—. Llevaré mis cosas al hotel y tomaré el vuelo de las diez. Me gustaría despedirme de Emily antes.

Susan lo siguió hasta la puerta. Intercambiaron unas últimas palabras, y entonces sonó una notificación.

Bajé la vista al móvil esperando ver su nombre. Pero no, era Isa, preguntando qué me iba a poner para la fiesta.

—No ha llamado, ¿verdad? —preguntó Susan, leyendo la decepción en mi cara.

Negué con un gesto rápido. Me puse de pie con el móvil apretado contra la palma y me dirigí al baño.

En cuanto cerré la puerta, una lágrima me bajó por la mejilla y se perdió en la barbilla.

Me enjuagué la cara y me restregué con la toalla, tratando de quitarme de encima la impotencia.

Volví a mirar la pantalla. Nada.

Ni una llamada. Ni un mensaje.

Con los dedos aún húmedos, marqué su número.

Este número se encuentra apagado o fuera de cobertura.

—Joder —maldije dando vueltas por el diminuto baño. Ese azul chillón que antes me parecía simpático, me resultaba insoportable.

Pensé en Bruna. Claro. Bruna.

Marqué. Uno... dos... tres tonos.

Del otro lado, música alta y voces entremezcladas.

—¿Oli?

—Necesito que vengas a buscarme. Estoy en casa de Jake y él no va a llevarme de vuelta.

—¿Qué ha pasado?

—Bruna, por fa, no preguntes.

—Oli… no creo que pueda. La gente ya está entrando y tengo que quedarme. Mía aún no ha aparecido, y todo se está desorganizando.

—Ya me las apañaré.

Colgué. El peso de lo que acababa de pasar me aplastaba contra los fríos azulejos. Tenía que moverme. Arreglar lo de Jake era importante, sí, pero ahora mismo mi prioridad era ocuparme de los invitados a mi fiesta.

Me despedí de Susan, que prometió intentar hablar con él y pedí un taxi. No llegaría a tiempo en patinete, y tampoco tenía ánimos para enfrentarme al tráfico por mi cuenta.

Mis compañeros me recibieron con abrazos, y aunque eso me desinfló un poco el tembleque de las rodillas, fingir que estaba bien era como representar una obra mal ensayada. Bastaron cinco segundos para darme cuenta de que iba a hacer falta algo más que una sonrisa bien entrenada para sobrevivir esa noche.

Me escabullí a la habitación antes de que llegaran los demás invitados. El vestido negro palabra de honor que había elegido hacía días se ceñía a mi

vientre encogido, y añadí una pincelada de rojo en los labios sin prestar demasiada atención al espejo.

Saqué el móvil del bolso que había dejado sobre la cómoda. La cremallera se atascó al primer intento y, al abrirlo, hasta el cuero parecía resistirse. Los dedos no me respondían, y el corazón parecía haberse mudado a mi garganta. Aun así, escribí.

```
[Olivia]: Sé que estás dolido, pero necesito explicarte
por qué hice esto. Si puedes, ven a casa o llámame. Por
favor.
```

Me quedé con los ojos fijos en la pantalla, rogando que vibrara por pura voluntad. Un solo *tick*. Ni siquiera lo había recibido.

Alguien llamó a la puerta. Reconocí la silueta de Bruna asomándose por la ranura.

—¿Puedo pasar, bella?

Le hice un gesto con la cabeza y me senté en el borde de la cama.

—¿Qué te pasa? Antes, cuando me llamaste… —dijo acercándose con sigilo—. Sabes que no hace falta que digas nada. Este tipo de cosas las mejores amigas las sentimos sin preguntar.

—Jake no me contesta las llamadas —tragué saliva, sintiendo que mis emociones estaban a punto de desbordarse otra vez—. Discutimos, y ahora no sé si querrá volver a hablarme.

Bruna me rodeó con los brazos, y dejé que mis hombros soltaran el peso de todo lo que venía arrastrando.

—Desde que te vi entrar, supe que algo pasaba. Tienes esa forma de sonreír justo antes de romperte.

Bajó la vista y empezó a enredar los dedos en una de sus pulseras.

—¿Te hablé alguna vez de Leo?

Negué suavemente.

—Estuvimos saliendo unos meses. No fue una historia larga, pero en ese momento yo creía que iba bien; hasta que discutimos. Una tontería: yo quería conocer a sus amigos, él decía que no le gustaban las etiquetas, y acabamos gritándonos por algo que no era ni el problema real.

Se pasó una mano por el antebrazo, mirando hacia la puerta entreabierta.

—Al día siguiente, me dejó una nota en la nevera. «No sé cómo arreglar esto. Lo siento». Una maldita nota pegada con imán, al lado de la lista de la compra. Eso fue lo último que supe de él. Nunca más me dio la cara.

La escuché, pero cada frase suya me pinchaba como si fueran propias.

—Aquella noche salí de fiesta con mis amigas. Me reí, bailé hasta que me dolieron los pies, incluso subí historias como si nada. Nadie se dio cuenta. Pero por dentro... me estaba deshaciendo.

Me dio unas palmadas en la rodilla.

—Por eso lo sé, Oli. Porque fingir que estás bien no es tan malo. A veces, es el primer paso para empezar a estarlo de verdad.

Me agarró de la mano y tiro de ella hasta que estuvimos ambas de pie.

—Jake está por ti. Eso no se borra de un día para otro. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero no puedes dejar que eso te arruine tu propia despedida. Vamos, aunque sea a fingir un rato. Lo falso también ayuda... al principio.

No pude evitar sonreír.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo.

—Por supuesto que la tengo. Ahora ven conmigo, hay caipiriñas en la cocina que llevan nuestro nombre, y yo no pienso bebérmelas sola.

Necesitaba un paréntesis. Un respiro. Fingir que todo estaba bien hasta que realmente lo estuviera.

Bruna me pasó un vaso apenas volvimos al salón. El primer error de la noche tenía sabor a lima, azúcar y olvido.

Luego vino otro. Y otro más.

Y entre cada sorbo, la realidad se volvió más blanda. Las luces más cálidas. El drama menos urgente. Me reía, aunque no supiera de qué, incluso los chistes malos de Paulo me hacían doblarme de la risa.

—¿Por qué no había probado esto antes? —dije al aire, con una sonrisa floja y el vaso en alto.

Estaba sirviéndome otro vaso cuando sentí un toque en la espalda.

Me giré, tambaleándome un poco. Era Maddy. «¿En qué maldito momento pensé que era buena idea invitarla? Campeona del año, Olivia».

Iba vestida de rosa chicle, con un escote que casi le llegaba al ombligo. Cada centímetro de tela gritaba atención. Sus tacones blancos lucían como cuchillas pulidas, y su perfume —dulzón, invasivo— había llegado antes que su dedo.

—¿Qué quieres? —pregunté, soltando un hipo mientras intentaba mantenerme erguida.

Ella sonrió con esa clase de amabilidad que parece envuelta para regalo, pero huele a dinamita.

—Relájate. No muerdo. Solo vengo de hablar con mi madre.

—¿Tu madre? —dije, temiéndome lo peor. Un poco de caipiriña salpicó sus sandalias.

—Luego lo limpio —añadí, fingiendo indiferencia.

Maddy arrugó la nariz como si le hubiera escupido ácido.

—Sí. Me ha contado lo de Josh —dijo, pasándose una uña por la comisura de los labios.

—No es lo que crees.

—No, claro. A veces pienso que no tienes ni puñetera idea de quién es Jake —añadió, acercándose—. Tú lo has conocido cuando ya está medio reconstruido. Pero eso no es amor, Olivia. Eso es suerte.

—No es asunto tuyo, Barbie venenosa —escupí, levantando la barbilla.

Maddy soltó una risa seca.

—¿Barbie? Ni de coña. Soy más bien una muñeca diabólica, pero gracias por lo de «venenosa». A ti te pega más... mosquita muerta con complejo de salvadora.

—¿A eso vienes? ¿A marcar territorio como una perra insegura?

Alzó una ceja, encantada con mi rabia.

—No. Vengo a asegurarme de que entiendas lo que tienes entre manos. Porque no hay nada más cruel que jugar a curar a alguien roto… sin tener ni puta idea de cómo hacerlo.

Se dio media vuelta, avanzó unos pasos... y se detuvo.

—Por cierto… No te lo contó, ¿verdad? Que me escribió.

El vaso me tembló en la mano. Sentí el estómago hundirse.

—Cerrar cosas a veces no es más que una excusa para abrir otras.

—¡Que te den! —grité, tan alto que hasta la música pareció cortarse de pronto. Bruna. Paulo. Medio salón se volvió hacia mí.

—Adiós, mosquita muerta —y al pasar junto a mí, me empujó con el hombro.

Tropecé con mis propios pies y caí al suelo.

—¡Fuera de mi fiesta! —rugí, poniéndome en pie. La ira me subía por la garganta y me falló la voz justo al final.

Paulo apareció casi de inmediato, alertado por el estallido, aunque estuviera al otro lado de la casa. Me encontró aún en el suelo, con los dedos crispados sobre la alfombra.

—Oli... ¿te hizo algo?

No contesté.

—¿Qué te dijo? ¿Quieres que la eche yo?

—Solo… necesito aire. De verdad.

No esperé su reacción. Me incorporé a trompicones y salí del salón, cerrando la puerta de mi habitación de un portazo.

Arranqué los tacones, los dejé caer junto a la cama. El vestido me apretaba y el maquillaje me picaba en la piel. Me dejé caer contra la madera fría, resbalando hasta quedarme en el suelo. Las piernas estiradas, el móvil en la mano.

Las voces y las risas continuaban detrás de la pared.

Mi fiesta seguía sin mí. Y estaba bien. No tenía fuerzas para fingir que me importaba.

Busqué el número de Luca.

Y sin calcular consecuencias, llamé.

Un solo tono.

—¿Hola…?

Sonaba desconcertado, casi incrédulo. Tardó un par de segundos en procesar que sí, era yo al otro lado.

Costó, pero se lo solté.

—¿Puedes venir?

Silencio. Luego, su voz.

—¿Ha pasado algo? —preguntó. Ya no sonaba sorprendido, parecía listo para salir corriendo.

—Si... estoy hecha polvo.

La garganta por fin cedió con esas tres palabras.

—¿Dónde estás?

—En casa. La fiesta se ha ido a la mierda.

Escuché cómo exhalaba al otro lado, como si ya estuviera atándose los cordones.

—Vale. No te muevas. Voy para allá.

Colgó.

Me quedé mirando la pantalla en negro.

No sabía si eso me calmaba o me hundía más.

Pero al menos ya no estaría sola. ☽



-43-

Catarsis

Domingo, 1 de octubre de 2023

Riiing. Riiing. Riiing.

La alarma sonaba como un taladro directo al centro de mi cerebro. Saqué un brazo de entre las sábanas y apagué el móvil a manotazos, sin siquiera comprobar la pantalla.

Los párpados pesaban, aplastados por la resaca. Cuando por fin logré abrir los ojos, el reloj me apuñaló la conciencia: Las once de la mañana.

¿Por qué había puesto esa alarma?

«La maleta. El autobús a Los Ángeles. El vuelo a Sacramento».

La cuenta atrás había comenzado.

Intenté no entrar en pánico mientras barría la habitación en busca de respuestas. Maldita sea. Necesitaba aclararme y un vaso de agua, ya.

Me incorporé a duras penas, pero la emboscada de las náuseas no me dio tregua. Corrí al baño y, de rodillas frente al retrete, vacié lo poco que quedaba de mi estómago.

Después de unos minutos horribles, me enjuagué y levanté la vista al espejo. El reflejo que me devolvió el cristal me dejó pasmada.

El maquillaje estaba corrido hasta los pómulos, el pintalabios desparramado como una herida y dos manchas negras bajo los ojos, parecidas a las de un panda con insomnio crónico.

—Qué desastre… —mascullé entre dientes. Empapé unas toallitas desmaquillantes y me froté la cara, intentando borrar la vergüenza y los vacíos, aunque sabía que no bastaría con algodón y agua micelar.

Regresé al dormitorio y rebusqué entre las sábanas revueltas, en la almohada, bajo la cama… como si en ese móvil pudiera encontrar algo que le diera sentido a todo.

Bruna apareció en la puerta justo cuando empezaba a desesperarme. La vi tan serena, con una taza de café entre las manos, que sentí el impulso irracional de gritarle.

—¿Dónde está mi móvil?

Ella dejó la taza en la mesita y me atrapó la mano entre sus dedos.

—Luca pasó por aquí.

El estómago me dio un vuelco tan violento que tuve que sentarme en la cama.

—¿Qué...? ¿Por qué? ¿Cómo…?

—Sé que lo llamaste, y sé que la metida de pata fue mía, porque tenía que haber estado contigo todo el tiempo.

Mi mente trató de llenar los huecos, pero solo encontraba fragmentos sueltos. Gente riendo. Un vaso de vodka. El eco lejano de mi propia risa elevándose. Después, nada. Un apagón.

—Bruna, dime que no pasó nada malo…

—No lo sé… Paulo me contó que, después de discutir con Maddy, te encerraste en tu cuarto. Y entonces Luca apareció. Yo estaba demasiado borracha para hacer algo.

—¿Y Jake? —la pregunta me brotó antes de poder protegerme de ella.

—Estaba en casa de Caleb. Mi novio me llamó para contarme lo que pasó con el padre de Jake. Estaba totalmente desbordado; levantaba la voz una y otra vez. En nuestra conversación parecía gritar más que hablar… Creo que necesitaba desconectar de todo.

Bruna se frotó los brazos.

—De todos.

Me levanté sintiendo el suelo girar un poco, y caminé hacia la cocina. Abrí la nevera, agarré la jarra de agua y bebí con impaciencia, intentando calmar algo más que la sed.

Tragué tanto y tan rápido que acabé tosiendo.

—¿Y qué pasó con Luca? —repetí, colgándome de la absurda esperanza de no haber cometido un error irreparable.

En ese instante, su teléfono empezó a sonar. Al leer el nombre en la pantalla, el rostro se le endureció.

—Mierda, es mi jefe. Tengo que contestar.

Desapareció por la puerta del balcón, dejándome sola.

No podía seguir esperando.

Corrí al dormitorio y arranqué la búsqueda. Tiré la colcha de la cama, me arrodillé en el suelo, aparté ropa a manotazos. Ni rastro.

Me derrumbé sobre el colchón con los ojos cerrados.

Mi respiración era un sprint sin meta, como si mi cuerpo corriera, aunque yo no me moviera.

«Piensa, Olivia. Recuerda.»

Abrí los ojos, agotada, y dejé que la habitación se desplegara ante mí. Todo parecía igual: el armario de Bruna a punto de estallar, el escritorio invadido por mis libros, la silla compartida donde lanzábamos los bolsos al llegar.

Me incorporé con esfuerzo hasta sentarme en el borde de la cama.

Algo crujió bajo mi pie: un trozo de cristal.

El sonido me atravesó.

Levanté la vista.

La lámpara estaba rota. Una bombilla colgaba torcida, todavía balanceándose como un péndulo culpable.

El crujido. La risa. Sus dedos.

La imagen me alcanzó de golpe.

—Vamos, no seas tonta —sentí la calidez de sus palmas descansando sobre las mías, sus dedos entrelazados con los míos. Su risa contagiosa llenaba la habitación a oscuras—. ¿Me has echado de menos? —preguntó, con esa sonrisa pícara que conocía demasiado bien.

Pensé en negarlo. Tenía la respuesta al borde de la lengua, la opción fácil, la oportunidad de pararlo.

Pero ¿qué más daba? Aquello no era más que un juego, una distracción.

Sus ojos, difusos bajo la débil luz del móvil, parecían arder con deseo y algo más... algo que me daba miedo nombrar.

—Luca... —reí, nerviosa.

—No contestes. Sé que sí —me interrumpió, con la misma seguridad que siempre desplegaba para conseguir lo que quería.

Sus caricias se volvieron más insistentes. Bajaron por mis costados, hasta rodearme la cintura.

El colchón crujió cuando se inclinó sobre mí. El juego estaba cambiando. La tensión me subió al rostro y dejé de reír.

Ya no era divertido.

Cerré la boca. Apreté los dientes. El peso de su pecho cayó sobre el mío. Pesado. Invasivo.

Su aliento me azotó la garganta.

Intenté moverme. No pude.

—Luca, basta —imploré, pero apenas me salió la voz.

Los muelles de la cama protestaron de nuevo.

Perdí el control hasta en mi propio aire.
Su proximidad seguía ahí, quemándome.
Y entonces, una voz.

—El capullo de mi jefe no me deja descansar ni los domingos… —decía Bruna, en otro tiempo, en otro lugar—. Uno de los repartidores se ha puesto enfermo y me ha pedido que cubra su turno de tarde...

Se calló de repente.

—¡Olivia! Estás sangrando.

Miré hacia abajo, aturdida. El cristal seguía clavado en el empeine de mi pie derecho.

El dolor tardó en llegar, pero cuando lo hizo, fue como una quemadura que me atravesó los nervios.

La sangre bajaba en un pequeño río, empapando el tobillo y goteando sobre el suelo.

—No te muevas —ordenó Bruna, corriendo al baño en busca del botiquín.

La habitación daba vueltas. Volví a mirar la bombilla colgante, esa única prueba tangible de que aquello no había sido una simple pesadilla.

Las náuseas me golpearon. El aire no bajaba. Se quedaba atorado justo ahí, en el lugar exacto donde empezaba el miedo.

«No lo recuerdes. No vuelvas ahí.»

Bruna regresó con el botiquín, se arrodilló a mi lado y abrió la tapa con las manos tan inestables como las mías.

Sacó gasas, pinzas y el frasco de Betadine.

—Maldita sea, Olivia, ¿cómo no te diste cuenta? —farfulló sin sonar del todo a reproche.

—No lo sé… —fue lo único que logré decir.

El escozor del antiséptico me hizo apretar los dientes hasta que las encías protestaron.

Mi visión comenzó a empañarse.

La habitación se encogía a mi alrededor, cerrándose como una trampa invisible. Sentí que me hacía más pequeña, que el colchón me tragaba.

Abrí la boca para gritar, pero ningún sonido salió.

Dos golpes en la puerta me arrancaron de ese estado.

Di un respingo, arrastrando el cuerpo de regreso al presente. El sudor me bajaba por la espalda.

—¡Mía, entra! —exclamó Bruna sentada a mi lado.

Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia ella.

Yo me dejé, no quería sentirme tan sola.

La puerta se abrió con lentitud.

—He mandado a limpiar todo esto —dijo Mía, acercándose—. Y te ayudaremos a empacar. Bruna me lo ha contado. No tienes que preocuparte. Estamos contigo.

Respondí con un movimiento imperceptible; no me quedaban fuerzas para otra cosa.

Pocos minutos después, una mujer de mediana edad se asomó por la puerta, con una escoba en la mano y la frente surcada por arrugas de impaciencia.

—Ya sé que esto no estaba en el contrato —intervino Mía antes de que pudiera decir nada—. Te pagaré el doble por las molestias.

La mujer hizo un leve gesto con la cabeza y cerró la puerta tras ella, dejándonos solas otra vez.

Bruna me ayudó a incorporarme, pasó mi brazo derecho por su espalda y lo sostuvo con la destreza de quien te ha sostenido antes, muchas veces.

—Siéntate aquí —señaló la silla del escritorio.

Mía se adelantó, quitó los bolsos y chaquetas del asiento con tanta prisa que casi me arranca una sonrisa.

Las siguientes horas se disolvieron en un bucle: preguntas, instrucciones, ropa sobre la cama, neceseres, bolsas, risas a medias, silencios que no sabíamos llenar.

Ambas se movían sincronizadas, sin necesidad de hablar mucho. Iban y venían entre mi habitación y el resto de la casa, sacando prendas, doblando cosas, guardándolas con una suavidad que se parecía mucho al cariño.

Yo solo hablaba cuando me preguntaban. «¿Este abrigo?» «Sí.» «¿Esto lo metemos?» «No, déjalo.» Incluso cuando sugería cosas absurdas para un viaje, ellas las empaquetaban igual. No discutían.

Cuando por fin cerramos la cremallera, la maleta púrpura estaba a reventar. Lo esencial estaba dentro. Lo demás podía esperar... o quedarse para siempre.

Me levanté para estirar las piernas, con cuidado de no apoyar demasiado el pie, mientras observaba el salón. La mujer de la limpieza había hecho un trabajo tan impecable que el lugar ya no parecía nuestro.

Todo lo que habíamos vivido ahí se había ido por el desagüe, junto con el jabón.

Mía pidió sushi de un local nuevo del vecindario. Bruna prefirió terminar los tacos veganos de la noche anterior.

Y yo acepté comer un par, solo para que me dejaran tranquila.

—No has dado ni un bocado, Olivia —renegó Mía, dejando los palillos sobre el plato con un chasquido.

—No tengo hambre. Bruna, ¿podemos hablar un momento?

—Si, pero tengo que irme enseguida —respondió con la voz acelerada—. Como sabes David me ha llamado para que vaya cuanto antes.

Se puso de pie y me acompañó a la terraza.

El sol de San Diego seguía ahí, tibio y brillante, indiferente a todo lo que había pasado. Pero yo no lo notaba. Todo mi cuerpo estaba en tensión, preparándose para algo que no quería oír.

Nos sentamos en las tumbonas. Yo permanecí rígida, con las manos apretadas entre las piernas.

—¿Qué ocurrió ayer?

Bruna titubeó. Se humedeció los labios y volvió a cerrarlos, buscando la versión menos dolorosa de la verdad.

—Te encontré en el comedor... no parecías ni siquiera tocada por lo de Jake. Al contrario —murmuró—. Estabas eufórica. Bailabas sin parar. Y él... Luca no se despegaba de ti. Iba detrás como una sombra.

Mi abdomen se contrajo.

—Muy cerca, Olivia. Te tenía por la cintura todo el tiempo. Te hablaba al oído. Tú te reías. No os besasteis, pero... —se detuvo un segundo—. Parecíais una pareja.

Me mordí el labio hasta hacerme daño, buscando un castigo inmediato. Yo, que siempre había sido de controlar todo, de medir cada palabra, cada gesto, me había convertido en alguien que no reconocía. Y por mucho que doliera pensarlo, Bruna también lo había permitido.

—Luego os fuisteis a la habitación. Intenté detenerte, te juro que lo hice, pero dijiste que lo tenías claro, que sabías lo que hacías. Y yo… yo también iba muy bebida. No razoné —cerró las manos sobre el regazo—. Me fui a dormir a la habitación de Mía.

Me levanté deprisa, la silla me quemaba. Tropecé.

El aire me rasgaba la garganta. Todo empezaba a encajar: los huecos, las sensaciones sueltas. Y la vergüenza... esa maldita losa que no me soltaba.

Bruna vino detrás.

Mía había permanecido en silencio todo el tiempo.

La había visto cruzar el pasillo un par de veces, buscando algo sin atreverse a interrumpir.

—Olivia, espera…

Pero la voz de Bruna se apagó en seco.

Mía se detuvo frente a nosotras.

Tenía el gesto helado y unos guantes de látex rosa chicle. En la mano sostenía algo con rigidez, tratándolo como si fuera frágil o peligroso.

Tardé un segundo en reconocerlo.

—¿Este es tu móvil? ☽



-44-

Exilio

La pantalla estaba hecha añicos y la carcasa, abierta por un lateral, parecía haber sobrevivido a una pelea que yo no recordaba.

Presioné el botón de encendido. Nada. Ni una vibración. Ni una luz.

—Lo encontré debajo del fregadero —dijo Mía, carraspeando.

—De maravilla. Justo lo que faltaba hoy —solté, con los dientes apretados; articular palabra ya era un esfuerzo.

Bruna intentó rodearme con los brazos, pero me zafé de ella.

—¡Déjame! —grité—. No puedo quedarme ni un segundo más aquí.

Agarré el móvil destrozado, tiré del equipaje y salí cojeando. Mía y Bruna se quedaron en el umbral, inmóviles. No las miré. No podía. Si lo hacía, algo dentro de mí se rompería.

Arrastré la maleta hasta la acera y esperé a que pasara algún taxi. Llamar uno ya no era una opción.

Una sombra se acercó por el rabillo del ojo.

—Olivia... no te vayas así —suplicó Bruna al alcanzarme, pero para mí ya era tarde. No podía enfrentarla, no después de que no me hubiera frenado la noche anterior.

El silencio fue mi forma de castigo, y cuando el taxi frenó frente a nosotras, subí sin volver la cabeza.

La ciudad desfilaba al otro lado de la ventanilla: edificios, bares, parques… todo convertido en un manchón de luces y sombras, como recuerdos pasados por agua.

En la estación, el conductor me ayudó a bajar y me dirigí al andén correspondiente. Aquel lugar, lleno de gente, se sentía ajeno. Entre mochilas, auriculares y despedidas a medias, me invadía una soledad brutal.

Jake sabía a qué hora salía el autobús; se lo había recordado una y otra vez. El plan era llegar juntos, planear su primera visita y besarnos hasta que la gente pusiera cara de fastidio.

La realidad: *joggers* arrugados, taquicardia, un corte en el pie, enfadada con mi mejor amiga y cargando con mis trastos sin poder apoyar bien ambos pies.

El reloj marcaba las siete y tres de la tarde cuando el motor del autobús rugió, y subí a bordo. Elegí un asiento junto a la ventanilla. Apoyé la frente contra el cristal helado, y cuando el vehículo arrancó, las lágrimas empezaron a caer. No hubo sollozos, solo eso: lágrimas deslizándose en silencio.

Llevé los dedos al pequeño colgante que descansaba sobre mi pecho. La pluma plateada seguía ahí, fría y rígida contra la piel, como un recuerdo constante de lo que fue. De lo que, quizás, ya no volvería a ser.

Había reservado una habitación mixta en un hostal cercano al aeropuerto y, aunque al principio me pareció una buena idea por el precio, ya me estaba arrepintiendo. Compartir espacio con otras cinco personas significaba lidiar con ronquidos, mochilas arrastrándose y charlas a deshoras. Pero, en el fondo, eso era justo lo que buscaba: ruido externo que acallara el de dentro.

Dormí unas pocas horas entre las doce y las seis. El resto del tiempo lo pasé tumbada, perdida en el techo de gotelé, contando ovejas incapaces de saltar una valla demasiado alta y presionando compulsivamente el botón de encendido del móvil.

A la mañana siguiente bajé a la cocina compartida del hostal. En el frigorífico encontré un cartón de leche casi lleno y una magdalena envuelta en film transparente. El encargado había dicho que todo era comunitario. Perfecto. Ese sería mi desayuno improvisado.

Desde recepción llamé a casa. No dije mucho. Sabía que, si James contestaba, notaría todo con solo oírme decir «hola». Así que dejé un mensaje breve, alegre, perfectamente medido, y salí rumbo al aeropuerto.

A las doce y cuarto de la tarde, el avión aterrizó en Sacramento. Al bajar, una ráfaga fría me azotó la cara; en el aire aún flotaba el rastro húmedo de una llovizna reciente. No era el mismo aire, no olía igual. Más áspero, menos acogedor.

Pero también nuevo. Y eso bastaba.

Me acurruqué dentro de la sudadera negra de Jake, prestada a regañadientes porque no había otra cosa menos suya a mano. Conservaba su olor. No sabía si me tranquilizaba o me dolía más, pero no me la quité.

El taxi me dejó frente al edificio: un rascacielos moderno con ventanales que reflejaban el cielo encapotado. Me quedé allí unos segundos, alargando el cuello hacia las alturas. Planta trece. Trece. Solté una risa seca. Por supuesto.

El portero me entregó las llaves y subí en el ascensor. Los números iban cambiando en el panel. Yo giraba el llavero entre los dedos, apretándolo de vez en cuando, hasta marcarme la palma con el metal.

Cuando las puertas se abrieron, ya sabía que no podía posponerlo más. Metí la llave y empujé.

Lo primero que me asaltó fue el olor: madera barnizada y un leve aroma cítrico, prueba de una limpieza reciente, casi quirúrgica.

Dejé las llaves en el cuenco de la entrada y avancé por el pasillo. A la izquierda, el baño: azulejos en verde y blanco, algo viejos, pero con un dibujo de hiedras encantador. Y lo mejor: una bañera pequeña en lugar de ducha.

Me imaginé ya ahí, sumergida entre espuma tras un día agotador en la editorial.

Había otra puerta, probablemente el dormitorio, pero seguí hasta el final del pasillo. Allí se abría un espacio pequeño, pero bien distribuido: cocina integrada en el salón, una mesa de madera clara, un sofá gris frente a una televisión más diminuta de lo esperado, y al fondo, un ventanal con vistas a tejados, antenas y bloques de viviendas. No era San Diego. Pero tampoco el fin del mundo.

Me descalcé y me desplomé en el sofá. Aún no me la había quitado. El tacto de la tela seguía siendo familiar. Como un abrazo suyo. O quizás era mi memoria engañándome. Cerré los ojos.

Me vi en la tienda de campaña, bajo las estrellas. Abriendo la cajita. La pluma colgando.

—Tienes que moverte —murmuré, sacudiendo la cabeza, como si así pudiera acallar ese recuerdo.

El trabajo en la editorial comenzaba al día siguiente, así que aún tenía unas horas por delante. Me forcé a ponerme en pie y eché un vistazo al mapa que venía con la guía local. A unas pocas calles, marcada con un pequeño icono rojo, había una tienda de móviles.

Lo primero sería comprar uno nuevo. Pero en vez de ir directa, decidí tomar el camino largo. Quería recorrer esas calles que, aunque aún me eran ajenas, tal vez pronto podría llamar hogar.

Pasé junto a cafeterías diminutas con pizarras garabateadas en tiza, una librería con fachada de madera, y un puesto de flores que estallaba en colores al doblar una esquina. Todo era distinto. Pero no tenía por qué ser peor.

Al pasar frente a un supermercado, entré sin pensarlo. Cogí una caja de galletas saladas, un plátano algo golpeado y, por impulso, un Twix. No era el

almuerzo ideal, pero tampoco estaba para exigencias.

Estaba a punto de retomar el camino hacia la tienda cuando algo, en una fachada cercana, llamó mi atención.

La placa en la entrada era tan desconcertante como el local: *Maeve — Tarotista profesional, limpiadora de piedras espirituales y graduada en psicología.*

Fue esa última palabra, escrita en una tipografía tan diminuta que casi pedía lupa, la que terminó de convencerme.

Empujé la puerta con más fuerza de la necesaria. El chirrido que provocó rompió el silencio de forma casi violenta. Me sobresalté. Dudé. Pensé en dar media vuelta.

Pero algo —tal vez el agotamiento, tal vez la esperanza— me hizo avanzar.

El pasillo era largo, sombrío, impregnado de un incienso barato que irritaba más que calmaba. Al fondo, una luz intermitente parecía anunciar que la bombilla estaba a punto de rendirse.

Cada pisada dolía. La venda del pie ya se había teñido de rojo, pero no me detuve.

Lo primero que vi al llegar fue el diván naranja. No encajaba en ese entorno lúgubre, pero me atrajo como un imán.

Luego la vi a ella. Maeve. Se mecía en una silla, con una expresión que parecía decir «ya sabía que vendrías».

—Tienes un aura interesante —dijo, sin ni siquiera mirarme.

—¿Aura? —pregunté, incómoda.

—Sí, querida. Pero no vamos a hablar de eso ahora. Siéntate.

Antes de que pudiera reaccionar, algo me embistió las piernas: un torbellino de orejas y patas. Una perrita.

—¡Trufa! —exclamó Maeve, chasqueando la lengua—. Siempre tan efusiva.

Una sonrisa se me escapó mientras aquella bola de pelos me olfateaba, dando saltos de emoción.

—Parece que le caes bien —comentó Maeve, señalando el diván—. Eso es buena señal.

Trufa se apartó justo a tiempo para dejarme caer rendida sobre el sofá.

—¿Qué necesitas? —preguntó ella.

—Yo... no lo sé.

Sonrió como quien ha oído esa respuesta demasiadas veces.

—Claro que lo sabes. Solo que no quieres admitirlo. ¿Es por amor?

Quise negarlo, pero no me salieron las palabras.

—Siempre es por amor.

Noté la rigidez subirme por los hombros. Si no le contaba la verdad, seguiría preguntando hasta que lo hiciera.

Y entonces todo lo que había estado arrastrando en los últimos meses me cayó encima de una vez.

—Bueno, sí, algo así... —dudé, rascándome la palma de la mano mientras las palabras salían a trompicones—. Este verano ha sido una montaña rusa. He cometido más errores que aciertos... o tal vez solo he vivido como nunca.

Maeve asintió con la seguridad de conocer la respuesta antes de escucharla. Luego tomó un mazo de cartas desgastado y empezó a barajar con movimientos ágiles.

—Vamos a ver, querida. Las cartas siempre tienen algo que decir.

El sonido áspero del cartón al deslizarse me erizó la piel. Cada fibra de mi cuerpo parecía querer salir corriendo, pero estaba anclada al diván.

—¿Estás lista? —preguntó, con una voz que parecía venir de algún lugar fuera de la habitación.

No lo estaba. Pero forcé un movimiento de cabeza.

Extendió las cartas sobre la mesa para que eligiera, tomé una al azar, y la dejó boca abajo frente a mí.

—Primero, tu pasado.

El ambiente cambió; la habitación entera parecía contener la respiración.

Justo cuando estaba a punto de tocarla, las luces parpadearon.

—Esta es la razón por la que estás aquí —dijo, girando la carta hacia mí.

El dibujo era perturbador: un corazón atravesado por tres espadas, rodeado de nubes grises y gotas suspendidas que no sabías si eran lluvia o lágrimas.

—El tres de espadas —murmuró Maeve—. El pasado aún te muerde los talones… Pero aquí viene lo interesante.

Barajó una vez más. Sus dedos se movían con la destreza de quien lleva años tocando secretos ajenos. A ciegas, extrajo otra carta y la dejó caer sobre la mesa.

Era un sol. Radiante. Vital. Un estallido de luz en medio de un campo florido.

—Luz tras la tormenta. Pero solo si estás dispuesta a enfrentarte a lo que más temes.

Noté cómo se me cerraba la garganta, pero Maeve no me dio tiempo a responder.

—Dime querida, ¿estás preparada para perderlo todo antes de encontrarlo?

El tiempo se suspendió.

Y no sé cómo, pero en lo más hondo supe que lo que estaba por venir no solo iba a doler: iba a cambiarme para siempre.

Las palabras brotaron sin freno. Le conté todo. Jake. Su padre. Maddy. Luca. La fiesta. El miedo. El remordimiento. Cada palabra que soltaba era una piedra menos en la mochila que me había ido destrozando la espalda.

Maeve me escuchaba con la misma expresión con la que alguien observa el fuego: sin juicio, sin prisas. Por un instante, me pregunté si ya lo sabría de antemano o si nada de lo que decía podía sorprenderla.

—Quiero saber lo que pasó esa noche —dije al fin.

Ella se acercó despacio y se sentó a mi lado. Trufa se tumbó a nuestros pies. Hasta ella entendía que aquello no era momento de juegos.

—Antes de abrir esa puerta, hay algo que debes saber: este es un espacio seguro, tanto Trufa como yo estamos aquí para ti. Siempre que lo necesites —alargó la mano hasta posarla sobre la mía para sellar la promesa.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Acuéstate, relájate. No hace falta que entiendas todo, basta con sentirlo.

Obedecí. Aunque una parte de mí seguía en guardia, resistiéndose.

Su voz empezó a llenar mi cabeza como una melodía antigua, de esas que no sabes si recuerdas o inventas. Constante, envolvente, me atrapaba en un bucle hipnótico.

Y entonces, los bordes de la habitación comenzaron a difuminarse.

Mi respiración se volvió más lenta.

Y los recuerdos llegaron.

Primero, un chasquido. El sonido inconfundible de cristal haciéndose añicos.

Después, su rostro. Demasiado cerca.

—Se ha fundido una bombilla. Tienes que dejar de encender la luz o acabarás rompiendo la otra —murmuró Luca—. Bésame, bambina.

—Espera… me estás apretando...

Su expresión se quebró, y en sus ojos apareció algo oscuro como una grieta en el hielo. Luego su rostro se inclinó más. Sus labios se estrellaron contra los míos: secos, bruscos, equivocados. Sentí el topetazo de sus dientes, ese dolor inmediato que no sabes si es físico o puro rechazo. Quise empujarlo, pero mi cuerpo no obedecía.

Entonces, un golpe. La puerta tembló.

—¿Quién cojones es ahora? —espetó él, enfurecido, sin moverse de encima.

Escuché mi nombre. Alguien amenazaba con entrar.

—¿Olivia, estás ahí?

Se levantó de un salto, desconectado de repente, y fue hacia la puerta sin decir palabra.

—Lárgate, estamos ocupados —rugió.

—Por favor —supliqué, dudando que alguno de los dos me hubiera oído.

La luz me cegó. Y cuando mis ojos volvieron a enfocar, la vi.

—¡Maddy! —grité con todas mis fuerzas.

Luca me lanzó una mirada escueta, se puso la camiseta de cualquier manera y masculló algo mientras se dirigía a la puerta.

Maddy lo interceptó, bloqueándole el paso con el cuerpo.

—Voy a llamar a Jake —advirtió, seria, sin pestañear.

Luca soltó una carcajada incrédula y empezó a palparse los bolsillos. Vacíos.

—¿Quieres que lo haga? —amenazó ella, entrando a toda velocidad y agarrando mi móvil de la mesilla.

—¡Eh! —bramó él, arrebatándoselo de entre los dedos de un tirón.

Se fue directo al salón. Yo lo seguía con la vista, clavada en la cama. En el reflejo del espejo de la puerta, lo vi levantar el móvil por encima de su cabeza y estrellarlo contra la encimera. El golpe sonó como un disparo.

Luego lo pisó. Aquello parecía lo último que le quedaba por romper.

Y se marchó.

Maddy cerró la puerta despacio, intentando blindar la habitación del caos que quedaba al otro lado.

Los números rojos del despertador me taladraban: dos de la madrugada.

Todo empezó a desdibujarse.

El presente me abofeteó.

—¡Maddy! —exhalé, jadeando, de vuelta frente a Maeve—. Maddy lo sacó de allí.

Me estremecía. No sabía si por el frío, la angustia… o el alivio.

Tenía que agradecer que no me hubiera hecho caso cuando le pedí que se fuera. Se quedó hasta el final y cuidó de mí mejor que cualquiera. Mejor que mis amigas. Mejor que yo misma.

Tardé unos minutos en recobrar el aliento antes de explicarle todo a mi nueva mejor amiga/psicóloga. Nunca había tenido una, y tampoco me había desahogado así con alguien que no formara parte de mi vida. Fue raro. Liberador. Como llorar en casa de un desconocido que, por alguna razón, te hacía sentir a salvo.

—Por lo que me has contado, no es tan mala como pensabas —dijo Maeve, pensativa—. A veces, quienes más intentan deslumbrarte son justo de quienes más debes cuidarte. Tienes toda una vida por delante, y podrás enmendar lo ocurrido. Al menos, lo que dependa de ti. Si ese chico no quiere volver sabiendo todo esto… entonces no era tu destino.

—¿Pero podrías saberlo ahora? —pregunté, agarrándome a ese hilo de esperanza—. Tal vez podrías echarme una tirada... ver si lo es.

Me quedé observando la baraja. Una puerta abierta a las respuestas que tanto ansiaba.

Maeve notó mi interés y sonrió con complicidad, quizás guardándose algún que otro secreto más por revelar.

—Podría hacerlo, claro. Pero, ¿dónde estaría la emoción si te lo dijera todo ahora mismo? —Guiñó un ojo—. Prefiero que arriesgues, que decidas tú misma sin pensar en lo que vendrá después. Así es como deberías vivir.

Sus palabras se quedaron flotando en mi cabeza. Antes de que pudiera decir nada más, pasó su mano por mi espalda, y me acompañó hasta la puerta.

—Cuídate, ¿vale? Y si alguna vez necesitas hablar, gritar o simplemente estar, ya sabes dónde encontrarnos.

Desde la trastienda, la perrita salió corriendo y se restregó contra mis piernas, buscando atención una última vez.

—Gracias por hoy, pequeña.

Me agaché, le acaricié las orejas y le dejé un beso en la cabeza.

Una ráfaga fresca me obligó a acurrucarme dentro de la sudadera mientras retomaba el camino hacia la tienda de móviles.

El local estaba casi vacío. En menos de quince minutos tenía un teléfono nuevo, configuración básica y listo. Sin preguntas. Sin demora.

«Ojalá todo en esta vida fuera igual de sencillo».

Justo al pisar la acera, sentí una vibración en el bolso. Luego otra. Y otra más.

Las notificaciones empezaron a apilarse una tras otra. El universo parecía haberse puesto de acuerdo para recordarme todo lo que había dejado en pausa.

Llamé a mis padres, a James, a Mía… incluso a Bruna, aunque una presión incómoda me apretó el abdomen al ver su nombre aparecer. Le debía una disculpa por haberme ido sin despedirme, y ella —como tantas veces antes— entendió más de lo que yo misma lograba explicar.

Me contó que ya estaba organizando una visita para ese mismo mes. Que me preparara para una avalancha de abrazos, tápers y desvelos hablando hasta las tantas. Entendí que a veces, un «voy a ir a verte» cura más que mil palabras de arrepentimiento.

Después tocaba enfrentarse a los mensajes.

[Paulo]: Eso de hacerte la interesante y apagar el móvil ya no me divierte... ¿Llegaste a Sacramento? ¿Está lleno de chicos monos y tendré que mudarme yo también?
[Bruna]: No paro de darle vueltas a todo. Por favor, dime algo.
[James]: ¿Cómo es el nuevo piso? ¿Ya echas de menos el sol o todavía no te has congelado? Mañana lo vas a petar, enana ;)
[Mía]: Confírmame que estás viva. Bruna lleva todo el día con cara de «la he cagado y no sé arreglarlo».

Y entonces lo vi. Su nombre.

[Jake]: Olivia, estoy aquí.

Me apoyé contra una pared, ignorando el ir y venir de la gente. Mi dedo resbaló por la pantalla, pero no respondí.

En su lugar, lo guardé de nuevo y eché a andar. Las palabras de Maeve seguían retumbando en mi cabeza: «Si, por alguna razón, ese chico no quiere volver sabiendo todo esto… entonces no era tu destino».

No sabía si aquello me traía alivio o me arrancaba el aire.

Lo único cierto era que corría. Corría como si algo dentro de mí intentara alcanzarlo antes de que se desvaneciera.

Mis pies golpeaban el suelo con una prisa feroz. No vi su destartalada camioneta granate en la calle, ni cuando crucé el vestíbulo, ni —como era de esperar— al llegar a mi nuevo apartamento.

Vacío.

Crucé la puerta de mi habitación por primera vez. La luz del atardecer entraba tamizada por el ventanal, tiñendo de oro la colcha blanca que cubría la cama de matrimonio. Los muebles, en tonos rosa empolvado y madera clara, componían una armonía casi irreal. Todo estaba ordenado, limpio, en una paz suspendida.

Todo, salvo yo.

Me senté en el escritorio y saqué el móvil. Deslicé hasta llegar al mensaje de Jake, enviado el día anterior a las siete y diez de la tarde.

Me quedé anclada a esas palabras, intentando comprenderlas. «El autobús ya había partido. ¡Él había venido a despedirse!»

Una nueva notificación parpadeó en la parte superior de la pantalla.

[Luca]: No quería que terminara así, *bambina*. La otra noche... me pasé, lo sé. Déjame arreglarlo.

Lo borré, apretando el dedo hasta que la pantalla casi crujió. No necesitaba sus excusas. No necesitaba nada de él.

Y justo encima, otro mensaje captó toda mi atención.

[Isabella]: Le ha dado una paliza, Liv... Luca está en el hospital.

Mis dedos marcaron el número antes de que mi cabeza decidiera si era buena idea.

—¡Liv! ¿Dónde te habías metido? —contestó Isabella, con una preocupación que ya venía incrustada en su tono.

Llené los pulmones y empecé a soltarlo todo. Las frases se empujaban unas a otras, atropelladas, ansiosas por escapar antes de que me arrepintiera. Le conté la fiesta, el alcohol, Luca, la confusión, esa sensación de no haber estado del todo en mi cuerpo… hasta el instante en que mi teléfono terminó hecho añicos contra la encimera.

Del otro lado, Isabella no dijo nada. Ni una interrupción. Ni una pregunta. Solo escuchaba.

Ese silencio pesaba más que cualquier grito.

—Ya está —susurré, hecha trizas—. Eso fue todo. No sé si me crees, pero necesitaba decírtelo.

Otra pausa. Larga. Tensa.

—No sé qué duele más —respondió al fin—, si escucharlo… o reconocer que te creo. Es mi hermano… y lo quiero, aunque a veces desearía no tener que hacerlo.

—Y tú no mientes. Nunca has sido de esas.

—Siento decírtelo así…

—No te disculpes —me cortó—. Él fue quien lo arruinó.

Sus palabras me aliviaron más de lo que pensé posible.

—Gracias, Isa, por creerme…

—No estás sola, ¿vale, Liv? Estoy contigo.

No me di cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar esas palabras hasta que las oí.

—Ahora entiendo por qué Jake apareció en el restaurante —añadió después—. Entró hecho una furia, parecía haber cruzado media ciudad solo para encontrarlo. No preguntó, no saludó… fue directo hacia él. Y Luca, siendo el jefe, el tipo que se cree intocable… ni tuvo tiempo de reaccionar. Jake lo agarró por el cuello del uniforme y, en un solo movimiento, le pegó un puñetazo que lo estampó contra una mesa. Las copas estallaron en el

suelo, un plato rodó hasta detenerse contra la barra, y alguien dejó escapar un «Dios…» ahogado. Todo el local se quedó paralizado.

—¿Está bien? —pregunté, sin saber muy bien a cuál de los dos me refería.

—Luca está en casa. Nariz rota, un ojo morado y mucho drama —respondió Isa—. Ya sabes cómo es, exagerando el dolor como si estuviera al borde de la muerte. Tiene a media plantilla pendiente de él y, aun así, no deja de quejarse. Pero vivirá.

En ese instante, el móvil vibró en mi mano. El nombre de Jake brilló en letras claras. El cuerpo me reaccionó antes de que pudiera pensarlo.

—Isa, hablamos luego, ¿sí?

—Claro. Estoy aquí cuando lo necesites.

Colgamos.

Haciendo un acto casi heroico de voluntad, mantuve el dedo en el icono rojo hasta rechazar la llamada.

Me rendí al peso del cuerpo sobre el colchón y enterré la cara en la almohada.

Quería gritarle. Tal vez decirle que lo entendía y, al mismo tiempo, preguntarle por qué siempre creía que podía arreglarlo todo a puñetazos.

«No debería estar enfadada. Lo hizo por mí. Pero lo hizo a su manera… y su manera siempre acaba rompiéndome a mí también.»

Apagué la lámpara de la mesita de noche y me acerqué a la ventana. El cielo, salpicado de estrellas, ofrecía una vista que aún no sentía mía.

Las horas se escurrieron sin avisar. Cada vez que el sueño intentaba alcanzarme, la escena que Isa me había descrito regresaba, lo veía atrapado en esa corriente incesante que lo empujaba demasiado lejos, cargando cadenas que nadie más parecía notar.

A las tres de la madrugada volví a la cama, pero el sueño apenas me rozó.

Cuando el amanecer extendió su pincel gris por la habitación, yo ya estaba despierta.

Y lista, aunque no supiera del todo para qué. ☽

-45-

El libro

Martes, 3 de octubre de 2023

Había llegado el primer día de mi nueva vida.

Aunque no lo parecía.

Estrené el conjunto que había estado rondando en mi

cabeza desde que me ofrecieron la oportunidad de trabajar en Pages Company: una camisa blanca de manga larga de botones y una falda ajustada con un estampado de pata de gallo hasta las rodillas, acompañada de unas bailarinas de charol negro. Profesional, pero lo bastante cómodo para aguantar los nervios.

Atravesar la puerta giratoria de la editorial me dio un subidón inesperado. «¡Lo había logrado, joder!». El mármol relucía bajo mis pies, marcado por cientos de pisadas antes que las mías. Olía a tinta seca y a café de máquina; un zumbido de teclas y pasos sobre mármol marcaba un ritmo que todavía no conocía. El asa del bolso, clavándose en mi hombro, me recordó que no estaba soñando: todo empezaba a sentirse real.

La mañana se me fue entre presentaciones sobre la historia y los valores de la editorial, sonrisas de compromiso y formularios que parecían no tener fin. Me repetí tres veces que estaba ahí para empezar de cero, aunque la presión en el pecho no terminaba de ceder.

Entonces lo conocí: Adolf. Alto, tan delgado que parecía que el traje lo llevaba a él, y con unas gafas de pasta verde que se recolocaba en el puente de la nariz cada dos minutos exactos, como un tic ensayado.

—Te alegrarás de tenerme como aliado —dijo, con una sonrisa ladina que no supe si era complicidad o advertencia—. Aquí, la información es poder. Y yo tengo toneladas.

Se inclinó hacia mí al decirlo. Lo suficiente para que notara un olor a papel envejecido y colonia fresca, de esa que se evapora rápido. Le agradecí la buena disposición, pero me repetí por dentro que había venido a trabajar, y esquivar distracciones. Nada de cotilleos, ni líos innecesarios. Todo eso se había quedado en San Diego.

Ese otoño iba a ser sin sobresaltos. O, al menos, eso quería creer.

El equipo estaba compuesto en su mayoría por veteranos de más de cuarenta, con trajes perfectamente planchados, frases tan largas que parecían laberintos y anécdotas de editoriales pasadas.

La única excepción era Melinda, otra becaria, de pelo castaño y risa nerviosa. Cuando la vi, pensé: «ella también está sobreviviendo». La diferencia era que ella no sabía esconderlo. Yo había perfeccionado el arte de aparentar que todo estaba bajo control.

La tarde se agotó entre nombres que olvidaría antes de llegar a casa, normas que parecían demasiadas y café de máquina que luchaba en vano por mantener mi cerebro despierto. Cuando por fin marcaron las cinco, recogí mis cosas con la sensación de haber sobrevivido a un simulacro del mundo editorial.

Mi apartamento estaba a diez minutos andando. Lo había elegido a propósito para evitar la vorágine del transporte y poder descansar al final del día.

Ya en la acera, justo cuando aflojaba el paso, el teléfono vibró con insistencia en mi bolso. Contesté al primer timbrazo.

—Señorita Brown —pronunció la secretaria—. Esta mañana vino un joven preguntando por usted. Como era su primer día, decidimos no interrumpirla. Pidió su dirección.

—¿Dejó nombre?

—No… pero parecía inquieto. Se volvía hacia la puerta cada pocos segundos, esperando que apareciera alguien. No le hemos podido facilitar la dirección, pero insistió en que volvería.

—Gracias —alcancé a decir, aunque mi voz se perdió en el ruido de la calle. El corazón vibraba igual que el móvil en mi mano.

—¡Hasta mañana!

—De acuerdo. Hasta... —respondí, pero las palabras se evaporaron cuando empujé la puerta de la entrada y lo vi.

Sentado en los escalones, con la sudadera hecha un ovillo sobre los hombros y los codos apoyados en las rodillas, haciendo girar un anillo entre los dedos: el que —recordaba— le había regalado su madre cuando cumplió dieciocho, herencia de su abuelo. Lo había visto cientos de veces en su mano, cuando aún reíamos sin pensar en despedidas.

El portazo a mi espalda cortó el aire en dos.

Levantó la cabeza, y nuestros ojos chocaron de lleno, como dos olas que se reconocen en mitad del mar.

Ya no eran solo azules; había en ellos una rojez que delataba el tiempo que llevaba sosteniéndose a medias.

Se incorporó en pie tan rápido que por poco pierde el equilibrio, y eso bastó para que mi estómago se apretara.

Nuestra historia siempre había sido eso: desordenada, impulsiva, demasiado llena de todo. Subidas, bajadas, saltos al vacío sin red.

Me quedé junto a la puerta gris, inmóvil. Una corriente fría me subió por los brazos, tensando cada fibra.

Él tampoco decía nada. Las ojeras, profundas, le ensombrecían la mirada, y un mechón rebelde caía sobre su frente, oscilando al compás de su respiración.

Un vecino atravesó la entrada, y el chirrido de la puerta nos arrancó de ese congelamiento. Retrocedí, y nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—Subamos —dije, sin reconocer del todo mi propia voz.

Caminamos hacia el ascensor.

—¿Cómo sabías dónde vivía…?

—Bruna.

El ascensor subía despacio. Mi corazón, en cambio, parecía decidido a ganarle la carrera.

Cuando la puerta se abrió en mi planta, lo dejé entrar al apartamento y cerré detrás de nosotros.

Jake recorrió el salón, pasando las yemas por el respaldo del sofá hasta detenerse frente a la ventana.

Yo lo observaba con los pulgares enganchados en los bolsillos, intentando disimular cómo los dedos se me escapaban del control… hasta que me rendí.

Acorté la distancia y lo empujé con todo el cuerpo, las palmas hundidas en sus pectorales. La vibración del impacto me subió por los brazos cuando él retrocedió y chocó contra el canto de la mesa; tensó el rostro, un gruñido áspero se le escapó, pero no cedió ni un milímetro.

—¿Por qué tuviste que pegarte otra vez? ¿Por qué, joder?

Me sujetó la cara con ambas manos; los dedos descansaron justo bajo mis pómulos. Sentí el calor de su piel y el latido rápido en sus muñecas, y todo lo que quería gritar se me quedó encajado detrás de los dientes.

—Porque ese cabrón se atrevió a ponerte las manos encima. Y no voy a quedarme quieto si alguien, siquiera por un segundo, imagina que puede tocarte. Si tengo que partirle la cara mil veces más, lo haré.

Intenté apartarme, pero me atrajo hasta que nuestras frentes chocaron. Su respiración me rozaba la boca, caliente y cortada, y por un instante creí que iba a besarme. En cambio, retrocedió bruscamente, con los puños cerrados a los lados.

—No he venido solo por eso… —se llevó los nudillos a la boca—. He hablado con mi padre.

La frase me provocó un zumbido en los oídos. Ese asunto era un terreno sellado, un campo minado donde nadie salía ileso.

—¿Estás… hablando en serio?

—Déjame contártelo todo… te mereces conocer la historia por mí. Cuando mi hermana enfermó, todo se vino abajo. Mi padre no supo cómo manejarlo… o no quiso. Culpó a mi madre. Le gritaba, la hacía sentir responsable, le cargaba un error que nunca fue suyo. —Su voz se quebró—. Luego llegó el alcohol, y los insultos. Cada noche era peor. Yo la veía a ella, tratando de cuidar de Emily mientras se desmoronaba en silencio por su culpa.

Me pasé una mano por la frente y me preparé para hablar, pero el temblor en su mandíbula me hizo callarme.

—Hasta que un día se largó. Nos dejó con deudas de juego y una casa vacía, donde solo quedaban las paredes recordándonos lo que había pasado. Mi madre se levantó como pudo y, como ya sabes, lo perdonó… pero yo… yo no. Nunca pude perdonarlo.

Le busqué la mano y la atrapé con fuerza; era lo único que me mantenía en pie en medio de todo aquello**.** Él me devolvió la presión, sus dedos encajaban entre los míos con un calor que dolía.

—Yo no lo sabía…

—Pero ayer, Olivia… —sus pupilas se oscurecieron, tragando la poca luz que había en la habitación—. Fui a verle.

—Jake… no sé ni por dónde empezar…

Él dejó escapar una risa, casi sin aire.

—Si me he atrevido a plantarle cara a todo lo que jodí, ha sido por ti. Porque me cambiaste hasta lo que no sabía que tenía que cambiar.

—Ojalá hubiera entendido antes todo lo que cargabas… estabas peleando guerras que ni veía.

—No quiero que te disculpes. Fui yo quien te apartó, y encima te culpé por intentar ayudarme. —Mordió el interior de su mejilla hasta que la piel cedió—. Y tú… tú no merecías pasar por lo de Luca.

—No ocurrió nada. Maddy me salvó. Nunca pensé que ella pudiera detener un golpe que iba para mí… ironías de la vida, lo hizo.

—Pero podría haber pasado algo peor. Y eso… eso no me lo voy a perdonar jamás.

La comisura de su labio se crispó, un amago de espasmo.

—Cuando le pegué a Luca no pensé en justicia. Ni en ti. Ni en mí. Solo en verlo caer. Sangrar.

Llenó sus pulmones, pero el aire se le atascó en el pecho.

—Y entonces me vi en él. Ese reflejo… me dio más miedo que todo lo demás.

Mis pulmones se encogieron. Ese no era el Jake que el mundo veía, sino el real. El que dolía, el que se desbordaba y, aun así, buscaba no romper lo que amaba.

—No tenemos que hablar más de él si no quieres —bajé la cabeza, dejando que mi pelo me cubriera parte del rostro.

—Y no lo haré —su sonrisa fue un destello que murió antes de nacer—. Solo quería que lo supieras. Te lo debía.

Se quedó mirándome… primero a los ojos, luego más abajo, a mi boca.

—Bésame —solté sin pensar, con la voz áspera, todavía caliente por todo lo que me había dicho.

Jake hizo el amago de acercarse, pero se detuvo.

—Olivia… No quiero joderlo otra vez. No quiero correr.

Ese freno me encendió.

—Entonces no corras —dije, sin pestañear—. Quédate.

Lo acerqué a mí, borrando la distancia, arrancándole cualquier excusa antes de que pudiera pronunciarla.

Tragué saliva, dudé apenas un segundo, y mi mano tembló al rozar su camiseta.

—Bésame —repetí, más cerca, sintiendo cómo su aliento se volvía un animal contenido.

De pronto, sus manos se ciñeron a mi cintura y me atrajeron hacia él. Me giró, pegando mi espalda a su pecho; volví el rostro y nuestras bocas quedaron apenas a un suspiro de distancia.

—Te quiero, Olivia Brown —me susurró al oído, erizándome la piel.

Acto seguido, me besó bajo el lóbulo de la oreja y descendió por mi cuello antes de girarme para atraparme en un beso. Sus dientes engancharon mi labio superior; el roce áspero, húmedo y con ese sabor a sal y riesgo me empujó a estrecharlo aún más contra mí.

—Y yo a ti —respondí, con los labios temblando todavía contra los suyos.

Caímos a ciegas sobre la cama, y él me abrazó apretándome, protegiéndome, intentando apartarme de lo que dolía, de los fantasmas, incluso de nosotros mismos.

—No es el momento para nosotros, escritora…

El pecho se me cerró.

—Lo sé… pero te quiero tanto —confesé, y el tropiezo en mis palabras traicionó la calma que intentaba aparentar.

Sus párpados bajaron pesados, como si cerrarlos fuera la única forma de no romperse. Cuando volvió a mirarme, la coraza había desaparecido: solo nos quedaba rendirnos, aceptar el destino que nos había tocado.

—No pienso ponerte de nuevo en una situación parecida a las que ya has tenido que vivir por mi culpa.

Me acerqué hasta acortar el aire que se empeñaba en separarnos. Llevé la mano hasta su cuello, acariciando la piel bajo su cabello despeinado.

—Y yo no podría pedirte que te alejes ahora de tu madre y de Emily… no sería justo.

—Sí… Aún nos quedan muchas cosas por vivir. Ellas… todavía me necesitan. Y tú… tienes que brillar aquí. Prométeme que, aunque me odies por esto, no vas a dejar de hacerlo.

Asentí, con la garganta cerrada.

Jake se pasó una mano por la frente, negando despacio, y entonces sus dedos atraparon mi barbilla, asegurándose de que lo mirara a los ojos.

—Quizás juntos podríamos superar cualquier obstáculo que se nos presentara… Quizás…

La pausa que siguió me pareció eterna. El corazón me gritaba que le dijera que no hacía falta esperar, que podíamos intentarlo, que lo nuestro valía la pena. Pero incluso yo sabía que no era tan simple.

—Quizás algún día… —murmuré, con los labios apenas separados de los suyos.

Jake dejó escapar una frágil sonrisa, aunque en sus ojos seguía latiendo el mismo nudo de dolor y esperanza que en los míos.

—Quizás algún día —repitió, hablándole al universo.

Una lágrima rodó por su mejilla y se estrelló contra la almohada. Nos quedamos en silencio, las respiraciones entrelazadas, suspendidos en ese instante sin futuro ni pasado.

Hasta que un ruido quebró el momento: un libro había caído de la estantería.

Nos giramos al mismo tiempo y estallamos en carcajadas.

Cumbres Borrascosas descansaba en el suelo, a nuestro lado.

Lo observé durante unos segundos. No lo recogí, porque entonces lo supe con una claridad casi dolorosa:

La pasión, como las tormentas, deja huellas.

Y nosotros habíamos sido tormenta. ☽

Epílogo

Salí de la editorial a paso acelerado, con la lluvia martillándome el rostro y empapándome hasta los huesos. Era febrero en Sacramento, y ese aguacero parecía el broche para cerrar un mes repleto de emociones cruzadas. Mi chaquetón no me abrigaba: solo envolvía el pequeño cuaderno que protegía con ambas manos, guardando lo más valioso que tenía. El manuscrito. Mi primer borrador terminado. El fruto de tantas noches sin dormir y tardes de cafés interminables.

Al tropezar en el último escalón, algo en mí se soltó. Cerré los ojos y por un instante, volví a aquella biblioteca de Pacific Beach. Verano. Ruido de ventiladores. La primera vez que me atreví a escribir en serio, con la loca idea de que tal vez todo eso podría tener sentido.

Un soplo de viento helado me trajo de vuelta. Corrí hasta el porche de una tienda cerrada y me resguardé bajo el toldo, sacudiéndome el pelo con las manos. El cuaderno seguía intacto. Solté el aire con alivio y hojeé la última página con los dedos aún mojados manchando las esquinas. Las notas seguían allí, imperfectas, garabateadas, mías.

—¡Olivia! —La voz de Melinda me hizo dar un respingo. Corría hacia mí bajo su paraguas floreado—. Nos están esperando, ¿eh? No te hagas la remolona. La cena de despedida lleva días planeada. No puedes esfumarte otra vez para quedarte escribiendo.

—Lo sé Meli... ¡ya voy! —Me guardé el cuaderno con una delicadeza instintiva en mi bolso.

Melinda me lanzó una de sus miradas mezcla de cariño y resignación, esa que solía usar cuando notaba que mi cabeza estaba a kilómetros de allí. Y no se equivocaba.

En cuanto entramos al restaurante donde nos esperaban nuestros compañeros, una chispa me recorrió la espalda. No era frío, sino esa vibración que aparece justo antes de algo importante; casi la misma adrenalina que sentí el día que gané la beca. Una certeza casi física de que algo nuevo estaba a punto de empezar, otra vez.

—¡Brown! —Bárbara me interceptó, carpeta en mano y su prisa de siempre—. No te olvides de mandarme el resto del manuscrito en cuanto lo tengas. Lo que me enseñaste me dejó con ganas de más.

Tardé más de la cuenta en reaccionar. No era una promesa de publicación, ni un contrato soñado, pero era igual de valioso: una oportunidad real. Alguien que creía en lo que estaba escribiendo.

—Lo haré —dije, tragándome la emoción.

Melinda me tocó el brazo al pasar, como si supiera lo que esa petición significaba para mí.

—Imagino que ya sabes qué harás cuando acabes las prácticas —añadió Bárbara antes de desaparecer entre la multitud.

Mientras me dirigía a una mesa junto a la ventana, salpicada de gotas de lluvia, una sonrisa se dibujó en mis labios.

¿Qué haría después de esa beca?

Tal vez, en el fondo, ya lo sabía.

Y tenía que ver con el protagonista de mi novela**.**

Era hora de darle un final adecuado a nuestra historia. ☽

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido todo eso que dicen de las primeras veces: caótico, precioso, un poco aterrador… pero sobre todo inolvidable. Esta historia nació como una idea borrosa en mi cabeza y fue tomando forma con cada página, cada duda, cada madrugada frente al teclado. Hoy, *California Love* ya no es solo una novela: es un pedacito de mí.

Este libro es mío, sí. Pero también es de todas las personas que me han acompañado hasta aquí:

A Azucena Fernández (*autora de Sol de julio*, *entre otras*), por ser mucho más que una lectora beta. Has sido mi ancla, mi compañera de viaje y una de las razones por las que esta historia se ha convertido en realidad. Tu apoyo, tu ojo crítico y tu corazón generoso han estado en cada paso.

A mi madre, por enseñarme, desde pequeña, que cuando crees en ti de verdad, no hay techo que te frene. Esa lección está en cada palabra de esta historia. Gracias por tu fe ciega y por hacer magia sin darte cuenta.

A mi familia, por animarme siempre, incluso cuando no entendían del todo este proceso, y por darme el espacio para crecer a mi manera.

A mi pareja, por quererme incluso cuando mi cabeza está llena de tramas y mis emociones, a flor de piel.

A mis amigas y amigos, mi desconexión, mi terapia y mi risa más honesta. Sin ellos, yo no sería yo.

Y a ti, lector@, que ahora tienes este libro entre las manos:
Ojalá encuentres una parte de ti en estas páginas. Y, si estabas esperando una señal… que esta historia sea la tuya.

Porque todo cambio empieza con un salto.
A veces temblamos, a veces volamos.
Pero siempre vale la pena.

Gracias por saltar conmigo. ☽